



Gonzalo Zaldumbide
ÉGLOGA TRÁGICA



BIBLIOTECA
"PEDRO
IBA

Donaci

Círculo de Lectores

PRÓLOGO

ESTILO Y ALMA EN «ÉGLOGA TRÁGICA»

(FRAGMENTOS)

Don Gonzalo:

Le habla en estos momentos un amigo a quien Ud. no conoce pero que mantiene con Ud. sin embargo una amistad invisible desde hace más de veinte años.

Explicaré este caso anecdótico, a pesar de su insignificancia, porque tiene su interés en cuanto ilustra el diálogo inédito, a veces intenso y prolongado, que cada escritor sostiene sin saberlo con su lector desconocido.

Era yo por entonces un muchacho de doce años, curioso de lecturas en la modesta medida en que puede serlo un chico de provincia costeña. Recibíamos en casa la revista AMÉRICA, y en aquel mes —no sabría precisar la fecha— la portada traía en fondo rojo un retrato que me impresionó. Era un rostro de perfil, lleno de noble gravedad y ungido con un aire de espontánea elegancia. Al pie del retrato venía un nombre: «Gonzalo Zaldumbide», y aquel muchacho simpatizó con él, alertado quizá su sentido fonético por esa cuasi repetición de la sílaba fundamental en el nombre y en el apellido, pormenor en que yo presentía uno como sutil refinamiento que valía por todo un horóscopo.

Recuerdo también cómo, a pesar de esta reacción favorable, no acerté a concluir un escrito que venía en las páginas interiores firmado por el señor del retrato. Empezaba con una dedicatoria a Gabriela Mistral y se trataba de un

Cubierta, Aleix

Círculo de Lectores
Voz Andes No. 364 y Avenida América
Quito, Ecuador

Edición no abreviada
Queda prohibida su venta a toda persona
que no pertenezca a Círculo

© Círculo de Lectores, 1987

Impreso y encuadernado por
Editorial Printer Colombiana Ltda.
Calle 64, 88A-30
Bogotá 1987
Printed in Colombia
ISBN 958-602-325-7

manjar demasiado exquisito para un organismo infantil nutrido con caramelos de Emilio Salgari y Julio Verne! En cambio devoré con fruición un artículo titulado más o menos «Alabanza de Gonzalo Zaldumbide», con rasgos biográficos que acabaron de entusiasmarme por el protagonista, sobre todo por la aureola de gran viajero que descubrí entonces en su frente.

Fue así, con esta novelería volandera de niño, cómo me gané yo un amigo sin consultar siquiera al interesado; y puedo asegurar que he permanecido fiel desde entonces a esta peregrina amistad. Seguí con admiración sus actuaciones de primera fila en la política y en la diplomacia, y leía —cada vez con menos esfuerzo— cuanto me llegaba a las manos firmado por ese nombre al que me sentía unido de buen grado.

Esta simpatía es también la que ha inspirado en buena parte mi actual interés de profesor. Debiendo ofrecer a mis alumnos para la formación de su estilo modelos insignes de visualidad imaginativa, de sentimiento de la naturaleza, de sobria y resplandeciente perfección verbal, he acudido siempre con ilusión a la cantera inexhausta de este maestro.

Al dedicarle, pues, ahora el presente estudio con motivo de la edición íntegra de su ÉGLOGA TRÁGICA, no hago sino cumplir el viejo deseo de expresarle mi admiración.

I

EL ESTILO

Uno de los poderes capitales de la Égloga —el primero que se impone a quien la lee— es el valor extraordinario de su estilo. Con qué sobrecogido entusiasmo lo he compro-

bado al recorrer, ya con cierta madurez personal, la versión entera del texto que antes sólo conocía en la publicación incompleta de 1916.

Densidad Artística

La impresión de conjunto que he recibido es ante todo la de una Densidad Artística absolutamente excepcional. Sería interesante —si es que fuera posible— hacer en las obras de arte uno como análisis químico que nos diera el peso específico de cada una, el coeficiente exacto de su cuantía estética.

Entonces sabríamos todo lo que vale esa prodigiosa opulencia de materiales bellos que se enraciman apretadamente en sus párrafos, con una exuberancia impecablemente sobria sin embargo. Entonces podríamos admirar en todos sus quilates su concisión, su finura, su maravillosa visualidad musical, su selección verbal que se aventura habitualmente hasta las fronteras mismas del remilgo, sin pasarlas no obstante casi nunca. Ponderaríamos al acuñador valiente de nuevas locuciones —signo de señorío en el idioma: como los reyes, que acuñan moneda propia— y no menos al forjador de metáforas transfiguradoras, de esas que constituyen el privilegio exclusivo de los poetas sustanciales.

Millonario de la imagen y del epíteto, Zaldumbide esparce sus tesoros a manos llenas, pero sin perder su sentido de medida jamás. Planeando más alto que toda retórica, es lo bastante fuerte para superar la tentación de la antítesis, el hechizo de la paradoja, y aun la inebriación embrujadora del ritmo pleno.

El meden agan de los griegos, la sofrósine sacra, parece ser su obsesión primordial, pero combinada y fundida con el Kalos Kindynos, el riesgo fascinante. Porque es increí-

ble hasta qué punto se compagina en la Égloga ese portentoso sentido de restricción, con el sentido más pujante del ímpetu. Por las avenidas de esos renglones ubérrimos galopa vívido y cadencioso el centauro del verbo, con una vertiginosa precisión que mantiene tensos sus músculos, gobernándolos para que no excedan jamás. A cada instante parece que su mítico ardor va a traspasar de un salto inevitablemente la barrera del límite; pero él llega centelleante hasta ella, gira contra toda expectación en súbita maniobra, y reemprende delirante, una vez y otra, la carrera fantástica.

Así avanza en su libro, inverosímil, este estilista superior. Con deslumbrada intensidad lee uno una página, y otra, y otra más, y tiembla, esperando temeroso el fatal instante de la caída: la aventura es demasiado audaz para que pueda prolongarse mucho tiempo; tarde o temprano desmayará por fuerza el brío o el sentido del límite, y el milagro terminará. Pero el milagro no termina sino con la última página de la obra. La previsión se equivocó, y el centauro ha dilatado hasta el fin, sin tacha y sin miedo, su olímpica tarea: nervio y músculo, impulso y abstención, freno y espuela, constantemente; o -para decirlo en bino- mio más humano y cabal- «geometría y pasión»: la bella paradoja que realizan en sí las grandes creaciones del arte.

Dionisiaco y apolíneo a la vez, D. Gonzalo cumple con perfecta nobleza esta gallarda hazaña.

Antología

Pasajes intangibles como éstos, orgullo de la más exigente antología, se encuentran a cada paso en esas páginas -verdaderos talismanes que hacen de la Égloga un libro mágico todo él- y son el resultado de la magia fundamental que antes ponderábamos: la simbiosis geometría-pasión.

Escalafón

Todos los que conocen la obra de Zaldumbide saben que estas observaciones nada tienen de elogio hiperbólico y que pueden corroborarse plenamente en una comparación sin miedo con las más altas producciones del género.

Zaldumbide pertenece a la raza de los escritores-orfebres -en oposición a los escritores de pluma fácil y corrida: Palacio Valdés, Hugo Wast, Pemán. El escritor-orfebre toma como unidad estética la frase -no el párrafo, y menos la perícopa o el episodio- y la trabaja una por una con la devoción obstinada que el filigranista pone en sus más esmerados encajes. Tipo más bien raro éste, casi reciente y con muy contados epígonos, desde luego, en la prosa castellana. Entre sus grandes capitanes hay que destacar a Valle-Inclán, Gabriel Miró, Enrique Larreta en América; y puede asegurarse desde ahora que cuando se trate de ubicar entre ellos a nuestro estilista ecuatoriano, no habrá de tocarle a él en justicia el segundo lugar.

Insistamos algo en la comparación ya insinuada con esos tres autores. Las sonatas de Valle-Inclán serán más fastuosas y repulidas, pero carecen de la fresca naturalidad que le libere de la «agonía de precisión verbal». Miró, intachable en su pulcra justeza, no ha logrado conjurar la constante del refinamiento: hipnotizado él mismo por su propio señuelo, olvida que está narrando y no sólo esculpiendo, y acaba por no tener otro argumento de novela que el estático «yo ante el paisaje». Larreta, en fin, con todo el preciosismo de buen gusto que ha hecho su fortuna de literato, es bastante desigual en la calidad de sus recursos, y no acierta a disimular su prurito del «metro de distancia» con que quiere estar separado siempre de los pobres mortales.

La proeza intransferible de Zaldumbide como estilista, su verdadero principio de individuación, está en haber descubierto y practicado la fórmula feliz en que se funde la

Una corriente de primor luminoso circula por toda ella, transfigurándola, emanada de los más transparentes manantiales, y aun por sólo esto la Égloga quedará siempre en pie como un monumento del estilo. Las hojas de su libro son las hojas de un árbol perenne contra el cual nada pueden los inviernos del tiempo.

Y la razón última de todo ello es que, por mucho que nos duela -y es mucho lo que me duele a mí-, la honradez histórica nos obliga a suscribir la ingenua conclusión de aquel verso de Holderlin: Was bleibet aber, stiften die Dichter. Verdaderamente, después de todo, lo que queda es la obra de los poetas, la vitalidad indeficiente del arte puro.

¿Moderno?

Mi opinión es que la frase de la Égloga, sin ser ya en los contornos exteriores frase de vanguardia -porque no puede serlo, cronológicamente- en nada desentona de lo que hay de más noble y sólidamente hermoso en la expresión de hoy; y aun pienso que debe catalogarse en el número reducido de aquellas fórmulas estilísticas dotadas de una virtualidad intrínseca de supervivencia, por coincidir sus elementos con los elementos esenciales del «ars perennis». ARS PERENNIS: el arte valedero para todas las épocas, porque se hace, en lo fundamental, al margen de las escuelas y de las modas, y por artistas que tienen ante todo la sensibilidad de lo que hay de simplemente humano en el hombre. Acertar con una de esas fórmulas perennes es intuición felicísima de unos pocos privilegiados, y que bien quisiéramos todos compartir, pues en arte -como en toda la eternidad no es ni moderna ni antigua, sino permanente, sin más: contemporánea rigurosa de todos los instantes del tiempo.

MÁS ALLÁ DEL ESTILO

Pero basta ya de análisis y de síntesis de tipo literario. Dejemos estos vinos generosos para los felices catadores de oficio. Ellos seguirán enumerando excelencias formales en la Égloga -es tan fácil hacerlo- y en desquite secreto, según su costumbre profesional, se darán también el gusto de encontrarle lunares.

Allí tienen trabajo los peritos. Esa es su vocación. El hombre de la calle -y quien no se hiciere como él no entrará jamás en el reino que es el alma de un escritor- el hombre de la calle tiene algo más sencillo y profundo que hacer ante Zaldumbide.

Zaldumbide es un escritor que vive primordialmente la fruición de su humanidad elemental. Temperamento singularmente fáustico -se lo advierte en seguida- dijérase que de todos sus poros se está incesantemente exhalando la final cantilena de la conversión al hombre puro:

*ein Mann allein
ein Mensch zu sein*

Pues bien, ¿cabe siquiera acercarse a un hombre así, sin hacer antes un esfuerzo sincero por evadirnos, esta vez al menos, de los dorados cenáculos donde nos confinan nuestros menesteres y saberes?

Esto es lo que he procurado hacer ante la Égloga, como podrá apreciarse, según lo espero, en las siguientes páginas: asumir el gesto candoroso de una simple conversación humana, y desahogar apaciblemente en ella mis preguntas, mis reflexiones.

He aquí algunas, por ejemplo:

¿Por qué habrá creído necesario el autor advertirnos que

su relato no es autobiográfico? ¿Acaso podía nadie suponer que lo fuese? ¿Cómo identificar la generosa espiritualidad del autor con el frío egoísmo de ese protagonista que deambula por la primera parte de la novela como un joven sá-tiro en delirio, pregonando su voluptuosidad con cínica inconsciencia? ¿Como si la augusta magnificencia del universo no tuviera más sentido que el de un tálamo de su intrascendente placer! ¿Como si el virginal misterio de la adolescencia femenina no tuviera más destino que el de ser un pasto para la efímera avidez!

No, el relato de la *Égloga* no es una autobiografía, claro que no. Lo cual no quita, por supuesto, que sea rigurosamente personal, en el sentido de que su exuberante experiencia ha alquitarado esas vivencias en su propio laboratorio, como lo dice él mismo, en la concentrada fórmula del epílogo: «Todo ha sido verdad, sin haber sido.»

Y precisamente es esta verdad vital la que, al asegurar definitivamente el valor humano de la obra, permite rastrear a través de ella el alma que la llamó a la existencia, creándola —como se crea siempre— a su imagen y semejanza.

Este es el interés inextinguible de la *Égloga*, y hay que leerla así para entenderla. No es éste un libro para lectores de novela rosa; es un libro para adultos, en plena madurez mental y cultural. Ponerla en manos de adolescentes —y tratándose de *Literatura* equivalen a adolescentes al menos el noventa y nueve por ciento de los lectores— es no sólo exponerlos a ellos a perjuicio sin compensación suficiente, sino sobre todo exponer la obra misma a un desperdicio lamentable. Un público de esa condición no penetra más que la amenidad de los episodios narrativos, y en la *Égloga* —como ocurre en *LA CELESTINA*, y en general en todos los libros de honda fuerza humana— los episodios narrativos son lo de menos. Lo que importa en ella, lo que coge y sobrecoge al lector capaz, son los vestigios de alma que se

encuentran, las huellas de alguien que pasó por aquí, tenso y transido, crucificado desde su juventud en los más sustanciales problemas.

Refinamiento

La primera esencia que se hace notar es tal vez la del hombre refinado. Los refinamientos sutiles de la expresión no son sino el síntoma externo de una modalidad interior infinitamente matizada y polivalente incapaz de captar las cosas en la nitidez aisladora de una simple aprehensión, incapaz también, por consiguiente, de reaccionar ante ellas en una actitud neta de fácil coherencia.

Todo es múltiple en estos hombres, todo es impreciso y evanescente. Nunca la pura tónica de una melodía; siempre las interferencias, las resonancias, los acordes y desacordes de una sinfonía atormentada. Los elementos radicales del ser se proyectan con toda su fuerza, en su propia dirección cada uno, y el resultado inevitable es un desgarramiento vital que no puede reconocerse sino en una diagnosis metafísica, ni cabe designarse con otro nombre que el de *Sufrimiento Ontológico*. Los poetas, violentando los términos, lo llaman alguna vez «delicadeza»: Par delicateste j'ai perdue ma vie, decía Laforgue.

Intelectual-Esteta

Estamos ante un hombre puesto en esta cruz de sus dos fuerzas primordiales, cada una de las cuales intercepta fatalmente a la otra. Si fuera él un mero intelectual, su ser se habría desarrollado indefinida y pacíficamente por el horizonte de la especulación abstracta. Si fuera un mero artista, se habría expandido plácidamente en la creación de la belleza. Pero es simultáneamente las dos cosas, por constitución inmutable de su naturaleza, y esto es lo que hace

radicalmente imposible una tranquilidad armónica en su ser interior.

No hay más que mirar sus diversos retratos para probarlo. Ya el de su juventud «a la época en que escribía esta novela» nos señala claramente en él la huella simultánea del pensamiento y del ensueño. El romanticismo tardío de la mirada se contrarresta por la inclinación pensativa de la frente; el rictus insatisfecho se neutraliza por el contradictorio gesto de los brazos: es Hamlet en persona.

El retrato de su plenitud viril —encuadrado impresionantemente en el esquema de la fisonomía goethiana— no hace sino corroborar ese conflicto, velado pero no acallado por el autodomínio del diplomático, del hombre de mundo. Sólo posteriormente el equilibrio inestable de las dos fuerzas comienza a aflojar en su tensión por el predominio paulatinamente creciente de la una sobre la otra —pero se trata de un debilitamiento, de ninguna manera de una desaparición de la fuerza decreciente: ésta permanece para siempre en el ser, principio de contradicción indestructible.

El predominio es, desde luego, del raciocinio sobre la intuición, del pensador sobre el artista. Es la trayectoria normal, al menos en esta raza de hombres, los intelectuales-estetas. Las dos fuerzas constitutivas de estos temperamentos traban en la intimidad un enorme combate, que se resuelve siempre, más tarde o más temprano, a favor del entendimiento, por una especie de necesidad misteriosa que le hace a uno preguntarse si en el designio plenario de la Naturaleza el poeta será acaso nada más que la larva del pensador.

Secuelas

Cuando se haga con todo el reposo que se merece el estudio completo de la personalidad de Zaldumbide, habrá

que ahondar metódicamente en este capítulo de su doble constitutivo esencial, porque en él se hallaría la explicación de muchos aspectos suyos, que ahora tenemos que limitarnos a enumerar tan sólo.

En él radica el sutil pulimento de su forma, del que partíamos hace rato —pulimento caracterizado por virtudes primariamente intelectuales: exactitud, concisión, sobriedad. En él radica su extraordinariamente desarrollado instinto de autocritica. De él brota esa superior modestia suya, ajena a las ambiciones de exhibición y publicidad, y que no es simple despreocupación exquisita, sino visión espontánea de la insustancialidad insalvable del aplauso. Con él se relaciona su cierta dificultad para adoptar ante los enigmas trascendentales la actitud ingenua y sabia del niño —del niño, filón de belleza desaprovechado casi completamente por este incansable minero de lo bello. Por él se comprende asimismo la hipotrofia de su sentido ético —deficiencia funcional que la madurez reflexiva va supliendo más y más eficazmente cada vez. Y de esta figura bifronte de su ser se origina, en fin y sobre todo, —delatando la irrefrenablemente ansiosa búsqueda de sí mismo— el angustioso, tremendo, grande y fecundo arcano de su insatisfacción vital, hambriento de misterio y evidencia a la vez.

Estamos realizando en estas líneas un mero planeo de reconocimiento que no hace más que indicar los capítulos que deberían estudiarse. Aun así, el último tema señalado —la insatisfacción vital— exige sin embargo absolutamente una consideración algo más detenida. Vamos a dedicársela, empezando por involucrar esa materia en otra capital, que viene a ser su prolegómeno indispensable: el concepto del amor en la *Égloga Trágica*.

DUALIDAD. El Eros Cósmico.

Hay que comenzar afirmando en la Égloga una concepción dualista del amor. En ella se destacan con vigor decisivo, pero por separado, dos aspectos irreductibles, o que al menos no han llegado aún a una síntesis de plena consistencia.

Por un lado aparece el amor como una espantosa Fuerza Cósmica, que tiene más de telúrico y aun de simplemente óntico que de formalmente biológico.

Es un aliento fatal y ciego, como los ciclones, como los huracanes. Con empuje salvaje, sin que se sepa de dónde viene ni a dónde va, avanza en ineluctable delirio contaminándolo todo. Su acre vaho corrosivo y destructor impregna el ambiente mismo, y nada en el universo parece extraño a su orgiástico rito, ni las grietas ingrávidas de las rocas, ni las porosidades infecundas de la materia inerte. Aquí o allá, ese hálito desesperadamente errabundo hallará acaso una pareja equina o un nupcial zumbido de abejas, y se transformará entonces en función zoológica. Pero ese es un accidente en el panerotismo de la Égloga. Lo único esencial en él es su poder universal, despótico y anárquico, sin por qué ni para qué. El joven europeizado o la esclava miserable, la solterona aristocrática o el frío extranjero, no son más que otras tantas lenguas sin albedrío en que desahoga su demencia ese abstracto verdugo.

Así es el amor en la Égloga Trágica antes de la aparición transfiguradora de Marta, que habrá de cambiarlo todo después. Tal es la primera jornada de la obra.

Porque ya es tiempo de decir que la obra consta de dos jornadas, y aun casi de dos piezas: indudablemente eglógica la primera, exclusivamente trágica la segunda. Desde el capítulo titulado «Primera visita a Marta» el libro se bifurca irreparablemente. La acción anterior continúa aún

durante breves páginas y desaparece luego definitivamente para dejar su sitio a la segunda acción, la cual introduce ahora un nuevo argumento, en buena parte también un nuevo estilo, y sobre todo –¡sobre todo!– un espíritu nuevo: un espíritu más hondo y consciente, más despierto y humano.

La Segunda Pieza

Estoy refiriéndome al drama Juan José –Marta– Segismundo. Podrá discutirse, desde luego, si este argumento vale o no más que el de la acción anterior, y no faltará quien opte por el primero, insistiendo en su mayor originalidad de fuerza primigenia. Yo me limitaré a consignar simplemente la experiencia personal con que me interné en el segundo.

En estas páginas anteriores he dicho lo bastante para que no pueda dudarse de la admiración, del progresivo asombro que me fue poseyendo ante la Égloga. Pero hasta el planteamiento de este drama me había conservado siempre señor de mí, en la serenidad inquisidora del profesor que va juzgando cada cosa, distinguiendo entre aciertos mayores y menores: dictaminando, en fin. Pero ahora, todo cambió de súbito. Me dominaban, me arrastraban, avasallado, rendido, y no podía hacer nada para impedirlo. ¿Qué había sucedido? Nunca lo olvidaré.

Segismundo estaba allí, tal como lo había hecho su hacedor: producto híbrido, mitad realidad y mitad sueño, –¿a qué vendría, si no, este calderoniano nombre de Segismundo?– pero respirando verdad y angustia, «superviviente de sí mismo». Ante él estaba Marta, vaporosa en el sopor matinal de su convalecencia yacente, «estatua de sí misma». Y en el abismo del fondo, para integrar la tríada necesaria sin la cual no hay misterio perfecto, la silueta doliente, ayer poderosa, de Juan José, «sombra de sí mismo». Y los

vi, y los sentí a los tres, seres vivos en la vida sin muerte. Percibí su respiración de fantasmas eternos, oí sus graves palabras, me golpeó su latido. Y sobre todo, me anonadó su tragedia –auténtica tragedia vaciada en los más viejos troqueles milenarios: dolor sin remedio, insoluble conflicto, total «aporía» sin salida –sin más salida que las heladas aguas del funeral estanque, porque como lo decía Marta en su lamento: «Si Juan José se matara por dejarnos vivos a nuestro amor, ¿cómo vivir los dos frente a su cadáver?»

Nos hallamos ante un tema de proporciones shakespearianas. Dos vidas que se reclaman. Una tercera vida, queridísima para ambos, que se interpone entre ellos, sin siquiera la disyuntiva «o tú o yo», sino con la única sentencia posible: ni tú ni yo; y al fin, el desenlace, imprevisible e inesperable: tú y yo, pero los dos sin ella; y en esa nueva situación súbitamente absurda, sin que se lo pretendiera ni buscara, reconciliado plena y definitivamente lo irreconciliable: vueltos los dos al abrazo de la paz fraternal, una paz dolorosa y triste pero armoniosa y serena a la vez, insertada con pleno derecho en el universal concierto imperturbable. Ni obsta para ello el que la heroína, que había sido presentida como clave de felicidad, cristalice en la línea final que es su epitafio, convertida en el «símbolo de la dicha que nadie logra», porque este póstumo nimbo de decepción no es sino una prueba más de la clara verdad que la vida terrestre no está hecha para la bienaventuranza: la honda y santa ley de la exhaustibilidad fatal de la criatura frente a la inexhaustibilidad fatal del anhelo; dura y recia verdad, pero verdad salvadora que Marta, en los siete sellos de su silencio, está enseñando a Segismundo para toda la vida, ni más ni menos que la mujer claudeliana la enseña incansablemente a todo hombre en la persona de su amante que le reprocha el no haberle dado la dicha: N'accuse que toi-même Rodrigue. Ce qu'aucune femme n'était capable de fournir, pourquoi me l'avoir demandé? (Soulier, III, esc. 13).

Una sugestión

Cuando al referirme a esta segunda acción de la Égloga empleo tantas veces el tecnicismo Drama no estoy hablando en términos sólo metafóricos. Al contrario: mi pensamiento es que en la Égloga estamos asistiendo a la aparición de los elementos completos de una pieza dramática que podría titularse «El amor de Segismundo», por ejemplo. Se trata de una pieza comprimida, diseñada a grandes rasgos –a la manera de Shakespeare en su última etapa: en Cymbeline, The Winter's Tale, The Tempest– pero cuyo germen, perfecto ya, contiene virtualmente todos los órganos de su desarrollo. En toda la obra, pero especialmente en esta segunda acción, el autor de la Égloga se revela clarísimamente como un temperamento de dramaturgo, mucho más que de novelista: sus fórmulas de expresión concentradas, su don de potentes síntesis psicológicas, y sobre todo su técnica rápida y perpetuamente intensa, siempre en busca instintiva de los trances de clímax y de anticlímax, más bien que de las holgadas corroboraciones del narrador, lo están demostrando a todas luces.

Tristeza de la Égloga

Sólo nos queda un último paso en este estudio, que va a internarse ahora por el sendero más recóndito. He oído a lectores inteligentes insistir en que la Égloga es un libro profundamente triste. Afirmación incontestable. La Égloga no es una tragedia simple. Es una tragedia múltiple, una como colección de tragedias.

Tragedia es Mariucha, la dulce indiecita inmolada, símbolo ella también de un diseño más general: interrogación lastimera de una raza que pregunta hasta cuándo seguirá su calvario en un país que quiere ser civilizado y cristiano. Tragedia es don Gerónimo, con la superficial

altivez de su hosca incomprensión. Y doña Dolores, la ex-mujer que una vez amó. Y Mama-Chana, y el longuito del mayordomo, y la vieja india loca, y los peones embrutecidos, y toda esa comparsa miserable que puebla la Égloga con sus muecas de lloros y de risas —más trágicas éstas, por estólicas, que las mismas lágrimas. Pobres semihombres zuloaguescos, cargados de una religiosidad rutinaria que no los vivifica, porque no los penetra... La tierra misma parece contagiarse de su tristeza, y gime con ellos lánguidamente, en una agonía sin aurora.

Y sin embargo, ninguna de estas tragedias es la verdadera tragedia. La verdadera tragedia de la Égloga Trágica es la del alma que dio la vida a la obra, lanzándola al espacio como una proyección dolorosa del propio ser —un ser aureolado con dones de privilegio, pero lacerado con pesadumbres de interior desconcierto, hermetizado en su invisible torre de soledad:

«Siempre y en cualquier parte el hombre está solo. És solo. Se és solo.

Y pues hemos de morir sin saber por qué ni para qué hemos venido al mundo ininteligible...

La pena animal, oscura; el cansancio de vivir sin saber por qué.

La humanidad que va, nadie sabe a dónde, como el ávido y triste corazón del hombre...

El vasto, ilimitado amor... Me ilimitaba mi propio anhelo... Y sin embargo, no me quedó sino acedado deajo. Cansado, pero no saciado...

Oh corazón, velero aventuroso: ¿cuándo estarás de tornada al puerto?

He aquí el existencialismo de postguerra —Heidegger, Jaspers, Sartre— sentido, vivido y formulado en acentos 1910. He aquí una actualidad más —dolorosa actualidad—

de la Égloga: el escepticismo, tentación normal de las altas inteligencias; la angustia, reacción normal de las vivas sensibilidades.

¿Volvemos a la caverna de sombras del antiguo mito platónico? Buscábamos un centro de gravedad para el mundo que nos envuelve, y no hemos encontrado más que los espejismos incongruentes de una Fata Morgana. El universo y los acontecimientos no tienen más solidez que el Rey Artús y las nueve hadas célticas. Todo es nada menos ni nada más que una fantasmagoría de pesares.

Etiología

¿Cuál puede ser la causa de esta actitud sombría, que hace imposible la unidad interior, exigencia inapagable de toda alma consciente? ¿De dónde nace esta conmovedora, humanísima negatividad de sollozo? De donde nacen todas las negatividades profundas de los hombres: de la percepción aguda de los problemas radicales, y de la no-percepción de una solución satisfactoria:

¿Por qué esta hambre de placer que nos atormenta —pregunta en todas sus páginas la Égloga— por qué esta danza inacabable del corazón, si después de cada aventura me he de repetir insondablemente el non satiatum? Y no responde.

¿Por qué, lo mismo que parece una caricia de la felicidad: este festín de la belleza irrestañable en el universo, brotada de manantiales invisibles, en el desierto, en el valle y en el páramo, como un alarde inútil? Y no responde.

¿Por qué el amor y por qué el odio; por qué la vida y por qué la muerte? —«¡Ah, está ella muerta: ¿tú has podido morir, oh Marta?—». Y el silencio replica que la muerte es un misterio tan grande como la vida, tan superfluo y absurdo como ella.

APÓSTROFE FINAL

¡Pobre alma transida! por tu voz poderosa está hablando en sus ayes el hombre eterno. Hace milenios lanzó a los vientos Prometeo su alarido titánico, y su eco no puede ya apagarse hasta el fin de los tiempos. En tu corazón, «máquina de sufrir», elabora sin cesar la vida el pan de amargura con que alimenta cada día a los cachorros de hombre, no importa en qué sitio del planeta se encuentren.

Pero qué: ¿es ésta la palabra final? ¿nos hallamos entonces en el reino de la desesperanza, en el país de la irremediable desolación?

Don Gonzalo:

No he dicho nada de nuevo a Ud. hasta este momento. Escritores, poetas, profesionales distinguidos de la Literatura, han comentado a porfía su Égloga, y aunque no conozco esos trabajos, doy por supuesto que en ellos se dice ya, y mucho más dignamente, cuanto mi voz puede haber dicho ahora -no me hago la ilusión de la novedad.

*Sólo mi última palabra quisiera ser nueva de verdad:
LA ÉGLOGA, PRETÉNDALO O NO, ES UN GRAN TESTIMONIO:*

*Nada llama tanto a la luz, como la sombra ansiosa.
Nada anhela por la verdad, tanto como la incertidumbre.*

*Nada se lanza tan inconteniblemente a la vida
-imán eterno- como el naufrago que se siente morir.*

Felices los que conocemos quién es la Luz subsistente; los que sabemos que el Camino, la Verdad y la Vida tienen un nombre propio, único y adorable: Jesús.

MIGUEL SÁNCHEZ ASTUDILLO, S.J.

PRIMERA PARTE

EL REGRESO

A los árboles de Pimán,
lejos de su sombra.

I

...Volvía de muy lejos, al cabo de largos años de ausencia, y mayores distancias de olvido...

Al trote de mi caballo, que, reconociendo el camino polvoroso, apresuraba ya el regreso a la querencia, muertas memorias resucitaban, y me seguían en leve tropel de acompañamiento.

Transmonté con emoción dulce y ansiosa la árida loma tras la cual, a poco trecho, iba por fin a divisar el pequeño valle donde vive, próspera y risueña, la vieja hacienda, término de mi viaje.

A la distancia, olvidadizo y desprendido, no acertaba a representarme bien la fisonomía ni el alma de este horizonte; pero, al primer golpe de vista, al ver el manto pardo de las laderas, con sus flecos de silvestres verduras y sus remiendos de sembrados trabajosos, reconocí la gracia pobre, la humildad franciscana de sus paisajes. Y el familiar encanto de otros días me penetró.

Era como si estos rudos campos fuesen sensibles a mi retorno y me esperasen para reintegrarme a su manso seno: y al avanzar hacia ellos, en verdad sentíame acogido por el llano entre las colinas como en abrazo que aboliese de pronto el tiempo del olvido.

Su aspecto, para mí, nuevo y antiguo, como de amigos perdidos y encontrados, me enternecía oscura-

mente, cual si una parte de mí mismo, de la vida ya despojada, persistiera ahí presente e inasible.

Mi anhelo prestaba a todo, al lejano monte vigilante, al llano tendido al pie, a las dehesas y sus animales, a los sembrados constantes y a las lomas áridas, el alma que me desbordaba en una secreta efusión, casi dolorosa a fuerza de indecible enternecimiento.

Y cuando vi la arboleda oscura, y el caserío rojizo y blanco entre la arboleda, la onda que me venía llenando el pecho afloró a mis ojos y un velo tenue tembló entre mi alma y el rincón amado. Parecíame que iba a encontrar, aún vivas a pesar de todo, y esperándome, invencibles en su fiel espera, a mi madre muerta, a mi hermana muerta...

Emoción dolorosa y gozosa, alegría rociada de lágrimas, la de volver, hastiado de correr el mundo, a un rincón perdido donde se pueda morir en paz.

Un viento súbito pasó; y fue cual si llevase la nueva de mi llegada a los árboles de la avenida, que ondulando la propagaron de fronda en fronda. Rumoreábanla todavía con las mil lenguas ágiles de sus hojas, cuando pasé bajo las ramas que se movían como en señas de bienvenida. También en mi memoria hubo como un soplo que pasó arremolinando todos mis recuerdos, a modo de hojarasca en la soledad.

De la blanca casa, a quien ya veía sonreír por entre los árboles, salió a mi encuentro Juan José, mi tío materno. De los míos no me queda sino él; los demás, se han muerto, o se han ido, que da lo mismo.

Esperábame de pie, gigante, a la puerta del patio sonoro. Para abrazarlo, vivamente piqué a mi caballo y desmonté con presteza. Cerca de él se había puesto Mama-Chana, la vieja aya identificada a nuestro hogar, depositaria de todos los secretos domésticos y de todas las tradiciones de la familia. De verlos, mis ojos ávidos,

prontos en aquel día al enternecimiento, se me humedecieron, de placer, de pesar, y como viendo otras visiones, cual si detrás de esos dos únicos supervivientes se asomaran figuras del pasado.

Los sirvientes, reunidos en torno del apeadero, seguían atentos la muda y entrañable escena de nuestro abrazo, y esperaban humildes su turno. Abracé a todos, sintiendo venir a mí, bueno y tardo, su cariño rústico. Para ellos, volvía yo a existir de veras tan sólo desde el momento en que me veían de nuevo. También para aquesta gente, simplificadora y grave, estar lejos da lo mismo que no existir. Todos se asombraron obscuramente de volverme a ver, venido de tras los montes y mares; y muchos de ellos no acababan de reconocermé. Hasta *taita* Chilca, el criado anciano, que me enseñó aquí a montar y tanto galopó conmigo por estos campos, en mi adolescencia centáurea, tardó algunos instantes en persuadirse. Aunque él se había dicho cien veces: «Ya ha de estar grande *ño* Segismundo, ya ha de estar hombre», yo continuaba siendo en su memoria el chiquillo ecuestre cuya imagen guardaron sus ojos. Al verme bajar del caballo, le intimidó el hallarme *otro*, distinto, casi extranjero.

Al volver, algo fatigado, a esta inocente campiña, esperaba yo que su paz, añeja y reconfortante, estimulara mi corazón modelándolo acaso a imagen y semejanza de su sencillez. Viejo abrigo de los amores y vicisitudes de mis padres, de mis abuelos, cuna de mis propios sueños, a medida que me internara en el recinto nemoroso, ejercería sobre mí el influjo pacificador de las cosas ahí acumuladas, lentamente humanizadas al roce de tantas gentes de mi sangre, que ahí amaron, vivieron y murieron.

Vagamente me iba anegando el sentimiento de una inmersión en el tiempo oscuro, más allá de mí.

Dejando en el patio a la servidumbre, subimos Juan José, Mama-Chana y yo, por la amplia escalera central, a la azotea, y nos dirigimos al salón. Mientras íbamos por el abierto corredor, imágenes más precisas del pasado se agolpaban en mis ojos. Era, otra vez, más vivamente, como si, al pasar frente a los cuartos entreabiertos, fuese a encontrarlas, vivientes a pesar de todo y saliendo para recibirme, a mi madre muerta, a mi hermana muerta.

La paternal presencia de Juan José, y la casi maternal presencia de la anciana, velaban hasta cierto punto la desolación del regreso huérfano. Pero, en aquellos instantes, mi corazón reclamaba otras presencias ya desvanecidas, ya imposibles, ya tan irreales como si nunca hubiesen existido.

...La buena hermana, la madre triste y algo misteriosa. Aquí debí hallarlas para la fiesta del retorno, aquí donde las dejé. Parece que aún las viera, tendidos hacia mí sus brazos y sus corazones, en el ademán desesperado y férvido de los adioses. Caras, caras sombras. Mi madre, esbelta y triste como un ciprés; noble figura afinada, extenuada de inteligencia y melancolía, que aumentaba con su silencio su soledad. Y mi dulce hermana. Se llamaba Clara; y en verdad que llevaba el alma, cristalina como una vertiente, desbordando de sus ojos límpidos. Sus cantos y sus risas por todas partes la circundaban, gorjeando y aleteando en torno de su boca pura.

¡Cuántas veces oí el enjambre de sus risas revoloteando entre estos boscajes, y no hice entonces caso de su milagro! Y hoy en la tierra negra, entre los gusanos, ella, que fue alada como una música, que fue pálida y celeste como una extraviada virgen lunar...

Aquí debí hallarlas vivientes; aquí donde las dejé, sin saber que era para siempre. ¿Por qué me apresuré a per-

derlas en esa especie de muerte que da la ausencia, anticipándome con mi partida a la muerte misma? Cruel impaciencia de partir, falacia de las tierras no conocidas que nos atraen de lejos, prestigios de mendaz hechizo que nos arrancan a lo más amado para iludirnos en busca de no sé qué dicha... Partí. Mas, ¿cómo precaverse del llamamiento de los otros cielos?

Entramos a la vasta pieza de recibo, conservada intacta. Cual si nunca la hubiesen olvidado, mis pies reconocieron la sensación de hundirse y deslizarse en la rica alfombra, espesa y muelle, a grandes hojas claras y enormes flores azules sobre fondo malva, tejida a mano, a imitación de los tapices de Esmirna, por los gañanes, en los antiguos obrajes de la hacienda. Decorada a la moda de tiempo atrás, tapizadas las paredes con aquel papel blanco asedado, a ramajes y florones en relieve y a columnas rojas aterciopeladas en los cuatro ángulos, guardaba aún la gracia, aunque ya no la ufanía, de su vetusto ornamento. Pendían de clavos rechonchos ingenuos cuadros, espejos empañados por el hábito del tiempo, daguerrotipos desmayados. Saludé a los viejos retratos que en la palidez de sus rostros inmobilizados parecían sobrevivirse a sí mismos, inmunes de envejecimiento, y contemplar sin asombro la continuidad de la vida. Parecían seguir habitando la pieza anticuada, en medio de esos muebles testigos de sus secretos abolidos.

Todo estaba cual fue en otro tiempo, tal como lo conocí; pero veíalo todo con ojos curiosos, asombradizos, renovados por la ausencia. Mi regreso era como un retorno a la infancia: descubría como nuevas las viejas cosas olvidadas.

Allí estaba el retrato de mi padre. Nada recuerdo de él directamente, porque a su muerte quedé tierno. Fue, para mí, sombra pálida e inconsistente, evocada de

tarde en tarde por palabras de mi madre, que lo veía sin duda en espíritu: acompañábale invisiblemente esa impalpable presencia que parecía ilusionarla en la soledad; mas su recuerdo no reconstruía ante mí la imagen desvanecida. Y causábame una sensación de extrañeza, y hasta una especie de inquietud, el descender de un padre que érame a ese punto desconocido.

...Pregunté a Juan José por Marta, la Cordelia de un hogar desbaratado.

Me acordaba de ella vagamente, como de un sueño que perdura en la semivigilia y se esfuma al despertar. No la había visto muchas veces, y recordaba sólo la última. Era el día en que debía yo partir a Quito, al internado del colegio de los jesuitas, para cursar filosofía. Iba despidiéndome en espíritu de todas las cosas queridas, cual si fuera a morir para ellas. Mis ojos iban tendiendo como una red de miradas, para recoger en la visión de adiós, el mayor número de imágenes familiares y llevármelas conmigo para el triste encierro. La vi entonces a ella, sentada en las gradas del jardín de nuestra casa de Ibarra, sola, mientras otras chiquillas amigas de Clara llevaban su zarabanda por los corredores. El sol, dándole de lleno, la hacía aún más rubia, irradiante y casi invisible, como una luz en el sol. La claridad de su cabellera le confería una especie de aristocracia, de fragilidad, entre las chicas de un moreno rico, tostado, caliente, propio del bello país de Imbabura. Parecía hija de otros cielos.

En la helada rigidez del claustro, meses más tarde, cuando la nostalgia del sol y del campo me ponía friolento y estremecido, yo la veía en la lontananza, sombra pálida entre otras sombras menos vagarosas. A pesar del ardor intelectual que se me despertó por descifrar en los libros todo el misterio del mundo, me dejaba estar horas muertas, con el libro abierto, interrogando la

aureola que circundaba como un halo triste su imprecisa imagen, y esa actitud pensativa que la asemejaba a las vírgenes brumosas de las leyendas. No es que hubiese adivinado todavía, gracias a ella, el ardiente misterio de amor; pero su quietud entre los retozos de las muchachas, dábame la impresión de un alma como en suspenso sobre la vida, en una dulce y precoz interrogación. No jugaba como las demás, tiernas bestezuelas, inconscientes y encantadoras. Tampoco yo era parecido a los muchachos de mi edad: lastimábame en los recreos, dentro del patio triste y murado como una tumba, la irrupción de su alegría animal intacta, no contaminada de meditación ni de rebeldía. ¿Cómo no sentían la glacial tristeza de estar ahí jugando a juegos imbeciles cuando por el mundo había llanos donde galopar en briosos potros, ríos donde bañarse, páramos donde cazar? ¿Más valía entonces quedarse quietos, a meditar en la muerte y en el misterio del hombre, como lo planteaban los graves libros y la religiosa atmósfera y la incesante prédica? Pero ya que la brusquedad de su incomprensión era tan irracional como su inconsciente contentamiento, la disparidad me aislaba, me reconcentraba; y cuando me sentía necesitado de efusión, de acompañamiento, pensaba, sin pensar, en ella, que acaso me comprendería.

Después, la distancia en el tiempo y en el espacio, fue borrando dentro de mí la intermitente imagen; propiamente, nunca la conocí. Pero su existencia continuaba ligada de lejos a mi memoria de *las cosas de allá*, y el amor de Juan José por ella me la hacía cara. Era Marta toda la dulzura de su vida fiera y solitaria. ¿Sería el remedio a su mal?

—Sigue siempre algo anémica, me dijo. Ella también desea verte. Irás a verla el domingo si quieres y si no te sientes muy cansado todavía del viaje.

Marta vivía en Ibarra, al lado de su madre enferma. Era la custodia de la solitaria insomne, de la triste loca. El mal de doña Dolores no daba tregua a su cuidado y la obligaba a una existencia reclusa, en la casa cerrada a todo trato humano.

Para hablar de intimidades dolorosas, tiempo teníamos delante. Desviamos la conversación a incidentes de mi viaje de seis semanas.

Entretanto, sentía calor allí dentro y me impacientaba por salir a ver toda cosa. Brisas del jardín hacían ondear el fatigado cortinaje, como llamando de fuera. Propuse que saliéramos enseguida a tomar aire. Pero Mama-Chana, a quien, ya en su oficio antiguo de ama de llaves, comencé a embromar como en otro tiempo por su excesivo amor propio en el arte de repostería y sus escrúpulos de monja golosa, nos hizo esperar uno de esos refrescos, secreto de familia, que sólo ella sabía componer. Nos lo sirvió con amor; y a mí me refrescó el alma la gracia vivificante y la abundancia de corazón que sin contar ni medir, ponía la buena vieja en los humildes quehaceres.

Bajamos primero al jardín que sesteaba abandonado e irregular, al pie de la azotea principal. Al pasar junto a la fuente, el fresco murmullo del chorro rebotando sobre la concha, me recordó, así, de pronto, físicamente, la sensación de fresca y abundante vida que derramaba la risa de Clara, la hermana hoy muda y obscura... Alondra que murió al alba, se le fue el alma en el canto y el júbilo de la alborada. ¡Tuviera ahora veinte años!

¿Cómo estuviera mi madre? Yo sigo viéndola esbelta y triste, ligeramente marchita, en el punto que la dejé de su declinar. Sin embargo, las sutiles huellas inscritas por el cansancio de los días en el viril rostro de Juan José, su hermano menor con diez años, me

advertían que el paso del tiempo hubiera ajado también, y acaso más, la gracia doliente y frágil del rostro amado.

Avanzamos hacia la balaustrada inferior desde la cual se domina el parque tendido en declive. Parecíame, cuando niño, inmenso y misterioso como un bosque salvaje, con sus claros y sus umbrías, rumoroso de hadas en cuchicheos, lleno de vagas mitologías. Todo en él era entonces creíble e irreal; y a la distancia mis recuerdos le conservaban su misterio vagaroso. Ahora, a pesar de la emoción que lo renovaba, veíalo neto, preciso, estrictamente real, despojado de las penumbrosas lejanías que alucinaban a mis crédulos ojos pueriles.

Subimos luego a las terrazas superiores, que se extienden a los costados y a la espalda de la casa, separada de ellas tan sólo por las azoteas descubiertas que le forman un amplio marco cuadrangular. Tendiendo la mano, Juan José me mostraba, mientras caminábamos, las muchas cosas cambiadas o creadas durante mi ausencia. Yo no las quería ver: que ellas avivaban la impresión de los años de alejamiento, y me decían demasiado claro: tú también eres aquí como nuevo, has cambiado, ya no eres el mismo. Y era verdad. ¡Ay! en verdad, nunca vuelven los que se fueron.

Al fondo de una de las terrazas laterales, la de la izquierda, se hallaba el gran baño de nado, al aire libre. Quise verlo. A él conducía festoneada de rosales florecidos, una pequeña avenida de pinos, plantados poco antes de mi partida. ¡Cómo habían crecido! Dejé a esos árboles aún endebles, de mi tamaño de entonces, fraternales. Ahora se alzaban graves, meditabundos, casi austeros, tan altos que no miraban ya sino al cielo.

El baño, de forma oval, estaba seco, sucio, cubierto de gris hojarasca: semejava un ojo muerto, vaciado de su pupila, del agua viva que copia y mira todo en derre-

dor. Su abandono me contristó más. Recordé los días en que con Clara esperábamos, sentados en una banca de la «casita del baño», que se llenase para bañarnos.

Junto al baño, persistía en su sonrisa, vetusta y fresca, la casita antigua, de florido corredor y dos cuartitos faltriqueros que servían de tocador y para desvestirse. En torno había obras recientes. Pero yo, en mi tardío y súbito apego a todo lo de antaño, protestaba casi contra aquellas novedades para mí sin alma, sin el alma conmovedora de lo pasado. Mis ojos andaban más bien atentos al vacío de lo acabado, lo muerto o lo ido.

El regreso es como un despertar: extraña no hallar en el mismo sitio los mismos objetos, tal como los dejamos al comenzar nuestro sueño de alejamiento y olvido. Y pues las cosas nuevas estorban a la ilusión de reanudar la vida presente con la vida antigua, en la apariencia intacta del pasado, uno quisiera apartarlas.

Dejamos la terraza para ir al huerto. Esponjados y felices, colgaban ahí los naranjos, como globos incandescentes, sus rojos frutos; los cafetos lucían como recién dado de barniz su follaje acrinolinado, mientras los hermosos guabos, magnánimos y copiosos, todos a una en flor, blanqueaban, nevaban sobre el suelo negro, abandonando a la menor brisa, en copos innumerables, la fina pelusa de su floración. Entre el verdor más sombrío de los aguacates, los sauces palidecían, y alargaban su fina silueta espiritual y melancólica.

Lentamente anduvimos por entre los añosos árboles. Yo iba reconociéndolos como a personas.

Juan José caminaba en silencio, seguido también del pasado que mi llegada suscitaba al recuerdo. Sin duda sentía, él también, vagando a nuestro derredor, juntándose a nuestro paseo de resurrección, las dos sombras dolientes y necesarias, las caras muertas. En mis adentros crecía un conato de lágrimas. Reteníalo, por no ha-

cer ver con ellas a Juan José la insuficiencia de todo lo que quedaba para consolarme de lo que faltaba. Pero las dulces fantasmas parecían insistir, pasar y repasar, en la brisa errante, murmurar en el rumor suspiroso de la hojarasca. Y al entrar en la avenida de cipreses, a cuya sombra solía pasear mi madre, la vi, la vi deslizarse, evocación consonante con la tristeza de los bellos árboles funerarios, amigos de su duelo y meditación. No pude más: mis ojos se empañaron...

La onda fue breve.

...En la hondonada, la tarde caía brusca y furtiva. Regresamos a la casa, que nos miraba ya con dos luces, desde el corredor.

Encontramos en la azotea a las mujeres de los sirvientes y de algunos peones, que avanzaban en grupo ceremonioso.

—Vienen a saludarte —dijo Juan José.

Cada una traía, sobre el hombro o sobre la cabeza, o colgando de la mano, ya sea un cesto, ya una canasta o un pañuelo, llenos de frutos, de aves, de granos o de huevos.

La mayordoma, después de abrazarme la primera, con ruboroso respeto campesino, me ofreció un enorme ramo de flores —flores del jardín, flores salvajes de las alturas, de los páramos y las quebradas— como homenaje de la tierra propia y símbolo de que todo lo que en ella crece es para el amo. Luego me echó sobre la cabeza un puñado de pétalos.

Yo también, conmovido con la ingenuidad de aquel rito de antigua usanza, no supe qué actitud tomar ante la campesina cortedad de la mujer. Agradecíle algo embarazado, mientras su hija mayor me obsequiaba, entregándolo a Mama-Chana allí presente, un cabrito lechal immaculado.

En seguida, la ayudanta me brindó un tesoro en el oro bermejo de las naranjas, el oro verde de las limas, el oro amarillo de los limones ceutís, de sutilísimo aroma. Desfilaron a saludarme las demás sirvientas, cada cual con su rústica ofrenda, ligeramente conturbadas todas en su simplicidad. Luego las más tímidas y humildes, las indias, mujeres de los gañanes, de los mansos siervos de la gleba, pasaron obsequiándome *pañuelitos* de huevos frescos, racimos de plátanos, gallos, gallinas, conejos recién cazados, primicias de sus *huasipungos*, y otros cuantos aperos para henchir la despensa. Me confundía tanta gentileza, y repetía inútilmente: basta, basta. Iba abrazando a todas aquellas pobres mujeres, agradeciendo aquel tributo ingenuo, oliente a bondad del campo y tradición antigua de esta tierra hospitalaria y desprendida. ¿Dónde más encontrar el candor con que esta sencilla gente me daba la bienvenida y me reconocía amo y señor del lugar, como antes a la ama grande, a mi madre, y a cuantos paternalmente poseyeron la hacienda con sus pobladores?

—*Su mercé* perdone la pobreza —dijo la mayordoma, excusándose del improvisado recibimiento—. Si con tiempo hubiéramos sabido que su mercé iba a llegar, hoy día toda la gente de la hacienda le hubiera salido al encuentro. Hubiéramos hecho arcos en el camino y a la entrada uno más grande, de ramas y de flores, con toda clase de frutos colgando del arco. Las cuadrillas de indios danzantes hubieran venido bailando alrededor de los caballos y el de su mercé hubiera venido encintado desde el lindero, tirado por los priostes, y seguido de la banda de música del pueblo. Una longuita racional hubiera aprendido de memoria la loa de salutación para decirla delante de su mercé, deseándole buena llegada. Y toda la peonada hubiera pedido al patrón un día de toros y algunos barriles de aguardiente para continuar

el baile... Pero, viniendo así, de repente, no ha habido campo de preparar nada, niño. Su mercé perdone.

Luego, bajando la voz, añadió: Si la patrona viviera, todo hubiera sido de otro modo.

Se alejaron, las tres cholos delante, las indias detrás, en grupo sórdido y triste. A éstas les di, al despedirse, un poco de dinero. Recibíanlo besándome la mano y no osaban tocarla con las suyas terrosas, agrietadas, de dedos sarmentosos como raíces: para llevarla a los labios me la cogían entre los pliegues del rebozo. De verla fina y pálida, exenta de los callos del trabajo, parecían, sin duda, insignia de la casta dominadora, de la nobleza del blanco.

Alejáronse sin hacer ruido con sus pies desnudos color del suelo, y sus caras cobrizas oscurecidas por el enorme sombrero gris de lana apelmazada, sus camisas blancas escotadas y sin mangas, sus anacos rojos, apagados por el crepúsculo. Pronto se esfumaron en la penumbra.

Fui a lavarme y mudarme para comer. Al sentarnos a la mesa, los puestos vacíos de las ausentes eran todavía una evocación. Ellas presidieron, invisibles, rellenaron de pensamientos nuestro silencio. Después, la velada en el cuarto contiguo fue asimismo plena y callada, entrecortada por diálogos que no decían lo que pensábamos y eran simplemente una precaución contra el dulce mal de lo que callábamos.

Juan José, mirándome atentamente, había exclamado al principio: —¡Te pareces tanto a tu madre! Ojalá no ames nunca como ella ni aprendas a sufrir como ella...

A causa de ciertos fugitivos movimientos de ternura, de ciertos aislados brotes de sensibilidad algo enfermiza, que en realidad no correspondían al fondo constante de mi naturaleza, Juan José creía también en una semejanza de alma con mi madre. Yo bien sabía que no.

Y que estos mismos enternecimientos de la llegada no impedirían el nuevo olvido, la nueva sequedad mañana.

Árida y ávida tengo el alma: y no porque entonces la regasen lágrimas fieles, iba a sentirse siempre tan blanda y pronta.

...Al salir a respirar el aire delicioso de la noche, hallé en uno de los corredores el mismo cuadro nocturno que recordaba haber visto desde niño. —Los indios, rebaño terroso y cansado, yacían tendidos en el suelo, al aire libre, cubiertos por sus ponchos.

Como sus chozas están lejos y ellos se alzan del trabajo ya tarde, se quedan a dormir en la hacienda, para recomenzar la tarea, durante los tres días de servicio a que se les obliga en pago del *huasipungo* prestado por el amo.

Después de cena frugal —porotos cocidos, patatas en su cáscara, maíz tostado— triste fiambre traído de la choza distante al lugar de la tarea por las mujeres presurosas, y devorado ahí en cuclillas, en voz baja, prepáranse a dormir sobre los ladrillos. En sus propias cabañas, el lecho no es más mullido: un cuero de borrego sobre la tierra mal apisonada, o una esterilla sobre un estrado de palos sin desbastar, sostenido por cuatro horquetas mal hincadas. Arriman a lo largo del corredor, a guisa de almohadas, sus instrumentos de labranza atados en haz: echan encima uno de sus ponchos, el hombre; la mujer, uno de sus rebozos; luego se acuestan apoyando sobre ellos la cabeza. Los casados, con sus esposas, al centro; las solteras todavía sin *amaño*, a un lado; las con novio, junto a él, tumbados todos en fila, pegados unos a otros, formando pesadamente una sola masa ondulante, oscura, vencida de animalidad, de ignorancia, de rudo cansancio.

Un acedado olor de fatiga, de cuerpos sudados durante el día, se dispersaba en la brisa del jardín. Ya, de

uno que otro bronco pecho, salía el ronquido potente e igual de un sueño cavernoso. La benignidad del clima los cobijaba; pero sus cuerpos hechos a la dura, insensibilizados por siglos de trabajo forzado, recibían indiferentes la suave caricia lunar. Curtidos por todas las intemperies, les da lo mismo la crudeza de las tierras altas o la calígene del bajo. Y en todas partes levántanse con el alba, y esperan en silencio el día para emprender el camino, al campo por arar, al bosque por desmontar, a la acequia por distribuir, dónde y cómo se les mande.

Había hecho ese día, el tercero de viaje desde Quito, una jornada de doce leguas a caballo. Me retiré, pues, temprano a descansar. Mi dormitorio era el mismo de antes. La cama guardaba la antigua candidez bajo la blanca neblina de su toldo. Ya no soñaría en ella los mismos sueños. Al ver las colgaduras ondeando a la brisa de la noche, que entraba familiar y perfumada, me acordé de uno que tuve antes de partir: en mi vehemencia por ir a correr el mundo, soñé que al fin un bajel fantástico —a modo de los veleros de unas románticas oleografías que a mí, chico de estas sierras, me habían dado la única, tan peregrina y apasionante, imagen del lejano mar—, me llevaba con rumbo desconocido; cuando desperté y vi, ilusionado aún por el sueño, los linos de la cama inflados por el aire de la ventana, creí, en verdad, en un instante de sonambulismo, que eran las velas del barco en que navegaba ya hacia otros cielos.

Todo igual en la estancia. Mas ¿qué consuelo ha de ser que las cosas duren cuando uno muda y se acaba? Ahí estaba un retrato mío, del adolescente que allí vivió y ya no existe, desvanecido en el tiempo, como sus sueños. ¿Qué hay de común, entre aquel muchacho urgente y el hombre laso de ahora? Tan sólo aquel pliegue, acaso, el primero de su sonrisa, precursor de esta arruga ya honda que subraya el desdén en mi boca de-

sencantada, fue, desde temprano, inscrito por las precoces melancolías de la iniciación, cuando por arrancarme de la carne púber y fiera el resquemor de las caricias y besos de una chola de la servidumbre, buscada en nocturnas promiscuidades con los criados, montaba de madrugada en mi caballo melado hasta olvidar en el ritmo raudo de la carrera y en el frescor y la luz del día, el ignominioso dejo, el mal ardor que quedaba, prendido de mí como un tábano.

Tantas emociones me habían removido durante el día que, muerto de cansancio, no pude empero conciliar el sueño.

Por la ventana entreabierta, un rayo de luna penetraba como una mirada. Hacía un calor aromoso. Me levanté y me acodé al alféizar, para contemplar la noche.

Sobre los campos desiertos, altísimo, vertiginoso de soledad, palpitaba el cielo; pasaban como voces, entre los árboles, ráfagas de un viento incierto; en la sombra y las lejanías se inmensificaba un misterio vago.

La vigilante quietud nocturna me sobrecogió: me puse a escuchar el silencio.

Nunca me hallé así, de pronto, a solas con la noche enorme, ni más a solas conmigo mismo. En las ciudades insomnes, noctámbulo extraviado por bares lívidos y febriles antros de placer, andando con falsos amigos en busca de falsa alegría, nunca vi en mi desvelo profano, la extenuante solemnidad de los cielos, ni la gravedad del mundo con nuestras vidas, bajo la mirada de las estrellas.

Y puesto que ese día se iniciaba mi nueva vida, quería pensar hondamente en mí. Sin saber lo que me reservaban estos caros sitios, que tanto amó de lejos mi corazón, memoroso y olvidadizo, cada vez que se acordaba de ellos en el desecante hastío de otros place-

res, yo esperaba que el cambio de residencia determinase también un adecuado cambio de espíritu.

¿Qué volvía, pues, a hacer aquí?

Partí como parten todos, alucinado por la ilusión de otros horizontes. Todos los que parten, parten en busca de no sé qué dicha: todo regreso es el regreso del hijo pródigo. Volvía felizmente desengañado de muchas imaginaciones. Conocía el cansancio a que nos lleva la errante curiosidad, y había puesto en claro la tontería de la mayor parte de nuestras ilusiones. Ya no andaba con la tribu ingenua que confunde París con la felicidad; y traía el corazón perdido por un mal amor.

Nunca deploré la pérdida de ninguna de mis ilusiones. Una profunda necesidad de verdad que hay en mí, más bien se alegra, que no se queja, de los desengaños. Y no quisiera sino fomentar este gusto áspero y sincero de la realidad. Aquietárame un sentido de la vida cierto, despejara la visión del hombre en el universo: y este precoz desencanto, esta como experiencia que de antemano supiera, fuérame más saludable.

¿Qué quería yo de fijo? ¿Qué prefería en la vida?

Siempre, y en todas partes, sufrí del mal de no saber qué querer. Si un hada hubiese venido a preguntarme: «¿Qué quieres? Yo te lo daré», yo no hubiera sabido escoger. ¿Cómo decidir, ni para qué escoger, si se ignora en qué consiste la felicidad?

Cuando elegimos esto o lo otro, todos lo hacemos casi al azar, como a ciegas, ignorando nuestro misterio y las verdades del alma. Y pues habremos de morir sin saber por qué ni para qué hemos venido al mundo inteligible, todo empleo a nuestra existencia es pasatiempo incierto y vana ocupación. Los hombres me parecen, todos, perpetuos locos que, desconociendo el gran milagro de ser, lo desperdician, pródigos e inconsistentes, en pueriles placeres e irrisorios dolores, entre

menudas agitaciones y un narcotizante olvido. Por eso yo nunca tuve ni busqué empleo preciso. La actitud del contemplador me pareció al menos la más noble, ya que ninguna actividad concreta alcanza su fin verdadero, cual es el de contentar al hombre: todas dejan tan sólo la fatiga del esfuerzo inútil, inútil aún de logrado. Tan trágico me parece en sí mismo el hombre, tan importante, que deploro como desviada de la nobleza de su destino la persecución de todo lo que le es ajeno, por inferior a su esencia.

¿Dónde está, dónde está su felicidad? ¿Qué cosa es, pues, lo esencial? ¿Viene un azar y todo lo trastorna! Ya que había de ignorar siempre la única ciencia que importa, deseaba siquiera saber quién era, conocer de veras mis necesidades. Hasta entonces, yo había vivido conmigo, como viven todos consigo, como con un extranjero que nunca me hubiese dicho su secreto. Me ignoraba, como todos, en lo profundo, donde se labra el destino.

¡Cuántas veces me hallé amando precisamente lo que quería no amar, adelantándome a encuentros que quería huir! Había acontecido en todas las circunstancias graves y decisivas como si alguien, otro yo oculto, dotado de una especie de voluntad más fuerte que la propia mía, y de una vida más oscura y honda que se nutría, dentro de mí, con mi savia, me hubiese traído, llevado, arrastrado, a pesar mío y contra mi razón y mi voluntad, al absurdo, al dolor, al arrepentimiento. Espectador impotente o alucinado, yo le miraba casi sin comprender, le dejaba hacer.

Mas, llegado a esta soledad, como a una altura, quería tender la vista en torno de la vida. Sin duda el aislamiento invita a trabar más despejado conocimiento con uno mismo, y con este extranjero indecible que cada cual lleva en sí. Encerrado en la austeridad de estas lo-

mas tristes, donde nada puede dispersar el alma, tenía de buscar el centro de mi reposo en mí mismo, no afuera, en la varia fortuna. Esperaba de esta sinfónica paz agreste, de esta soledad clara y remansada adonde las horas vienen puras y salubres como una agua viva, una armonía interior, una bondad nueva, no sé qué lustral ablución de sinceridad.

Empero, volver la vista al pasado me atedió siempre. Alguna vez que el reclamo de un ¿te acuerdas? me hizo tornar hacia él, no hallé sino desabrimiento. Miraba mi vida anterior como se mira, sin ver, el paisaje, demasiado conocido y fatigoso ya, de la comarca nativa en que uno se ha aburrido por largo tiempo en espera de la aventura anhelada, del viaje liberador, del feliz azar, que no sobrevinieron. Nunca me enternecieron recuerdos de la infancia ni de la adolescencia. Y mis pasiones, me parecieron, luego de apagadas, ajenas e irrecomenzables. Un desdeñoso viento de olvido me oreaba el alma, arideciéndola pronto.

Mas, de las aguas muertas del pasado, surgía entre el vaho de tedio, una tristeza como un presagio o un remordimiento, la mayor, la más humana de las tristezas: la tristeza de no haber amado. Había vivido como en acecho del amor, que podía venir a cualquier momento, pero que no vino. Y en vano mis manos ansiosas de acariciar alguna dulce presa deshicieron cabelleras ilusionantes. A veces creía ser incapaz de amar, no tener, como dicen las gentes sencillas, corazón para eso. Pero entonces ¿de qué me viene —pensaba— aquel desasosiego de espera y ese despecho de quedar tranquilo cuando las rupturas me dejaban libre y baldío, sin saber qué hacer de mi juventud?

¿Qué quería esa constante necesidad de ternura que a cada paso se desviaba, se engañaba y se desengañaba? ¿Y ese apenarme cuando tras la fatiga de obtener en vano

lo que deseaba, no me quedaba aunque inútil ningún deseo?

Y al volver al rincón natal, tan lleno me sentía de ternuras inempleadas que, a la verdad, mi suprema necesidad era amar.

Mas ¿a quién amar en esa cenobítica soledad? ¿Acaso a Marta María? Era ahí imposible ninguno de esos fortuitos encuentros a cuyo choque brota el amor por los ojos, como la chispa salta del pedernal. La mera posibilidad no existía de hallar allí lo que no hallé en medio de la multitud donde se entrecruzan las miradas de miles de seres que parecen precisamente ir buscándose sin saberlo.

¿Tras qué errante aventura lanzar ahí el siempre pronto y siempre incauto arranque de la juventud?

No me quedaba sino renunciar a la esperanza de amar. Bien temía que la sangre moza se me alborotara, ávida aún el alma, de vibrar, de sufrir, de gozar. Para gustar de reposo, menester era estar cansado. Yo creía estarlo. Pero no saciado. Era el antiquísimo *sed non satiatus!*

De codos a la ventana, continué así, largamente, en mi insólito divagar, debido sin duda a que ése era el primer día de la vida nueva. La luna, como una bandeja de plata, derramaba apenas por sobre el monte el nepente de su luz de ensueño. Su mirada mágica me persuadía de que en todas partes es posible la felicidad, pues que brota de los adentros del corazón y nunca nos viene de afuera. Mas yo me angustiaba al temor de una árida soledad. —Yo amaré —me dije para consolarme— estos bellos sitios, con la antigua, con la heredada predilección. Y hallaré en su paz mi contentamiento. No sólo el amor de mujer es el buen amor. ¡Y hay tantos dulces rostros en la soledad...!

Quedéme mirando el cielo que se obscurecía, que me

anegaba: y no hallé en mi alma pensamiento bastante grande en que refugiarme del infinito hacia donde me soliviaba la noche unánime, como una ola de la eternidad.

Busqué el refugio en la breve muerte del sueño.

II

Me levanté con el día. Vi alargarse por encima de los escuetos cerros de Oriente los primeros rayos, que escarmenaban y deshacían los jirones de niebla quedados como velos del alba fugitiva en los matorrales de las laderas. El sol iba vertiéndose sobre el valle; y de pronto anegó la cuenca de verdura que lozanea frente a la casa, entre las áridas lomas, como una esmeralda entre gemas bárbaras.

Tan fresca despertaba toda la tierra que parecía recién creada. En la inocencia de la mañana, animadas al resplandor nuevo, todas las cosas vibraban como un mudo cántico de alegría. Mis ojos inacostumbrados se maravillaban de la tenue frescura que daba no sé qué encanto virginal e idílico a toda cosa, a los prados, a los árboles, al alfalfar, y hasta a las agrias lomas.

Al silbido y las voces del vaquero, la vacada entraba al corral. En el aire se inflaba el bramido de las vacas madres, y los terneros encerrados en un potrill adyacente, reconociendo cada uno el aquejado reclamo que le venía en el aire, respondían con un berrido más lastimero.

Bajé a asistir al ordeño. Juan José, que siempre está en pie temprano, vino como de costumbre a desayunarse con un vaso de leche recién ordeñada. Una india se la traía espumante y cálida, todavía humeante del buen

calor animal. Parecíame que bebiese a grandes sorbos la paz y la ecuanimidad.

Su genio sano y agreste se complace en aquel espectáculo que continúa, en el candor de cada mañana, la inmemorial unión, casi fraternal, del campesino con sus animales, mansos y dadivosos. Desde que el hombre ancestral, ingenioso y previsor en fuerza de la necesidad, comenzó para sustentarse y acompañarse en medio de la tierra hostil a domesticar animales, aquel cuadro era el mismo de ahora. Y su antiquísima poesía a través de las edades, se conservaba más pura ahí, entre esa gente arcaica y su marco rústico, por el aspecto de remotísima antigüedad que le dan las indias ordeñadoras, con su vestido aun barbárico y su alma en todo primitiva. Últimos salvajes domesticados, vástagos posteriores de la gran raza selvática, conservan aún la sencilla, ruda belleza de mejores tiempos.

Se acercan con los pies desnudos sobre el lodo, a la bestia siempre temerosa; le atan con un cabestro las patas y en cuclillas, exprimiendo con dedos ágiles las tetas carnosas, rosáceas, hacen brotar, vivo y rápido, de la ubre plena y pelosa como un odre, el chisguete que al caer en el recipiente espuma a blancos borbollones. Las vacas se están ahí dormilentas; rumiando cual si meditaran, mientras hambreados los becerrillos berrean. Un mugido de ronca ternura les sale de tiempo en tiempo de las potentes entrañas; y cuando el hijo parido con dolor y amor, puesto en libertad se abalanza a mamar sin ver, sin responder a la madre que lo olfatea cual si lo besara, la expresión maternal, casi humana de sus lentas pupilas enormes es insondable. Flota en su mirar cargado de horizontes un oscuro ensueño. Adormecidas de mansedumbre; resignadas a no comprender nada del misterio del hombre que les habla como un dios imperioso y familiar, ligadas a la querencia por una especie

de entrañable apego, van por la tierra, guiadas por el espíritu primordial, graves y fecundas, lentas en el ritmo eterno.

La mujer del mayordomo vino, trayendo un cántaro de barro, a recibir la porción cotidiana de leche que la hacienda le asigna. La precedían retozando, tres de sus chicos, rapazuelos casi desnudos, bronceados al sol. Ahí, en la ajena propiedad donde sirvieron sus antepasados y de donde ella no se ha movido desde que nació, ha dado ya a luz once robustos hijos. A pesar de la majestuosa rotundidad de su vientre, otra vez henchido de una nueva vida, caminaba erguida y ágil. La falda de bayetilla roja le caía hasta los tobillos, dejando ver el empeine del pie desnudo metido en la alpargata de media capellada. La simple blusa blanca, que llevaba suelta, le hacía a modo de túnica corta. Un pañolón azul, cubriéndole la mitad de la cabeza, descendía por la espalda casi al suelo. Y la negra cabellera, peinada al natural en crenchas lisas, se partía sobre los hombros en dos trenzas.

Saludó con ademán ingenuo, lleno de nobleza rústica; y el campesino rubor de sentirse observada por el señorito, por el extranjero, le iluminó el rostro.

Dio el cántaro a una india que luego se lo trajo lleno. Lo echó entonces al hombro, sosteniéndolo del asa con un brazo que, descubierto por esa postura hasta la axila, lució la rica pátina que le habían dado los vientos, las aguas del río, los soles. Se alejó, majestuosa y sencilla, seguida de su alegre prole. Reproducía ella también como las mujeres de su clase una pretérita silueta: las líneas y corte de su vestimenta, los largos pliegues de su manta, el color vivo y llano de los tejidos le daban, con la jarra al hombro, un aspecto bíblico.

Pasamos Juan y yo a la pesebrera. El *huasicama* ponía un pienso a las caballerías. Iba dejando a cada una en su

cajón dos brazadas de alfalfa aljofarada. Devorábanla con visible regodeo. Los caballos aún no servidos, reclamábanla con breves relinchos exigentes, y al ver al indio avanzar cargado de la hierba, en cuyas hojas se irisaban trémulas gotas de rocío, escarbaban el suelo con impaciencia. En verdad le eran compañeros, a Juan José, esos animales; teníales afecto vivo, particular a cada uno; y al sentirse palmeadas por él, se diría que las buenas bestias sentían el íntimo halago. Quedámonos un rato oyendo el bocezar que llenaba cada pesebre de un rumor aplicado e igual.

Un cálido olor animal dilatábase en la creciente gloria del sol. Entramos a acariciar bajo su techo de media agua a «Benito», el viejo asno garañón, que fue hermoso como una zebra.

Filosofaba allí en silencio, al cabo de una intensa vida de holgar entre las mejores hembras de la yegüería. Durante largos años, había padreado, magnánimo y despótico, en sonoros amores con las yeguas cálidas, probando a rendirlas todas a su vigor. Después, achaques de la edad, socorvas, lupias y excrecencias, le habían convertido en mofa de los pollinos violentos y las potrancas en celo, que al celebrar sus jóvenes potentes ritos, le recordaban propias hazañas de mocedad y le ponían intolerante y de agresivo humor. Por eso no gustaba ya de salir a los potreros, donde otros tenores trompeteaban ensordecedores sus heroicas lidias y retozaban confiados en su fortaleza como sintiéndose eternos.

El sol se alzaba, pungente, anunciando un glorioso día de fuego. Juan José se excusó de tener que dejarme solo; debía atender a un trabajo inaplazable en una acequia distante. Hizo ensillar un caballo, y partió ofreciendo volver a tiempo para el almuerzo.

Subí, por la avenida central del parque, a la casa, blanca y risueña entre los árboles.

Sentada en el regazo de una loma enorme, mira, empujándose sobre un estrado de terraplenes, hacia la hondonada que forman, al juntarse con leve ondulación, los declives de otras dos lomas. Éstas se avanzan a modo de dos gigantescos brazos como para ocultarla o para protegerla. Ahí vive, apartada del mundo, Tebaida feliz y algo triste, la mansión de ventanas poco curiosas y francas puertas, ceñida por su cintura de azoteas, fresca y sombrosa entre su trenzada cabellera de árboles y el parloteo de su fuente infatigable.

Corre de lado y lado un desfile de aleonadas lomas. Algunas de un rojizo fusco, otras pardas, de color tedioso, casi todas incultas, agrietadas, rotas por cárcavas que parecen desgarraduras, a trechos erizadas de matorrales punzantes, de espinos, de cactus agrios y de nopales; descienden unas a abrevarse como sedientas en el torrentoso Chota, mientras huyen las de occidente, atropellándose y montándose unas a la grupa de otras, como un rebaño de monstruos en desbandada.

Las últimas tan altas son que si arrancaran del llano parecieran ingentes montes, mientras en la quebrada meseta interandina son escalones humildes de una ascensión prometeana. Horizonte estrecho, paisaje roto, convulso. Sobre la tierra despedazada, la dureza brumosa, metálica de un cielo ardiente. Junto a la austeridad y pobreza monacales de las laderas trabajosamente sembradas, el reflejo, como de ardores mal apagados, de un suelo estéril... ¡Y qué expresión la de su conjunto! Una gravedad que parece hecha a un tiempo de soberbia y de resignación, mas también, no sé qué olvido sedante, no sé qué paz que se extiende como una ya tranquila desesperanza. Único punto sensible, tierno entre esos sequedales, la casa con sus jardines y sus cultivos. Es la cisterna, el oasis: rinconada hospitalaria, impregnada de asidua domesticidad, casi femenina.

El espíritu se fatigaba tan sólo de imaginar que estuviera aún por hacerse todo lo hecho para formar, en esta tierra tan dura, mansión tan blanda. El suelo hostil, recalcitrante y árido, batido sin cesar por el trabajo fecundador, todavía mostraba a descubierto, en partes, su áspera greña primitiva, contrastando con las peinadas verduras de en torno, amenazando la obra de la paciente voluntad de generaciones.

Mi tío Juan José era el continuador de la serie de antepasados cuyo principal afán, en lo tocante a la hacienda, parece haber sido el de transformar en ese umbroso refugio el antiguo erial abrasador. Tanto amaba ese campo y la vida agreste, tan unido vivía al ritmo de los trabajos y las estaciones, al ir y venir de las siembras y cosechas, que hasta sus propias cenizas quería que entrasen en la obra de perenne vida, devolviendo a la naturaleza, para su juego de transformaciones, todas las fuerzas de resurrección que contuviera el despojo de su ser mortal: y para seguir morando en medio de esos trabajos amasados con su propia existencia en asiduo esfuerzo, quería que de sus entrañas, bajo la tierra, se nutriera un roble: este objeto tenía, cavada ya, su amplia fosa, en la mitad del jardín: no había sino que sepultarlo allí, llegada la hora, y plantar sobre su cadáver la semilla de supervivencia. Así, imaginaba antes de morir, se alzaría frente a la casa que perdurará, rumoroso al viento, feliz en la paz de ignorar la muerte, el roble votivo, divinamente inmémore de su origen.

¡Juan José! Su presencia tranquilizaba. Sentíase la asistencia de una fuerza recogida y pronta, como una espada en el cinto. Su estatura, enorme, no se erguía imponente sino ante los perversos; ante un niño o una mujer sentíase inerme, poca cosa, inhábil, él, cuya mirada no podían resistir los más atrevidos, si de alma falsa o tortuosa. Su barbado rostro acerbo, de gigante triste, se

suavizaba a veces con una expresión de ternura que lo distendía y lo refrescaba como rejuveneciéndolo: así mismo, puesto en furor, su melena, su barba flava, sus potentes músculos le daban, alborotándose, un magnífico aspecto leonino. Su cólera, certera y rápida, se descargaba de un golpe; momentos después perdonaba recordando que nada vale en la vida premio ni castigo a los pobres hombres, siempre locos y olvidados de su miseria.

Este gran ambicioso, despreciador de todas las ambiciones, quemaba su vida en la soledad. Su alma aridecida por el desengaño necesitaba como un rocío, una ternura femenina. Mascaba a solas, alimento de su alma tenaz, su pasada historia, como el indio la amarga coca, que le sostiene al mismo tiempo que le consume. Su trato era, empero, cordial como si la vida hubiese sido generosa para con él.

Su palabra simple y veraz, incapaz de dolo ni mentira, nutrida de realidades interiores, me reposaba del vano sutilizar de mis pensamientos. Yo le amaba como sólo se puede amar a un padre que fuese un amigo, el único. Su abierto don de simpatía y de comprensión, hacía de él el compañero, el otro yo, que va reviviendo lo que va escuchando y devuelve la confianza en reflexión o consejo, bañada en alma, nueva, simplificada, luciente de sinceridad. Su tristeza era secreta y fiera, depurada del sensual origen.

Desdeñoso de la fortuna, desprendido de todo interés material, trabajaba por olvidarse en la obra, por reposar. Él habría vivido de leche y miel con la misma naturalidad que vivía en la abundancia y el fasto, mantenidos sólo por costumbre y por boato del nombre.

Vinieron a despedirse los tres chagras de a caballo y los dos indios cargueros de a pie, que me sirvieron en el viaje entendiéndose con la caballada, los relevos, la hecha y deshecha del almofrej en los tambos, las cargas. Para regresar a sus casas, diseminadas en la hacienda, entregaron a Mama-Chana cuanto trajeron. Entre las cargas venía una con regalos insignificantes para la gente de la hacienda; todo un baratillo comprado en los portales de Quito y destinado a este objeto, consabido en cada regreso de los patrones al cabo de años. Chana se encargó del reparto. Recomendéle no olvidar a ninguna de las pobres indias obsequiosas que vinieron o vinieren a saludarme. Encántanles aquellas toscas y vistosas baratijas, abalorios de todas suertes, especialmente collares de mullos brillantes, pulseras de imitación de coral, sortijas de similor con cabujones de vidrio coloreado, de un gusto bárbaro y espeso, cintas y fajas bordadas, liencillos para camisas, y mil otros chismes de lance.

Como la indiecita *servicia* acertara a pasar por el corredor donde habíamos desempacado y puesto sobre una banqueta el barato y llamativo tesoro, que relucía en pleno sol, la llamé para que escogiera por sí misma su regalo. Apenas si se atrevió a mirar, menos a elegir. Cohibida por el respeto al amo desconocido, sentíasela, sin embargo, atraída por el antojo violento de esas chilindrinas. Hube de darla algunas sin obtener que mostrase su preferencia: y su rubor fue tan grande que al recibirlas, con los ojos bajos, diciendo un *Diosolopai* –Dios se lo pague– se escapó a carrera hacia la cocina donde humildes quehaceres domesticaban su hurañería sin disipar su timidez.

Divisé a Juan José que volvía a gran trote, en la gloria del mediodía. Fui a esperarle en la azotea que da sobre el apeadero. Su caballo jadeaba, espumante, el ojo vivo,

todo él ufano de su fibra, sensible al orgullo. Paró de un sentón. Juan José se destacaba sobre el animal como continuándolo en inteligencia y vigor hermoso: fue un magnífico grupo de bronce, en un instante de inmovilidad.

Se apeó resplandeciente de vida física, sonriente, fácil, noble. Su gravedad y su indisipable melancolía, parecían evaporarse en ardor momentáneo. Yo le admiraba y le quería, abolidas súbitamente entre los dos todas las distancias, las acumuladas por la ausencia, la de nuestras edades, la de nuestras vidas. Y aunque menor y menos hombre, me sentí capaz de acompañarlo, de persuadirlo, de consolarlo.

Tomó luego su ducha al sol. Fornido, esbelto, fino de junturas, blaquísimo, era un hombre bello. Sus cuarenta años no se apesantaban sobre ninguno de sus miembros ágiles. Sin la tristeza del rostro fiero, de tan intensa expresión de superioridad moral, habríasele tomado por un atleta. Tal expresión ennoblecía no sólo sus facciones sino su cuerpo todo, de suyo erguido.

Almorzamos copiosamente y a usanza de la tierra. Mama-Chana, que la víspera creyendo halagarme más, me había preparado tan sólo platos a la europea, se vindicó de mi reproche con excesiva largueza. Juan José reía.

Entre día, tendido en la hamaca del corredor principal, hundido en un cálido bienestar, seguía con los ojos perdidos el vuelo hipnotizante de los gallinazos. Negreaban en el azul inalterable, manchando el paisaje radioso y desolado. Con igual impavidez se posaban solitarios, a lo lejos, en las cumbres bermejas, brincoteaban en bandadas por los corrales y pesebreras,

en busca de desperdicios. Atalayaban en los árboles, atisbaban al borde de los techos. Su pelada testa rugosa les da el aire de viejos jesuitas calvos, enfundados en su negra sotana. Abrían de rato en rato como un manteo, sus alas, y escuchaban, sardónicos y familiares, todos los ruidos caseros. Yo los miraba divertido por su vieja novedad. Tan feos pajarracos, de tan desapacible graznido y fatídica catadura, transfigurábanse en la elegancia y suprema libertad de su vuelo. Eran en el aire de una esbeltez rauda y serena, y ahí se estaban horas enteras, haciendo tornos, lentos revuelos en espiral o agudos pases en flecha o vertiginosas ascensiones; o *planeaban* con los remos inmóviles, cerniéndose sobre alguna presa: una cría recién parida sobre los riscos, algún animal salvaje, un asno en agonía, una rodada mortecina.

En el sorprendente silencio caía, gota a gota, el agua que la piedra pómez de la tinajera dejaba filtrar. Medía la gota intermitente el ledo paso de las horas y los días. Clepsidra doliente y sugeridora, me advertía que la paz no deja de ser la muerte.

...Muerte furtiva de los minutos inasibles, transparente anonadamiento en el abismo invisible, en nosotros, fuera de nosotros, muerte continua...

¡Qué inmensa paz! ¡Qué despejo! Desplegábase ya ante mí, en la quietud que parecía definitiva, la perspectiva de largos años, quizá de toda una vida, de serenidad y paz. Después de haber vivido en ciudades febriles, cuya agitación rompe la unidad de los días, dispersa y desperdicia las horas, se me ensanchaba el pecho al sentir dilatarse, como una vasta llanura, la venidera sucesión de los días iguales. Era como si, sofocado de andar por un laberinto, me hallase al fin en descampado, dominando un espacio sin límites.

Por esta llanura del tiempo, parecíame que mi vida fluiría como un arroyo. Para no deplorar la fuga de los

días, ni los contaré, decía: proponíame hacer como los indios, los cuales no miden el curso del tiempo sino por el lento paso de las estaciones y las etapas de luna a luna. No han menester deshojar nuestros calendarios que duren lo que las rosas, ni comprenden nuestra manía de los relojes, del aparato triturador de las horas, roedor implacable y fatídico. Bástanles tranquilamente las sabias y religiosas divisiones de noche y día, que se reparten por igual la vida y mecen con su amplio ritmo así el trabajo como el descanso de los hombres y los animales. El sol es para ellos el sagrado péndulo que va, misterioso como una admonición, de la luz a la sombra, y de la sombra a la luz, rigiendo nuestros pasos y sentidos. Y son el calor y el frío, la lluvia y el viento alternos, quienes acompañan la apacible ronda que va de la siembra temprana a la cosecha postrera.

¿Qué edad tienes? —se les pregunta.

—No sé, niño, responden. No lo saben. Y es cual si vieran más.

Vibró un relincho.

Como todos los días a esa hora, venían a dar agua a los caballos. El indio huasicama —el que les corta la alfalfa y cuida de ellos— traía del ronzal al vigoroso Arión, un hermoso bayo anaranjado. Andaba con la sangre arrebatada desde la víspera, a causa de una yegua en celo que se había entrado a la pesebrera. Encerrado en su compartimento rara vez lograba de su ímpetu para la eterna aventura. Acordábase sin duda ahora de la andariega hembra tentadora. Caminaba resoplando, volviendo hacia el potrero la cabeza inquieta en que el ojo llameaba. Engreía el cuello henchido de fuerza, halagado por el rico toisón de la crin que añadía a la sober-

bia del continente la espesa magnificencia de sus negras ondas azulosas y lustrosas. Fanfarrón y pisador, urgía; pero retenido por el indio abundante en rudas interjecciones, contenía su vehemencia menudeando el enarcado paso de ambladura en que se ufanaba.

Seguían sueltos, lacios, tristes, los caballos castrados. Atrás venían, tenidos por los dos hijos del huasicama, un potro inglés y un morcillo más mozo.

Era aquel un castaño enjuto y elegante. Chocábanle acaso, al aristocrático pura sangre, el alarde sonoro del bastardo, y su vistosa hermosura de cromo, y sus ancas de cúpula, y su cola de procesión. Caminaba correctísimo en su distinción anglosajona, con sus miembros silgados, cenceños, recta la cabeza espigada, que el repujado de las venas salientes hacía parecer más descarnada, fino el arranque del cuello sensitivo en que las hebras de crin rala y corta ponían un fleco ligero. Parecía adivinar que el brío de circo de ese buen mozo no resistía a dos horas de semejante braceo, una vez puesto a prueba por el jinete; en tanto que sus hígados gráciles podían mantener sin desfallecimiento, por los caminos sin fin, el ritmo de su trote neto y preciso.

El abrevadero se hallaba en el patio de apearse; era una tosca alberca, de brocal de piedra, alimentada por un chorro constante. Las bestias sueltas, los serviciales y resignados eunucos, bebían todos a una. Mas no podían acercarse a la fuente dos enteros, sin tenderse los cuellos para olfatearse en son de desafío, movidos por el íntimo instinto agónico, por la oposición esencial del macho frente al macho. Esperaba flemático el pura sangre mientras, precipitado y sediento bebía el fogoso tenorio. Debajo el cuello corto y ancho, colgaba temblón el gargüero, y a cada succión ávida se veía correr bajo la piel el paso del agua, y se oía el ahogado gorgoteo de cada trago. El indio en tanto añadía al ronzal un

cabestro para reforzarlo y alargarlo. Le pregunté para qué lo hacía:

—*Ahura verís nomás, patrón* —me contestó el indio alzando la vista a la azotea donde me hallaba.

—*Caballu ca* caliente está *quiriendo* escapar: ha de arrastrar no más.

Dicho y hecho:

«*Cuando aguijón de amor pica — excusado es darle tregua: — va el caballo tras la yegua — y el asno tras la borrica.*»

Primero que el indio lograra ponerle bozal, todavía húmedo y rielante el sensual hocico, tornó grupas, agachó la testa testaruda contra el pecho, y como si halara un carro leve, arrastró al indio que intentaba contenerlo ciñéndose el cabestro a la cintura y parando de costado el empuje. Quemados los dedos por el roncal que se escurría, acabó el indio por soltarlo. El caballo inflamado partió entonces a carrera, enarbolando la cola, saltó la barrera del potrero con una levedad que la más vehementemente espuela de un jinete nunca hubiera suscitado en su balanceada pesadez. Allí estaba la yegua, agitada de espera, desde los primeros relinchos. Pero la irrupción del animal resonante dio miedo a la hembra pasiva, que emprendió la fuga... Fiel a prácticas del sexo, huyó bien, hacia un rincón. Alcanzóla el amante salvaje. Aunque deshecha de ardor, tiró unas cuantas coces que rebotaron en el pecho macizo, como en un escudo. Entonces amainó el déspota sus ímpetus: y a la brutalidad irresistible, prefirió el requerirla con más persuasivos pases y torneos. Ritos de seducción insondable.

Transfiguróse el bruto, de belleza. Sinuoso, tenso, recogido, preparado como un arco, chupado y escurrido por la tensión el vientre susultante, los ijares estremecidos, una pata delantera clavada nerviosamente mientras la otra describía curvas impacientes levantando el

polvo, sacudía de la frente estrellada las crines que le cegaban, hinchaba las narices aspirando el caliginoso vaho embriagador. Y la inflexión de los lomos serpenteaba con felina ondulación, del cuello que se tendía y se engatillaba, a las ancas que se encogían para el asalto.

La esclava, como si la angustia del deleite ya la atragantara, apretaba las quijadas remordidas, echaba las orejas hacia la nuca, levantaba la cabeza como para despejarla del vertiginoso oscurecimiento.

Admiraba yo la belleza nueva, la belleza sobreañadida que el amor ponía en el glorioso bruto. Privilegio del instinto que se expande libre de engaños y desengaños: orgullo de la potencia creadora que aspira por cima de todo a culminar y vencer. Todos los animales se embellecen en los raptos de la brama. Realizan la palabra de Leonardo según la cual lo interno repuja y modela, es el artífice de lo externo. Sólo el hombre es grotesco y vergonzante en la lid de amor. Porque su alma se asoma al combate cargada, a pesar suyo, de los hastíos, las traiciones, los desencantos, los remordimientos de la experiencia humana del amor. Y porque ha quebrantado con todas las tristezas de la inteligencia, del ideal y de la religión, el franco orgullo vital del abrazo. En tanto que el bruto intacto, inmémoro de hastíos, se entrega al ímpetu profundo que viene de los orígenes y crece y se perpetúa y le arrolla en su ritmo oceánico.

Oí pasos de pies desnudos sobre el enladrillado. Era la servicia que cruzaba la azotea. Llevaba ya puestos los tres collares de mullos, los brazaletes de coral y los aretes de plata que le había regalado esta mañana. —Mira, *longuita*, le dije, riendo, señalando el recodo del potrero— ¡Qué hermoso es eso!

Con una sonrisa de obediencia, miró un instante. Y un rubor en que más había de vergüenza ante la actitud embromona del amo, que de pudor, coloreó su rostro

cobrizo. Bajando los ojos volvió la cabeza a otro lado y aceleró el paso.

No de otro modo aprenden los largos pastores el amor. Pero también ellos, acristianados a la fuerza, entierran los suyos en la sombra. Es la única noción de mal que deben a la doctrina forastera.

Llegó la hora del baño. Ordené que lo limpiasen esta mañana y fui a ver si estaba ya lleno. El agua le había devuelto su vida, su alegre mirada.

Llenaba la cuenca un grueso chorro redondo que al hundir su cristal en el agua ya recogida, levantaba borbollones espumosos e irisados. El agua transparente, embebida de sol, parecía rubia, luminosa y cálida de reflejos; hervía en diamantes translúcidos. Mostraba por fondo profundo el quimérico cielo volcado que retrataba su limpidez.

Nadé, y con el gozo de antes, entre esos dos cielos iguales.

Después de la cena salimos a tomar el fresco en el corredor. La noche tenía color y olor de azahar.

La dulzura de la luna, de suavidad femenina, aplacaba la aridez de las lomas, ablandaba sus flancos desgarrados. El llagado y mísero paisaje aparecía transfigurado.

En el trémulo resplandor, los árboles parecían ascender, alargarse, como aspirados por el cielo vertiginoso. La brisa arrancaba de tiempo en tiempo a sus frondas tenues, casi irreales en la altura, estremecimientos furtivos, como a un plumaje sensitivo el roce de una mano.

La cumbre que cierra el horizonte en la lejanía, esfumaba su vaga forma de esfinge; y en la unanimidad noc-

turna fundíanse los contornos, las almas de todas las cosas. Un vasto aliento de paz respiraba en el silencio absorto.

La suspirante serenidad de esa hora había removido también la oculta, la recóndita sentimentalidad de Juan José.

La novedad de mi compañía le incitaba acaso a una confianza que le aireara el alma tan largo tiempo encerrada. Esa noche el pasado revivía. Lentamente, removía, desanudaba sus pesares como un amansador de serpientes deshace la rosca de sus dormidos reptiles ya inofensivos.

Había perdido en el aislamiento la prontitud de la palabra; además, un pudor de hombre fuerte le retenía a cada paso. Pero a frases vacilantes y alusiones esquivas, cobró ante mí nueva vida su vieja pena.

La atenta quietud circundante parecía esperar que se alzara de la tierra al cielo un poema voluptuoso y puro, un canto desgarrador. Pero aquella titubeante voz varonil, por bronca y mal contada que su historia fuese, importaba más en la vida. Así le oí con el alma abierta a la emoción de lo que de veras palpita y sufre.

Tal vez su confianza, como todas las confianzas, no era en el fondo sino un soliloquio, incompartible: yo también sentía mi verdad incomunicable: *secretum meum mihi*. Pero nos acercábamos en lo posible, tanteándonos las almas con las palabras como con antenas ciegas.

El habría aceptado sin murmurar del destino cualquier dolor, con tal que fuese noble, cualquier fardo insignificante para sus hombros erguidos. Su tristeza le era intolerable porque dimanaba de un mal vulgar.

Desde muy temprano, habían cuajado en su espíritu ambiciones arduas, ardientes voluptuosidades, tremendas fuerzas de combustión. Su desdén de pueriles place-

res, su apartamiento de las ingenuidades provincianas, y hasta su estatura, le habían hecho sentirse y parecer hombre antes de la edad. Se había, sin embargo, enamorado de

El amor había hecho de él, tan sereno y fuerte, un hombre como los demás, suplicante y necesitado. Esta patética necesidad de amar, que nos aqueja en la privación y nos destroza en la posesión, le tenía aún esa noche desorientado entre los escombros de su corazón, baldío, inútil, perdido para otra suerte de felicidad. Había amado sin escoger, sin saber a quién; había amado contra sí mismo. Pero el hecho de haber amado, aunque absurdamente, le confería por cima de engaños y desengaños, un prestigio aparte, una especie de autoridad en la ciencia del bien y del mal, el secreto de los caminos a lo hondo de nuestro ser. Sosteníale, sin duda, el más humano de los orgullos, el de haber llegado en el viaje a través del misterio de los corazones, hasta el limbo donde el destino mora y se elabora.

Yo que no había sufrido, yo le envidiaba. No había sufrido porque en verdad no había amado. Mi inmunidad era una prisión, me preservaba el don que me limitaba. Ante él, yo que venía de correr el mundo me parecía semejante a quien, sin haber traspasado jamás la linde de su cercado, oyese hablar de países alucinantes, tentadores y peligrosos. Era Juan José, no yo, quien venía de lejos, de lo hondo de la vida, de más allá de sí mismo. Comparada a las profundidades interiores de donde él volvía, ¡qué pobre cosa monótona el mundo externo, la curiosidad de los ojos vanos, la fatiga de andar y andar!

Díjete a Juan José cuán rica me parecía su vida inmóvil. Pero él repúsome:

-¿De qué me sirve haber amado si no he sido amado? Además, todo eso ya lo he olvidado y es como si nada hubiera sucedido.

-Lo esencial en el amor es amar, -repliqué sincero-: nada, ni el ser amado, consuela nunca de la tristeza de no haber amado.

Y nos quedamos pensando cada cual en sí. Desligados del breve lazo de las palabras, nuestros espíritus se abandonaron al vaivén de los devaneos indecibles.

Después de un largo ensimismamiento, nos despedimos. Era ya tarde.

Acompañé a Juan José hasta su dormitorio, y dándole las buenas noches en tono jovial y alegre para aligerar su silencio grávido, me encaminé a mi cuarto, al otro extremo del corredor sobre el terrado que conduce al huerto. Abiertas las ventanas de par en par, flotaba en la estancia clara el nocturno influjo de los floripondios.



A la segunda mañana, despertéme con el alba, al ruido de la «doctrina».

A la voz del indio mayoral que conducía el rezo, los gañanes en coro, hombres y mujeres, repetían cada versículo de la sagrada enseñanza. Distinta, sólo se oía, como un eco, la última palabra, repetida en voz más alta que el comienzo, de cada frase entrecortada, de ritmo borbotante y desigual. Decían en lengua bárbara, confusa:

-Cada fel cristiano - está moy oblegado - a tiner devoción - al Santu Sacramentu; - signar, persignar -, tres croces: - la premer en la frente -, par qui libre Dios - di malus pensamentus -; la sigonda nel pechu - par qui li-

bri Dios – di malus sentimentus –; la tircera en la buca – par qui libri Dios – di malus joramentus –; Pur tantu...

Desde los tiempos de la Conquista, continuaba, igualmente vano, aquel modo de acristianar. De cuatro a cinco de la mañana, todos los sábados, cada campestre caserío resuena con el murmullo de los indios congregados para loar al Dios del blanco. Incúlcanseles de memoria los mandamientos y misterios del culto extraño: poco importa no entiendan la intención ni el símbolo de los ritos que practican a la fuerza, como autómatas. Desposeídos en siglos, de todo discernimiento, de toda personalidad, aceptan el Dios ajeno, perdido el culto del propio Dios de su tierra; y la religión afirma, aumenta su útil estupor de esclavos. Su mente obtusa prolonga el miedo del blanco en las tremendas amenazas del Dios venido a conquistarlos. Preciso es obedecerle: –lo manda el amo.

Mi padre, pesimista compasivo e irreligioso, había suprimido en la hacienda la antigua práctica. Quería tan sólo que su gente fuese menos triste, menos medrosa de alma y cuerpo: que creyeran lo que quisiesen su tradición, su raza, su anhelo, en una religión que se les parezca, hecha a imagen y semejanza de sus corazones. Quería tan sólo desbistarles un poco el alma todavía en bruto, humanizarla más en la vida sin inquietarla con el más allá. Para libertarlos de la esclavitud del concertaje, supervivencia de las encomiendas coloniales, había adoptado para los siervos de su gleba la forma de trabajo más liberal: por el lote de tierra, que les daba a cultivar para ellos solos, pagaban a la hacienda tres días de servicio en la semana.

Después de su muerte, mi madre restableció la vieja costumbre de la «doctrina». La bronca salmodia venía ahora de la puerta de la capilla. Terminado el catecismo, brotó la salve, cantada en tono de lamentación.

Era impresionante. Toda la tristeza cristiana se sumaba con la tristeza del indio en aquel son de súplica, extraño consorcio de la angustia supraterrera mezclada a la primitiva y elemental del simple drama de ser y de padecer, sin saber y sin protestar. En ese cántico de patética melodía, los indios sentían el fervor obscuro y taciturno del pecador que implora una ayuda desconocida para su miseria.

Terminada la acción de gracias, el mayordomo corrió el padrón de la gente para saber quiénes habían faltado a la doctrina. Tenía a dos manos la larga tabla en que se hallaban inscritos todos los nombres de la gañanía: a cada nombre correspondía un agujero marginal por donde pasaba un pabilo retorcido anudado a los extremos: si a la lectura del nombre no respondía el *binditu alabadu* del nombrado, señalábase la falta para el castigo, corriendo hacia afuera el cordoncillo.

Se dispersó la peonada. Solos o en grupos, se encaminaban los que debían aquel día de trabajo a la tarea que el mayordomo les había asignado. Pronto pobló los campos la animación de la labranza. Y en la alegría de la mañana desaparecería la impresión de la esclavitud; y sólo era sensible el encanto de la vida antigua, saludable y fácil.

III

Mis nuevos días pasaban, iguales, lentos, magníficos en su ilustre fasto ecuatorial. El aire sutil de las sierras afinaba el brío del sol fogoso. La delicia continua de ese clima elisio que me tenía hundido en un fluido y blanco reposo, y como postrado de bienestar en la hamaca.

Era cual si me dejase, horas enteras, flotar en un remanso leteo, fuera del tiempo. La sedante caricia del viento, que pasaba lleno de aromas y de rumores silvestres, refrescaba mis pensamientos, adormecía mis recuerdos tanto tiempo desvelados. Una cobardía de convaleciente me impedía hurgar en mi mal para ver si de veras estaba cicatrizado.

Traje toda una biblioteca para engañar a mi único pensamiento; pero los libros me hastiaban antes de hojearlos. Prefería divagar como vaciándome insensiblemente del alma antigua, en ese comienzo de tregua, hasta tener la fuerza de asentar mi nueva vida sobre un tranquilo sentimiento de posesión de mí mismo. Vagos los ojos y el espíritu en suave estupor, seguía como un incierto devaneo el vuelo de los gallinazos o de las nubes. En bandadas, los pájaros tristes, de irónico aspecto jesuítico, surcaban infatigables por el alto cielo, felices de hender el aire y de alzarse a la frescura del azul desde la soporosa pesantez de los valles bajos, aplastados a esa

hora por el sol. En el silencio y la calma de la hora tórrida, devanaban sin fin la espira de su vuelo, mientras los trabajadores sudaban sobre el surco duro, y los viajeros jadeaban.

Casi todos los días, después de sestar en la hamaca, iba a charlar con Mama-Chana. Sentada en un sillón bajo y antiguo que al peso del hábito habíase adaptado tan bien sus contornos, que repelía, con su incómoda fidelidad, a toda otra persona, pasaba el día en la despensa —una pieza alta y muy clara, impregnada de olor a especias—, dirigiendo los cotidianos menesteres de repostería, preparando ella misma sus golosinas de fantasía, o haciendo modestas costuras. Yo solía sentarme en un viejo cofre ferrado, a oírle historias del tiempo de sus mocedades. La vieja doncella había llenado su memoria, virgen de secretos propios, de cosas de otros. Nacida y criada en casa de mis abuelos, sabía de corrida todos los cuentos de la familia. Contábase de mis padres las abolidas intimidades caseras, haciéndolas revivir a mis ojos en su fácil y aburrida monotonía doméstica. Contábase también de otros antepasados; y a medida que se perdía en las lejanías del coloniaje, su ingenua y crédula ignorancia magnificaba el pasado. Su relato impreciso, algo fabuloso, conservaba a esos abuelos desconocidos su aspecto de irrealidad que era acaso su único prestigio. Yo le escuchaba esas confusas, inciertas genealogías tan sólo por sentir las raíces de mi ser más hondas en el tiempo oscuro, nutridas de viejos jugos en el suelo patrio. De ese pasado subterráneo me venía así más fuerte apego al lugar natal, donde habían ya caído tantos de mi sustancia precedera, donde me esperaban. No, no había brotado yo ahí al azar, por el capricho de un antepasado errante, en la aventura sin

rumbo. Arraigaba en surco cavado, fecundado, mantenido por generaciones fieles. Mi destino gravitaba en torno, en la atracción secular; no habían de aventarlo lejos mis vicisitudes.

La buena vieja gustaba de desempolvar sus historias: se remozaba al recuerdo de cosas de juventud. Cuando quise que me contase la de mi madre, un pudor me retenía: parecíame profanar el silencio en que envolvió su vida. Mas el filial recelo se convirtió pronto en una especie de amistad comprensiva y férvida. Y pregunté, pregunté, hasta dar con las lágrimas y el secreto. ¡Dulce madre, santa mujer, que extenuada de melancolía, arrastraba con su paso pensativo y lánguido aquella red de fervores muertos!

Una tarde, fui a dar mi paseo por el alfalfar. Allí vivían los más viejos árboles del fundo, y yo gustaba de ver sangrar el sol en poniente al través de sus viejas ramas sensibles. Su follaje algo desmayado tamizaba la luz con una melancolía antigua, y la penumbra de la avenida se aclaraba como la de una nave a través de sus vidrieras.

Por allá había una vertiente. Era una gruta sombría, de encanto crepuscular a toda hora, llena de verde misterio y de reflejos temblorosos. La roca, socavada por el gotear milenario del agua que dimanaba de sus entrañas, formaba una hoya poco profunda sobre la cual se enarcaba el peñón, negro y rielante. De la ceja de piedra colgaban musgos y helechos. A la entrada, las raíces en el agua cristalina, velaba un sauce anciano. Ganado por el *matapalo*, parásito tenaz que le chupaba la médula vistiéndole irrisoriamente los ateridos miembros con la pompa falsa y prestada de sus frondas, se alzaba ascético y doliente.

Me encontré allí con la *servicia*, la indiecita de quince abriles repletos. Asentando los pies desnudos en las piedras a flor de agua había avanzado al interior de la gruta, a poner su vasija de barro bajo el chorrillo principal de la vertiente. Cuando me acerqué, esperaba todavía que el cántaro se llenase. Recogido el anaco y apretado contra las rodillas, para evitar las salpicaduras, ceñía la redondez de sus muslos, duros, plenos y lisos como troncos de guayabo. Se oía el glugluteo del agua en la oquedad del recipiente como una risa sofocada.

—¿Qué haces, Mariucha, a esta hora?

De ordinario, las servicias iban por agua para la tinaja en la mañana; pero, novicia aún, la longuita lo había olvidado.

—Llivo agua para mesa, niñu —dijo, como si la hubiese reprendido, coloreando.

Salió, evitando pasar bajo las estalactitas en cuya punta cuajaba gota a gota el rezumo de la peña, y se irisaba antes de caer. La esperé sentándome en una piedra, a la vera del húmedo sendero.

—Oh, Rebeca de mi tierra —le dije riendo— dame de beber, que tengo sed.

La inocente canéfora no entendió; se prestaba mal a la bíblica reminiscencia. Como yo insistiera, me tendió el rústico jarro a fin de que bebiese tomándolo con mis manos. Pedile que lo empinase ella misma, como en caridad a un fatigado peregrino. Cohibíala la extrañeza de la escena, y temblaba su hurañería bajo su obediencia. Respondiendo a mi empeño con sonrisa constreñida, su gracia sumisa, primitiva, inhábil, dio a mi sed ficticia el agua de la fuente buena.

Bebí algunos sorbos, y un hilillo se escurrió mojándome la barba. Busqué en mis bolsillos un pañuelo que no hallé; y esta vez sí, casi riendo conmigo, ofrecióme la extremidad del lienzo immaculado que llevaba a la es-

palda, anudado en la garganta. Cerca de ella, sentí el olor de su piel tostada, su olor agreste, salvaje, esencial. Se enturbió mi risa... La tarde. La soledad. Y era un murmullo marrullero el de las frondas. El alfalfar ondeó a modo de un teclado recorrido, preludio del viento súbito. De escuchar aquel silencio que me pareció lúcido, atento y como en suspenso de lo que iba a sobrevenir, pronto oyera la flauta de Pan.

Mariucha iba a retirarse instintivamente cuando la tomé del brazo para besarla. Se esquivó con presteza de salvaje, y antes que yo la aprehendiese, huyó furtiva, flexible, sin derramar una gota del cántaro. Atalanta no huyó más ligera. Inmémore de su origen, ¿no era aquella instintiva criatura la primogénita de esa tierra casi virgen todavía? Había brotado, vivía, moriría, fuera del tiempo, fuera de la historia, bárbara e incólume. Seguirle hubiera querido, poner mis manos en su cabellera selvática, plegarla como una rama cargada de frescos frutos. Huyó impelida por el movimiento hereditario, por el recuerdo inconsciente del amo violador y brutal, por el oscuro resto de rebeldía, transmitido de generación en generación como un depósito secreto, por un pudor del alma mal domada. El español de los primeros cien años de la Conquista no conoció otra mujer que la india vencida a la orilla del bosque, en el recodo del camino, en la zanja del sembrado, ni tuvo otra manceba que la esclava. El hacendado de la colonia propagó en los campos el mestizaje, plegando asimismo a la india con el miedo. La religión impuesta añadió por fin a las barreras naturales de raza, de mente, de destino, el terror del pecado incomprensible. Todo ahondó entre la india y el blanco la desconfianza de los sexos, el abismo de alma a alma.

Cuántas veces la vi vivir, mirándola sin comprenderla, su vida aparte, junto a la nuestra. Mientras Ma-

ma-Chana y yo charlábamos en la despensa, la longuita se ocupaba en los humildes quehaceres manuales. Comprendía la lengua española tan sólo en lo que concernía al uso diario y doméstico. Ni en su lengua habría tal vez entendido las cosas en que divagábamos. Era como si no oyese, con su aire abstraído. No me miraba de vergüenza, si de vez en cuando le preguntaba alguna cosa. A menudo, mientras Chana chocheaba, yo observaba el misterio de esa criatura, arisca de alma y sumisa de actos, que vivía entre nosotros, asidua e impenetrable como un animalito familiar. A veces la interrogaba acerca de sus gustos y sus costumbres. —¿Te gusta la villa?— (No sabía en qué sentido). —¿Te gusta salir a la villa?— No niñu, bulla de gente. —¿Te gusta pastar las ovejas?— Sí, niñu. Pero nunca la conversación iba lejos: parábase a cada paso en sus monosílabos; todo se revolvía para ella en una u otra de las palabras esenciales, si o no, suavizadas por aquel *niñu* a que las juntaba con el respeto hereditario.

¿Qué quería? Volver a su choza, allá arriba, en un cuello áspero de la sierra. La abundancia y molicie de la hacienda no la cautivaban. Era la casa ajena, la casa del amo; tenía que servir aplicando su simplicidad de hábitos y de espíritu a las complicadas exigencias del blanco. Su vida se hace con tan poco, su mundo es tan sencillo, que los aparejos de nuestra civilización todavía patriarcal le parecían excesivos.

Tal vez un longo la requería ya, para el *amaño*. Era todavía muy jovencuela y de natural muy blando, para sentir en su pecho el rencor al amo, acendrado en tres siglos de obediencia. Pero, a pesar de la convivencia y el buen trato, su alma era ya hermética para los de la raza enemiga.

A Mariucha, hasta Chana la mimaba con esa su brusquedad afectuosa y cordial. Dejaba los servicios más

bastos para las demás y la tenía casi siempre en el reposero, enseñándole a aderezar postres y primores. Molía la canela, clarificaba el almíbar, maceraba las hojas, lustaba la vajilla para los platos de más regalo. Yo la veía hacer, entretenido, estorbando a veces con mi presencia ociosa la faena. Así iba acostumbrándose a mí la hueraña, y se dejaba mirar, a ratos, olvidaba sus recelos de sierva esquivada. Y yo sentía fluir hacia ella más dulce mi compasiva simpatía por su raza. —Nada sabía de su co-razoncillo, de sus aspiraciones, de sus instintos de criatura primitiva, plegados a la vida del blanco. Ella misma discernía mal, sin duda, en su alma de salvaje domesticada. ¿Sentía acaso, subir a mí, desde sus adentros, un cariño oscuro como un agüero, secreto como una traición a los de su sangre?

El día siguiente al encuentro en la vertiente, fui a verla en la despensa. Chana no estaba. Mariucha, de rodillas en el suelo, molía maíz morocho. El torso inclinado hacia adelante, se arqueaba sostenido por las dos manos regordetas puestas sobre la piedra moledora. Todo el busto seguía el vaivén de los brazos sobre el mortero, una piedra baja, ancha y lisa, de toscos bordes. Los perlados granos pasaban y repasaban requiebrándose bajo la piedra oblonga que iba y venía sobre los añicos hasta pulverizarlos. El impulso imprimía cada vez a sus pechos, duros, frescos y lozanos como frutos, una sacudida que hacía titilar su botón primaveral, debajo de la camisa descotada, que henchida por su peso los cubría apenas con una ingenua franja bordada de azul y rojo. Adheridos con firmeza al seno púber, abroquelábanlo con su temprana plenitud, promesa de fecundidad, fuente del vigor de la fuerte raza. Aventadas por el balanceo, las tres gualcas de mullos desiguales que colgaban de su cuello, rebotaban en la piel morena.

Sus pantorrillas, que aparecen desnudas desde la

corva cuando está de pies, las ocultaba ahora el anaco, tendido hacia atrás, sobre los talones levantados, la punta de los dedos contra el suelo. Veíanse los juanetes encallecidos de los pies siempre descalzos.

Por debajo del pañizuelo de blanco lienzo echado sobre los hombros y la espalda, asomaba la extremidad de la trenza envuelta desde la nuca por una faja tan ceñida que la tornaba tiesa: el haz del pelo negro y lacio, torcido y apretado como un cable, yacía rígido en su vaina de cinta a manera de vendaje de momia. Sólo un corto mechón quedaba libre, aumentando la semejanza del *huango*, así entesado, con la cola de un toro.

Tentado por la extraña rigidez de tal peinado y aderezo me acerqué a tocar la apretura del singular envoltorio; mas la longa esquivó la cabeza con un movimiento de asustada seriedad, reflejo ancestral del castigo en que los incas las afrentaban cortándoles el cabello.

—¿Por qué huiste ayer, Mariucha? —le dije riendo.

Ruborizóse y no me contestó. Mas su silencio no parecía de rencor.

Su rostro dulce y basto sólo tenía de fino las cejas, el mentón y el arranque del cuello bronceado. Los ojos almendrados revelaban, remotamente, el prehistórico origen de la raza. Entre los párpados sin resalto, de corte exiguo, las pupilas aterciopeladas, nunca movidas por ninguna inquietud espiritual, guardaban su luz en reposo, con mansedumbre ovejuna.

Como toda conversación con ella era difícil, o inútil cuando no imposible, me quedé callado, sonriendo, viéndola.

Entre mí pensaba: amar a esta criatura con un amor parecido a ella, elemental, primitivo, inconsciente; ser

amado por ella a su modo, ¡cómo me reposaría, cómo me despojaría del alma antigua, en qué dulce olvido animal oscuramente me sumiría!

Pero pocas veces vi como entonces lo impenetrable de esa otra alma, las lejanías de su silencio, lo extraño de su secreto familiar y cotidiano. Desesperé de comprenderla, y más que nunca sentí la imposibilidad de que ella llegase a salir de su penumbra interior para venir a mí. Diferencia de razas, agravada por la dominación secular que todavía nos mantenía en la relación de amo a esclava; costumbres del país, en donde ni la convivencia doméstica del señor y el siervo, ni la igualdad ante la ley escrita, han establecido aún ninguna paridad; desigualdades de nacimiento, de educación, de modos de vivir, que confieren al blanco el libro, la pluma o la espada, y atan al indio a la esteva; fatalidades históricas ya inamovibles del fondo, mientras el diario contacto ha mecanizado el hábito exterior, utilitario de la servidumbre.

Vi, digo, más inalcanzable toda intimidad espiritual que nos igualase en el amor. Y sin embargo, algo en ella me atraía. Hubiera querido hallar el camino a su corazón, el lenguaje natural ya olvidado, para hablarle de cosas simples y aclarar con la luz de una mutua simpatía su virgen pensamiento, sondear en ella hasta dar con el fondo humano, con la oscura fraternidad esencial. ¿Cómo entrar en su alma hermética?

Ella estaba ahí, sumisa en todos sus actos, a mi mandar. Pero el santuario interior, que ella misma ignoraba en ella, reservado estaba para otro, para un igual, de su sangre, por fuerzas antiguas, guardianas de instintos irreductibles. Secreto rencor de raza vencida, desemejanza fundamental que ningún descastamiento, ningún olvido, era bastante a abolir; herencia preservada, informadas voces que ahogó un silencio de

cautela y asechanza, sonrisa constreñida, modelada en siglos, fatalidad...

Pero, a pesar de las distancias y las diferencias, ella estaba ahí con su sexo suave, con el dulce calor de su seno, con su ternura animal, capaz de borrar en el abrazo breve, las diferencias y las distancias.

Y cargando mis manos de toda esa ternura humana que de repente sentimos afluir de no se sabe donde —de esa bondad un poco triste y lasa de quien ha esperado mucho y luego se abandona casi vergonzante al placer pobre y herido que le ofrecen una sonrisa, una simpatía, un halago cualquiera, fácil y sin mañana, hallando en su opaco encanto la dulzura de un vulgar consuelo a su renunciación—, levanté sin brusquedad el rostro de la india humilde, cogiéndole por el mentón con una mano, acariciándole con la otra la mejilla en flor.

...Su raza bronca y sumaria conoce la ciega lujuria, conoce tal vez el amor y sus insidias y sus urgencias. Pero ignora las caricias, adorno inútil, rodeo superfluo, elegancia inventada por los blancos. Entre indígenas, el hombre se llega a la hembra con su deseo taimado o descubierto, tortuoso o súbito; la hembra pronta y sumisa cede, y el amor pasa. Desatado el abrazo avasallador, ignoranse después como antes.

Ella sintió sin duda el magnetismo de mis pases, la tensión plena y tranquila de mi ser junto al suyo, entre cerró los ojos, dejóse palmear como inhibida por una inercia, cálida, densa, oscura, a modo de un sueño. Pero tras el breve eclipse, reapareció en ella el sentimiento de su servidumbre, y no vio en mí sino al amo que quería abusar de ella. Sacudió el fugaz aletargamiento, despejó el vaho de voluptuosidad que le empañó la conciencia y esfumó las distancias y abolió por un instante las diferencias. Y Mariucha volvió a su huraño instinto de defensa.

No insistí, por no echar a perder el leve influjo persuasivo y silencioso, de una mano que acaricia sin premura. Y salí al jardín.

A la noche, conversando con el mayordomo, bromeamos acerca de lo ariscas que eran las longas y lo difíciles de seducir.

-¡Se hacen no más, patroncito!

Y sentenció luego, experimentado, conocedor:

-Hay que forzarlas, niño. De buenas, *no se dejan* nunca. Por darles gusto, hay que hacer la farsa de violentarlas.

IV

Y comenzaron los días, largos y magníficos, a amontonar su monotonía. Y a medida que pasaban, las cosas iban perdiendo aquella como sonrisa de novedad y de frescura con que parecieron darme la bienvenida, iban mostrando su insuficiencia para retenerme. Pasado el fugaz prestigio con que las vieron mis ojos y mi corazón en la fiesta de la llegada, apagaban su poder evocador, no excitaban ya el alma al recuerdo. Y en medio de su atonía de cosas despojadas de ilusión por el hábito, fui poco a poco olvidando hasta a mis caras muertas.

Era preciso llenar la vida de algo, de alguien. Yo anhelaba una vida dulce y plena, de ferviente y tranquila devoción.

¿Qué iba yo a hacer? La parte material de la vida no me preocupaba; el manejo de mis intereses no era, por lo demás, para mis manos incuriosas e inhábiles: seguiría en las de Juan José. Y yo no veía en ello sino la nobleza y desprendimiento con que él obligaba mi gratitud. Así, cuando alguna vez me quedaba a oír a los sirvientes, que venían todas las noches a darle cuenta de los trabajos del día, era por gustar de su habla rústica y sávida, oliente a enjundia de la tierra. Las más veces, dejábalo a Juan con ellos, y me iba a pasear por las terrazas florecidas, que exasperaban nocturnamente sus perfu-

mes. En verdad, aquel clima de paraíso reclamaba una felicidad que se le pareciera, clara, voluptuosa e inocente, augusta y sencilla, igual. La luna regaba sobre los campos su apaciguamiento, como sobre los instintos rudos, y de la mansedumbre de una vida simplificada de suyo, se elevaba un anhelo de paz universal. Sentíame yo en reposo, y sin embargo, errante todavía en busca de un bien no hallado.

¿Podré, me decía en ratos en que sentía con acuidad la sensación del vacío de mis nuevos días, podré vivir de contemplador de un paisaje inmóvil, en que mis pensamientos revolotean como tristes aves? ¿Y cuando me canse de estar aquí, a dónde ir? Ni aquí ni en parte alguna, ni yendo de una a otra parte, mientras no le halle en mí mismo, no hallaré el contentamiento. Para el que no está en paz consigo, no hay en el vasto mundo morada definitiva si no es la tumba.

Por entonces creía imposible otra dicha que la soñolienta y parda de la agreste uniformidad, en el olvido de todo el resto. Mas, para contentar con semejante felicidad toda una juventud, ¿qué de anhelos no tendría que sofocar, qué de ilusiones, de curiosidades, de fantasías, de posibilidades sin número, que apartar...!

El a veces inconfesable pero siempre tenaz deseo de aventura, que pone una impaciencia de alas en toda imaginación solitaria, habría de exaltar en el vacío la mía, y me atediaría luego el voluntario empobrecimiento y renunciación. El viento, que viene siempre de lejos, ¿no me estaba ya diciendo: da vela al brío de tus años, has entrado al puerto demasiado pronto? Y el agua, que huye como los días, ¿no me decía: en mis ondas pasa un consejo? ¿Vivirás como el marinero que se aburre en tierra y siente la nostalgia de la tempestad?

Envidiaba, empero, la viril ecuanimidad de Juan. Reconocía en su existencia una belleza y despejo de grandes líneas.



Cierta noche, de pronto, me sentí más ansioso y triste. El esquife de la media luna parecía inmóvil en el azul glaceado, transparente. Toda esa belleza estrellada, insigne; toda esa sublimidad me era indiferente; y a poco de mirarla, dejábala como ajena, inútil para mí, vacía. Un alma me faltaba al lado, hermana en la ansiedad terrestre, que al contemplar la magnificencia de los luceros innumerables, se refugiase de su esplendor y de su misterio en mis brazos de hombre, oscuro, cautivo como ella, inerte, pero presente, cercano a su corazón. Leves fantasmas de casa abandonada, cruzaban azoradas por mi memoria las siluetas de las amadas en otro tiempo, sombras vagantes fuera del pasado. Ninguna bastó con su gracia ni su ternura a consolarme de no amarlas...

La agobiante serenidad de esa noche hacía más mísera mi tristeza. Y yo pensaba como acusándome: estoy dejando pasar mi hora, malogrando mi juventud. Aquí el corazón no late sino para empujar la sangre que corre encauzada a la muerte. Al viajar, al estudiar, al entregarme a lo que solemos llamar placer, al cambiar de queridas y amoríos, no he hecho sino engañar esta tenaz necesidad de amar. A pesar de todo lo sufrido, vacía está aún mi vida, y mi destino en suspenso. La melancolía de la inteligencia, que no comprende el enigma del hombre en el misterio del mundo, ¿qué es en comparación con la esencial tristeza del corazón que no ha recibido su parte de amor en la vida?

En verdad, nada ni nadie me consolaba de no haber amado.

●

Volviendo de pasear por el alfalfar, quedéme un rato a charlar con el mayordomo, que de vuelta del trabajo, desensillaba su cabalgadura. Había ido, desde la aurora, de choza en choza, notificando a los gañanes para una *minga*, trabajo suplementario de todo el peonaje a la vez. Había tenido que subir y bajar lomas, cruzar llanos, zigzaguear por senderos de cabras entre las quebradas numerosas. Su bestia de servicio, una yegua overa, veterana de esos riscos, estaba ahí, junto a la casa, embrutecida de cansancio, amortiguados los miembros, sucia de sudor que al enfriarse apelmazaba el pelambre bajo el polvo del camino adherido en costras tiesas. La hembra menguada llevaba en sus entrañas un hijo de seis meses, que ya le trabajaba el vientre grávido; advertíase dentro de él la presión incómoda, el conato de vida independiente del feto que se movía y reclamaba todo para sí, en la ceguedad del egoísmo de querer vivir. La madre jadeaba en la doble fatiga, agachada la cabeza como si el cuello flácido no pudiese sostenerla más, y la restregaba contra un pilar del corredor por libertarse más pronto del freno y la testera ya insufribles. Al quitarle la montura, silla enorme y recia, de baticola y ancho ataharre al que la cola iba atada, estribos de metal, labrados, pesados, como piezas de armadura, colgando de acciones de cabestro, petral bordado, pellón de chivo, toda una complicada indumentaria, cayó al suelo el sudadero apestoso, descubriendo el lomo humeante del sudor conservado debajo: tres viejas llagas, —en la cruz, en el puesto del borren trasero, sobre el esternón— avivadas por el frote, lucían como nuevas, dolorosas.

Libertada, la infeliz dio vueltas en uno y otro sentido, buscando un puesto menos pedregoso donde revolcarse y borrar la persistente impresión de los arreos.

No hallando terreno suave, se resignó al último, que escarbó un poco, y doblegando las patas doloridas, se dejó caer como para morir. Refregóse el costillar contra el suelo, y no teniendo fuerza para darse la vuelta sobre el lomo a cambiar de costado, hubo de ponerse en pie y otra vez tumbarse. Tomó así su baño de tierra, refrescante era de creerse. Levantóse algo más ágil, y sacudiendo el cuerpo huesudo, resopló cual si dijese ¡huff!

La escuálida bestia fue a abrevarse en un remanso de la acequia. Para alcanzar el agua, alargó el cuello, arqueó las patas delanteras, que temblaron, blandengues, sosteniéndola apenas; pero bebió, a grandes sorbos, entrecerrando los ojos, como quien fuera a embriagarse para olvidar. La fruición del frescor pasaba estremeciéndole el gargüero, hasta el pecho hético, y a cada aspiración se ahondaban los ijares, pesaba más el vientre, colgado como una cuna. Meciéndolo un poco al andar, fuese al corral en seguida, a esperar el pienso nocturno. Esperándolo estaban ahí otros compañeros de servidumbre. Sabían que el pienso tardaría, que sería escaso, y las horas largas. Recibiéronla sin amistad: una boca más, otro tanto menos. Un asno, que dormitaba de pies, cansado de filosofar, despertó malhumorado para hacerle campo junto a un buey que rumiaba viejas historias indecibles. Dos jamelgos melancólicos, castrados ambos, se lamían los cuellos, consolándose de caricias que nunca recibieran.

Y sobre esa pena animal, oscura, sobre ese cansancio de vivir sin saber por qué, de sufrir del hombre sin comprenderlo, el crepúsculo regaba su ceniza fina.

A lo lejos sonó un rondador. Era algún peón que, terminado el trabajo en la hacienda, regresaba a su choza distante, dando al viento su alma gembunda en las siete cañas desiguales.

Tras la fatiga diuturna que lo embrutece teniéndole con los ojos y la mente oscura clavados en el surco que va regando con el sudor de su frente, el indio, por un momento, olvida su mísera condición, liberta su anhelo recóndito, en la rústica melodía. Su triste y salvaje música parece decir a un tiempo su pena y su pobre esperanza. Sus sentimientos cautivos se exhalan todos, oscuros y hondos, en esas notas de inconsciente melancolía siempre igual, resignada y tarda. Parecen mecerle y adormecerle, como cantándole: Hijo de la gleba, vástago de florida estirpe, antes dueña y señora del suelo, hoy pisoteada y servil; tendrás hasta el fin de tus días que arar la tierra que ya no es tuya y cosechar para el amo; e igual que penaron tus padres y tus abuelos penarán tus hijos, y así será mientras el blanco fiero beba de tus fuentes, viva de las mieses que tú cultivas, regale su vista en la abundancia de los rebaños, pobre indígena desposeído.

El tono cambió de ritmo, se hizo más suave, parecía modular una consolación. Era cual si otra voz le dijese: Apura el paso, que en el umbral de la choza, o junto al fogón en que humea la simple cena campes- tre, tu mujer te espera. Durante el día, tus longos pastaron tus cuatro ovejas; tus dos bueyes están ya dentro del cercado, rumiando como quien se acuerda. La siembra próspera grana en el huasipungo que te prestó el amo y es en realidad cual si fuera tuyo. ¿Qué más quieres? ¿Qué otra cosa amas en el mundo? ¿Qué otra clase de vida concibes? De lo perdido ya ni te acuerdas. Has hallado en tu servidumbre, y en el

olvido de ti, una especie de triste felicidad, felicidad de los infelices que ignoran, callan y pasan...

Flotaba la música silvestre como el aroma de las lomas áridas. Era la voz ingenua del alma agreste, y sus sencillos acordes se dilataban en la tarde quieta, al igual del humo del hogar que inciensan las humildes chozas prosternadas. Es el ritmo hereditario que aduerme en sus pechos la rebelión, les enternece y ablanda el rijoso instinto que en ellos suple el amor.

A medida que el rondador se alejaba, la quejumbre de su melodía volvíase más patética. Aunábase a la tristeza crepuscular de aquella tarde cansada en el paisaje árido. Creíase oír en ella la desesperanza ignota transmitida por los antepasados a los continuadores de la secular servidumbre, la melopeya cansina de una raza próxima a extinguirse. Su misma pobreza de alma era conmo- vedora.

Me encaminé a la casa. El viento nocturno barría del cielo ya apagado el resto de la ceniza crepuscular, despejando el naciente donde la luna insinuaba su tímida transparencia.

¿Qué hará Marta a esta hora? pensé, y con súbita apretura del corazón la compadecí. La caída de la tarde en la vetusta casa debía de ser más triste. Sentada tal vez en las gradas del jardín abandonado, recibía con la cabeza inclinada la sombra que agravaba su soledad, mientras las manos exangües dejaban cerrarse sobre las rodillas el libro cuya ideal ficción no alcanzaba a transportar su cautivo ensueño lejos de esos muros. Era la hora en que la madre recomenzaba sus fuegos fatuos. El delirio de la visionaria poblaba la sombra medrosa, y Marta respiraba la fiebre esparcida en la atmósfera alucinada: ¿cómo no vería pasar visiones en la luz menguante? ¿No sentía rozarle la frente con el ala membrana- nosa, en vuelo temblón e incierto de murciélagos, los

terrores que revoloteaban ante los ojos de la extraviada? ¿No se sentía sofocar de angustia al ver a su madre pasar, furtiva y sigilosa, por los corredores, agitada cada tarde por la nueva espera al amante que iba a venir a encontrar la muerte? La amante ilusa olvidaba cada mañana y revivía todas las noches la misma escena, con su macabra fidelidad. ¿Podría Marta escapar al íncubo interminable...?

V

Un domingo de sol.

Era la hora desierta sobre los campos. Saltando de piedra en piedra, sin pensamiento, como un salvaje, fui por el cauce mismo de la quebrada, hacia el estanque, cuyo muro de represa se levantaba entre las peñas abruptas de las dos orillas. La atención de escoger las piedras donde asentar el pie sin mojarlo, me absorbía el espíritu reposándolo. Cuando quise descansar, busqué una enramada a cuya sombra sentarme. A cierta distancia, en un recodo por donde pasaba, bajo follajes profusos, la acequia en que se vertía el agua del estanque, vi un torso de mujer, una cabellera de azabache destrenzada sobre una espalda cobriza. Observé inmóvil algún rato. Era la longa servicia que tomaba su baño, al aire libre. Estaba casi desnuda, al amparo del tupido matorral que la resguardaba mejor del lado del sendero solitario. Cauteloso, el corazón ya latiéndome, me acerqué a mirar. De pies en medio del raudal, cogía el agua en un mate grande y, enderezándose, lo volcaba sobre su cabeza. Al inclinarse a llenar la rústica aljofaina, la escotada camisa de lienzo que le servía de traje de baño, dejaba resbalar una hombrera, y aparecían los pechos plenos, estallando de lozanía, de inocente voluptuosidad. El agua rebotaba en pequeñas cascadas de la cabeza a los hombros, por la espalda y los muslos fuertes

y en la piel lisa rielaba al sol. Había acabado de enjuagarse, y apretando en un haz el cabello, lo escurrió, echándolo de nuevo atrás. La camisa mojada se adhería al cuerpo: antes de hacerla, con ambas manos, deslizar hacia los pies, se echó sobre los hombros la pañoleta de blanco lienzo que iba a servirle de toalla y salió a secarse en el césped de la orilla. Estaba ahí, desnuda, inocente, feliz como un animal.

El baño en la onda clara, la color de esas breñas, la desnudez de la virgen bronceada, componían una visión fresca y simple que daba la imagen de nemorosa soledad sorprendida por el atisbo del eterno fauno. Demasiado ignorante de sus encantos era esa Eva rústica para que sintiera a solas el voluptuoso halago. Prendió en mi sangre la llama, y salvaje, rápido, inflamado, fui hacia ella. Volvió, azorada, la vista, y al reconocerme, se internó en un rincón, donde las ramas se entreveraban más protectoras. Se ocultaba acaso más por respeto que por pudor. Avancé resueltamente, dando una voz de taimada jovialidad:

—Hola, Mariucha, ¿por qué te escondes?

Se veía su cuerpo bajo la enramada, taraceado de sol y sombra. Tenía cogido el lienzo sobre sus pechos y entre las piernas. Sus dedos cuajados de sortijas bárbaras se agitaban por asegurar el paño. Así desnuda y alhajada, parecía un ídolo indígena. ¡Era la virgen América!

Me dirigí a su refugio. Miróme asustada entre sus pestañas tenebrosas, con la cabeza agachada, todo el cuerpo encogido ya en defensa. Y no hubo en mí otro hombre que el primitivo, el del rapto y la acre violencia, el del alegre y feroz botín.

Riendo, riendo ardentemente, me llegué a ella, que sintiendo el poder del hombre, retrocedía. La lucha fue breve y ficticia.

Cuando me alejé, persistía en mis labios el temblor

del beso sávido como un mordisco, y en el alma, una emoción antiquísima. Fue cual si en mí se hubiera despertado el español ancestral, al choque de aquella escena idéntica sin duda a los encuentros del guerrero blanco con la hembra de la raza subyugada, al margen de la selva ignota, en el ardor de la conquista heroica...

VI

Y así iba fluyendo la vida, insignificante y grata.

No faltaban, empero, las horas en que, de pronto, o poco a poco, me sentía vagamente ahogar en la hondonada estrecha, el pecho opreso por las lomas circundantes, ansioso ante el mañana sin rumbo ni perspectiva.

Salía entonces a caballo hacia alguna altura, a esparcirme en otro horizonte. Prefería subir a una alta loma que domina los dos valles. Llegado a la angosta cresta en que termina la subida y comienza el descenso al valle por el flanco opuesto, veía tenderse, de un lado, la muelle risueña y tibia magnificencia de la llanura en que la ciudad, blanca y feliz, vive adormecida; y de otro, la fez hoya del Chota, avahada por la caliginosa respiración de su fecundidad. A menudo, en la belleza del paisaje vasto y luminoso, como a la orilla del mar, lograba olvidarme horas, anegado en la contemplación errabunda y vaga, brizado por el columpio de las nubes en el espacio.

Como esta tarde parecía más luminosa que otras decidí subir hasta Yuracruz, la hacienda alta cuya casa, asentada a 3.000 metros sobre el nivel del mar, domina el más extenso panorama de valles y cumbres que se pueda abarcar de una mirada en tierra tan hendida como la nuestra.

Antes de avanzar hasta allá, detúveme un momento

en Aluburo a mirar también de ahí y más cerca los dos valles próximos, el de Ibarra y el del río Chota, que se divisan al par desde el lomo de esa loma divisoria. Eché pie a tierra y me empiné a un pequeño reborde, a pocos pasos del camino, para ver mejor.

Estaba ya abstraído cuando alguien, saliendo de la troje que de ahí atalaya el horizonte, parecía dirigirse hacia mí. Le reconocí indecisamente. Se acercó en actitud de efusiva sorpresa a abrazarme. Era un antiguo amigo y convecino, Santiago Gutiérrez. Me causó placer el verle. Explicóme la razón del casual encuentro: se había apeado por comprar a la trojera maíz para semilla, pues estaba de administrador de un fundo cercano. Me alegró ver bien conformada a su crecida estatura la seriedad que desde el Colegio le hacía mostrarse prolijo y circunspecto.

Ya Juan José me había contado que don Gumersindo Gutiérrez, padre de Santiago, hubo de vender su propiedad, contigua a la nuestra, para pagar, ya anciano, deudas que se le habían venido encima año tras año en su empeño tan persistente como vano de querer innovar, transformar los tradicionales métodos de trabajo, rutinarios y pobres como los antiguos dueños. En su afán de incrementar y acelerar la productividad, había sido de los primeros en ensayar tractores, abonos, implementos agrícolas extranjeros, de gran novedad entonces y de ilusionantes promesas, pero de coste mayor que su rendimiento aún no experimentado en terrenos difíciles y erosionados como éstos. Había muerto de pena el desafortunado, arrepentido de no haberse mantenido fiel al surco bíblico trazado por lenta yunta de bueyes que enseñaban a nuestros antepasados la paciencia y la perseverancia.

Su hijo había resultado, sin embargo, adicto al amor y trabajo del campo; pero, más cauto que su padre, le ha-

bía heredado –junto con la nueva pobreza– la antigua sabiduría campesina nativa, menospreciada por él, y por él vindicada luego. Su hijo era, pues, un realista, así en sus observaciones personales como en la práctica. Manejaba ahora un fundo ajeno, con su honradez personal; y llegaría a adquirir uno propio, sin prisa ni aventura.

Me agradaba oírle: su conversación era concreta y comprobada, tranquilo y claro su discernimiento. Conocía casi todas las haciendas: me las señalaba con la mano, bajo sus nombres arcaicos. La propiedad rural se movía poco en Imbabura: enraizaba a viejas familias de gente llana y prolífica, de abolengo rancio o reciente, igualmente discretos unos y otros.

Abastecida por todo género de climas y productos, vive de la providencia de esta tierra una buena gente sobria y valerosa: casta de españoles antiguos en medio de una población disímil, pero concorde en el diario comercio entre indios, mestizos, mulatos, zambos, blancos puros, formando una gama variopinta desde el rubio hasta el moreno y el cobrizo, pasando por el hibridismo bicolor y aun tricolor, o indefinible en el estigma hereditario, que a veces asomaba impreso en la rabadilla. Predomina, como es natural, el sello castizo del blanco en la vida y aspecto de las ciudades.

Santiago era también un ferviente de bellezas naturales. Nos quedamos ahí un buen rato contemplando el paisaje.

Privilegio de los caros valles interandinos, donde los climas desarrollan su ascendente gama, desde el sensual torpor del bajío a la inocencia de la nieve eterna, el alma apasionada y rica de aquel paisaje, a medida que la tierra asciende, se afina, se exalta, se espiritualiza, llega al éxtasis de las cumbres.

El vario verdeguear de los cañaverales en las cañadas

profundas; la mancha sombría de las huertas y cafetales; el bermejar de los trigales maduros en los declives de la serranía; los algodones que blanquean en los recuestos más cálidos, mientras en las mesetas se enternece el verde jugoso de las dehesas, donde rebaños patriarcales pastan en manadas libres; caserías con sus arboledas, modestas, plácidas en el despejo de la atmósfera clemente: y por todas partes una paz arcadia.

Observó Santiago cuán pocos son los viajeros, aun los turistas, que sepan mirar. Pasan, dijo, como los arrieros y como los indios, sin ver, sin detenerse. Lo esencial es llegar pronto. Han visto una vez por todas el contorno, ya lo conocen y no hay más. En cuanto a los indios, se les da lo mismo un paraje que otro, y al levantar sus chozas, las ponen, sea de espaldas, sea de través. Mientras más ocultas o más aisladas unas de otras, mejor. Hurañería.

–¿No ha subido usted todavía a Yuracruz? –me preguntó.

–Pensaba hacerlo hoy día. Es aún temprano y la tarde está tan linda.

–¿Quiere usted que lo acompañe, si no tiene inconveniente? Me encantaría subir una vez más a ese mirador incomparable.

–Pues vente conmigo –le dije, tuteándole para darle el ejemplo de volver al tuteo de la adolescencia.

No se atrevía a tutearme, receloso al creermelo, sin duda, muy cambiado y distante por hábitos de Europa que él ignoraba.

Y emprendimos la marcha cuesta arriba. El camino debía de estar tan malo como desde antiguo, pero seco: era verano.

Por entre los lazos y vueltas del sendero en zigzag se sucedían como en cinta cinematográfica cuadros

que cambiaban de aspecto según la orientación. Avanzábamos a paso tardo, conversando sobre los lugares.

En llegando a Yuracruz, nos apeamos a mirar desde la azotea de la vieja casa el diorama en abanico, transparente bajo la luz fija.

Teníamos al pie y en primer término hacia abajo la ciudad de Ibarra y su valle; y cerca de ella la laguna de Yaguarcocha. A lo lejos, por el Norte, se divisaban, tras la frontera con Colombia, sus volcanes Chiles y Cumbal; y por el Suroeste veíase hasta la Pichincha: tres provincias de las nuestras, distancia que no se recorre a caballo en menos de tres o cuatro días de camino. Sucesión de cumbres y recuestos y planicies, que juntan su extensión como allegadas a nuestra vista por la diafanidad de la atmósfera. Luz más cristalina que ésta no le hay. No hacía falta el antejo de larga vista instalado en la azotea.

Ondulando a sosegados movimientos, las faldas de las dos cordilleras descienden y confluyen en la planicie, alrededor de la villa silenciosa y blanca. En la cuenca deleitosa de verdura, parece que la luz y los jugos de la vida cuajaran más copiosos y mejores. Repósanse los ojos en su belleza sin ambages, y un alma fatigada la eligiera por la suavidad de su gracia. Allí la vida se remansa. Colmada y ligera, abundante y fácil, despreocupada de sí e ignorante del universal tumulto, ¡qué mansión de olvido! ¡qué lustral refugio!

Sin embargo, allí dentro vivía un drama. ¡Cuántos dramas no encubre una paz aparente! Al pensar en Marta, su soledad de recluso me parecía la espera de algo que nunca había de llegar.

La ciudad vive vida campestre. Comulga con la campiña que se le entra por todos lados, presente hasta en el interior de las casas que abrigan, al interior de sus solares, huertos y hortalizas, pesebreras y corrales, alfalfa-

res, jardines casi silvestres, gallineros; con sus calles transitadas por recuas de mulas y borricos, por vacadas que vienen al ordeño, por pacíficos bueyes de labranza que se vuelven desuncidos a sus pastizales, o tirando de una carreta merovingia. A veces, las reses que van al matadero se desmandan seguidas de chiquillos en gran vocinglería.

Anegado de horizontes, yo buscaba, en el vagaroso paisaje un punto sensible, humano, conocido, en el cual apoyar la atención con interés más particular. Buscaba la casa de Marta en el aprisco de casas de la ciudad. Di con ella, visible al borde de Tahuando. Fulgían sus vidrieras con el sol que comenzaba a tocarlas de soslayo.

Habíamos convenido con Juan José que iríamos a verla el próximo domingo, es decir, dentro de dos días. El recado debió llegarle *antier*, y pensé: ¡cómo deseara yo que Marta acertara a adivinar que en este instante me hallo como mirándola, sin verla, desde esta altura, frente a sus ventanas! ¡Cómo coincidiera, feliz casualidad, que ella estuviese asomada a su balcón mirando hacia acá mientras la busco con una mirada distante de mil metros, anticipándome al encuentro con esta especie de saludo impalpable!

Me sorprendió tan pueril juego de imaginación, repentinamente brotado a la vista de su casa, cuyas ventanas escintilaban allá abajo. Pero quedéme pensando en Marta como de más cerca. Encontrábame, pues, como preparándome inconscientemente a la visita anunciada. Una vaga inquietud o curiosidad parecía azorarme en la duda o la espera de la que sería nuestra primera mutua impresión. ¡Qué cosa más natural, empero, que el ir a ver a una prima? Todo estaba en inspirarle, desde el primer contacto, simpatía y confianza de hermano. Mi expectativa no iba más allá y quedaría en paz. No sin la natural ilusión de ir a reconocer a la niña que dejé en

cierno, nuestro saludo sería reanudación del pasado. Mal podría inhibirnos el drama de su origen ni el secreto de su vida reclusa; que eso más bien mediaba entre nosotros como uniéndonos más comprensivamente, compasión de nuestra parte, y, de la suya, consuelo a su soledad. Nada había de singular en todo ello.

Sin embargo, y aunque habría sido normal preguntar a Santiago por ella, igual que habíamos estado rememorando a otras personas, esquivé el mentar su nombre: el sólo pronunciarlo u oírlo, habríame parecido traspasar un umbral temeroso, de un secreto al cual ningún extraño debiera tener acceso.

La tarde seguía límpida; al Occidente una hialina claridad sobredoraba las cumbres como volviéndolas etéreas.

Esa tarde no ofrecería, como otras tardes ricas en nubes, el espectáculo insólito que impregnó mi memoria de niño con una impresión de asombro.

Ahí, de esa misma azotea, me sobrecogió por primera vez el taumatúrgico fenómeno, natural pero extraordinario, de ver desaparecer la tierra bajo un invasor océano de nubes: de nubes, no de niebla, de nubes-cumulus, opulentas y como macizas.

Espectáculo de otoño en tierra sin otoños. Recordáballo vívidamente, como si estuviese viéndolo:

Del fondo del horizonte acudían ligeras las nubes, que llenaban primero por el Occidente el más lejano valle, luego los contiguos, y avanzaban como propagándose por generación espontánea. Cual si a su llamado saliesen otras y otras de entre las serranías, se juntaban, se acumulaban, esponjándose y tornasolándose al sol oblicuo. Pronto sumergidas, todas las hondonas desaparecían; y aquella celeste gloria difusa, infusa de resplandores crepusculares, iba ganando las más altas cimas, luego las próximas, y llegaba, por fin, hasta

donde estábamos. Y no una sola tarde, sino varias y casi sucesivas, la opalina marea besaba nuestras plantas, dejando apenas perceptible el palmo de tierra donde las asentábamos. El suelo afloraba apenas en redor de nuestra azotea como último, débil, testimonio de un mundo desaparecido. Y el fantástico océano invasor, que confinaba con el cielo por todo el ruedo del horizonte, parecía otro cielo, y el verdadero cielo parecía un mar invertido, suspendido, otro mar al cual venía a juntarse, con el cual iba ya a fundirse el ascendente vaporoso mar que subía y cundía profundo.

Estábamos así entre dos mares; entre dos cielos. Y hasta creíamos que nuestro peso corpóreo podría tornarse cuerpo glorioso, flotar en la inconsútil y suntuosa bruma. Estábamos entre dos cielos; y el alma, opresa de pasmo, quería también liberarse. La oración o la poesía habrían sido la única elación posible a su incorpóreo arranque.

...Mero celaje, sin duda; parecíanos, empero, fenómeno incomprensible, maravilla absoluta, simbólica taumaturgia o medrosa fantasmagoría. Espectáculo sin sentido, que parecía tener sentido mágico, misterioso y amonestador. ...Mas ¿qué sentido atribuir a ese fausto desbordante e inútil, de escenario sin objeto? Derroche de naturaleza pródiga, derroche por el placer del derroche de magnificencia sin fin ni finalidad. ¿Vana pompa?, ¿o pompa de quién? ¿Quién, qué demiurgo, la gastaba o malgastaba así? No parecía hecha para el hombre.

* * *

Acercábase la hora de regresar. Esfuerzos nos costaba arrancarnos de ese mirador. Con una última ojeada de despedida al paisaje, abarcamos el horizonte

circular. Ciérranlo las serranías que de loma en loma suben de un lado a las parameras que van a Oriente a perderse en lo inexplorado, y de otro a la cordillera que empina en vano sus cimas por ver el mar muy distante. Solitario al canto de la llamada, el Imbabura mira, ceñudo y triste, el antiguo rival, el Cotacachi, que se yerque fiero de sus desastres, y de recibir cada tarde en su lecho de nieve inflamada de resplandores, al sol poniente. Perdida su corona de hielo eterno, desgarrado el flanco por el terremoto, medita el Imbabura, monte taciturno. Adusto en medio del valle muelle, como un monarca sin gloria, humillado, herido, mientras el otro volcán, mal extinto, impera, temible aún. No le recrea ni la alegría del cristalino lago San Pablo que espejea en el verdor de una de sus faldas, alacre con el bullicio y revoloteo de sus patos salvajes; idílico con sus indios, libres y felices; inmaterial con el vuelo de sus garzas inmaculadas, lirios del azul.

Bajo el cielo clemente, todo el año igual, los animales sueltos y felices, llenan el campo de sus voces, lo pueblan y animan con su libertad, lo decoran con su belleza, lo santifican.

* * *

Emprendimos el regreso. De un recodo del camino a media altura, divisamos más de frente la región de Otavalo.

Otavalo ríe entre los dos gigantes, Otavalo la fresca, la primorosa, halagada por la música de sus férvidos manantiales, viviente y ágil con los raudales de sus vertientes, pródiga, numerosa, con sus cascadas, su río, sus riachuelos; rumorosa, fervorosa, parlanchina, con sus corrientes que tienden sus diamantinos collares por las dehesas y las arboledas, saludable con sus fuentes cálidas

que brotan a borbollones, en grutas llenas de un transparente misterio de náyades; con sus bellas indias y sus indios pulcros, que viven entre las aguas familiares, metiéndose por parejas, de madrugada, en las linfas claras, mientras los indios de otras comarcas tienen el miedo casi supersticioso del agua, y viven sin bañarse: «acaso es sucio el polvo, dicen; tierra no más es». Y la tierra les es hermana, y su contacto, asiduo, desde el suelo donde se sientan para comer, y se tienden para dormir, desde el surco del diario laborío, hasta la fosa del descanso, les comunica su fuerza anteica.

A lo largo del camino de descenso, el legendario «lago de sangre», Yaguarcocha, brillaba al sol con vehemencia irresistible, y al reflejo de un incendiado poniente, se teñía de rojo avivando el recuerdo de los treinta mil indios caranquis degollados por el Inca Huayna-Cápac, y cuya sangre rebelde empurpuró magníficamente la laguna que con su nombre evoca desde entonces el drama autóctono. Las ondas inquietas baten las totoras de las orillas, donde graznan, caza esquivada, las gallaretas. Los humildes caseríos esparcidos entre senderos arbolados, en rinconadas umbrías de sauzales melancólicos, oyen sin duda el sollozo continuo de la laguna, la queja de las olas entre los susurranes totorales estremecidos. De la altura en que me hallaba, no se advertía sobre las aguas sino un silencio suspiroso, lleno acaso del vuelo de invisibles genios indígenas.

* * *

En Aluburo nos despedimos. Dije a Santiago: me ha sido grata tu compañía. Vuelve pronto a verme.

VII

Todo él excitado por la novedad, un mozo vino a decirnos:

-¡Ya está aquí la loca!

-¿Qué loca?

-¡Cómo! ¿No han sabido sus mercedes?

Pues la vieja loca que anda vagando por los caminos, y que, ayer no más, había dormido en la era de las alverjas, a pampa rasa. Dicen que es bruja porque va llevando, a todas partes, en un tiesto roto, un poco de candela que no se le apaga.

-¿Y dónde está?

-Tras la casa de sirvientes.

-Vamos a verla.

Ahí estaba, acurrucada en un rincón del corredor, la pobre que erraba despertando a su paso alarmas y leyendas. Había improvisado un fogón y en una olla de barro, preparaba, a guisa de caldo, con yerbas del campo, no sé qué imposible brebaje. Atenta sólo, a alimentar el fuego con ramillas y bagazos recogidos de entre la basura, no miraba en derredor. La observábamos sin que ella diese muestra de advertir nuestra presencia.

Greñas lacias, abandonadas, pendían sobre la nuca y las orejas, bajo el ala de un sombrero raído por los soles y el polvo de las rutas desamparadas. Por la abertura de un poncho puesto de través sobre los hombros lasos,

emergía el cuello apergaminado, cuyas arrugas, como surcos áridos, se habían agrietado, llenas de tierra, de vejez, de olvido... Salía de tiempo en tiempo, por entre los andrajos, un brazo desnudo, seco y fibroso como un leño; y una mano simiesca revolvía con un palillo el extraño líquido en cocimiento. De repente, con ese movimiento contráctil que encoge la piel atacada de comezón, replegaba el torso, y con las uñas reseca y los dedos callosos como pezuñas, se rascaba resignada: parecía que los gusanos la habitasen ya, y hubiesen principiado la obra de la tumba. Pero en sus ojos ardía la inquietud de la vida inextinguible.

Me acerqué a interrogarla, venciendo la repugnancia física y una vaga angustia moral. La loca hablaba para sí, misteriosamente.

-¿De dónde viene usted, señora?

No contestó. Ni siquiera alzó los ojos para vernos.

-¿Necesita usted algo?

Tal vez no oía. Insistí, en voz más alta.

-Señora, ¿en qué podemos socorrerla?

Siguió atenta a su cocina. La toqué con el bastón, llamándola:

-Señora, ¿qué la trae por aquí?

Esbozó un ademán incierto, continuó rezongando para sus adentros.

-¿Cuánto tiempo hace que dejó su casa...? ¿Tiene padres... hermanos... o se le han muerto? ¿Dónde?

No dio señales de haber entendido. Había seguramente perdido la noción del tiempo y la del espacio. No sabía, ¿ni qué le importaba? De ayer o de años atrás, los muertos son sin edad. ¡Y qué más da, tenerlos cerca o lejos, si están debajo de la tierra!

...Me fatigó pronto el inútil interrogatorio. Era tranquila. Parecía simplemente una pordiosera triste. De cuando en cuando recomenzaba a hablar consigo

misma, como para hacerse compañía; se contaba una vez más, sin duda, la monótona historia de su corazón.

La vaguedad de este misterio ilimitaba su pobre tragedia. Todas las posibilidades del dolor humano cabían en su miseria mugrienta. Pero yo hubiera preferido saber de cierto la pena oscura de la vagabunda, su pena de mujer tal vez como todas para compadecerla más, y como de más cerca. Y yo, por entretenerme, y como si la verdad necesitase ser verosímil para ser real, me di a inventar alguna simple historia que explicara el andar sin término de la errabunda y el sentido de aquel fogón improvisado donde quiera, ante el cual la loca se instalaba como para siempre.

«Tal vez —me dije— un día salió de su casa su hombre, marido o amante, despidiéndose hasta la tarde, para ir al trabajo diuturno, y el hombre no volvió más, y nadie supo por qué. Su mujer le esperó ese día como de ordinario, la rústica cena humeando y el amor atento. Le esperó hasta la noche; le esperó hasta el alba, con su angustia que crecía y la impregnaba al paso de las horas. Y el nuevo día pasó y otros le siguieron, y la espera fue vana, y fue inútil todo, así el insomnio como la pena. ¿Se fue con otra, abandonándola traidoramente, o lo retiene cautivo en alguna parte, o se habrá muerto...? La mujer no tenía lágrimas que llorar. Lo buscó por el monte y el llano, por los caminos y los poblados, y cada tarde volvía a su casa, a su choza, a prepararle la comida, por si viniese; y esperaba como si la fe fuese un llamamiento... Poco a poco el pensamiento se le iba, y perdía el juicio, mas no la esperanza. Y siguió buscándolo cada vez más lejos; y tan lejos vino, que no tornó más a la casa inútil, que quedó desierta.

Y desde entonces así va, llevando en un tiesto roto todo su hogar, y en un haz de andrajos todo su pasado. Y así, adelante, y siempre más allá, durmiendo a la orilla

de los setos, cruzando como un fantasma los despoblados, escarnecida por los muchachos al pasar por las aldeas, inspirando supersticioso terror entre los campesinos, infatigable, va. Arrastra su cansancio hasta el atardecer; luego se sienta a esperarlo, ante la fogata que prende con los tizones de aquel brasero, en el que mantiene viva, desde que partió, la llama del hogar distante. Y sus ojillos arden más que las brasas... Mi imaginación precisó, encerró, ahondó su compasión dentro de las apariencias de este relato, a las que prestó la verdad de su propia emoción. Mas yo sentí que el drama se empequeñecía, se empobrecía en esa explicación, como en cualquier otra, ficticia o real. Y le dejé todo su misterio, que de suyo se ilimitaba, se inmensificaba...

Compadecido, ordené que arreglasen un cuarto y en él la acomodasen a la andariega y la retuviesen, para ver si así dejaba de vagar, hambreada y solitaria, como una perra sin dueño.

A la tarde volvimos a ver a la loca. En el claro oscuro de la pieza que la albergaba, la brasa, urgida por el soplo insistente de la vieja inclinada sobre un fogón, soflamaba a reflejos flavos la penumbra cálida.

A la luz de las llamas temblonas, y sin más que la presencia de la tenida por bruja, cobraba el banal recinto no sé qué aspecto de aquelarre; la demente no era tal vez sino una hechicera: agitaba los labios en conjuros ininteligibles; mientras echaba a la olla borbollante unas cuantas hierbas —sin duda simples cogidos a la hora de los elfos, en la pradera.

Entramos de improviso, con ruido. Pero no sacudió su atonía. Clavada en su obsesión misteriosa, no alzó la mirada. Sólo cuando la toqué de nuevo con el bastón, levantó la cara, cara de momia, embijada por los reflejos del fogarín y las rayas de sombras de las rami-

llas puestas a quemar. Ardían los ojillos como carbunclos en la faz reseca...

—¿Cómo está, señora? ¿Está mejor aquí? ¿Necesita algo más?

No contestó. Seguía automáticamente echando a la candela el leñame que había recogido.

Su abstracción parecía significar, en respuesta a mi solicitud: ¿qué puede usted contra el dolor, y la distancia y la inquietud y la muerte?

La vieja piromántica atizaba los carbones, excitaba el avispero de chispas que salían volando. Irritadas y chisporroteantes, las llamas, rasgándose a su soplo, trazaban en las paredes extraños jeroglíficos; y la cara de la mágica se empurpuraba con la soflama diabólica. Sin cesar, removía el brebaje en hervor, rezongando entre la boca desdentada las fórmulas, sin duda, de la magia negra.

Debe ser algún filtro el que está preparando, dije riendo.

El mozo tuvo miedo del maleficio, y tirándome de la manga me sacó fuera. La bruja seguía mascullando conjuros.

—Quién sabe si es loca —dije; creemos desrazonable cualquier acción o palabra cuyos móviles nuestra lógica no comprende. Nuestro mundo, también, no es sino apariencia. Acaso vivan los locos de otras verdades, más verdaderas. Felices, tal vez, los llamados locos...

Al otro día, volví al aquelarre: ya la mendiga se había ido. Pregunté por ella. Me dijeron que la habían oído partir a la madrugada.

Los peones se alegraron de no verla aquí: su presencia les era de mal agüero. Corrían lenguas de ojos echados por ella entre las gentes del contorno; y de temor al *ojeo*,

como ellos dicen, los indios evitan encontrarse con la sortilega. (Si supieran del afán que me fatiga, tuvieranme por embrujado estas buenas gentes.)

Algunos días más tarde, habíanla visto entrar en una choza abandonada por sus dueños a causa de desgracias acaecidas en ella, una tras otra, como lluvia de maldiciones. Atribuíanlas a alguna suerte echada por la nigromántica.

Después, una perra con rabia se había metido a la choza a parir siete perros negros. Un indio que al pasar oyó sus gruñidos, corrió espantado a decir que era la misma bruja la que estaba ahí convertida en animal maligno...

Y no volví a oír de ella.

Bajo el cielo añil, en el aire profundo como un mar translúcido, tendidas como velas a la brisa las grandes alas, dos cóndores navegaban. Majestuosos, raudos, enormes, volaban haciendo tornos, seguidos de una parvada de gallinazos, en silente cortejo. Verdaderos reyes del aire, estos pájaros magníficos.

Desde mi hamaca, casi hipnóticamente, yo seguía sus giros en espiral. Era un espectáculo de suprema libertad, una gloria salvaje e inaccesible.

De los riscos de la cordillera habían venido hacia el valle, atraídos por un olor de carroña. Pero no se apresuraban al banquete, ya principiado a devorar por una baja ralea de cuervos. La voluptuosidad de su vuelo ebrio y soberbio, les mantenía suspensos en el azul, en la fruición de la luz: habitantes del cierzo y de la niebla en las alturas, gozaban de su viaje en las auras del bajío.

Vi pasar, a lo lejos, al jardinero rifle al hombro. Iba sin duda a cazarlos. ¡E imposible impedirle este asesi-

nato! ¡Este idílico don Pascual! ¡Cómo goza en su placer de sangre! ¡Quién le viera en su jardín, entregado, como a un culto ingenuo, al devoto cultivo de sus flores, amando, como el santo de las *Fioretti*, a su «hermana el agua», a su «hermano el aire», atento al rumoroso misterio vegetal y grave, con la timidez ardiente de un filósofo emocionado...! Pero, vea él asomarse una garza, cándida como un lirio de los vientos, vea él cualquier presa furtiva, así sea la más pura y bella, no sé qué abuelo salvaje se le despertaba entre sus entrañas, y transfigurado corría por su fusil, e íbase con él de caza, felino, cauteloso y rápido, paladeando el sávido gusto de su manía asesina. Y volvía risueño como siempre, inocente, manso...

No rondaban en el aire sino los dos cóndores. Planeaban con las alas inmóviles. Descendían lentamente, hacia el abra profunda, a cuyo fondo debía estar la res mortecina, sin duda, algún animal rodado por ir a beber el hilo de agua que brota de un peñón, en esa quebrada. El uno, un macho de potente envergadura, se cernía sobre el precipicio, explorándolo antes de posarse, y como anunciándose para que los otros pájaros famélicos le abriesen campo en el festín. El otro continuaba, allá arriba, la embriaguez espiral de su vuelo.

Divisábasele ya, al primero, el collar blanco que es como el distintivo de nobleza del ave insigne, lo que les da, cuando se posan, dignos y serenos con su veste negra y el aire sabio de su cabeza calva, la apariencia de togados magistrados.

...De repente se oyó la detonación del disparo estúpido. Y las alas enormes zozobraron, y la masa pesante se abatió, patas arriba. De la quebrada en que cayó, una turba graznante de gallinazos se alzó, salpicó el aire radioso de manchas negras, se dispersó.

Furioso y curioso, fui a ver. Llevé conmigo a un indio

a que me ayudase a trepar por esas breñas. Cuando llegamos al empinado borde de la quebrada, el cazador estaba sentado en una piedra del cauce acariciando, con una sonrisa ambigua, la noble golilla del cóndor.

—Baje su merced a ver —me dijo—, sonriendo siempre y señalando un recodo del precipicio. Comencé a bajar. En los pasos difíciles, el indio me daba la mano. Al otro lado se veía el sendero por donde el ganado de la orilla opuesta viene a abrevarse en la pequeña cuenca en que gotea el agua que el peñón *llora*, como aquí dicen. Don Pascual nos veía, festivo, como alguien que espera divertirse con una sorpresa: —Por ahí, por ahí, nos decía.

...Sorpresa horrible, macabra. No era una res, la mortecina. ¡Era la loca! La pobre loca, allí venida, sin duda, sedienta como un animal, tal vez se derrumbó y rodó por la pendiente. Estaba ahí, boca arriba, descuartizada, los harapos rasgados, arrancados en jirones por las garras y los picos de los pájaros necrófagos; y las entrañas ya afuera...

Quedéme estupefacto, paralizado, contemplando la desnudez violada, desgarrada, profanada de aquel cadáver que parecía seguir demente y ofrecerse en postura obscena, a la visión de un sádico delirante.

El indio reía; y don Pascual esperaba que yo también soltase la carcajada.

¡Yo no reí! Aquella muerta, tras de una vida errante en busca de algo indecible, tenía como un reflejo del mito prometeano, que le confería un poco de la grandeza del símbolo trágico. ¡La loca errante! No pudo detenerse en ninguna parte, y menos donde la retenía la caridad, dándole ingenuamente una cosa cuando era mendiga de otra, siempre de otra, sin fin ni tasa... Un impulso más fuerte que ella, un ardor oscuro que le venía de lejos, de los orígenes, —la sobrehumana necesi-

dad de andar, de andar en busca de no sé qué bien— la obligaba a seguir adelante.

Como la humanidad que va, nadie sabe adonde, como el ávido y loco y triste corazón del hombre...

A este imaginar mío, en torno de la andrajosa forastera que pasaba de casualidad por esta hacienda, había yo traspuesto, subconscientemente, el recuerdo, el reflejo de la infeliz madre de Marta.

Sin duda porque el otro día íbamos a hacer nuestra primera visita a Marta, he aquí que el drama real encerrado entre los muros de su casa, había interpuesto en mi mente, por vaga asociación de ideas, su similitud con mi interpretación antojadiza del delirio ignoto de la errabunda, que cruzaba sin objeto por estos campos.

Pensando en Marta sin darme cuenta, me había puesto a imaginar, aplicándolo a esta pobre mendiga errante, lo que desde antes sabía yo de nuestra doña Dolores —hoy reclusa en su casa de Ibarra—, que había, cierta noche, hace veinte años, vivido de verdad y para siempre, la tragedia que la trastornó.

Volvamos a años atrás:

VIII

Había aparecido en Imbabura, como en exploración de la provincia, un extranjero, acompañado tan sólo de su perro, de su caballo y de su fusil de cacería al hombro. Sudaba por montes y valles, solitario. Al pasar por las aldeas, los chiquillos lo seguían, asombrados de su extraña catadura.

Le oían llamar a su perro en lengua ininteligible, y alejarse indiferente, cual si no lo vieran.

¿Era un alemán? Sin duda andaba en busca de minas: examinaba rocas, recogía cuarzos que echaba luego en el saco terciado sobre el otro hombro. ¿Venía de Bolivia, del Perú, países mineros a donde acudía tanto cateador? ¿Iba a Colombia, a la famosa mina de esmeraldas? Nadie sabía. Con nadie hablaba. Pasaba al azar, de pueblo en pueblo, haciéndose entender por señas, y con monedas en la mano: así había llegado hasta Ibarra, precedido ya por el rumor de extrañeza que suscitaba su andanza por despoblados y haciendas.

Alto, rubio, barbado, de mirar dulce y plácida sonrisa, no inspiraba desconfianza ni miedo. En las tiendas y albergues donde entraba, suavemente pedía de comer, de beber u otras cosas usuales, mostrándolas con el dedo o afanándose en palabras sueltas, de francés, inglés o alemán. Parecía gran señor por el talante y por la bolsa llena de esterlinas que cambiaba en moneda na-

cional. Andaba largamente a pie, dejando su caballo en las posadas o atado a un árbol del campo, seguido siempre de su perro y con su fusil inofensivo.

Demoró muchos días en Ibarra, explorando las rocas del Tahuando en las breñas de Azaya, o las del Ambi; y a la tarde volvía a su posada. Para las buenas gentes campesinas era algo fantasmal e incomprensible. Impresionaba sin asustar. Su silueta fue pronto familiar a quienes lo veían andar por las calles de Ibarra, siempre solo, ensimismado. No miraba a los balcones que según la costumbre provinciana se poblaban a la tarde de muchachas, asomadas a ver desfilar los raros transeúntes. Aficionaba andar por las afueras, y poco a poco su preferencia le llevaba del lado que domina las orillas del Tahuando. Por ahí era la casa de don Gerónimo de Larrabeitia.

Don Gerónimo venía rara vez de sus haciendas. Su hija Dolores vivía en esa casa, rodeada de sirvientes que se ocupaban de recibir las remesas de los fundos y de hacerlas distribuir en el mercado a los clientes.

Doña Dolores iba ya camino de solterona. En ciudades de provincia, una mujer de veinticinco años se sentía ya postergada, relegada a *vestir santos*: Dolores se acercaba a los treinta, y se hallaba en la plenitud de su belleza, que era extraordinaria. Tanto que sin duda intimidaba a los galanes provincianos. Decíase de ella que leía novelas más que rezaba; que desdeñaba las relaciones de amistad con las pacatas damas de su mundo social tan reducido como tímido.

Un día que don Gerónimo había salido a Ibarra por negocios, topó de casualidad con una beata que fue amiga bastante íntima de su difunta mujer. Se había acercado a saludarlo y lo detuvo llevándolo un poco aparte para comunicarle un secreto que de días atrás la atormentaba:

Una mañana, al salir ella de su misa de las 4 en San Francisco y encaminarse a su vivienda, cercana a la casa de la familia Larrabeitia, había visto al clarear del alba, saltar la tapia del corral al extranjero. Sorprendida había vuelto a aguardar, el siguiente día y otro día, a la misma hora. Y cuál no sería su asombro al ver al extranjero salir por el mismo lugar... Luego había oído decir que se «rumoreaba» estar el «gringo» enamorado de Dolores, rondándole la calle; y no sabiendo, esa buena amiga de la difunta, cómo advertir a don Gerónimo, se permitía darle ese mal rato...

Don Gerónimo, que se aprontaba ya a regresar a su hacienda, cambió de resolución. Fuese a Pílanquí, a pedir a su amigo y pariente don Teodoro, le diese hospedaje esa noche, diciéndole tenía que madrugar a Quito y no querer despertar en altas horas a su hija, enferma, con el ruido de los caballos y sirvientes. Conocida era la hospitalidad de don Teodoro, quien le dijo, como solía hacerlo con sus huéspedes: ¿Y a qué hora quiere que se le despierte, señor mío? Contestóle: no te molestes, Teodoro, mi propio sirviente ha de llamarme con los caballos ya ensillados.

Asegurada esa hospitalidad, don Gerónimo salió, ya caída la tarde, y fue a despedirse de su hija como siempre.

No manifestó a su hija variación alguna en su modo natural, afectuoso y sobrio de caricias. Y en saliendo cerró él mismo, como lo hacía cada vez, la puerta de la calle con su propia llave, prendida siempre de su llavero. Cabalgó en la calle y se alejó seguido de su caballerango.

Quedó la casa en paz ficticia, cual si nada hubiese de ocurrir. Y volvióse don Gerónimo a Pílanquí. Pretextando necesidad de ganar horas de sueño, despidióse de don Teodoro, que le acompañó hasta el cuarto de hospedaje, después de la cena.

Era aquel cuarto independiente. Media hora más tarde salió don Gerónimo por la puerta de la pesebrera advirtiéndolo a su caballerango que no se moviese a des-pertarlo y tuviese los caballos listos a las 5; que él vendría a montar y partir inmediatamente.

Y siguió a pie en dirección a su casa. Eran apenas las nueve de la noche, y la ciudad aldeana entraba en sueño con sus calles mal alumbradas y desiertas. Cuidando de evitar ruido alguno abrió la puerta de calle y penetró de puntillas, torciendo del zaguán hacia el traspatio, donde el cuarto del jardinero mediaba entre el traspatio y el corral con vista a los corredores interiores. Al fondo de uno de éstos se situaba el cuarto grande que servía de desván a muebles fuera de uso y tenía acceso al corral cercado por la tapia del denuncia, que daba a la calle trasera, y cuyo portón no se abría sino para entrada de las recuas cuando venían cargadas de la hacienda. Jardinero, hace tiempo no lo había: los pocos árboles frutales permanecían intonsos, y flores sin poda ni abono crecían entre la maleza. En el cuarto del jardinero se instaló don Gerónimo a espiar...

Al filo de la medianoche vio a su hija avanzar a tientas al desván, y poco después al extranjero trepar por la parte más baja de la tapia, descolgarse suavemente y dirigirse rápido a la grada, empujar la puerta entornada, penetrar... ¿Cómo pudo contenerse don Gerónimo? Estuvose quedo unos minutos. ¿Esperaba a cogerlos en flagrante? Cegado por la indigna visión anticipada, se adelantó, revolver en mano.

Los sorprendió, juntas las bocas, apretados los brazos, enlazados. Poca luz de luna alumbraba a medias al grupo sobre el diván destartado. Sin darles tiempo a desligarse, don Gerónimo echó la mano izquierda al cuello del extranjero, lo arrancó de entre las manos de su hija, lo derribó de un empujón al suelo y antes de que

podiera enderezarse le descerrajó dos tiros certeros, a las sienas, al corazón. Quedó tendido pataleando.

El grito que soltó la infeliz al lanzarse de bruces sobre el cuerpo yacente del herido, resonó como otra detonación, y sin percatarse en ese instante de la ira del padre ya vociferante, se abrazó al cadáver, convulsa en llanto.

La levantó el padre en vilo, y la arrojó fuera de la puerta. Cayó como inerte a su vez en el corredor: sollozando de horror no se movió, como si esperase la otra bala del vengador.

Cerró la puerta don Gerónimo para que ella no entrara. Alzó el cadáver ya expirante y lo echó lejos del diván, tálamo infame. Luego salió, sacudió a la hija a que se levantara del corredor, y sin decirle palabra, la impelió hacia su dormitorio. Juntó con estrépito las dos hojas, que estaban abiertas de par en par, y la dejó ahí encerrada.

Volvióse presuroso al lugar del homicidio; y como si hubiese tenido ya trazado su plan de acción, arrastró de los brazos al occiso hasta la grada, lo hizo rodar por ella de un puntapié, y tomándolo de nuevo en el corral, esta vez por las piernas, lo acercó a rastras al borde de un hueco que él conocía, quedado sin tapar entre los escombros del antiguo cerco, derruido cuando se ensanchó el huerto hacia el corral. Fue luego por un azadón y una pala del jardinero, y echó tierra y más tierra sobre el cadáver. Amontonó luego piedras y cantos rodados provenientes del vallado demolido, hasta colmar la anónima sepultura, improvisada y definitiva; la cual quedó así indiscernible entre los escombros.

Horriblemente tranquilo don Gerónimo, después de echar su propio llavero llave al desván sin duda manchado de sangre; y de lavar con el agua del pozo la hue-lla del arrastre por el corredor y la grada y el corral, sa-

lió como había entrado, pero ya sereno, monstruosamente sereno, ya aliviado del furor que vació sobre el profanador.

Cerró la puerta de calle con cautela, y se encaminó a Pílanquí, a tomar su caballo y partir, no a esconderse, sino a esperar en su hacienda.

Mientras iba, a paso acelerado, hasta Pílanquí, cuya casa, a diez cuadras de la suya, termina la ciudad por el otro lado, pensó: iré más bien a entregarme a la Justicia, y decir: vengo de matar a un hombre; este hombre mancilló mi nombre, yo he lavado mi nombre con su sangre...

Pero luego se irguió: que vengan a acusarme, que bien saben dónde voy a esperar mi otra hora, la hora de vindicar mi afrenta con el castigo que las leyes nunca aplican al, para ellas, simple burlador en amoríos. Mataríale cien veces antes que abdicar de mi derecho innato de padre mancillado.

De su hija, la infeliz, ni se acordaba ya.

Único confidente de don Gerónimo, Juan José —mozo aún, por entonces, de temple ya grave y hecho de la misma urdimbre ancestral del honor—, me contó la historia, en los primeros días de mi regreso al Pinar, tal como la había recogido de labios de su propio tío.

Antes, yo la sospechaba más que lo sabía: Alusiones vagas en el curso de conversaciones entre los antiguos deudos, e indicios del misterio en la casa fatídica.

Esa tarde Juan José recordó, me lo explicó todo.

Don Gerónimo, súbitamente envejecido por la tragedia, esperó diez años que lo buscasen, si acaso alguien averiguase del muerto. Nadie supo en Imbabura qué suerte hubiese corrido ese extraño caminante. Falleció

don Gerónimo diez años después sin que se le presentase la ocasión de proclamar su honor vengado.

En cuanto a Dolores, la bien nombrada, Juan José, primo hermano suyo por los dos lados, me la describió tal como había sido desde niña.

Niña algo singular, colegiala distraída e indolente, moza esbelta, extraordinariamente bella. Silenciosa y sin duda soñadora, de pocas amigas, soportadas más que buscadas, su pasatiempo favorito o más bien único era leer. Poseía el francés a la perfección, logrado por sí sola a fuerza de leer, después del colegio, donde una monjita francesa inteligente les enseñaba la fonética, con paciencia, como lo esencial, y con impaciencia, la gramática, que les vendría de suyo, en lecturas y práctica.

Era muy dada a la lectura de poesía y de novelas, no por afición literaria sino para simple entretenimiento de sus ocios largos, en días vacíos de provincia. La apasionaban los relatos de viajeros. Obraba en ella, se diría, la opresión de las montañas que encierran el exiguo valle nativo; y acaso la herencia ancestral —antepasados que hace siglos vinieron del mar ignoto y se perpetuaron en la tierra adentro, generación tras generación, cercados entre las dos ingentes cordilleras y sus nudos. Salvo uno que otro inquieto de horizontes, o empleados de la Corona dentro de la Audiencia o de las vecinas, los demás siguieron clavados en su heredad. Salir al mundo por encima de esas vallas, era escaparse de un castillo feudal asediado; los caminos eran fosos, los puentes no levadizos sino caedizos. Asomarse a ver el mar en Guayaquil, puerto alejado él mismo de su mar, era empresa y fatiga de ocho días a lomo de mula por despeñaderos. La selva ribereña del Océano se defendía tras su escudo de fiebres y manglares.

Para viajar al exterior no se necesitaba el odioso pasa-

porte burocrático moderno, pero era aconsejable hacer su testamento. No existía la especulación del cambio de monedas: acostumbándose de preferencia un cinturón enorme, como chaleco de cacería con sus alvéolos repletos de munición de esterlinas; o libranzas a casas de negocios en el exterior, con la duda si, al llegar, no estarían en quiebra más o menos fraudulenta.

Padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos que murieron sin conocer el mar. Muchos de ellos sin siquiera la nostalgia del mar.

Dolores, imaginativa, insatisfecha, soñaba con esos viajes de lectura, aventura de inmóvil evasión. Había leído, desde el Orbigny de gran formato y estampas tomadas del natural, existente en la biblioteca de su padre, hasta las crónicas de la Conquista, y con particular deleite la Florida, del Inca Garcilaso, en sus cuatro tomos tan manuales. Leía también el Telémaco, de Fenelón; todo Julio Verne; Atala, los Mártires, el Itinerario de París a Jerusalem; las Memorias de Ultratumba, de Chateaubriand; los Girondinos, el Rafael, de Lamartine; cuanto había a la mano. ¿Qué no leía? Hasta novelas rosas. Así soñaba con países desconocidos, con habitantes de otros mundos. De ahí sin duda el prestigio de aquel extranjero ante sus ojos.

Juan José me explicaba con certeza que nada anormal debió haber sido en Dolores la normal seducción del extranjero que pasaba como el Destino. Hermoso hombre, extraño caminante, quién sabe si ella le sonrió de su ventana y si el diálogo mudo, de la calle a la ventana, continuó desde un primer saludo hecho en francés y contestado por ella en francés, hasta convenir un primer encuentro, inocente para ella aunque nocturno por mayor sigilo. Hablar de la ventana a la calle,

no sólo le era prohibido sino expuesto al escándalo pueblerino, asombradizo, de cualquier vecino o transeúnte. Así debió de haberle ella abierto al extranjero, sigilosa, la puerta de la calle, y después de algún breve coloquio primerizo mostrándole la salida más segura por el huerto y el corral de tapia baja... ¡Ni quién puede saber! Nadie sabe cómo termina lo que comienza, ni si acabará riendo lo que empieza como jugando.

Se acabó el lance dando a luz el fruto prohibido, maldicho, bendecido sólo por ella, madre infausta de una hija póstuma, viuda de acaso una sola noche nupcial.

Don Gerónimo no volvió a pisar su casa, no volvió a ver a su hija, no la perdonó ni el inocente vástago, vástago de su propia sangre por un lado, y por otro, de la sangre por él derramada, para lavar con sangre la ofensa a su sangre.

Murió don Gerónimo sin querer conocer a su nieta mal habida. En vano Juan José trató de moverle a cariño e indulgencia hacia la criatura, pintándole su gracia y hermosura.

Juan José sabía que la madre enloqueció. No supo si, de súbito, o poco a poco, en el encierro a que ella misma se condenó. Nunca más puso ella los pies en el umbral de la puerta de calle, por donde entró el Destino para no volver. Sólo por Marta, ya crecida a la sombra del misterio, supo Juan José que la madre vagaba todas las noches por los corredores interiores.



En los primeros tiempos la infeliz, cada vez que oía el ruido de caballos en el patio y las espuelas de Juan José al subir, de visita, las gradas, se escondía, medrosa o avergonzada. Sólo Marta acudía presurosa, regocijada a recibirlo.

Años después, doña Dolores, la prima hermana querida y compadecida como una hermana por Juan José, ya no huía de él, pero ya no lo reconocía. Quedábase inmóvil donde se encontrase, insondable y muda. Sólo con su hija se entendía, pasiva, en los menesteres cotidianos, dejándose nutrir como un pájaro en su jaula, acostar en su lecho, que nunca fue nido de amor. No hubo sino aquel diván, lazo traidor de una noche, para toda la vida.

Marta había fundido en una, la belleza de la madre, la prestancia del padre que no conoció. Rubia casi incandescente como la barba flava del padre, su cabellera la nimbaba de extrañeza: un halo de luz nórdica circundaba su cabeza atenuando el azul de sus pupilas, cuajadas de lontananzas desconocidas. Y en el alma otro abismo no sentido, donde flotaba subconsciente el limbo de sus orígenes. Nunca preguntó por su padre, a quien nadie nombraba cerca de ella. Le era tan ajeno, por ignorado, que era para ella como si nunca hubiese existido.

El amor filial es obra sólo del hábito. Mentira que un hijo reconozca a su padre no antes visto. La voz de la sangre no habla en las venas. Se entra por los oídos cuando alguien quiere hacerlos entender. Tampoco un padre que no busca a su hijo puede, por una especie de premonición inexistente adivinarlo, si con él se cruza al acaso en una calle.

Sin embargo, el parecido de Marta con su padre era visible para quienquiera lo hubiese conocido de paso por Ibarra. Pocos fueron los que alguna vez lo vieron, de pasada, y sin duda lo olvidaron, sombra fugaz. Era Marta, completamente, la hija de un desconocido.

IX

Llegó el día de la visita a Marta. Era un domingo de sol. Salimos, después de almorzar, en nuestros mejores caballos.

Desde la altura de Aluburo vimos la ciudad blanca que reverberaba con sus vidrieras. La laguna de Yahuarcocha reflejaba nubes veleras. Mecíalas en su seno cual si de verdad surgiesen de su fondo.

Atravesando la verde y frondosa senda de El Olivo, llena de huertas, entramos luego en Ibarra, a la hora en que las campanas de la Catedral llamaban a coro como despertando de su siesta a los canónigos. Dos o tres cruzaban ya, con sus breviarios en la mano, la plaza grande que me pareció más grande y más apacible, con sus otros pocos paseantes nada apresurados.

Llegamos al extremo de la ciudad, donde se alza al final de la calle, sobre el Tahuando, la casa de los Larrabeitia.

Nos esperaban abierto el portón y sirvientes en el umbral.

Penetramos al patio y desmontamos cuando todavía retumbaba en la bóveda del zaguán el eco de los herrados cascós.

Terminaba apenas un criado de descalzarme las espuelas en el primer escalón de la grada, cuando apareció del fondo del corredor, alta y esbelta, Marta.

Me apresuré a su encuentro, seguido de Juan José, y el primer saludo fue un abrazo al modo del país –tan diferente de *l'accolade* conforme al uso de Francia.

Marta, entre espontánea y cohibida, las mejillas súbitamente sonrojadas, apartando el brazo, levantó la cabeza como para verme mejor, para conocerme, y sonrió con tímida dulzura.

Abrazando a Juan José y como abrazándose a él con más familiaridad, nos encaminó hacia el salón, diciéndonos: pasemos.

Avanzamos por el corredor, los tres de frente, con Juan José al medio. Y a pocos pasos, mirándome nuevamente, Marta exclamó:

–Juan José me había dicho que te pareces a tu madre. Yo no la recuerdo bien.

A mi vez le dije:

–¡Y tú te pareces tanto a mi hermana muerta! –Inmediatamente, y casi desbordándose súbita efusión de intimidad, añadió:

–¡Déjame llamarte Clara!

Juan José me interrumpió tocándome el hombro, y sonriéndonos a ambos en forma que se veía que no quería enternecerse él también, díjonos casi riendo:

–¡Nada de recuerdos tristes! Sigue tú llamándola Marta y no mires en ella sino a otra hermana tuya, felizmente viva.

Aligerados de la emoción, entramos al salón: un tufillo a rancio, entre mezclado al olor de magnolias frescas que se esponjaban como palomas blancas sobre la mesa, emanaba de los rincones de la pieza tan rara vez abierta, y casi nunca para recibir a nadie.

–Como tú sabes, dijo Marta mientras yo miraba por primera vez el salón antiguo, esta casa está siempre cerrada. Rara vez vienen a verme unas amigas de colegio y siempre sin sus madres. A mi madre la desazonan ros-

tros extraños. No reconoce a ninguna de sus amigas condiscípulas, y éstas se abstienen de venir, como adivinando que mi madre sabría que vienen sólo de curiosas, a ver qué es de ella que nunca sale...

Antes que nos sentáramos, Juan José nos dijo: Vais a perdonarme. Os dejo para volver luego. Tengo cita con un compadre del campo que me está esperando en su posada para terminar un negocio.

Nos sentamos cerca de la ventana que da a un angosto jardín delantero y tiene también vista al otro lado de la casa, donde está el comedor, precedido de un escritorio y un costurero.

–Si supieras –dijo Marta–, cuántas veces ha dicho Juan José: cuando venga Segismundo haremos esto, o lo otro, en la hacienda. Ojalá no quiera quedarse para siempre en Europa. Debe venir a lo suyo.

Y añadió:

–Yo comprendía que quisieras quedarte allá para siempre: debe ser tan lindo todo eso. Aquí ya no te enseñarás.

–Te equivocas, Marta, me sentiré a gusto. He venido a ver a los míos más que lo mío. Tú sabes que todo está bien en las manos de Juan José. Vengo sólo a acompañarle. Siempre he soñado con vida de campo y lectura. Más que cansado, vengo saciado y hartado de la vida en Europa.

–¡Ay!, cómo te la he envidiado sin saber en qué consista. Aquí, tú sabes, vivo tan encerrada. Ni concibo cómo pudiera ser otra mi vida, tan cotidiana. Sólo me duele la enfermedad de mi madre. Si ella sanara, sería todo lo que yo pido. No sanará nunca.

Hízose presente y como visible la evocación de la doliente, para despejarla de entre los dos, volví a la más dulce y serena de Clara.

–Tú debes de estar, poco más o menos en la edad que

Clara tuviera. Creo que ibais juntas a la escuela, al colegio.

—Sí, y yo la quería más que a todas mis compañeras. Era tan distinta de ellas. Jugaba poco y acompañábame más con su quietud tan dulce, que las otras con su alboroto. Ella era alegre también, pero de otro modo. Y nada más encantador que oírla reír con esa especie de iluminación interior, hecha de promesas de una vida diáfana, feliz, segura. ¡Ay!, cuánta falta me hace en mi aislamiento.

Y como recordando la primera pregunta que me hizo, prosiguió:

—¿Y tú qué piensas hacer? ¿Crees de verdad que te acostumbrarás a tu vida de aquí? Dicen que has tenido tantos éxitos por allá —y sonrió con malicia ingenua, propia de sus veinte años inocentes que sin duda oían a otras chicas hablar de sus ilusiones y sus amoríos, como de cosas que no serían para ella.

—Si supieras —le dije—, con qué gusto he vuelto, comprenderías cómo vengo a vivir aquí más contento. Uno es siempre el que nace y no el que uno se hace o le hacen.

Adivinaba yo en Marta la hereditaria ilusión de viajar, de cambiar. Y en efecto, en seguida me preguntó de mis viajes, cosa tan difícil para mí de narrar en ese momento que los dejaba tan atrás, tan lejos.

—Ya te los iré contando —dije—, y quizá para que te desengañes. Por lo pronto, cómo quisiera que pudieses venir a vernos en El Pinar, para que te distraigas.

—Imposible, observó. No puedo dejar sola a mi madre. Ya su vieja nodriza negra, que la acompañaba, está tan vieja, que no se atreve a quedarse cuidándola sola, de temor a que sobrevenga cualquier cosa. Y mi madre únicamente con ella se está tranquila. A las otras criadas no las reconoce, y hasta le incomoda el verlas. Sólo con-

migo y con su nodriza se deja estar y cuidar. Juan José es el único que viene a vernos. Como sabes, tampoco a él le reconoce, pero no lo huye. Parece que se cree perseguida y, a la vista de cualquier extraño, se esconde.

Para cambiar, añadió: te voy a mostrar una foto.

Fuese un minuto a su cuarto, a traérmela: están ella y Clara, de quince años. Foto ya desvaída, de pobre máquina de aficionado a la fotografía, incipiente entonces en Ibarra. Pero ahí estaban, y eran en verdad parecidas como dos hermanas, gemelas casi en su destino, menos triste quizás el de la muerta antes de padecer, que el de la viva en clausura doliente. Se velaron los ojos de Marta, al ver a Clara, o al verse. Se velaron los míos.

Sacudí nuestra contemplación repitiéndole que ojalá pudiese algún día venirse a la hacienda donde ambas jugaron juntas, de niñas.

—Sólo fui una vez —dijo Marta— y aún lo recuerdo. Qué grande me pareció el parque, qué grandes las lomas. Me dejaron estar ahí unos días de vacaciones inolvidables. Clara venía de vez en cuando a verme. Pronto murió, sin que llegase yo a comprender qué cosa horrenda era eso de morirle la gente, y menos ella que era como yo, que seguía viva, sin darme cuenta de ese misterio que es el vivir y el morir. Todavía no lo comprendo...

No hacía Marta alusión a lo desconocido para ella de sus orígenes, no: hallábase tan connaturalizada a ese vacío en su memoria, que ya no le extrañaba el haber brotado quizá como brotan las flores.

Hablamos luego, y ya más sueltamente, de cosas locales y sobre todo de Juan José. —Si supieras, dijo Marta, lo bueno que es Juan José para nosotras. A ti también te quiere mucho, pero esto me parece más natural. Mientras que darse el triste trabajo de venir a vernos, visita de tanta pena y sin ningún halago.

Protesté diciendo: Juan José te quiere tanto y con tanta razón. Sin duda sabe que tú necesitas de él más que yo. Yo lo respeto, lo venero, lo amo. Me parece un hombre admirable. Y todo un hombre para sí y los suyos.

—Sí, y tan generoso. Tú sabes que él se hizo cargo de lo poco que nos había dejado mi abuelo. Y nos colma de abundancia, de abundancia inútil para nosotros, y que sin duda proviene de lo suyo.

Proseguimos conversando, cada instante con mayor naturalidad y exuberancia, como reanudando el trato familiar que sólo mi ausencia había suspendido. Marta parecía feliz de tener con quien hablar hermanablemente.

En eso llegó Juan José:

—Perdónenme, que me he tardado. Y ya es hora de regresar a la hacienda. Nos va a coger la noche al final del camino, que en esa parte es tan malo. Ojalá no nos llueva. Y ya vendremos, pronto, muy pronto —dijo acariciando la rubia melena de Marta paternalmente.

Salimos al patio a montar. Trajeron del corral los caballos. Y mientras los cinchaban y el mozo de espuelas nos las calzaba, vi que Juan José, con sólo los ojos y moviendo la cabeza en dirección al traspatio, preguntaba a Marta.

—Siempre igual —contestó—. Tú sabes que sólo de noche sale a divagar por los corredores...

Vínoseme al recuerdo el patético desvarío de la Emperatriz Carlota —la viuda de Maximiliano, fusilado en México—, que enloqueció, y, cada tarde, decía a sus Damas de Honor: «Poneros vuestras prendas, que esta noche vuelve el Emperador.» Y se engalanaba para recibirlo.

Cabalgamos entre el piafar de las cabalgaduras ya impacientes por volver a la querencia.

Juan José, más jovial para aliviar la sensación de dejar sola a Marta en el caserón que desde esa hora comenzaba a poblarse de los fantasmas de la obsesión, dijo en voz alta:

—Bueno, Marta, hasta el próximo domingo, o antes, si salimos a Ibarra cualquier día de la semana. Y ya sabes, siempre a tus órdenes, y ya somos dos en el deseo de verte y de complacerte en lo que tú quieras.

—Gracias, gracias. Vuelvan.

Y Marta quedóse sola, alta y esbelta, móvil estatua de su soledad sin confín.

Al atravesar la plaza, un grupo de amigos paró a Juan José con una seña.

Querían no sólo saludarlo, sino darle noticias. Comunicáronle el rumor del día: los revolucionarios, enganchados muchos mercenarios, de los profesionales, en el sur de Colombia, se movilizaban ya del Carchi hacia Imbabura por los páramos. No tardarían en asomarse, evitando los caminos traficados, para sorprender a Ibarra y tomársela. Se dice que traen, con qué trabajos, alguna artillería y bastante caballería. Y que sólo les retardan los de a pie y los cargueros. E Ibarra está todavía desguarnecida. Caerá el Gobierno, anunciaron los más viejos, acostumbrados a ese antiguo juego de quita y pon.

Había en el grupo algunos mozos, pero Juan José creyó inútil presentarme a nadie.

Seguimos nuestro camino.

—Desgraciado país —dijo Juan José, al alejarse—. Vive en perpetuo trastorno del orden y del desorden, que viene a dar lo mismo para esos «libertarios» natos e inconscientes.

...Para regresar a la hacienda, insinué a Juan José que tomáramos, en vez del sendero privado por donde solía subir, el camino real. En él me encontraba a menudo con cargueros colombianos, de charla fácil y pintoresca, detrás de sus recuas jadeantes. Interrogué a uno de ellos acerca del rumor de revolución en el Norte, que circulaba con insistencia desde hace días. Díjome que era inminente; me habló de harta gente enganchada, de un entierro de armas revelado por un viejo montonero, de cuarteles conchabados, de saqueos prometidos, de toda la miserable rutina revolucionaria, una vez más puesta en práctica.

Otra vez iban, pues, a manchar la serenidad de esta tierra idílica matanzas imbéciles. Yo no comprendía la feral insania, la absurda o loca agitación. ¿Qué pueden mejorar los «regeneradores», qué luz traen, qué grande hombre exaltan? Ayer, azules; hoy, rojos, eran siempre de la misma taifa de malandrines quienes partían en guerra, azuzados por caudillos lugareños. Tan ajeno me sentía a sus móviles de mezquina y virulenta política de tribus, que los revoltosos me hacían sentirme como de otra raza.

Entrañable amor, instinto de querencia, me hacían amar este suelo, pobre de alma, sin prestigio y sin voz profunda, desnudo de gloria, pero para mí enlazante con las mil lianas que hermanan la cuna al sepulcro.

Para volverlo emocionante y grave, al mirarlo con más desprendida amplitud de contemplación, sólo faltaba a este paisaje el verle el alma antigua, cargada de bella historia.

Habíanla hollado tribus guerreras y salvajes, dominándola conquistadores fieros, soliviádola ejércitos libertadores. Ahora manchábanla sólo revueltas misérrimas... Todo eso, en la vastedad del continente nuevo,

desaparecerá como un hilo de agua sorbido por la sed de un arsenal. Pero mientras tanto, qué desconuelo, qué desesperanza, ese revolverse sin atinar con lo que le duele ni con el remedio que le duela menos que el mal.

X

El día de nuestra visita a Marta había circulado en Ibarra la noticia de mi llegada. Al día siguiente tuve la visita de Felipe Suárez, condiscípulo y bastante amigo entonces.

Al encontrarlo tan cambiado físicamente, experimenté una sorpresa; pensé que yo también debía de haber envejecido de aspecto sin notarlo. Era pequeñón y rozagante, blanco de tez, hijo único de un antiguo y honrado ebanista. Habitaba con sus padres cerca de Pílanquí, donde nosotros vivimos un tiempo con mi madre. En la igualdad espontánea de las clases y recreos del Colegio Gómez de la Torre, fuimos amigos y compañeros en juegos sosegados. Recuerdo que era mal jinete, iba siempre a la zaga en nuestras carreras de caballos, o cuando íbamos a enlazar vaconas en Azaya, pero nos seguía. Lo embromábamos mucho por su inestabilidad. Su padre era muy apreciado, y por su apellido tal vez provenía de algún remoto e ignorado origen judío-portugués. Su mujer era prima suya lejana, lo cual inducía a creer en un subconsciente judío que buscaba la atracción de consanguinidad. Por lo demás, desde los tiempos en que vagamente se había usado en América el inquirir de moros y judíos, ya nadie hablaba de ello, pero rara vez como en ésta se veía persistir rasgos fisonómicos tan explícitos. Pertenecían estos Suárez a la

clase artesanal honorablemente superpuesta a la clase de raigambre más popular, y los distinguía su color blanco, no alterado por el mestizaje en cuyo medio flotaban sin reparos ni desvíos.

El muchacho era inteligente y lleno de inquietantes curiosidades intelectuales. Relegada a total olvido en la ausencia, nuestra amistad recobró en ese primer encuentro un renuevo, y conversamos cordialmente. Pero, tan luego como él, confiado, ingenuo, me preguntó con la misma intimidad antigua, cosas de mi vida sentimental, no supe responderle. Y me fue evidente en seguida, a la primera pregunta, el hondo apartamiento de toda confianza gratuita, la incomunicabilidad, quizá la mutua ininteligencia cavada entre los dos por los años, por la distancia.

Felizmente Felipe era tan inflamable como candoroso, y apenas si advirtió el leve pero visible rechazo de intimidades baldías; y continuó contándole con ardor sus planes y sus afanes. Aspiraba a diputado. Publicaba un periodiquillo quincenal, del cual me había traído la parva colección íntegra. El título era *El nuevo libertador*. Le di el gusto de aparentar curiosidad ojeando dos o tres números; era pintoresca esa manera de suplir la lamentable carencia de información universal, con «importantes» cosas del vecindario. No hacía falta que yo leyese alguno de sus editoriales: parecía saberlos él, de memoria, todos; me los sacó a relucir en la conversación como improvisándolos. Se llamaba ya «sicólogo», como muchos *sociólogos* en germen, que comenzaban a proliferar como hongos entre jóvenes tempranamente inficionados de política. Felipe nunca había tenido haciendas ni practicado la vida del campo: pero ya su «misión» era defender las «reivindicaciones de la clase indígena», levantar de la postración moral y material, en que se la mantiene, a la noble raza americana caída

en degeneración y aplastada por la tiranía del blanco, etcétera.

En eso estaba, locuaz, y escuchándose a sí mismo, cuando llegó también de visita el amigo Gutiérrez. Sosegóse ante él la elocuencia de Felipe. Tomamos un refresco preparado de frutas por Mama-Chana; y como desde por la mañana había estado yo deseoso de ir a la cosecha de trigo que se efectuaba en loma no distante y no muy apartada del camino de regreso de mis visitantes, les invité a que fuésemos. Mi caballo estaba ensillado desde antes, de modo que partimos en seguida, alegremente.

Bajo el ascuá del sol todavía alto, los caballos jadeaban por el áspero sendero que sube culebrando entre la maleza. Al llegar a la planicie superior vimos el trigo que ondeaba como un lago. Nos detuvimos un momento a contemplarlo y dar respiro a las cabalgaduras. Mi caballo lanzó un relincho y tendió el cuello. Pararon los otros las orejas como para escuchar si el reclamo hallaba respuesta a lo lejos.

Al ponernos nuevamente en marcha, avivamos el vibrante trote, no sin recordarle a Felipe nuestras antiguas bromas a su equitación siempre incierta. Como si el brío de los caballos y el despejo del horizonte nos hubieran aligerado la fatiga de la cuesta y del sol, no volvimos a sentirla.

Llegamos precedidos de una nube de polvo que el viento de verano arremolinaba en columna. Los segadores levantaron hacia nosotros sus caras rugosas y polvorientas en que los hilos de sudor marcaban surcos, como en la tierra los arados. Saludaron quitándose el enorme sombrero terroso, en forma de capacho, con que cubren la cepa de pelo recio; y pronunciando a la bárbara la religiosa salutación castellana: *alabadu sia el santismu sacramintu*, les contestamos: por siempre. Este

antiquísimo saludo rememoraba los tiempos del afianzamiento de los españoles en el agro, cuando enseñaban a la raza vencida el nombre y el culto del Dios extranjero, que los aborígenes no habían vislumbrado, ni comprenderán jamás.

Noramala se lo dije a Felipe: volvió a encenderse en su ardor misional. La veleidad de su corazón apostólico sólo igualaba a la puerilidad de su inteligencia. No sin razón las injusticias sociales le indignaban como si fueran calamidades personales. Felizmente no pensaba en ellas sino para su periódico y cuando el gusto de conversar le recordaba su confuso humanitarismo. Pero en su inocente manía de discutir se le afeaba hasta el rostro, femenino, con el ceño y la mirada del fanático. Recomenzó pues a lamentar la tiranía y egoísmo de la dominación española. La acusaba de crimen por haber convertido, a los libres indígenas —que él creía o afectaba creer hubiesen sido libres bajo el incanato—, en esclavos del usurpador que los había desposeído y degradado en servidumbre, hasta ahora.

Los contemplaba y decía elegíacamente:

—¡Y son éstos los descendientes de los caras emprendedores, de los valientes quitus y puruháes, de los grandiosos Incas! ¿Cómo han podido olvidar la tradición de sus dioses y su perdido Imperio? Para reconquistarlo, no tendrían sino que osar. O para reducir a la miseria al raptor, no tuvieran sino que negarse a prestarle sus brazos, como hombres libres que son, según una irrisoria ley escrita. Pero no lo harán. Hay que despertarlos, azuzarlos. Son el número, son la fuerza. Ahora mismo, en esta como en todas las haciendas y campos, en vez de sudar en la cosecha ajena, podrían en un momento hacer la roja cosecha de sus venganzas, sin más que levantar los puños erizados de hoces y segar la cabeza de los patrones como cizaña.

El otro amigo y yo sonreímos. Pero él prosiguió como haciendo un esfuerzo para recordar sus editoriales. —¿Cómo han dejado extinguirse la sombría llama de rebeldía que incubaba en la sangre de los últimos Túpac-Amarus? ¿Por qué no se ve en sus ojos tristes la chispa del coraje que encienda sus apetitos nutridos de envidia en su silencio de esclavos y los empuje al asalto? ¿Por qué no sueñan en la embriaguez de la venganza y en la ilusión de la libertad? ¿Qué felices serían de dueños otra vez de sus inmensas riquezas...! ¿Otra vez dueños de su suelo! ¿No envidian acaso las riquezas que sus manos callosas depositan cada año en las profundas trojes del amo?

Hizo una pausa, como para ver el efecto.

El amigo Gutiérrez, tranquilo, fuerte, robusto, aunque algo desencantado y bastante escéptico con su experiencia del campo, se animó a hacerle observar al fogoso y sincero adalid de sangrientas reivindicaciones algunas realidades:

—Pues qué te parece, Felipe —le dijo bondadosamente—, quizás estos infelices ni siquiera envidian esas riquezas acumuladas para el amo, de que tú hablas; tal vez porque se sentirían incapaces de concebirlas por sí solos y para sí. Si ellos fueran, otra vez como tú dices, dueños de estas tierras —olvidando que nunca lo fueron, pues las tenían de prestado, en tupus a corta escala, por anualidades cambiantes, regidas sin réplica por sus decuriones, centuriones y tucuricus, bajo la distante, inaccesible, majestad sacrosanta del Inca—; si eliminaran de la tierra al blanco aborrecido, como tú dices, no habría esas hinchidas trojes que tú crees destinadas sólo para el acaparador y no también para la nación en general. Sembrarían sólo a la medida que sus necesidades alimenticias: cosechar para comer —y para emborracharse de chicha sábado, domingo y lunes—. Acuérdate de lo

que dice González Suárez, tan compasivo para el indio, cuando observa en tres o cuatro pasajes importantes de su Historia, que las Leyes de Indias y las mismas exoneraciones administrativas practicadas ante los abusos de los encomenderos, en esta y otras colonias, volvíanse contra el favorecido, porque éste, una vez liberado y dejado a sus gustos, retornaba a su desidia, a su pereza, a su desgana, a su inapetencia —como no fuese de chicha y de maíz tostado—, a su inercia, a su abulia congénitas. Y eso que ahora lo vemos con nuevos hábitos adquiridos casi a pesar suyo, gracias a la convivencia durante cuatro siglos con el blanco y el mestizo emprendedores e infatigables y codiciosos; porque el indio, aunque refractario de natural a la civilización occidental, ha llegado a ciertas vagas nociones de abundancia y prosperidad, si bien no ha logrado todavía alzarse a concebir lo superfluo: y la civilización comienza con lo superfluo. En sus cabezas petrificadas no circulan ideas abstractas ni aspiraciones espirituales. Se acusa con razón al encomendero colonial de su prodigalidad egoísta —todo para sí, para sí—, y de su avaricia para con el indio. Pero se desconoce lo bien intencionado, lo beneficioso de la institución que, si enseñaba al indio a rezar como autómatas, útilmente le enseñaba al indio a cultivar la tierra, a aclimatar plantas de Castilla y Andalucía, a criar ganados antes inexistentes, a tomar leche y comer carne, a vivir menos primariamente. Además, se olvida que la encomienda transportada de la España feudal, usada entre españoles, éstos la hallaron instaurada aquí, más severamente, por los Incas, con sus yanaconas, sus servicios colectivos forzados, y sus mitimães y su abolición multitudinaria del individuo en trabajos de termitero, bajo la concepción de un Estado omnipotente, aplastante, que regía en detalle y unificaba en conjunto aún la

vida privada, desde el matrimonio y el lugar de domicilio hasta el entierro.

—Qué leyes ni qué leyes —exclamó Felipe—, todas hasta ahora han sido pésimas desde su origen, pues todas fueron de inspiración capitalista y dominadora. No habrá para estos desheredados otras leyes buenas que las que ellos a su vez impongan. Para eso son ciudadanos, para ello son nuestros iguales en todo y por todo, y son la inmensa mayoría. No los retiene sino el miedo ancestral a la represión. Sólo el miedo hereditario enfrena sus absolutos derechos. Hay que desenfrenarlos. Que el miedo cambie de campo y todo irá bien. No hay sino que dirigirlos, y para eso estamos los libertarios. Abajo el capital y vivan la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Ante el tono tribunicio de los lugares comunes dictados de su Sinaí de periódico —periódico de combate, aunque sólo quincenal y poco leído—, el tranquilo González, palmeándole el hombro a Felipe como para que se apeara de ese corcel apocalíptico que él, tan mal jinete, hacía corcovear al borde de su abismo mental entre los escombros imaginados por sus contradicciones humanitarias, igualitarias sólo al revés, le dijo: bueno, bueno, pero cálmate un poco y mira en torno tuyo: no estamos aquí en una barricada ni todavía en Asamblea revolucionaria. Tal vez se pueda ir mejorando un poco, ensanchando paulatinamente la suerte de estos infelices que parecen ignorar su infelicidad. Míralos casi contentos, en todo caso conformes: ni parecen concebir otra vida que la del campo, ni otra clase de trabajo que el de su huasipungo y el de la hacienda grande, que les parecería demasiado grande para ellos. Poco a poco irán teniendo más holgura y con ella más libertad. Queremos cambiarlos de súbito los desorientaría, los desconcertaría. Transplántalos a la ciudad para ilustrarlos,

como tú quieres, en «los derechos del hombre» que andan tan torcidos en todas partes, para enseñarles el tormento de pensar, para enseñarles sobre todo a hurgar en su descontento, que lo sienten poco, removiéndolo y enconándolo con la envidia de otra clase de contentamientos que tampoco los contentarían; inculcarles ideas exóticas, sería trastornarles su cordura campesina. Habría que dejarles que vayan de suyo deseando tal vez ser otros, aspirando a ser otra cosa que son. Transformarlos artificiosamente, casi a la fuerza, será desnaturalizarlos, será descartarlos, volverlos agrios e infelices como todos los descartados.

—¡Ah! no —le contestó Felipe—; lo primero es «culturizar» al indio.

—Lo que ustedes quieren —replicó Gutiérrez— es arrastrarlo a la escuela y retenerlo en la ciudad. De la escuela y de la ciudad ya no volverán al campo, o volverán ya inadaptables a él. Eso es lo que en el fondo quieren ustedes, los agitadores, aviesos politiqueros: «engrosar las filas de los electores»; llevarlos al mitín a vociferar aclamando a candidatos contra candidatos.

—Déjense ustedes de palabrear desperdiciando esta linda tarde de horizonte despejado como una promesa de tranquilidad. Miren más bien el trabajo de la trilla. Y les señalé la era redonda en que giraba y giraba la yeguada cerril de la hacienda y otros jamelgos alquilados a los peones. Y añadí, para distraerles la atención: Miren qué lindo cuadro de color y luz. Pronto llegarán hasta estos campos las trilladoras mecánicas y la labranza motorizada. Y este espectáculo primitivo desaparecerá. El hombre y los animales trabajarán menos y el cerebro más. Mientras tanto vean el encanto natural y humano de esta familiaridad de los campesinos con sus animales. Vamos a verlos de cerca.

Y nos dirigimos a la era: Sobre las gavillas tendidas en

el suelo, trotaba en torno la caballada desgranando al choque de los cascotes las espigas y haciendo caer los granos debajo de la paja rubia, al modo como las vendimiadoras exprimen con sus pies descalzos las uvas en el lagar. Los peones al ruedo impedían con gritos y látigos desmanarse los potros rebeldes; y se reían de asustarlos, como se reían de los caballos ancianos que no alcanzaban a seguir el ritmo de la ronda. Cuando ya habían triturado la capa de tallos, superponían otra, y la noria continuaba sin eje dando vueltas, guiada por la voz gutural de mando, que impelía a los animales remisos, ansiosos de pararse o de salirse del redondel.

—A los indios les gusta el trabajo colectivo, observó Gutiérrez, y lo realizan alegres, sin recordar, sin saber, sin adivinar ciertas páginas del Inca Garcilaso que describen como una fiesta jocunda la convocación a sembrar o cosechar para el Sol y para el Monarca Sumo Sacerdote, o para rellenar, en los Tambos, el granero del ejército imperial en marcha contra las tribus alzadas. Estos trabajos conjuntos reviven tal vez ese atavismo inconsciente. Pero los indios nunca se asocian entre ellos. Porque a la hora del reparto siempre encuentra cada cual de qué quejarse y protestar como defraudado. De modo que, mi querido Felipe —y se lo dijo como provocándolo—, tus ideas de colectivismo agrario...

Me interpose diciéndoles: Por favor no sigan discutiendo tan en vano. ¿No les basta con gustar de toda esta hermosura?

¡Miren! Ya los caballos americanos, descendientes de potros andaluces, han dejado de ser lo que fueron los caballos de la Conquista, que cantó Chocano: «Los caballos eran fuertes, los caballos eran ágiles...» Tan sólo algunos hacendados comienzan a revigorizarlos con otro mestizaje, de sementales ingleses, que nos están viniendo de Chile. Los caballejos raquíuticos de nuestros

peones son, sin embargo, infatigables como ellos, en su trote menudo como el de ellos, y en su parvedad para alimentarse y en su resistencia impávida a la intemperie en las lomas. Los indios han llegado a amar a los caballos que odiaron antes; pero más aman al borrico, «el primer libertador del indio» como le llama Vasconcelos, su primer compañero de alivio para la carga; traído a América en su auxilio por los «impiadosos» conquistadores.

En ese móvil grupo de la trilla, nuestros anémicos caballos desdibujaban en el conjunto sus pobres anatomías. Representaban, como en miniatura, dada su estatura, el magnífico, el viviente cuadro de la *fenaison*, de Rosa Bonheur, con sus percherones potentes. ¡Qué bien sabía verlos la vieja pintora de la Francia rústica! Nosotros no sabemos verlos, ni al natural ni en pintura. Por amor al indio, nos alegramos de pintarlo como un paquidermo, deforme como un monstruo paleontológico.

Volvimos los ojos al trabajo de los segadores. Las espigas de oro y de luz tienen la forma de pequeñas llamas, y las barbas doradas que las prolongan y circundan son sus temblorosos rayos. La hoz trazaba en el aire un semicírculo brillante y cortaba un bermejo haz de tallos. Los indios acompañaban su movimiento de inclinación con un resoplido ronco que lo ritmaba; y el resuello repetido casi al unísono sonaba como un eco de canto gregoriano. La respiración de esos pechos medio desnudos dilatada en el aire el esfuerzo reiterado e igual.

Yo admiraba la belleza antigua de aquel trabajo que continuaba siendo el mismo en nuestros campos, desde que el blanco trajo el arado y enseñó a sembrar para cosechar. Aquí también el vestido ancestral de la raza, que todavía mira la tierra con la mentalidad de sus poblado-

res primitivos, da al espectáculo agreste un color de tiempos remotos, un sabor de añejas usanzas, la bíblica poesía del «Booz endormi».

El sol reverberaba ya oblicuo sobre el trigal: las pequeñas llamas de las espigas aún erguidas, palpitaban innumerables, como una luminaria, pálida en la luz menguante. Era ya hora de partir. Y entre mí, me decía: no es sólo el miedo al amo, como dice Felipe, lo que los ata al trabajo ni quien los retiene en la hacienda ajena donde nacieron a penar como penaron sus padres. Si no abandonaron el rincón de tierra que los sustenta, pobremente, con sus huasipungos, con sus animales, sus pastos, su leña, sus raciones en la cosecha, sus jornales, tan escasos, es porque lo aman a pesar de todo. Es un instinto de querencia, un amor casi animal. Tiene sus raíces profundas en el surco ahondado por la fatiga de generaciones antecesoras: en él crecen como una planta vivaz, nutriéndose de efluvios de la tierra dura. Son los lirios del campo, de la parábola: no necesitan de nadie para ser felices ni de nadie para subsistir: ellos mismos tejen sus ropas, siembran sus granos, hacen sus chozas. Viven, ¡y tan tranquilos!, su vida antigua en medio de nuestra moderna inquietud. La «costumbre» es su única moral.

Su humildad me apena y me enternece; su igualdad de vida entre indios ricos y pobres, su constancia, su infatigabilidad, me admiran. Les reconozco tantas virtudes innatas, que desconozco sus defectos, adquiridos tal vez a nuestro contacto. Bien los quisiera más felices a su modo, u otro que les fuese espontáneo, al que quizás llegarán a medida que se les vaya aclarando el alma oscura; y ojalá no lleguen a ver tan claro en el misterio de la vida como nosotros que nos la destrozamos a fuerza de hurgar en ella.

En el camino del regreso, mientras bajábamos por el

sendero zigzagueante, un indio subía por la loma de enfrente, tocando su rondador. No lo veíamos, pero oíamos su tonada, que derramaba sus gotas de melancolía sobre la cañada. Y tanto se unimismaban sus sones a la aridez del pedregoso sendero, que parecían verterse desde la otra loma ya en sombra, como de una oquedad, y perderse su canción triste y salvaje como un delgado arroyuelo en la quebrada que nos separaba.

De este lado, un indio viejo, sentado en el suelo, junto a su choza, miraba sin ver, tras las pencas que cercaban su huasipungo. Estaba de espaldas al sol, que en el ocaso encendía, para su fiesta crepuscular, toda su pirotecnia. En los ojos fijos del anciano no adivinamos ni un recuerdo, ni una nostalgia, ni una inquietud. Acaso ni los tenía dentro de él y estaba en su nirvana.

Pero luego, en un recodo del camino, sorprendimos una pareja de longos: se desenlazaron al divisarnos y se esquivaron para hurtar el rostro a nuestra curiosidad, envidiosa y risueña ante su inocente delito de juventud.

La música del rondador ya no la percibíamos, pero quedaba como flotando, aunque desvanecida, en el crepúsculo magnificante. Dejaba en nuestras almas el dejo de su lamento. Tal vez la tristeza de aquella música no está en ella, sino en quien la oye. ¿Qué oirán los indios en ella?

Caminábamos los tres en silencio. Lo interrumpí al acercarnos al partidero de Aluburo, donde tenían que despedirse mis visitantes. Olvidada ya por ellos mismos su discusión, los despedí reconciliándolos más a fondo, y les pedí que volviesen.

Juan José me esperaba ya en la hacienda, para cenar. Le conté los comentarios que habían hecho mis amigos de las últimas noticias de la revolución en marcha; y algo cansado me retiré a dormir.

XI

La aridez de aquellas tierras bajas, exasperadas de sed, impresionaba físicamente, convertíase a la larga en obsesión: parecía toda ella sufrir, humanizarse pidiendo refrigerio bajo los soles caniculares, abalanzarse en tropel inmóvil, cuesta abajo, hacia el río Chota que a su pie espejeaba como un espejismo, tantálico. Clamaba por agua con todas las bocas de sus cárcavas. Todas las grietas de su costra ulcerosa pedían una onda que las lubrifique. Bajo el tórrido azul inexorable, esos arenales pedregosos blanqueaban como cubiertos de esqueletos calcinados. La sed consumía hora tras hora esa tierra que años antes habíamos visto moteada siquiera de *mosque-ras*, plantas bajas, inservibles, que ni los asnos salvajes tascaban, pero que dejaban crecer a su sombra briznas de paja silvestre, y daban refugio a las huidizas lagartijas. La erosión por obra de las lluvias, raras, repentinas, torrenciales que arrastraban a las quebradas el poco humus sobreviviente en la pampa, la dejaba luego arrugada y seca como papel secante. Tan sólo persistían los espinos, árbol tenaz y de verdor perenne, las cabuyas, los nopales, los cactus y otras plantas erizadas.

Sólo un caudal de agua dirigida podía ayudar al hombre en la empresa de dar vida a esos secadales. Solían las gentes decir: ¡Ah, El Pinar con agua! Había sido ése el sueño de los tatarabuelos, transmitido de generación en

generación. Con esfuerzo paciente y continuo, habían ido transformando en un fresco oasis una parte de la heredad conservada amorosamente. Los fuertes hombres de la Colonia, tan escasos de herramientas como sobrados de férrea voluntad, habían tajado en el páramo rocas agrias, para abrir paso al caudal de la antigua acequia, ya insuficiente. Nuestro padre había perdido su mermada fortuna en intentar otra acequia. Los niveladores de entonces, que nivelaban casi a palmos con sus instrumentos de corto alcance, la habían enderezado, por abreviarla, hacia unos peñascales que sin duda creyeron fáciles de romper con la pólvora de su tiempo y tallar con sus hachas de hierro. ¡Pobre pólvora asmática, pobres picos que se desdentaban a los primeros mordiscos! Se acabó el dinero. Ahora, ni con dinamita y perforadoras, ¿habrá dinero que baste?

Sin embargo, a nosotros nos tocaba realizar el empeño secular.

A la vista de esos llanos aridificados, era una pena dar por fallida su promesa antigua. ¿Cuándo oiremos susurrar las frondas de árboles prolíficos y los cañaverales ondear, y nevar los algodones sobre este suelo estéril?, se habían dicho ya nuestros antepasados. Obra de vida, antes que de lucro. Y obra de belleza luego, revestir aquella tierra de aspecto leproso con el manto de los cultivos tropicales, poner en aquella sequedad la bucólica placidez de la verdura en que pasten, se multipliquen y retocen animales felices. Ahora, sólo los asnos salvajes —prole silvestre y sobria, que viven de ramonear y de lamer la tierra salitrosa, bajando al río a beber cada ocho días por atajos que sólo ellos han descubierto—, pueblan la pampa resquebrajada y las lomas casi desnudas, para asombro de los caminantes que sienten apesantárseles sobre la nuca el sol, como una mano de plomo. Así y todo, y acaso por lo mismo, es atrayente,

tiene su hermosura, esa tierra que ofusca bajo el temblor del aire reverberante a la hora del bochorno canicular. Contemplarla desde la sombra acogedora de uno que otro molle crecido a la vera del camino, es espectáculo deslumbrador. A las orillas del río —las famosas vegas del Chota—, sí que se ven estancias: haciendas de cañadulzales, huertos de aguacates, platanales, papayales, frutos cuyos nombres se deslíen en la boca como su pulpa. Y caseríos de los peones negros descendientes de antiguos esclavos, que han formado en suelo americano aduares africanos semejantes a los de su tierra de origen.

Los dueños de El Pinar, donde estamos aún, poseyeron también su fundo ubérrimo en la ribera del célebre río. Lo perdieron, lo vendieron por sacar dinero para aguas que no llegaron: todavía su estancia se extiende, por otro lado, como nostálgica, hasta el puente del Chota. ¿Cómo renunciar, por lo difícil, a calmar la sed de sus tierras bajas? Teníamos que recomenzar, rehacer lo hecho en parte. Recogeríamos como si dijéramos la espada rota en las peñas de la altura del páramo, volveríamos a tajar otra larga herida en las mismas lomas y les traspasaríamos el corazón para hacerlas verter toda su sangre. Porque el agua es la sangre de la tierra.

Convinimos con Juan José una excursión al páramo, para inspeccionar los restos de los antiguos trabajos inconclusos, o ver si hallábamos vertientes que captar en otras tomas.

Preparamos pues la expedición para la semana siguiente, y la emprendimos, más gozosos que confiados, como quien va a una partida de caza.

Antes de partir, mandamos recado a Marta, que iríamos a verla de regreso de nuestra excursión, dentro de ocho días.

Saltaron nuestros caballos una zanja que cerraba los campos más o menos traficados de la hacienda alta, y entramos en el desierto de paja brava.

A medida que ascendíamos, la luz, cernida por la bruma gris, menguaba, se entristecía. El monte bajo, de verdor casi negro, cubría las faldas de las altas lomas, como amparándolas del viento helado. Silbidos de pájaros desconocidos, casi siempre invisibles en la espesura, le daban una animación misteriosa y tímida; reconocimos tan solamente el canto triste y monótono del *licuango*, pájaro propio de esa región, que anda silabeando su nombre como una manía: *licuan-gooo...*

En el aire frío, nuestra respiración se condensaba en vapor, parecía que estuviésemos fumando interminablemente. También de las quebradas se exhalaba la niebla como si fuese la visible respiración de esa tierra que duerme un perpetuo sueño invernal.

El viento escarmenaba un cielo nubloso y bajo, de mal cariz. Nuestras cabalgaduras chapoteaban pesadamente en el derrotero paludoso, o jadeaban entre los *cangilonos* de los desfiladeros por donde suele transitar tan sólo el ganado montaraz.

De la antigua palude, que llenaba todas las hoyadas del páramo, tal como yo lo vi en mi primera excursión de adolescente, no quedaban sino restos, a trechos. La vieja tierra se estaba desecando año tras año. Al pasar las ciénagas restantes, sentíamos que nuestros caballos encogían el vientre en contracción medrosa para hacerse livianos y no hundirse en los tragaderos.

Puesto que veníamos en busca de aguas abundantes, esa progresiva, incontenible, insensible desecación de las alturas nos alarmaba. Queríamos restaurar el cauce empezado por nuestros padres en esos desiertos con el

mismo propósito de llevar a las áridas playas bajas el torrente vivificador que esperaban para dar mieses.

A través de los pajonales, desesperadamente uniformes, avanzábamos sin camino, sin rastro. Parecía imposible orientarse entre esas lomas amontonadas, amarillentas, tocadas todas de la misma vegetación pajiza, ora rala, ora tupida. Ondulaban monótonas, a enormes olas inmóviles, como un mar muerto. Sólo los indios, que guardan aún muy agudo el primitivo instinto de orientación, sexto sentido del salvaje, ya abolido en el hombre de las ciudades, podían saber a dónde iban por ahí. Nos guiaba un indio baqueano. Pero la niebla cundía: rodaba de las cimas, ascendía de las quebradas, se posaba en los recuestos, se desflecaba dejando jirones en las ramas de los bosques. Al fin nos envolvió en sus flotantes cendales: no veíamos ya nada del paisaje desvanecido, todo desapareció en un limbo. Íbamos, caballeros fantasmas, por un mundo de sueño.

Llegados a un ventisquero, un soplo helado que morcía la cara despejó un tanto el paisaje sin cielo. Pasábamos al pie de un risco enorme, hirsuto coloso de piedra que vigilaba la hondonada, donde copos rastreros de neblina se agolpaban como un rebaño de ovejas en torno a su fantástico pastor. Era sin duda algún pastor mitológico, algún semidios de las teogonías primitivas.

Tras aquel rebaño de nieblas, el viento pasaba aullando como un perro salvaje.

De repente, un grito repercutió entre los peñascos que atravesábamos, multiplicóse en ecos por las cavidades. Y aparecieron luego, por una cresta, en fila, todos los peones que habíamos despachado en días anteriores para que nos preparasen como pudiesen un alojamiento en esa altura desamparada, levantando unas chozas, acopiando leña y haciendo otros menesteres.

Llegaban como derrotados, la alarma aún impresa en

sus rostros de ordinario impasibles. Hablaban todos a la vez, y en la cacofonía de su español barbárico, con la lengua trastrabada aún más por el miedo, distinguimos confusamente lo que querían avisarnos.

Los indios libres de Angochagua, que mantienen sueltos sus ganados en aquel páramo comunero, habían creído que veníamos a despojarlos, y habían subido a la altura preparados para la defensa; y convocados por ellos, vendrían luego los indios de la Rinconada. Por lo pronto habían desalojado y expulsado a nuestra gente, para que viniesen a prevenirnos que no intentásemos penetrar en su dominio comunal, so pena de conflicto y de exponernos a que nos matasen.

Al oírlos, y tocados por contagio de la alarma de los fugitivos, sentimos vagamente renacer en nosotros algo de lo que, ante el peligro del indio amenazante y apostado en las alturas, debió de sentir el encomendero aislado, en su tendencia sitiada. Resurgió oscuramente en nosotros sus herederos –sin más que ese amago del enemigo ancestral que quería recomenzar, siquiera por un día, un simulacro de la antigua guerra, para defenderse de la temida codicia del blanco– la antigua imagen del conquistador asediado.

Vi a Juan José erguirse en su montura sonriendo despectivo. En realidad, ya no éramos los herederos conquistadores impelidos «por un sueño heroico y brutal» que se abatieron sobre su presa «como un vuelo de gerifaltes». Ni siquiera íbamos ya en busca del «fabuloso metal» que reluce en el soneto famoso más que en la entraña de la tierra avara. Íbamos modestamente en busca de aguas pobres. Nuestros ponchos y bufandas no valían la cota de malla, ni llevábamos el morrión de cimera airosa como un gallardo desafío.

La desproporción con la realidad actual era evidente. Pero, debajo, el corazón nos latió un momento con el

ritmo de la vieja sangre. Similitud alguna no cabía entre el confuso recordar de la época hazañosa y las limitaciones de la burocrática época nuestra. Sin embargo, la imaginación, excitada, desatendía voluntariamente lo verosímil, para entregarse a la invención exaltante de la momentánea emoción. Así la historia suscita ilusorios minutos de reviviscencia.

La antiquísima remembranza tornó pues a acelerar un instante el pulso. Y así fue como, relegada al olvido, abolida nuestra conciencia por la costumbre de la paz y el hábito de la adormecida dominación, la atávica reacción nos hizo espolear nuestros caballos y seguir adelante, seguidos de los fugitivos.

El páramo inhóspito extendía en torno su soledad hostil, familiar sólo al indígena que ahí se siente en oscura comunión con la tierra de sus orígenes. Los indios aman todavía con extraña predilección antigua las alturas, desde donde ponían en frecuente zozobra a los españoles que comenzaban sus caseríos en los valles.

El páramo es de los indígenas, no por títulos legales sino más bien por afinidades electivas o nativas: instintivamente sienten la consonancia de su natural esquivo con la hurañía de esas lomas soledosas.

Proseguimos pues en junta de nuestros peones, ya serenados por nuestra compañía. El yermo se prolongaba interminable y sañudo.

Comenzó a arreciar la lluvia que de horas atrás venía cerniéndose sobre nosotros en llovizna. Un viento loco pasó en remolino apedreándonos con súbito granizo que restallaba contra nuestros encauchados y capotes; mas la impetuosa granizada aturdía a las bestias indefensas. Relámpagos se desgajaban del cielo torvo, y tronaba luego en el inmenso vacío.

Enormes monstruos de piedra, sentados sobre las cumbres en postura de leones en acecho, con sus fulvas

crines de hirsuta paja y musgo chorreante, estaban al ruedo, oscuramente similares a los dioses asirios o egipcios. Eran tal vez antiguas divinidades indígenas y aquel cerro su Olimpo tonante. Esos dioses mostraban su máscara de piedra, embijada como los rostros de sus adoradores remotos, de rojo, de negro, de amarillo. Acaso los indios los veneraban aún, sin darse cuenta, indistintamente, con oscura e inconsciente reminiscencia de la antiquísima superstición, rezago del ignorado culto ancestral. Quizá por eso defendían aquel suelo, como si defendieran, sin saberlo pero con instintiva aprensión, un recinto sagrado.

Avanzamos por entre sumideros y cenagales a un lugar descampado donde nuestra gente había construido las chozas para albergue nuestro.

Sólo hallamos cenizas humeantes. Los Angochaguas las habían incendiado al retirarse.

Hicimos improvisar, mal y por mal cabo, una chozuela que nos cobijase durante la noche siniestra.

Nos doblegaba el cansancio. Pero sabíamos ya que tendríamos que ir más lejos al día siguiente. Las vertientes de esa hondonada eran escasas según nuestros mismos indios, y nuestro propósito era buscarlas abundantes y permanentes. Habían preparado esa etapa tan sólo para primera parada nocturna y levantado, días antes, otras chozas, a ocho horas de ahí, para la segunda jornada. Sin duda las habrían ya incendiado los mismos u otros Angochaguas.

Dormimos esa noche como pudimos. Fue mala noche para nuestros peones indios, no por lo frágil del cobertizo que detrás nuestro alzaron para ellos, sino porque fue noche de eclipse casi total.

Después de la frugal colación, los trabajadores se redujeron a su único rancho pajizo: se tendieron en el suelo, mal recubierto de hojarasca a medio secar, y se aprontaron a dormir, unos contra otros, como una recua cansada. Por los intersticios miraban al cielo, barajado de nubes por el viento, a la luz algo rojiza de la luna. En un raso del cielo un dragón entre negruzco y pardo avanzaba a devorar la luna. Bien se veía que el *monstruo devorante* no era una nube: redondo, parecía tragarse la luna a tajadas corvas: pronto no quedó de ella sino un falce, que brillaba más luminoso, como concentrándose. Oíamos a los peones cuchichear inquietos. El incomprendido eclipse infundía un vago pavor en aquella gente cuyo viejo fondo abusionario se removía oscuramente al contacto de las fuerzas inexplicables de la Naturaleza.

Más misterioso parecía el espectáculo de esas almas sobrecogidas, que el mismo acontecimiento celeste. Su desamparo en la soledad, su inerme pequeñez en medio de elementos ingobernables, les predisponía al confuso estremecimiento religioso ante el enigma del mundo. Dentro de su choza sentían todavía algo del terror que hizo refugiarse en las cavernas al hombre primitivo; eran aún la pobre bestia medrosa e imaginativa que pobló, en el principio de los tiempos, de dioses y fantasmas el universo.

Pasaban zumbando los *zumbadores* y otras aves noctívas.

Nos levantamos al clarear. Antes de acostarnos habíamos ordenado a la gente que algunos madrugasen para adelantarse a reparar las chozas sin duda destruidas o quemadas por los Angochaguas más arriba, en el

último campamento improvisado. Pero los encontramos a todos reunidos como esperando partir en nuestra compañía... Aceleramos pues la partida en conjunto, para no llegar muy tarde.

Nos encaminamos hacia la antigua toma orientándonos por uno que otro resto del cauce, tantos años abandonado, ya casi borrado.

Sin huella humana, íbamos por entre riscos, buscando de lado y lado vertientes vivas, como los españoles cateaban minas.

Los caballos no nos servían sino a trechos. Los ojos clavados en el suelo para no pisar en falso, caminábamos con sofocación, respirando el olor a menta del *sunfo* salvaje. Por espaciar los ojos y descansar la cabeza, alzábamos a ver de vez en cuando y hallábamos sobre nosotros el vuelo espiral de los cóndores. Y tales eran la elegancia y seguridad de sus giros, que parecían entretejer en el azur una pausada danza aérea. Admirando su potente envergadura, pensábamos en los inestables pájaros mecánicos que ya ensayaban, en Europa y Norteamérica cortos vuelos, haciendo pininos en el aire. Ya levantaban en alas frágiles, durante breves minutos, al hombre audaz, emprendedor de imposibles. ¿Cuándo vendrán por acá? nos decíamos.

Doblegábamos el cansancio, y nuestra búsqueda comenzaba apenas. Peñascos escuetos cerrábanos el horizonte. Puestos en rueda a veces, parecían cráteres extintos. Los circunvalábamos jadeando. De una eminencia vimos a lo lejos, muy lejos, una hondonada grande donde parecía brillar, entre jirones de niebla que se movían como velándola a nuestra mirada, una laguna virgen. Divisábasela rodeada de enormes rocas de piedra en confuso hacinamiento, tal como si las hubiese volcado ahí algún cataclismo geológico de la época de formación de la ingente Cordillera andina. Desgarradas

entrañas de piedra yacían ahí, como convulsas todavía desde los tiempos prehistóricos, sin que el hombre hubiese domado aún el medroso paraje.

¿Cómo avanzar hasta allá? Fúnebre y todo, esa laguna no tentaba con su caudal. Sin duda se desaguaba, se desperdiciaba, hacia el Oriente conforme a la fatal orohidrografía de nuestra sierra que vierte sobre la Selva Anegadiza y pútrida ríos y ríos, mientras caen sólo unos pocos y mezquinos de su sangre para el Occidente, de tierras habitables. Pródigos de ella para con los indios selváticos del Oriente, que se mojan el taparrabo en sus piraguas al surcarlos sin objeto, los otros ríos, avaros para con el blanco, van encañonados a profundidades casi inaccesibles. Ríos excesivos, aquellos despilfarran sus aguas sobre pantanos saciados, ahitos de humedad sempiterna en los tremedales de una parte inhumana del Oriente, de planicies ahogadas por la monstruosa vegetación incontenible e inservible, refugio de battracios.

Un disforme, rígido monstruo de piedra, superpuesto a un peñol como en un pedestal, aparecía en forma de Esfinge, al canto de la laguna, adivinada más que vista. Era sin duda el dios de la comarca desconocida, dios sin duda exclusivo e insaciable, que guardaba impasible su horrificica soledad.

Al pie de esos peñones, rodeados después de algún asalto de Titanes, y circuida de monte verdinegro, de maraña tal vez impenetrable, destellaba esa laguna, como aquellas lagunas encantadas de ciertas leyendas nórdicas, o más bien de ciertas leyendas indígenas sin «Dorado». ¿Que El Dorado cabía allí? Hubiéramos querido, sin embargo, ir a tirar al fondo de esa laguna una piedra mágica. Nadie había respondido al conjuro. Pero verla de cerca era una tentación.

Preguntamos a los indios si sabían su nombre. Tal

vez no lo tenía. Un baqueano dijo, jactancioso e inseguro:

-Debe ser la laguna de Puruhanta. No lo era.

Avanzaba ya el día. Era preciso abatir el rumbo hacia el paraje de la antigua toma, para ver si aún podía utilizarse, o buscar otra por encima.

Dejamos, pues, con pena esa laguna. Tal era su soledad, tan escondida estaba entre los hoscos cerros, que creíamos que nuestras miradas eran las primeras miradas humanas que la desfloraban. Sentíamos la extraña sensación de ver lo que quizá nadie ha visto. Estábamos por lo menos seguros de que no constaba en los mapas. Su fosca belleza en el yermo nos contristaba. No estaba hecha para el hombre.

Y otra vez a andar, partes a pie, partes a caballo. La distancia se repetía, no se acortaba, dando vuelta a una loma tras otra. Por fin, al caer la tarde, divisamos el sitio donde los indios nos dijeron habían levantado el segundo campamento. No se veía ninguna choza en pie. Las habían desbaratado todas, los contrarios.

Pero decidimos reinstalar ahí nuestro real.

Así lo hicimos, sobre los restos aún humeantes.

A la mañana siguiente, temprano, comenzamos nuevamente la exploración.

Ya la antigua toma se había cegado. Los contornos parecían desecados. Apenas si quedaba uno que otro chorrillo.

No importaba. De subsistir algo, el rehacer antiguos trabajos habría costado tanto esfuerzo como abrir otro bocacaz. Y por allá, algo más lejos, más arriba, verdegueaba frondosa otra oquedad.

Fuimos a ella. Se la oía, aunque remota, borbollar. En

efecto, brotaba el agua cascadeando sobre peñascales, desgranaba perlas espumantes en cuencas mullidas de líquenes o se deshilaba en meandros sutiles, pero numerosos. Inquieta, alegre y como jugando en soledad, se derramaba abundante y feliz. Su invisible vertiente habíase abierto paso por dentro de la tierra, horadando con constancia milenaria socavones por donde salía con sofocado gorgoteo. Hundíase luego en unas cárcavas, para resurgir más adelante riendo estrepitosamente. Animaba en torno suyo el espacio rompiendo sus cristales contra las piedras. Su alegría nos contagiaba.

Era bella en su cándida virginidad.

Miles de años hacía, sin duda, que esa vena brotaba del seno inexhausto de la peñolera y regaba inútilmente su prodigalidad inmemorial. Dimanaba de entrañas insondables revueltas en su génesis cuaternario. Millares de años ha que estas comarcas muestran al cielo cambiante el mismo aspecto intocado; pues bien: el hombre efímero desharía aquí la obra paulatina de edades incalculables. Ojalá fuésemos nosotros quien imprimiese huella durable en esta tierra no hollada sino por la pezuña del venado furtivo, imponiendo al móvil capricho de las aguas y a la fragosidad de este suelo la línea recta, la línea recta que la Naturaleza no conoce y que es obra y símbolo de la voluntad dominadora. Abriríamos el cauce que drenara estas aguas al bajío sediendo y anhelante.

En este primer entusiasmo, llamamos al nivelador rústico que trajimos en la comitiva, uno de esos *prácticos*, por lo común mestizos de primer cruce, que con cierto instinto nativo o habilidad empírica suelen sacar acequias en la región. Su instrumental, algo más

moderno que el de los antiguos, pero todavía de poco alcance y mal seguro, servía para poder decir, bien o mal, si el nivel «daba» o no. Para el resto, el práctico pensaba como los arrieros: las cargas se arreglan en el camino.

Y, triunfante, anunció:

—¡Sí da!

Se refería a un cuello no muy distante, ensillado, por donde tendría que cruzar el canal para evitar los peñascales de la falda. Sin esperar más, enderezamos a él nuestra cabalgata. En llegando, nuestro acequero provisional plantó su trípode, para nivelar a la inversa; y después de unos pocos pases, que a nuestros indios les parecía cosa de brujería, exclamó, ufano:

—Sí da, patrón.

Momentáneamente satisfechos todos, Juan José me dijo: siempre tendremos que recurrir a algún ingeniero extranjero. Los pocos nacionales que comienzan a trabajar, prohijados por el Estado, apenas si saben ya algo y aplican a cada palada el costo de una administración tan incipiente como superabundante, de modo que, al peso de una burocracia redundante e inconexa, resulta triplicado o cuaduplicado el precio de los trabajos que hay siempre que rehacer o rectificar.

En eso, el mayordomo me susurró: No crea, niño, este Cahueñas ha hecho ya grandes acequias y le han salido. Y barato.

Barato y todo, el gasto tendría que ser ingente.

Inspeccionemos el otro lado de la ensillada: la tierra se tendía menos crispada, ondulaba menos bravía. Ya más abajo los tropiezos serían quizá menores. Y luego, las cargas se arreglan en el camino, como decía el baqueano. Decidimos, pues, emprender.

Para tomar posesión del bocacaz, ordenó el mismo

Juan José empezó en seguida el trabajo, hasta que anoheciera. Era todavía temprano.

Nos volvimos al sitio, a ubicar la toma.

Un poco antes de mediodía, entraron en función los picos y palas traídos al efecto, por si acaso.

Los primeros barretazos enturbiaron de lodo la onda que hasta entonces había manado límpida. En torno a la fuente, hasta hace un instante inviolada, fueron cortando los hilos de agua que se cruzaban como arterias, para que convergieran al futuro cauce que el capataz diseñó toscamente sobre el terreno, dándole el primer declive. Y prosiguió nivelando a trechos.

Pronto comenzó a correr el agua prisionera. Se deslizaba sumisa y ágil como una esclava. Pero perdió la voz con que cantaba al cascadear sobre los peñascos, al romper sus cristales contra las piedras. Y era así menos bella.

Regresamos al rancho, a pernoctar en grata fatiga, e ilusionados.



Nos levantamos con el alba, para dejar suficientemente conformado el trabajo primero. Tiritábamos de frío, pero nos duraba el crédulo entusiasmo de toda iniciación.

Nos pondríamos de regreso a la hacienda baja al mediodía, después de breve almuerzo silvestre. Y tornaríamos dentro de quince días a instalar la organización definitiva.

A eso de las nueve, asomaron por la cresta occidental numerosos indios, todos a pie. Nos apercibimos a lo que pudiera acontecer.

Pero vimos destacarse luego un grupo sólo de

cinco. Minutos después recibíamos la Embajada de los Angochaguas.

Solapadamente humildes, pero astutos diplomáticos, se acercaron a Juan José. Los abrazó palmeándoles los hombros con naturalidad, mas no sin señorío. Y como es de uso, les ofreció una copa de aguardiente. Libado el trago de la amistad, comenzaron a hablar. Juan José no les hizo alusión alguna a la quema de los ranchos, y les mostró el comienzo del trabajo, diciéndoles: ¡Vean qué bonito! Y si sale bastante agua, y vosotros nos ayudáis, sin duda habrá aguas sobrantes para Angochagua.

Balbupearon que esos páramos eran suyos y que no podrían consentir. Juan José sin alterarse les dio buenas razones, diciéndoles que estaban equivocados, o habían sido engañados por tinterillos; que sólo se trataba de abrir nueva acequia; que los terrenos comuneros quedaban muy abajo y que por lo demás se les había siempre permitido el uso en común aún de las alturas propias de la hacienda, para sustento de sus ganados. Rezongaron como objetando: se les entendía apenas su media lengua. Sólo se comprendía que intentaban argumentar, y resistir. Y sin que hicieran una sola seña a sus seguidores, venían todos allegándose cautelosos. A éstos se les brindó también su copa. Nunca la rehúsan, y menos ofrecida de buen modo. Pero creció la algarabía; al erguirse Juan José, bastó su ademán imperioso. Que hable uno solo —dijo—, dirigiéndose al que parecía su curaca. Tartamudeó éste largamente, y en silencio, se arremolinaban los demás. Al verlos tal vez mal intencionados, se acercaron de suyo los nuestros. Pero Juan José les dijo: ¡Apártense!

Fue entonces, Juan José, el antiguo castellano redivivo, de los probados «uno para ciento». Su talla hercúlea le bastaba para imponerse a la rechoncha indiada. Estaba, además, armado, pero seguro de no disparar.

Estábamos también armados los de su séquito con fusiles de caza que llevábamos terciados todo el día para algún venado repentino o un puma de los que andan en las breñas. Juan José montó en su caballo: bien se veía que no era para huir, sino para mandar. Caballo y caballero, la antigua alianza invencible. Y su barba rubia lo asemejaba en mi memoria al Tonatiú. Hubiera sido un Alvarado en otros tiempos.

Les habló una vez más, apacible y sereno. Nada os amenaza –les dijo–; volved tranquilos. Los indios parecían ya vacilar, y el curaca soltó el nombre de «amo Cudiña», un picapleitos forastero, de los que comenzaban ya por entonces a merodear clandestinamente por las haciendas, alborotándoles la cabeza a los peones, tratando de hacerles comprender su aplicación de las leyes, para ellos incomprensibles como no fueran las de «la costumbre», y haciéndose mientras tanto pagar en gallinas y huevos y borregos, hasta cobrarles en buenos pesos su tentativa.

–Amo Cudiña, dice –murmuró el jefe–, dice que...

Juan José les dijo: Bueno, si es así, aunque salgáis perdiendo, saldremos a Ibarra, y ahí hablaréis con mi abogado.

Y sin más comenzó a arrear con el ademán y con su caballo el motín. Montamos todos para acelerar despejando los grupos: y al fin, viéndonos resueltos, pero tranquilos, amainaron su irresoluta resistencia cuando oyeron al curaca decir: Bueno, pues, Patrón. Saldremos a Ibarra para tratar.

En Ibarra, el día de la cita, reímos un poco, al ver esa cosa híbrida y grotesca del indio leguleyo y discuti-dor, amaestrado por su tinterillo, que se tenía a su lado

entre amarillo de bilis y verde de envidia al blanco. El que llevaba la palabra a nombre de los indios no era por lo pronto él, sino un indio joven que había aprendido a borrar su nombre en papel sellado, cuya virtud le parece algo misteriosa, cosa de blancos, pero a veces eficaz contra ellos. Artificiosamente engreído y peleador, chapuceaba: «yo tan soy ciudadano, no sólo vos». Habló luego su abogado, sin razones pero altanero, para impresionar a los indios. Terminó por proponer una transacción, para conservar algún derecho a cobrarles su deshonroso honorario, si consentíamos. Consentimos, más por los indios que por él. Salieron ganando ventajas, pero ya no estorbarían el trabajo.

XII

De regreso al Pinar, vi a los nuevos huasicamas que descendían por la loma detrás la casa. Bajaban rompiendo sin atajo por entre las matas de chinchin y la tupida maleza, abriéndose paso y saltando por las desigualdades del terreno, a modo como rebota el agua por las pendientes. Así los indios hacen sus *chaquiñanes*, sus caminos de a pie, buscando desde la altura en que se aíslan sus chozas, la línea más corta. Van siempre al trote, como sin cesar urgidos.

Eran tres. Bajaban, el hombre adelante, escotero, terciada la *huasca* indispensable, seguido de su mujer que traía a la espalda un enorme bulto envuelto en un lienzo anudado al pecho; y el hijo, un adolescente, con una hacha al hombro, y un látigo colgante de una manilla de cuero dispuesta en forma a servir de acial o moquillo. Un vivo sol encendía el rojo de los ponchos de los dos hombres sobre la blancura de sus calzones, y el azul del anaco de la mujer, que deja al aire sus pantorrillas, bajo la camisa de cuyo amplio descote emergen libres brazos y pecho. Y no se veía otra cosa que esas manchas de color, móviles en el gris árido de la loma. Se oía desde lejos el lloro de la criatura que la huasicama traía sobre su envoltorio.

Llegaron; y penetraron en el jardín por un portillo. Viéndome en el corredor, el indio y su hijo se acercaron

a saludarme, mientras la mujer iba a descargarse a la puerta de la cocina. Descubrierónse y avanzaron embarazados, la greña húmeda de sudor colada a la estrecha frente, acezando todavía de su fatiga. Después del saludo humilde y religioso, y de palmearles cariñosamente el hombro en acogida afectuosa, hice que se les trajera un poco de aguardiente; bebiéronlo sedientos, a grandes tragos, levantando la cabeza como los pájaros.

-Diosolopai, niñu. Sol ca juerte mesmo es en tierra baja.

Para ellos que venían de venteadas cumbres, y viven dominando los repliegues y valles de la serranía, este rincón parecíales un hueco, una «olla», como la llamaban, donde cocerse.

El indio se enjugaba el sudor con la punta del poncho. Era éste de los más altos, fornido, casi esbelto, de barba rala y suave, pupilas de mirar dormido, opacas como de terciopelo empolvado, y no uno sé qué de nobleza, rezago de alguna gota de sangre española perdida en la serie de antepasados. El hijo, un longo de quince años, reventando de salud, fresco y salvaje todavía.

Preguntéles por algunas gentes de la hacienda alta, y como su media lengua no se prestaba a largas conversaciones, di por recibida y terminada la rústica cortesía.

Co-licencia niñitu -dijeron para retirarse-, y se alejaron con el ruido de sus ojotas resacas que chasqueaban sobre el enladrillado del corredor.

Entretanto, seguía llorando a grito herido, chillaba como si la desollasen, aquella criatura. Yacía en la falda de la *doña* que, sentada sobre el umbral de la cocina, le ofrecía en vano el pecho. Vi su carita congestionada por la violencia del llanto, y ya amoratada. Me acerqué a preguntar lo que tenía. Fajado como una momia diminuta, a la usanza de los indios, era sin duda la apretazón de aquel vendaje lo que le impedía todo movimiento

mientras quería el pobre animalito patelar, debatirse, desahogarse. Se sofocaba hasta las axilas. Se lo dije a la madre, que no lo creía. ¡Ay! niñu, guagua ca, infirmitu stá, exclamó.

-¿Qué tiene?

-No sé, niñu; ojeado pasque stá.

-No creas, hija, en esas tonterías; los brujos no son sino unos bribones que andan haciéndose temer para hacerse pagar.

-¡Ay! niñu -repuso moviendo la cabeza-, convencida del mal extraño.

-Desátele, por lo pronto.

Comenzó a hacerlo. Eran mil vueltas de una venda tejida en los indígenas telares, que aprisionaba el blandengue cuerpecillo como en estrecha vaina y lo mantenía rígido *para que no se torciese*, «*pa qui crii dirichitu*».

La criatura había mojado los pañales. Para cambiárselos, la india fue a abrir el gran atado que había traído a su espalda. Contení el *quipe*, tres cueros de borrego: eran la cama del matrimonio; algunos *pilches con cucave* -trastos con fiambre de su gusto-, ropas blancas de remuda, y tal vez, alguna cosa de precio, que no podían dejar en su choza sin llaves, como todas, cuyas puertas se amarraban con un cabestro y casi nunca son violadas por merodeadores.

Aflojada, la criatura seguía llorando. La tomó la madre, y cubriéndola con un pañal, lo dejó sobre uno de los cueros que acababa de acomodar en un rincón del corredor. Sacudía al aire manitas y pies, y luego, calmándose poco a poco, se quedó boca arriba, encogiéndose en la forma que tuvo sin duda en el vientre materno. Gimoteaba todavía cuando la madre, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, y sacando al aire con sólo un movimiento de hombro un pecho pleno, se lo dio a mamar. Entreabrió como un perro tierno los

ojillos almendrados, comenzó a chupar ávidamente la tetilla, hasta dormirse.

La madre, mujer sin sonrisa, retiró el pecho enorme como una ubre, y dejando de nuevo su cría sobre el cuero de borrego, entró a la cocina y comenzó a servir.



La noche anterior, un viento huracanado y loco sopló en el valle; y el eucalipto enfermo, de hojas que habían blanqueado al secarse, el árbol cano, aquel árbol exangüe y paralítico, no había podido resistir al embate. Amaneció medio tronchado, agarrado todavía, como en una convulsión de su raigambre, a la tierra dura. Se veían, a modo de enormes dedos crispados, sus raíces leñosas, hincadas al suelo. Se había inclinado a la casa de servicio, amenazando su techumbre. Un acceso más del viento, y la aplastaba.

Era preciso tumbarlo hacia la loma.

Antes de ir a las tareas respectivas, todos los indios venidos al trabajo fueron puestos a la imprevista faena. Se les dio en recompensa una copa, y excitados a la obra en común, las voces y las opiniones animaron la escena, sólo para mí patética. Yo amaba aquel árbol, hasta la última hora tan erguido que parecía iba sintiendo la lenta y continua ascensión de la muerte, de las raíces a la cima, y resistía sin abandonar una sola de sus hojas, obstinado y fiero como un hombre fuerte que quisiera morir de pie, según su voluntad estoica.

Treparon entre el vocerío dos longos a lo alto de la ramazón para atar en ella cabestros de cuyo extremo, pendiente hasta el suelo, debían halar los peones, llegado el momento de derribarlo. Y en seguida comenzaron las hachas a hacer tajos en el tronco. Penetraban en la madera recia y salían relinchando, remordidas por

los labios de las mismas heridas que abrían. Golpes horizontales intersectaban el de tiempo en tiempo los repetidos cortes oblicuos, y saltaban entonces gruesos gajos de corteza, dejando a lo vivo la pulpa amarillosa por cuyas fibras la savia había cesado de correr hacía tiempo. La herida se ensanchaba sin sangrar jugo ninguno, reseca de antiguo la savia por el ignorado mal. Cada hachero ritmaba los dos tiempos de su mandoble modulando el resuello en un ronco *ja-han*.

Repercutían los golpes, haciendo temblar las hojas, los pequeños cuescos de semilla muerta a medio cuajar, que colgaban de ramillas finas y fibrosas. Tiraban los peones de los cabestros, todos a una dando en coro voces guturales. Reían a cada partida en falso, burlándose sin malicia unos de otros, increpando al árbol que no se dejaba vencer. Un longuito vivaracho, de seis a siete años, ojialegre y bullicioso, en quien no se marcaba todavía la tristeza cohibida de la raza, feliz de crecer sin traba a la intemperie, como un animalillo suelto, iba y venía curioseando, tirando de los ponchos a los conocidos, agarrándose de la cuerda a cada tirada, persuadido de ayudar a la colosal faena. Continuabanla todos de buen humor; tomáronla desde el principio como un trabajo de recreo, y les excitaba una especie de instinto retozón cuya libertad coartaba apenas mi presencia, desde el corredor. Y al verles jugar así, broncamente, entre ellos, de puro gusto físico, me admiraba de verlos tan cerca aún de la infancia humana, sumidos todavía a medias en la inocente animalidad.

Ya el tronco crujía, atacado por las hachas hasta la médula. Tirando los cabestros tensos, más de veinte indios contrarrestaban la inclinación del árbol sobre la casa, mientras otros tantos halaban de las cuerdas atadas a la ramosa copa hacia el recuesto adonde se quería

tumbar al gigante muerto. Oíase más sonoro el *ja-han* alterno de los dos hacheros dando los últimos golpes.

Estaban todos alerta. A cada hachazo el árbol entero se estremecía como si el dolor le hubiese llegado a un nervio recóndito aún sensible, y le recorriera hasta la punta de las hojas. En fin, un crujido más largo y más áspero, el del primer desgarramiento.

Un gran esfuerzo final, todos a una, y el gigante, vencido, se abatió. Su ramaje hizo al caer un vórtice de aire. Los peones corrieron todos hacia los lados, y cuando el tronco retumbó contra el suelo, miráronse instintivamente unos a otros, por si acaso alguno...

Mas yo vi, con ojos turbados por el espanto, que una rama, como un brazo, como una mano certera, cogió a alguien al caer, y lo aplastó.

Di un grito y señalé el punto: —¡Lo ha aplastado! —exclamé—, y adelantéme a los demás de súbito inmutados.

El palo había quedado a caballo sobre el tapial que separaba de la loma la casa: pero la ingente ramazón cubría el principio del declive en el recuesto. Vi debajo del tronco el color de un poncho. Cuando me acerqué, una pierna pequeña, medio libre entre dos ramas, se removía encogiéndose en los calambres de la muerte. ¡Era el longuito!

Habíalo cogido la rama más fuerte y más larga que se bifurcaba casi al extremo, cayéndole sobre los hombros de tal manera que la cabecita emergía, de la nuca arriba, al vértice de la horqueta. Antes de verlo imaginé ya la frente rota, la nariz abollada, los pómulos triturados, la quijada deshecha. De bruces, la cara contra el suelo, del cuerpecillo sembrado en tierra no sobresalía sino aquella pierna, segundos después inmóvil, apagadas las últimas crispaciones en los dedos del pie desnudo.

Imposible levantarlo. La rama lo tenía acogotado con un ademán homicida, ciego. Fue preciso aserrarla...

Sacamos el pequeño cadáver ya frío. De lo que fue su rostro no quedaba sino una masa sanguinolenta y huecillos rotos. El golpe mortal, en la nuca, había hecho saltar los ojos fuera de la cuenca rota; reventados contra el suelo guardaban, húmedo de humores, el polvo que los había cegado. Sobre los labios magullados, la punta de la lengua remordida sangraba llena de tierra.

No lo reconocí. Un rumor recorrió el grupo de indios, entre exclamaciones: ¡Guagua de mayoral ha sidu, ve, pes, pobre guagua!

El padre estaba en la labranza, en un barbecho distante. Un asombro los tenía a todos abobados. Cada cual pensaba que la muerte le había rozado. Algunos pensaban sin duda que era menos mal hubiese sido el hijo del mayoral la víctima del suceso, que no uno de ellos. Porque el mayoral representa en cierta forma al blanco, ejerciendo de capataz en los trabajos de la hacienda, yendo de choza en choza a convocarlos a la tarea, enseñándoles la doctrina extranjera: siendo indio, se ha puesto del lado del amo.

Mientras sacaban el cuerpo de bajo la ramazón, Mariucha, que había acudido de la cocina al oír el rumor del siniestro, contemplaba cerca de mí, el horror. El espectáculo despertaba visiblemente en ella las oscuras sensaciones que la sangre derramada suele despertar en su sexo cruento y maternal.

La apatía de los demás rostros también se animó mientras contemplaban la atroz imagen. De ordinario el espectáculo de la muerte no despierta en ellos ningún estremecimiento, ni su misterio humano les conmueve. La muerte del hombre es para ellos el fenómeno animal consuetudinario; y aun en caso de accidente la ven como miran las mortecinas rodadas en los riscos, los ganados abatidos por las pestes, las crías muertas en mal parto. El fondo supersticioso de la raza no se conmueve

ante la muerte, sino ante la enfermedad, en la que ven casi siempre la obra de un aojo. Despojados frente al enigma final de sus creencias naturales, por la religión forastera, superficialmente impuesta, les queda una confusa mezcla de oscurecidas reminiscencias atávicas y de enseñanzas incomprensibles. Sus leyendas han perdido el contorno primitivo, tomando la vaguedad de lo que está para perderse en el olvido. Sus abusiones son horrosas, adulteradas por las nuevas creencias que al suplantarlas se han adulterado a su contacto. De los ritos indígenas, sólo guardaban todavía usanzas para acompañar al difunto de la mortaja al sepulcro.

Era preciso llevar el cuerpo a la choza, no distante, de los padres. Algunos peones ataron cuatro palos en paralelogramo, tendieron sobre él dos ponchos amarrándolos por debajo. Pusieron al muerto encima y lo llevaron en hombros.

A la caída de la tarde, la brisa trajo ecos de cantos distantes. Mama-Chana me dijo: Ha comenzado el velorio.

Quise ver la ceremonia fúnebre, y eché a andar a pie por un atajo inaccesible a caballo. Cuando llegué, ya había cerrado la noche. Los perros ocupados en roer los primeros huesos del festín que se preparaba, no ladraron. Favorecido por la oscuridad, quedéme afuera de la tapia, tras una higuera, frente a la única entrada de la choza. El interior estaba alumbrado por las llamas danzantes de tres fogones; tal vez en el rincón que yo no veía, donde debían hallarse las camas superpuestas y los sobrados, parpadeaba un mechero de sebo, pues cuando disminuía por momentos la llamarada, una luz temblona, barajada de sombras, aleteaba sobre el re-

cinto. Soplaban entonces en un fogón, y la llama volvía a prender, inestable, súbita, vehemente, dando a la extraña escena funeraria algo de más fantástico.

Habían depositado el cadáver frente a la puerta, en un pequeño estrado, sobre cuatro estacas clavadas en el suelo. Yo no podía entrar a verlo. Mi presencia en el velorio habría causado entre los pobres indios tal sorpresa y embarazo, que equivaldría a una profanación.

La concurrencia llenaba la pieza, los hombres de un lado, las mujeres de otro, formando dos semicírculos al ruedo del muerto; sentados todos en el suelo; con las rodillas levantadas, a la indígena.

La madre atizaba los fogones, más obligada sin duda, por la costumbre, a atender a los concurrentes que a llorar su duelo. Se oía reventar el maíz tostándose en un tiesto, mientras un caldo hervía a borbollones en una olla grande, y en otra se cocía una mazamorra.

En el pequeño corredorcillo abierto delante de la entrada colgaba del alero un borrego ya desollado y lavado. Pendía al aire, descuartizado, guardando todavía el degüello el terror en los ojos revulsos, y en la carne aún sangrando, algo de viviente que parecía continuar sintiendo su martirio. Era el trofeo de la fiesta, la promesa de regalo copioso en el ágape de regla al siguiente día.

Circulaba de mano en mano un recipiente de ancha abertura, lleno de chicha. Danzaba en la rubia bebida un *pilche*, jícara redonda, de corteza de calabaza, que cada uno sacaba llenándola en el mismo recipiente y volvía a dejarla en él, vaciada de una sola empinada.

Parecía que la concurrencia esperase que la ama de la choza se desocupara, pues seguía en silencio sus movimientos. Silencio habitual, extraño: es una raza que no halla qué decirse.

Al fin, la madre, dejando de activar las ollas, como si

la sazón estuviese ya a punto, se acercó al estrado, e inclinándose sobre los despojos, comenzó a excitarse a llorar. Hubo un movimiento de acomodarse cada uno en su rango, y las mujeres, entonces, rompieron en corto plañido, como un preludeo, en falsete.

La madre, entre sollozos que a medida del esfuerzo iban saliendo más hondos y más sinceros, empezó en lengua del Inca, entrecortada de español barbárico, el elogio fúnebre.

—Longuiticu, ya ti moristi, ya nu ti viré. Mamiticu, ya nu volveris. Ya uvejas ca nu has di pastar. Taita y mama ya rucus, ya viejos, vos mesmo de grande hu-bras sido taita, vos mesmo mama. Ahura solitus tan qué mos di hacer.

La melopeya era triste y lenta, en el arrastre de una tonada que daba vueltas sin fin. En coro, las mujeres repetían, como en la doctrina, la última palabra, sobre la misma modulación lastimera, haciendo un poco más ronca la quejumbre de los finales.

Cuando la doliente agotó su pobre inventiva lírica se levantó y se fue a sentarse junto al fogón. El arpista tras un registro, hizo gemir un san-juan en las cuerdas rústicas. Oyéronlo más distraídos los asistentes, como si aquello no fuese sino un entreacto.

Pasó otra vez la bandeja de chicha, rebosante, en que flotaba el pilche. Y cuando todos hubieron bebido en silencio, la más anciana de las plañideras comenzó su treno. Solía llorar, sin duda, en todos los velorios, pues su salmodia partió más fácil, más abundante y segura. Tenía al parecer una letanía, todo en lengua de inga, aplicable a todos los muertos. La cantó de un vuelo, excitándose a medida que la tonada la envolvía como obsediéndola en sus vueltas iguales y recomenzantes. Todo el coro se dejó ganar por la excitación del canto, y la plañidera se aplicaba

más, poniendo notas de delirio en el monótono retornelo.

Exaltada oscuramente por el ritmo fúnebre, alargó el rústico epicedio, con una voz desfalleciente, hasta que extenuada pidió de beber. La *doña* destapó una botella de anisado, recorrió el círculo dando a todos de beber en la misma copa turbia de vidrio tosco.

Se acercaba la hora de holgar. Y se veía en los rostros la contenida animación de los apetitos en espera de la harta comida, del baile y fiesta que seguirían.

La mayoralá, llegándose de nuevo a inspeccionar las ollas, hizo signo de llamar a alguien. Y vi entonces a Mariucha que acudía a ayudarla a servir. Hasta tanto, no se había movido del ángulo que yo no divisaba.

Cuando otra india tomó el turno de plañir, ya no la escucharon. Esta mandaba a su marido difunto recados con el chico muerto, imaginando no sé que encuentro subterráneo. *Guagualla, dirisli a mi maridu qui vioda tudavía llora. Dirisle qui mojer tan ni tene quien.*

La longa sacó fuera de la candelada la olla profunda. En hondos platos de madera fue repartiendo un caldo ojoso, oscuro, en que se ahogaban pedazos de carne, huesos, cebollas y ajos. Careciendo de cucharas, a excepción de una que otra hurtada de la hacienda, trasto inútil, por lo demás, que sólo les servía para coger las salsas picantes de ajos y ajíes, los convidados sorbían el espeso líquido apegando los bordes mal pulidos de los platos a los labios. Los trozos masticables, tomábanlos simplemente con los dedos, que luego se limpiaban en las ropas. Los que habían terminado, llevaban por sí mismos su plato a la dueña de la casa, que lo rellenaba con la seriedad de un rito; y sin cesar circulaban el tiesto de maíz recién tostado y la bandeja de chicha.

Sirvieron al cadáver una ración de todo, al borde del estrado. La religión del blanco no consentía enterrarlo

con provisiones de boca para el largo viaje: por lo menos durante el banquete en su honor, debíasele atender.

Ya el licor cosquilleaba todas las plantas. Después de la cena, comenzó el baile. No había espacio para entretener las complicadas danzas y pases de las grandes fiestas al aire libre o en los corredores amplios de la hacienda. Cabían sólo dos parejas. La que inició el movimiento fue la última plañidera con un indio mozo. La mujer giraba sobre sí misma, sin cambiar de puesto, simbolizando la tierra, mientras el varón describía un círculo, alrededor, imitando al sol. La música insistente y simple los arrollaba, y poco a poco, a pesar de la estrechez del recinto, dos, tres parejas más, salieron y se apiñaron y el doble movimiento de rotación y de traslación continuó unánime en torno del cadáver, que presidía.

Se cansó el arpista, y las parejas, dando un largo guay se pararon y deshicieron, volviendo las mujeres a sentarse en su semicírculo. La excitación persistió en el rumor de conversaciones, mientras pasaba un nuevo turno de chicha, servido por la Mariucha. Sonaban ya las notas de un sanjuanito, tocado en la dulce zampona indígena. Cuando la longa iba a dejar junto al *pondo* en que fermentaba el néctar amarillo, la bandeja vaciada al instante, un galán se interpuso y tendiéndole el pie entre los suyos de suerte que tropezase, la contuvo riendo de la malicia y la tomó por el talle para hacerla entrar con él al ruedo del baile. Mariucha se esquivó, por ir a depositar el trasto que la embarazaba, y como la siguiera el mozo, volvióse a él fingiendo risueño enfado. Era un longo de faz chata, sensual y alegre. Mariucha entró con él en la ronda apretada, densa.

Pasaban las parejas haciendo tornos. En el remolino yo no veía sino a Mariucha, que, abandonándose al ritmo narcotizante, olvidaba su timidez, entregábase a

la persistente incitación de esa danza. Un vehemente deseo me vino de sacarla del cerco oscuro en que giraba y giraba.

El baile continuaría hasta el amanecer, entrecortado de comidas y bebidas. Mas yo estaba resuelto ya a no moverme, a observar hasta el fin lo que la longa haría, a esperar que saliese al corredorcillo o al corral, como salían de tiempo en tiempo otros convidados, para tomarla al paso y llevarla conmigo a la hacienda. La veía con el extraño interés con que se mira a quien no se siente observado. Me parecía ser la primera vez que la veía en toda su verdad, libre entre sus iguales. Mientras tanto, la plañidera al son del arpa comenzó su canto. Siguiéronla las mujeres en coro chillón y falso. Al cesar, una voz de hombre se alzó, aguardentosa y rauca, a cantar, sin ritmo, sin palabras. Nadie la escuchaba. Era el padre de la víctima, borracho, que tarareaba su dolor.

Dos indios, también borrachos, comenzaron a pelear, y salieron al aire, seguidos de sus compadres pacificadores. Colocado tras la tapia, oculto por las ramas de la higuera, no me veían. Yo aguaitaba más alerta, porque Mariucha, oyendo el altercado, salió a ver. En el movimiento de la disputa, el grupo se aproximó al árbol, y la longa, reconociendo al guasicama, uno de los contendientes, se acercó a tirarle del poncho, para apartarlo. El indio, de un sacudón, le hizo soltar, en momentos en que los cuatro beodos se iban a las manos. Aprovechando la oscuridad y la confusión, salté al corral, tomé del brazo a Mariucha, que, sorprendida, trató de esquivarse, y la arrastré hacia el portillo para salir por ahí. Como resistiera, ¡vamos! -le dije-, en tono imperioso y pasé adelante, seguro de ser obedecido. Apenas se atrevió a preguntar, recelosa de mi intento: ¿Onde quirís pes qui vaya, niñu?

-A la hacienda, conmigo. No quiero que te quedés aquí, entre estos borrachos.

Le era sin duda extraño hallarme a esa hora, a pie, lejos del camino, entre las lomas, y sentía vergüenza de haber sido vista sin saberlo. No quería precederme en el sendero, a pesar de pedirle que me guiase en la oscuridad, para sus ojos indios menos confusa.

-¿Me perdonas -le dije-, el haberte sacado de la diversión?

Ya el trastorno de sus ideas era bastante sin esto: pero oír al amo que le pedía perdón de algo, a ella la esclava, era por demás desconcertante.

-¿Comprendes por qué no quería dejarte ahí? Ese longo que bailó contigo está borracho y enamorado, y hubiera querido abusar de ti, ¿no es cierto?

-Qué es pes, niñu, qui haciendo tan: yo ca casu hubra dejado.

Me acerqué a besarla. Se defendió hurtándome su boca. Nunca el blanco besa a las *runas*. Sus caricias no son para ellas; sino su brutal empuje.

Descendíamos una rápida pendiente. Mis ojos se acostumbraban ya a las tinieblas y alcanzaban a descifrar el atajo. Se oían entrecortados ecos del velorio en la noche espesa, y murmullos del agua corriente en lo hondo de la cañada.

Llegamos a orillas de la quebrada. Tomando del brazos a *mi compañera*, la obligué a sentarse a mi lado, sobre la arena. Sentí que el corazoncillo le temblaba como un pájaro aprisionado. Quise calmarla.

Se oían menos distintos los cantos de la orgía fúnebre.

-¿Te asusta la muerte, Mariucha?

Alzó los hombros, no sabía. Precisé: -¿Tienes miedo de morir? ¿De que te dejen sola, debajo de la tierra, entre las calaveras?

No había pensado en ello, no sabía.

La tomé luego por el talle, y la retuve abrazada.

-¿No te gusta que te quiera? -le dije.

-¡Cómo ha de querer, pes, su mercé a esta mapalonga!

Y pensé: ¡Cuánto me agradaría sentir en ti, inocente criatura, un cariño silvestre como tu feliz ignorancia del mundo...!

¿A qué decírselo? No comprendería ni una palabra de tal cosa.

Me cansó pronto la inútil fantasía de hablarle, hablarle.

Me limité a estrecharla más en mi brazo. Cohibida de respeto y extrañeza, era vano buscar con palabras a su alcance y caricias simples el modo de aflojarle el nudo de su almita apretada de timidez, de hereditaria hurañía.

Guardamos largo silencio, durante el cual nuestro ser profundo se defendía de la soledad salvaje, enorme, suspensa en torno como una gravitación, removiendo el sentimiento oscuro, el calor que amparaba mi abrazo.

Arisca hasta el fin sin darse cuenta, parecía querer, sin quererlo, defenderse todavía. La vencí como esperan ser vencidas las de su raza. Y así, bajo el cielo ciego, la india y el blanco se enlazaron en el misterio de la noche americana.

Al otro día, después del almuerzo, divisé a Mariucha que en el ángulo del corredor de la cocina, arreglaba su *quipe* para el regreso.

Cumplido su mes de servicio, se iría hoy mismo. Recogía los dos cueros de borrego, que le servían de le-

cho sobre el suelo, aquí como en su choza. Y arreglaba su pobre ajuar de doncella.

Me acerqué a despedirla.

Ella habría partido sin despedirse. Parten como vienen: ajenas, prestadas por «la costumbre» para el servicio temporal en la casa del amo.

Desde que llegan, no piensan sino en volverse, insensibles al halago, a las comodidades de «la hacienda».

-¿Te vas hoy mismo?

-Sí, niñu.

-¿No quieres quedarte?

-No, niñu.

La abracé. No había nadie. No había sino ella con su mundo aparte, en sí.

Se esquivó de mi abrazo, ruborosa.

-¡Ay, niñu, gente ti ha de ver!

-No hay nadie... - e intenté retenerla.

-¡Ay, niñu, loco pasque estáis!

En efecto, locura debía de parecerle a la luz del sol lo que apenas le excusaría la oscuridad nocturna.

-Anda di aquí, niñu, ti van a ver... añadió desvalida, azorada.

La miré. No sabía ella qué hacer de su silencio, silencio milenario de una raza que no halla qué decir, aun entre ellos. Quería quedarse sola en seguida. Se escondía en ella misma.

Acariciándole levemente la mejilla, la dejé.

De mi hamaca la vi que partía. Partiöse sin volver los ojos.

La criatura de agrietados pies emprendió ligera, sin recuerdos, el camino a su choza distante.

SEGUNDA PARTE

SOLILOQUIO DE SEGISMUNDO

XIII

Pasé el día a caballo, sin rumbo; tranquilo y solo. A la noche, inquieto, sin tener por qué, me tendí, como casi todas las noches, en la hamaca, a ver el cielo estrellado. La atmósfera estaba tibia, clara y serena.

De pronto me acordé de otra noche, ya lejana, desvanecida como mis sueños. Fue a orilla del Mediterráneo, en Francia, en la populosa Niza. La unisonancia de las olas difundía en el silencio absorto la cadencia de su afán infatigable. La brisa traía en soplos blandos, de costas tórridas distantes, un sávido olor de algas.

Parejas de amantes, de novios, de enamorados, atravesaban el tumulto. Abstraídos, aislados en su amor, inmunes al contacto innumerable, iban, por entre la confusa gente, como preservados por aquella aura de soledad de que nos hablan los místicos. Llevaban, para sellar destinos desiguales, besos semejantes; y la penumbra esfumaba sus diferencias. Cada efímera pareja era la pareja eterna, la que viene desde el fondo y va hasta el fondo de las edades. Las mil pupilas del cielo miraban, como hace mil años, la caravana sin fin. Y el mar, corazón del mundo, marcaba el ritmo eternal. Pasaban, sin cesar, olas de mujeres.

En vano yo me preguntaba si en medio del viviente oleaje, alguna mujer no habría, capaz de amarme. ¿En qué signo reconocerla? ¿Qué habrá en sus ojos que en

otros no haya? ¿Bastaría verme pasar, reveladora y predestinada? ¿Me sería preciso asomarme a su alma, aspirarla de cerca como una flor de secreto aroma, en lentas horas asiduas? Tal vez exista. Tal vez pase junto a mí. Y acaso mi alma no la reconozca. ¡Pasará desconocida, inadvertida, extranjera...!

Yo contemplaba, con ardiente melancolía, ese fluir de rostros enigmáticos y tan tranquilos, ese ondular de pechos impenetrables. Exaltación, perplejidad ante la losa de los corazones. Nos vemos y nos ignoramos. Y cada frente es de esfinge.

Mantúveme largo tiempo, en ansia, en expectativa de algo inminente. El río humano fluía, con sus rostros náufragos, que parecían interrogarse, buscarse. Rubias o morenas, lánguidas o duras, risueñas o graves, meditabundas o alertas, pasaban y repasaban, todas con su gracia visible, cada una con su visible secreto. La espuma de sus encajes dejaba al paso un remolino de perfume, un surco de tentación.

¿A quién amar, a quién amar?

A falta de un llamamiento definitivo, mi juventud me hacía desear a todas. Mi deseo flotaba en zozobra, como una barca desgovernada; iba de frente en frente, como de escollo en escollo.

...Mas, ¿qué socorro me hubiese sido hallar entonces a la bienamada? ¿Cómo contener en ella el vasto, ilimitable amor?

Sufría yo de sentir cuán pobre es la vida del hombre que no puede amar de veras sino a una sola mujer, mientras tantas formas y ensalmos, tantos prestigios de amor, tantos sortilegios de turbadora felicidad, le quedarán, para siempre, alucinantes por desconocidos.

Me ilimitaba mi propio anhelo. Desmesurándose así, sobrepasaba todas mis posibilidades. Y no hubo

satisfacción bastante para confirmarme; y todo fue transitorio en el camino vertiginoso.

¡Hálitos de la difusa, inabarcable voluptuosidad! ¿Cómo escapar de vuestra seducción?

Y, sin embargo, de las tan dulces mujeres que en el fugaz arrebató me enredaron en las lianas de su cabellera, y dieron su profundo abrazo a mi busca de imposible contentamiento, no me quedó sino acedado de besos que atedió el hábito, de palabras que se cansaron de su habilidad, tan vana.

¡Oh, corazón, velero aventuroso!, ¿cuándo estarás de tornada al puerto? Me cansa el mar. Esquívate del vano viento que hinchó tu vela. Ya amé más allá del amor. Sin amar.

...En el árbol de mis desencantos, cuajando está ahora el fruto ópimo. ¡Oh, brisas del aire natal!

Oigo una voz, la más leda, y penetrante, penetrante. Dice:

-No hay otro amor que el que sufre y calla, sabe y espera. Una diminuta mano guarda para tu sequía más rocío que vierte la inútil cuenca del cielo. ¿Será la mano de Marta? ¿Qué otra mano, en esta soledad?

XIV

Vinieron peones de Cuangaba a avisar que ya habían pasado muchos soldados por Inguincho y avanzaban a Yuracruz para bajar por Piulo sobre Ibarra, evitando el Alto de Reyes, para no ser vistos de la ciudad.

Era camino conocido de revolucionarios, desde otra invasión, la del... Contaron que ya los campesinos andaban escondiendo sus caballos, bueyes, ovejas, presa de guerra codiciada por los mercenarios y único rancho previsto para holgar y comer hartos en sus vivaques.

Del Chota vinieron también los negros a contar que las tropas lo habían vadeado por el Juncal, y a esconder su bestiaje en las quebradas altas.

Informado Juan José, decidió ir al instante a prevenir, en persona, a Marta, que se preparase al traslado de su madre y de ella y de su servidumbre a El Pinar; no se les podía dejar expuestas en su casa, situada a la entrada de la ciudad sobre el Tahuando, frente al vado que esguazaban las gentes de la otra orilla y había servido siempre al paso de revolucionarios invasores y a la defensa de Ibarra por ese lado.

Montó de prisa y fuese solo, hallando al paso signos de la alarma que cundía.

Indicó a Marta todo lo que tendría que hacer ella misma para ver de llevarse consigo a la enferma y dejar la casa cerrada hasta que pasase el peligro que, de otro

modo, correrían sus personas y haberes. El peligro duraría, sin duda, varios días. Que hiciera, en consecuencia, maletas y baúles con lo necesario. Que él volvería, a la madrugada, el siguiente día, con peones y mulas para las cargas, y que esa misma tarde enviaría la silla de mano que había en El Pinar, y que serviría para transportar a la enferma.

—¿Te acuerdas de haberla visto en la capilla? —le preguntó—. Es una de esas *chaises à porteurs* a la moda de Francia, silla de mano del siglo dieciocho español, de las que servían a las damas para hacer sus visitas, en las ciudades antiguas, de calles mal empedradas y lodosas, llevadas en andas por sus servidores. Había terminado en ser utilizada en la capilla como confesionario, durante la Cuaresma y Semana Santa.

Apenas si hizo reír a Marta este detalle.

—Ya verás cómo nos sirve a nuestro objeto. Será mejor que el *huando* criollo usado en estos casos por las haciendas. —Y añadió, breve y preciso—: Peones que traeré mañana de madrugada, atrancarán puertas y ventanas, remacharán la cancela del jardín y el portón de corral, por donde saldremos. Ellos saltarán a la calle por la tapia, después de hacer salir las mulas con las cargas y de asegurar ese portón por dentro. Es necesario cerrar la casa, así a los asaltantes como a los defensores, pues las tropas del Gobierno serán las primeras en tratar de atrincherarse en ella, como ya lo hicieron antes; sólo que ahora ya no será únicamente fuego de fusilería, sino bombardeo con cañones. Se asegura que los revolucionarios vienen provistos de artillería y resueltos a bombardear la ciudad.

Marta le dijo:

—Haré todo lo que me dices como pueda. Será difícil no asustar a mamá con el trajín, pero no hay remedio. Ya veré.

Juan José añadió:

—Esta misma tarde, a eso de las cuatro, ya estará aquí la silla de mano. Haz tú que la dejen en el patio de entrada, y ve tú si, a modo de distracción, traes a tu madre a que la vea antes de anochecer; que se acostumbre a la vista de ese antiguo mueble que ella sí ha de haber conocido en la capilla. Quizás no lo recordará. Ni podrá de ningún modo imaginar por sí sola para qué está allí. Procura tú hacerla sentarse en esa especie de sillón respaldado al fondo, abriéndole la portezuela para que lo pruebe. En todo caso, tú y ella a solas dadle vueltas como a una curiosidad. Y ya veremos, tú y yo, mañana, la manera de hacerla entrar de buenas o por fuerza. Y nos pondremos en viaje muy temprano.

Marta, azorada, dióse sin embargo cuenta de lo que tendría que hacer. La decisión de Juan José érale ya protección.

—Bueno, Marta —dijo casi alegre—, hasta mañana muy temprano.

Y volvióse de prisa a la hacienda para disponer todo con tiempo: que arreglasen los dormitorios para recibirlos y notificasen a los sirvientes y peones de estar antes de las cuatro de la mañana en Ibarra. Que él vendría con ellos.

En llegando a El Pinar, Juan José conversó con Segismundo acerca de lo que restaba por ordenar, y advirtió a Mama-Chana de los cuartos que debía aderezar para los huéspedes, para el par de fugitivas a quienes ella quería tanto, sin haberlas visto durante años.

Consternada, enternecida, la buena mujer se sintió encantada de ser útil, más con su afecto que con sus manos.

Se despachó, sin pérdida de tiempo, la silla de mano. Sacándola de la penumbra de la capilla, revivieron al sol pálidos destellos de sus ornamentos. Revivió el paisaje

pastoril pintado al óleo en la portezuela. Descorridos los velos de las ventanillas, entró la luz a airear el olor a encierro y moho de los cojines.

Listos ya los cuatro portadores —todos de una estatura, aproximadamente, para nivelar las varas—, hicieron pasar por los anillos los redondos travesaños de madera pulida y levantaron la parihuela para emprender la marcha. Alejáronse trastrabando el paso a los comienzos, hasta lograr ritmarlos en movimiento igual y continuo. Desaparecieron de nuestra vista al contornar la primera loma y aparecieron luego en la recta que ascendía a la otra loma. Iba liviano el peso, y ellos rápidos. Perdiéronse luego tras la vuelta. En dos horas más llegarían a la casa donde Marta los esperaba.

Antes del alba montamos Juan José y yo, precedidos de sirvientes y peones.

Juan José recomendó a Mama-Chana, también despierta a esa hora, que impidiese a la gente de la hacienda acercarse a la casa cuando regresáramos, a eso de las cinco. Ella, que no ignoraba el caso de la enferma, comprendió que era para evitarle el encontrarse con caras extrañas, que acabarían de conturbarla al apearla. Tan insólito viaje y modo de viajar eran ya para la infeliz doña Dolores demasiado motivo de trastorno y desvarío.

Salimos en tropel. Uno de los sirvientes llevaba del ronzal el caballo destinado a Marta, ya ensillado.

Llegamos a la hora anunciada. Juan José entró solo, y anunció a Marta que yo y los demás quedábamos a la puerta hasta que lograsen ella y él hacerla sentarse a la enferma en la silla de mano.

¡Cuánto trabajo les había costado persuadirla! La vis-

pera, Marta había ensayado su pequeña estratagema de acercarla preventivamente, a que perdiese el miedo al palanquín inofensivo. Pero a la mañana, aunque la presencia de Juan José no la alarmaba, habíase resistido a traspasar la portezuela abierta, y sido necesario empujarla reciamente mientras se debatía por escaparse. Enjaulada de un golpe, Juan José la tomó de los hombros para sentarla y constreñirla a no levantarse hasta que Marta la cinchara con el cinturón corredizo que pasaba entre los brazos del sillón para impedir que vaivenes y tropezones eventuales hicieran caerse hacia adelante al pasajero. Abrochado el cinturón, la soltó Juan José y rápidamente cerró la portezuela con el gancho delantero, mientras la prisionera gruñía, ¡la pobre!, y gesticulaba. Ya segura, Juan José dejó a Marta frente a ella a que la sosegara; y llamando del traspatio a los cuatro portadores que habían entrado por el corral y aguardaban la orden, les hizo asir las andas y levantar inmediatamente la parihuela. La pobre mujer, en el aire, gritó más.

Luego Juan José pidió trajesen el caballo para Marta, y me hizo seña de que pasara para ayudarla a montar mientras él iba con los peones a asegurar puertas y ventanas, entradas y salidas para dejar la casa librada «a la suerte de las armas» ella también. Hecho lo cual, volvió al traspatio, donde lo esperábamos con la recua ya cargada de los enseres necesarios; cabalgó y nos movimos todos a salir por la calle trasera, siempre desierta.

Nuestro tumulto enmudeció a la enferma, ya atenta a lo que ocurriese, sin comprender nada. Pero yo vi que echó una mirada atónita al pasar frente al extremo del último corredor donde quedaba el cuarto de la cita infausta, el desván manchado en sangre irrestañable desde hacía tantos años.

Esperamos un momento en la calle solitaria hasta

que los dos últimos peones atrancasen por detrás el rústico portón.

Mediaba ya alta la mañana en la demora de tan singulares preparativos del traslado; y el camino iba a hacérsenos largo, detrás de la silla de mano, al ritmo de los cargadores.

Juan José presidía el séquito. Marta y yo íbamos de lado y lado de las ventanillas, hablándole Marta de tiempo en tiempo a la ya vencida, que miraba sin ver, como espantada.

Marta cabalgaba sobrecogida también, luciendo airosa sin embargo su silueta de amazona.

Avanzábamos paso a paso, cruzándonos con arrieros afanosos en llegar pronto a Ibarra amenazada. Con uno que otro hablaba Juan José. Contaban que grueso número de revolucionarios había ya bajado por el Piulo y contorneado la laguna por la Rinconada, dirigiéndose a la orilla del Tahuando, hacia el vado, para apostar en ella sus cañones; y que otros descenderían luego de Yuracruz por los Lulunquies.

Había sido pues ya tiempo de salvar a las reclusas, expuestas a los primeros tiroteos de lado y lado. Se anunciaban para la noche refuerzos del Gobierno a la guarnición; sin duda harían barricadas en las bocacalles del barrio fronterizo a la parte del Tahuando que ocuparían los invasores.

No dejaba de causar sorpresa a los transeúntes el desfile del palanquín en hombros, seguido de nuestro séquito. Lo asemejaban a un traslado mortuario inexplicado.

Llegamos poco más o menos a la hora calculada. En la casa silenciosa esperaba Mama-Chana vigilante.

Los portadores de la parihuela depositáronla frente al dormitorio destinado a doña Dolores; y ahí se renovó la escena matinal de la enferma, que se resistía a salir, como se había resistido a entrar en su jaula. Dulcemente insistía Marta en procurar calmarla, explicándole en vano que nada malo la esperaba. Juan José había abierto la portezuela y desabrochado el cinturón de seguridad. Pero la doliente se encogía como una culpable a quien quisiesen meter en algún calabozo. Al fin la alzó de su asiento; suavemente la puso de pies y quiso hacerla penetrar en su cuarto. Hubo que empujarla a traspasar el umbral y sentarse en el diván, junto a Marta, que le daba el ejemplo y la llamaba. Sentóse al fin. Luego quedóse inmóvil como un náufrago que esperase le volviese la respiración.

Dejámosla sola con Marta y nos dirigimos con Mama-Chana a la azotea del lado opuesto, a comentar los sucesos del día. Nuestra vieja aya concebía apenas cómo habíamos logrado traer sin mayores incidentes a «la ama de la otra casa», a quien no había vuelto a ver desde hacía más de veinte años. Recordaba lo hermosa que era, de un blanco mate que parecía más blanco bajo la cabellera negra y sedosa. Cabello ahora nevado, blanco puro en las sienes y sobre el casco, algo ceniciento hacia atrás en las vueltas del moño que recogía la mata todavía undosa, peinada por Marta cada mañana.

El rostro demacrado, los ojos fijos de doña Dolores habían impresionado a nuestra vieja servidora no desmemoriada, que recordaba a todos «los amos antiguos». Sabía sin duda poco o nada del drama nunca comentado por nadie, sepultado en el olvido con el encierro de la superviviente.

De Marta, la buena vieja exclamó: «¡pero qué linda ha sido! De niñita estuvo aquí unos días. Mas

no la habría reconocido; no se parece a ninguno de «los nuestros», fuera de niña Clara que murió hace años».

Nos dijo cómo había arreglado el cuarto para Marta, poniendo en el búcaro más grande seis magnolias, y una bandeja de frutas en el velador.

—¿Querrán servirse los señoritos, como de costumbre, a las siete, en el comedor?—preguntó, preparándose a retirarse.

Juan José le dijo: A la señorita y a su madre, tratarás de servir las tú misma, a ver si pueden cenar algo. Y luego irás a acostarte, pobre vieja. —Palmeándola en el hombro la despidió.

Cenamos Juan José y yo, solos, en silencio.

Antes de retirarnos a dormir el cansancio del día, llamamos a Marta para preguntarle de su madre.

—Más tranquila, dijo: a ratos se sobresalta y balbucea palabras inconexas como diciéndose algo a sí misma. He logrado ya desvestirla, como en casa, y acostarla en el catre, reclinándole la pobre cabeza y cubriéndola con las frazadas. Ojalá se duerma, debe de estar extenuada.

—Recógete luego a tu cuarto, rogóle Juan José. No vayas a velar inútilmente toda la noche. No pasará nada. Y ya mañana...

Paróse a reflexionar un rato, y prosiguió:

—Oyes, recordando que Dolores suele levantarse en altas horas a divagar por los corredores, se me ocurre que aquí, si sale, podría extraviarse sin reconocer el sitio... ¿Qué te parece si le pusiéramos frente a la puerta dos guardianes, las dos longuitas servicias? Ellas están acostumbradas a dormir al aire libre, se tenderían en el corredor, con orden de seguirla si saliese, para evitar que se pierda por algún atajo o se despeñe en la quebrada.

-Como tú quieras, dijo Marta, pareceme bien. Ojalá no se levante, de tan cansada como está.

Lo ocurrido en la noche, supímoslo de madrugada, a través de las confusas frases de las dos servicias que pasaron de guardia.

Su similiespañol barbárico, mechado de quichuismos, entrecortado de tropiezos, degradado en su fonética sibilante, absurdo y sin embargo gracioso para quien lo entiende, les venía aún más escaso para explicar algo insólito.

Quedó en claro que la infeliz doña Dolores, como era de temerse, había intentado salir, en alta noche, impelida por su manía.

Según las servicias, entrambas oyeron chirriar la puerta y vieron a doña Dolores asomarse, fantasmal, mirarlas como espantada al hallarlas tendidas frente a su dormitorio, y dando un súbito grito, retroceder y cerrar de un golpe la puerta, que era de una hoja, sin llave.

Oyeron luego un silencio, pronto seguido de un ruido como de arrastre de un mueble sobre el entablado y caer algo con estrépito contra la puerta. Luego otro ruido, asimismo de algún mueble removido... Y tras otro silencio, algo como el derrumbarse al suelo un cuerpo pesado, y una especie de estertor de agonizante. Imaginaron algún síncope de la enferma; y no sabiendo qué hacer, asustadas, una de ellas avanzó a llamar a Niña-Marta, que en ese instante, despertada a su vez por el ruido, acudía del cuarto contiguo a ver qué pasaba.

Marta, tocando la puerta con los nudillos, llamó a su madre: -Mamá; mamá: soy yo, abre.

No oyendo respuesta, empujó la hoja cerrada, que no cedió.

Fue entonces a despertar a Juan José, despavorida.

Juan José vino al punto, en pijama y con bata; y trató de forzar la puerta. La remeció, y como resistía, apoyó el hombro y cargando todo el peso y fuerza de su cuerpo, logró entreabirla y ver, por el intersticio, que la mesa, patas arriba, la atrancaba.

Fue evidente que la enferma, creyéndose, como siempre, perseguida, había procurado parapetarse como pudiese. ¿Recordó acaso la infeliz aquel otro cuarto, el de su desventura, donde se hallaban amontonados, unos sobre otros, varios muebles? El hecho es que Juan José hallando volcada la mesa contra la puerta, avanzó el antebrazo, la empuñó de la pata y la ladeó para poder entrar.

Desplazando también el diván puesto de través, penetró al interior. Y ahí pudo ver, hacia la izquierda, sobre el suelo, caído de bruces, el cuerpo inmóvil de Dolores.

Sollozando, Marta se inclinó a levantarla. ¿Estaría muerta? Con los ojos arrasados en llanto, interrogó a Juan José, no atreviéndose a comprobar ella misma la realidad.

Juan José alzó a Marta suavemente y la condujo fuera de la estancia, en momentos que, a mi vez, despertado por Mama-Chana, acudía yo al lugar.

Mama-Chana se llevó a Marta. Y Juan José, tomando el pulso al brazo yerto, y auscultando el cuerpo yacente, exclamó: ¡Está muerta! Palpándole luego las sienas, añadió: Está ya fría.

¿Una embolia, un aneurisma, un derrame? Da lo mismo. Causas, en ella sobaban para morir.

...La levantamos, y pusímosla sobre el lecho.

Arreglámosle el camisón, que modeló los miembros

enflaquecidos, resecos: frágiles leños endurecidos por el hielo de la muerte.

¡Por fin descansa!

Entrecruzándole las manos, echamos sobre ella la sábana, primer sudario. Dejámosle descubierta el emaciado rostro, todavía noble, y ya sereno.

En esto, volvió Mama-Chana, sola; y acezando díjonos:

—¡No Juan José, ño Segismundo, pronto un sacerdote! Ordenen sus mercedes al mayordomo vaya en seguida a Ibarra a traer un sacerdote, al Capellán, a un cura, a cualquier padre; y que lo traiga con sus acólitos, a bendecir el cadáver... ¡Pronto, por Dios, un sacerdote!

Consternada, la pobre vieja, creía más urgente que todo, un exorcismo... Más que el rito acostumbrado, le urgía que se conjurase al Maligno...

Juan José, calmándola, díjole: Anda tú misma y ordena vayan con caballos y que no vuelvan sin alguien de Iglesia. Y que traigan de la Agencia Funeraria un ataúd, el paño mortuorio, y cirios, muchos cirios. Pero que no venga ningún empleado de las Pompas Fúnebres —añadió subrayando con el ademán su decisión de prescindir de esos autómatas, profesionales de la más compungida indiferencia.

—La enterraremos en la Capilla, concluyó.

Marta volvió, estremecida por los sollozos. Inútil pretender apartarla. Preferible dejarla ahí, sola, a que se desahogue: y que se calme poco a poco ante la calma sublime de la muerta.

Fuimos Juan José y yo a hacer cavar un nicho, horizontal, en el muro testero de la capilla, ancho muro, rollizo, colonial, anclado en el tiempo, para durar sin tasa ni medida. Costó trabajo hendirlo y ahondarlo. Quedó listo, detrás del altar, a la izquierda, el nicho, como es-

perando a su ignorado, inesperado huésped, para guardarlo en su seno mientras dure su pétrea eternidad.

A la tarde llegaron el Capellán y sus acólitos, con las insignias rituales. Y a poco dimos comienzo la ceremonia fúnebre.

Depositado el cadáver en el ataúd, lo trasladamos en hombros a la capilla, cargándolo Juan José y yo, el Administrador y el Mayordomo; Marta detrás con Mama-Chana, y el séquito de todo la servidumbre, en doble fila, con los cirios encendidos.

Parpadeaban los cirios a la brisa del crepúsculo comenzante. Y entramos todos, lentamente, a la nave, pálidamente iluminada.

Puesto el cuerpo en un catafalco improvisado sobre la mesa del antiguo comedor de criados, y cubierto del negro paño a franjas doradas, el Capellán rezó el responso. Era ya anciano el Capellán: tenía apego a la hacienda, en que oficia de tiempo en tiempo desde hace años. Conocía las vidas de los dueños.

Salmodió su responso, condolido. Tal vez había oído algo de la extinta: al darle la absolución, se reconcentró como para imprimir la antiquísima salmodia toda la trascendencia que le atribuía.

Marta asistió hasta el final, demacrada, enjuta, rígida.

Presenció el forcejeo de los albañiles por meter derecho el ataúd en el nicho, aclarado por los cirios que en una y otra mano movía Mama-Chana entre rezos.

Abreviadas las rústicas exequias, salimos en procesión de la capilla. Al traspasar la puerta, el viento apagó los cirios y se deshizo la sencilla procesión.

Juan José acompañó a Marta hasta su cuarto.

Otra vez, la dejó sola, la dejamos sola con su dolor, a que se consuele de por sí, única manera.

...Pues hasta Mama-Chana, tan sincera, tan sensible,

volvía más agudo su lamento cuando la contemplaban, y sobre todo si la compadecían en su pena.

Cerró la noche agravando el silencio que nos enmudecía, no sabiendo ninguno qué decir por decir algo.

Nuestro pesar era nuestro alivio. Lo dejábamos que nos contristase, sin atrevernos a declararnos mutuamente el pensamiento que prevalecía insumergible: «ya Marta podrá resurgir a vivir la vida de todos, la vida cotidiana, ir y venir libre de la angustia que la seguía, atrás, atrás, año tras año, sombra de la otra sombra ya enmurada, ya cautiva de la paz que nadie ni nada alteran.

XV

Ocho días pasó Marta sin levantarse de la cama. Atendíala únicamente Mama-Chana. La acompañábamos con recados y breves apariciones de saludo.

Dejábamos que operase en ella la perspectiva de una nueva vida, aliviada del peso muerto de la muerta.

Sin duda en su reposo subconsciente, iba tejiendo su urdimbre, como de raíces subterráneas, la idea aún en embrión de alguna forma de existencia algo diversa. Si acaso se preguntaba vagamente qué iría a ser de ella, no se sentiría en abandono. La cercanía de Juan José era el árbol frondoso y familiar que ampararía su soledad.

¿Preguntábase acaso a sí misma si tendría que volver a su casa, a vivir sola, ya sin fantasmas?

De seguro no meditaba en ello todavía: el torpor del estupor la tenía aún sumida en las almohadas. Sin duda, sabía que no podría decidir de sí por sí sola: que el consejo, el apoyo tutelar de Juan José velaba sobre ella.



Mientras tanto, llegaban al Pinar noticias del triunfo de los revolucionarios. Habían embestido la plaza a la madrugada, y a las tres horas de combate eran dueños de ella.

Las tropas del Gobierno se habían retirado hacia

Cayambe en desconcierto, y proseguían hacia Quito. No habría pues nuevos encuentros por aquí. Era la paz para la provincia.

Lo primero que vinieron a contarnos fue que, como era de suponerse, la primera casa invadida por los atacantes había sido la de Marta.

Salimos a Ibarra, más por ver el estado de la casa que por oír noticias completas de los sucesos. Bien es cierto que, antes de ir a cerciorarse, ya Juan José había dicho: «derruida o no, la casa, habitable o inhabitable, Marta no podrá vivir sola, ni en ella ni en otra cualquiera. Ni siquiera confiada a Mama-Chana. Tendrá que esperarse aquí hasta más ver.»

De modo que, el panorama de la vivienda de Marta había sido resuelto inmediatamente por Juan José, no en atención a cosas o facilidades exteriores, sino como íntimamente ligado a deberes suyos con la huérfana y a circunstancias personales de ella.

Juan José, con esa su visión rápida y global, decidió: Que convalezca aquí, la pobre criatura.

Lo dijo en tono paternal; y añadió:

—El caso tal vez no sea tan fácil siempre. Por lo pronto no tiene otra solución. Ella verá más adelante por sí misma, y todo se hará en mayor bien de su suerte.

La viril expresión que asumió el semblante de Juan José, lo mismo podía ser de tranquilo optimismo como de fortaleza para vencer a la adversidad, si tal fuese el destino, tan incierto para ella como para todos; quizá menos acechado en el campo que en las ciudades.

En llegando a la ciudad, fuimos derechamente a ver la casa. Derruida parte de la fachada que da al río, por dos o tres tiros de cañón, certeros o casuales de entre los muchos disparos sobre el barrio, la casa, ocupada

en seguida por los asaltantes, había sido descerrajada toda, robada de cuanto podía ser robado, y sin duda tanto por los defensores en fuga, como por los victoriosos ávidos de botín.

Quedó a cargo del resto un portero, y salimos a dar una vuelta por la Plaza Mayor, el salón de la ciudad.

El cuartel de Policía estaba lleno de campesinos reclamando sus caballos «requisados», y desaparecidos, o ya con dueño, de esos *quia nominor leo*. Bueyes, vacas, borregos, ya digeridos, ni hablar...

Nada tiene tanto éxito como el éxito. Engrosaban las filas de los «libertarios», espectadores hasta entonces remisos, que acudían en socorro de la victoria. Se anunciaba la marcha sobre Quito, diciendo que la vanguardia acampaba ya en el puente de Guailabamba.

Mal viento los lleve, como el que los trajo, que no se sabe a cuál quedarse de entrambos. Fermento, heredado sin duda, pero degenerado en la proliferación archidemocrática del prurito: cualquiera se alza contra cualquiera, sin ton ni son, para tener luego que defenderse de otro cualquiera. En cien años de República, ésa ha sido nuestra única danza folklórica. Dice la sartén a la olla: quita allá, que me tiznas; o, para mostrar *cultura francesa* la más apropiada al caso: *ôtes-toi de là que je m'y mette*; o letras clásicas de un supuesto Diógenes a algún supuesto Alejandro o viceversa: apártate del sol, que me haces sombra, o, sal de tu sombra que afuera me está haciendo mucho calor. Y, a los yataganes, siguen siempre letrados para darles brillo de similor; tales para cuales.

La tricentenaria Pax Hispánica determinó la formación, como subterránea, de raíces y savia que habían de brotar en nacionalidades, vale decir en *naturalidades*, subconsciencia y consciencia de patrias propias. Por ese mismo atajo pasó el Guailabamba, viniendo asimismo

del Norte, desde Popayán, por desfiladeros, un gran varón, Capitán General y Gobernador del Reino recién descubierto y lo por descubrir, el «Muy Magnífico» Gonzalo Pizarro, y nada menos que contra el representante del Emperador, Carlos primero de España y quinto de Alemania en el Sacro Imperio; contra el terco Virrey Núñez Vela que no quería distinguir altas razones, atendiendo a lo justo contra lo injusto en los derechos naturales de los Conquistadores al servicio de la Corona distante, distraída y mal informada. Esos rebeldes querían tan sólo hacer patria, con España, por lo hecho, y con América, en lo por hacer. Se libró así la batalla de mayor trascendencia espiritual en la historia de América, pues en Quito, en Iñaquito quedó sembrado el insofocable germen de las patrias futuras e ineludibles. Mientras que ahora, ¿para qué, y quiénes, y contra quiénes? Iban por ese mismo Guailabamba nuestros independientes, arranchándose mendrugos de mando y de botín, esperando cada cual su turno, unos contra otros y siempre los mismos, juntos o entreverados, «pupos» contra «morlacos», «pastusos» contra «tacungas», «montuvios» contra «serranos», «milicos» contra civiles, forasteros contra nativos.

XVI

Hace apenas diez días que Marta está aquí.

Doblegada por el trágico fin de su madre, sacudida por las conmociones de aquel traslado de Ibarra acá, y por todo ese aparato mortuorio subsiguiente, el quebranto de sus nervios la dejó rendida, exhausta, y hubo de guardar cama.

Llora en silencio.

Guardaba su duelo para sus adentros: su dolor tenía delicadezas de sonrientes olvidos, por no mantener viva con sus lamentos la sombra fúnebre. Y rehuía el halago de sentirse libre, por pudor y por fidelidad.

Asiduo a su cabecera, su mal, su dolor, los hice míos: y mi piedad era férvida como un anhelo, como el amor. Yo anhelaba que su vida en El Pinar, pues que no le quedaba otro refugio, se deslizase a nuestro lado, entre Juan y yo, reflejando las más dulces cosas de este mundo, en la amistad perfecta y transparente. Su gracia y su presencia eran en nuestra soledad un bien comparable al agua en las tierras necesitadas.

Pronto Marta se puso bien. Su primera salida del cuarto la hizo un día dorado y quieto. Una brisa tibia, de vez en cuando, se alzaba como el suspiro de los campos felices de su plenitud. Esa radiosa serenidad derramaba sobre las mieses —que habían granado ubérrimas y se doblegaban ya a la gloria de su madurez—

no sé qué bondad pródiga, precursora de la cosecha magnífica.

Marta salió de su dormitorio, arrimándose, más por ternura que por debilidad, al brazo de Juan. El aire sedoso y rubio la envolvía en su suave caricia.

—Qué buena cosa —dijo avanzando por el corredor— respirar el aire de fuera, después de algunos días de cama. Se le halla un nuevo sabor, un olor de fruta.

Para Marta en ese momento la salud era una sensación de felicidad, y el bienestar del cuerpo se le extendía al alma.

Apoyábase al brazo de Juan como gustando de sentirse sostenida, amparada por él. Sonreía más con los ojos que con los labios.

Venían hacia la hamaca en que me hallaba yo reposando de la fatiga con que esa mañana había domado a caballo mi exaltación.

Una peineta se le cayó de la cabeza peinada al desgaire; y al inclinarse a cogerla, la cabellera se le desató y se descolgó como un cortinaje suntuoso. Marta la torció en haz y se la echó a la espalda como una gavilla de mies solar. Juan José recogió del suelo la peineta y quiso prenderla él mismo, aspirando el silvestre aroma de la hebrosa mata lozana.

¿Sentíase ya tranquila, dispuesta a gozar de la vida, despejada de la presencia pesarosa de la demente?

El cariño de Juan a Marta, incesante, delicado, conmovido, era la base de la vida nueva.

Marta, que no lo miraba —tanto se sentía unida a él por lazos irrompibles— parecía decir apoyándose, abandonándose a la confianza en el protector: ¿qué puedo temer de la vida mientras me tenga a su lado?

Púseme de pies para darle la bienvenida, correspon-

diendo a su sonrisa angelical con la más pura y fraternal que pude.

El corredor estaba en sombra, en tanto que la azotea resplandecía de sol. Bajamos el único escalón que los separa, y entrando en la claridad quedamos sumergidos en la luz irresistible que nos hacía entrecerrar los ojos.

Marta dejaba flotar las miradas y el alma extáticas. Yo no sabré explicar, pero de pronto tuve la sensación de hallarnos al fondo de un inmóvil océano de luz. Blancos veleros, las nubes, surcaban allá, muy arriba, por la superficie azul. Un gavilán, un cóndor, unas tórtolas, cruzaban por el mar aéreo: iban inmersos en la diafanidad de la atmósfera como van los peces por entre la inmensidad de las aguas. Maravilloso mar transparente que no sentimos pesar, y dentro del cual sólo el alma se ahoga, opresa por el ansia de no se sabe qué dicha.

Ahí estuvimos largo rato siguiendo el vuelo de las nubes veleras que arrastraban por el suelo su sombra como una red.

El aire inmenso fatigaba a Marta deshabitada por sus diez días de cama, y volvimos al corredor. Con su confiante abandono y su blandura, que su pasajero debilitamiento hacía más lánguidos, se sentó en la hamaca, y sonriendo de inocente felicidad, comenzó a columpiarse dando el impulso ella misma con el breve pie colgante. Al mecerse, descubriábase el empeine, y a través del calado de la media, la piel rosada parecía mirar entre las mallas. El pie parecía un travieso animalito familiar que se escondiese bajo la falda jugando al ir y venir con el ritmo y la sorpresa del vaivén.

—Venga a sentarse uno de ustedes al otro lado —nos

dijo-, parando de pronto el movimiento, porque se mareaba.

Yo me hallaba más cerca, pero quise ceder el puesto a Juan José, que se excusó porque estaba fumando. Me senté pues, yo, contrapesando la carga de su cuerpo.

-¡Qué calor! -dijo-, tocándose cada mejilla con el dorso de cada mano. Tengo la cara ardiendo.

El calor, aunque temperado, le arrebatava el color. Una tenue llamarada de fiebre soflamaba también, sin duda, la palidez de su rostro que se encendía a la interna llama como una dulce lámpara de alabastro.

Sus pupilas de flor de linaza, tan claras en la mañana, comenzaban a oscurecerse de ardor.

Estábamos frente a frente. Nuestros brazos izquierdos se tocaban, rozándose imperceptiblemente. Ella conversaba aún, en toda paz e inocencia, como con un hermano. Teniéndola así, sintiendo su abandono lánguido, entregada a la intimidad del reposo, que la sumía en tan dulce pasividad, me pareció que no había en ella sino la criatura buena para el amor, plena de ternuras expectantes a flor de piel, embargada aún por la ignorancia de la voluptuosidad. Veía la inocencia de su corazón, que con una palabra mía, con una caricia mía o una mirada, me era ya fácil de turbar. Y me conturbé. Miré a Juan José que me veía como observándome, sin sonreír. Mi trastorno no debía de ser tan visible que me delatase. El dulce orgullo pueril de amarla con el fervor contenido y respetuoso de un adolescente, me hacía guardar mi cuita en reserva.

Sus inocentes miradas me traspasaban. ¡Y cómo ignoraban sus ojos el llamamiento que me hacían! No volví a recibirlos de frente por temor de confesar demasiado pronto. No quería despertar aún la alarma del amor en ese corazón doliente, ni exaltar su juventud a sueños.

Mi tácito tumulto, empero, falseaba la paz de mi actitud, la espontaneidad de la conversación. Y como yo quisiera de nuevo, para salir de mi ya densa hipnosis, cederle mi puesto a Juan José que acababa de arrojar su cigarro, hice el ademán de ponerme en pie y de indicarle el sitio. Mas, Juan José, súbitamente, díjome: No, gracias, me acuerdo, en este instante, que dejé al aire unos papeles en la casa del baño, antes de bañarme. Voy a recogerlos. Ojalá el viento no me los haya dispersado.

Y con premura poco natural se fue dejándonos solos.

El aire de fuera fatigó pronto a Marta. Se retiró a descansar.

XVII

El malestar de esa primera salida, Marta ya no lo sintió al siguiente día. La hallé meciéndose en la hamaca.

Tal vez pensando en lo mismo, Marta y yo callamos. Bajamos al jardín.

Un indio, acaso el mismo del otro día, tal vez otro, trepaba la loma de enfrente. Iba tocando en su rondador el monorrítmico San-Juan de siempre, su triste canción del regreso. Nos arrancó a nuestros pensamientos y escuchamos resonar el yaraví entre las breñas hasta que el indio trasmontó la cumbre. Su eco se apagó temblando, dejando en el aire inmóvil un surco de desolación. Su canción fatigada e infatigable parecía habernos dicho al pasar la angustia elemental de vivir, de no saber en dónde está la felicidad y de tener que morir. La melopeya cansina removi6 en nosotros el fondo de universal melancolía, la antiquísima ansiedad que llamamos tristeza sin causa y que no es, acaso, sino la desilusión de innumerables generaciones, cuya experiencia heredamos y continuamos, ilusos, hasta morir: tristeza oscura que sube de las entrañas del hombre a su inteligencia, como la niebla que sube de entre las abras del monte.

Esta tristeza era dulce en Marta, y como aliviada de resignación. Consonaba con su silencio y con su actitud

vencida. Yo hubiera querido acercarme a su recóndito corazón.

Los ojos se me quedaban fijos en Marta, acaso ya como en prenda y promesa de nueva vida.

Marta se puso a coger un haz de flores.

Contemplábala yo, suavemente enfervorizado de hallarla tan blanda y tan bella; notando cómo su belleza consonaba tan bien con su alma, que era preciso llegarse a ella para descubrirla. Era como esas flores ingenuas que no dan su perfume sino aspirándolas de cerca.

Las marfileñas flores del floripondio a cuya sombra pasábamos, henchidas de aroma oleoso, vertíanlo sobre su cabeza como ungiéndola. Y yo, de pronto, me sentí invadido por la onda de melancolía que levanta en las almas el sentimiento de la vida que huye, sin llenarlas de una emoción que tan dulce fuera si llegara al amor o al dolor.

Marta terminó los ramos, y como Chana pasara, la llamó para ir con ella a depositarlas al pie de la tumba no olvidada todavía.

Las dos mujeres entraron a la humilde capilla campesina. Chana, con sus manos habilidosas y monacales, tenía bien arreglado el altar, bien plegadas en los cajones de la sacristía las bordadas casullas, las albas, las estolas, esperando al señor cura que no venía sino de vez en cuando, a causa de la impiedad de los patronos, de quienes no sabía cómo podían ser tan buenos y justos sin rezar ni oír misa. Todo se lo mostraba a Marta en el afán de que ella obtuviera la misa de todos los domingos. —¡Ay! si aquí se vive como unos descreídos —suspiró—; y luego rió perdonándonoslo.

Juan José se juntó a nosotros.

Marta quiso ver el estanque; y antes que el sol se pusiera, tomamos el sendero pedregoso en que a cada

paso zigzagueaba el relámpago verde y amarillo de las lagartijas asustadizas.

Un estridente chichear de cigarras crepitaba en el aire seco. Por el estrecho sendero yo iba detrás de Marta admirando como el primer día la sierpe de oro y de tentación de sus cabellos enroscada sobre la nuca como en un nido.

El estanque dista poco de la casa. La represa de agua se hace en el cauce mismo de una quebrada profunda, entre las altas rocas escuetas que la amurallan. Desde el borde superior se veía espejear en la oquedad el agua remansada y negra, y al llegar a ella, un hálito frío sobrecogía y penetraba como una súbita tristeza.

En el descenso por la angosta vereda, Marta iba cuidando de no enredar su falda ni su chal en los cactus de largos tallos rastreros, redondos y cubiertos de espinas como de escamas, que semejaban serpientes contorsionándose por el suelo, entre otras plantas salvajes de raíces crispadas y tenaces como garras.

Juan José, que la precedía, le dio la mano para abreviar por un recodo el caminillo que iba en eses, y llegamos cuando empezaba apenas a menguar la luz.

Encerrada entre las peñas abruptas, desnudas, con sus costras quemadas de color ocre, venoso de rojo y negro, bajo el cielo altísimo que se enarcaba y desaparecía tras las cumbres próximas, sintió Marta la extrañeza de hallarse como en la boca de algún cráter extinto. Para nosotros, más familiarizados con el lugar, la opresión de las ingentes lomas era menor, y el paisaje se nos aparecía en sus reales proporciones. Pero Marta se sentía más pequeña, ahogada, perdida.

Se sentó al borde del muro de presa, yo me tendí de costado a lo ancho del mismo y Juan se quedó de pie. En la profundidad del agua, la imagen de una pequeña nube nacarada se deslizaba como esos lucientes mons-

truos maravillosos que viven en lo hondo de los mares cálidos, casi fabulosos. Golondrinas de paso revoloteaban en el aire: su agudo pitío parecía rayar el silencio como un cristal.

Marta, inclinándose sobre el borde, se miraba en el agua tersa y luego la rizaba con la punta de los dedos, y seguía con la mirada las ondas que así suscitadas iban ensanchándose a flor de la tranquila superficie hasta morir en el limo de los bordes. Y a medida que el agua volvía a quedarse lisa y quieta, Marta veía recomponerse su invertida imagen en el fascinante espejo. Su rostro aparecía allí dentro con no sé qué de irreal que la idealizaba.

El desolado paisaje se reflejaba asimismo transfigurado, fingiendo dentro del agua una fantástica realidad. Las cosas más rudas parecían bellas en su reflejo; el agua copia los objetos como la memoria guarda las imágenes del pasado en la ilusoria limpidez y frescura de los recuerdos.

Mas, ¿quién me hubiera dicho aquella tarde que después hasta el fin de mi vida, habría yo de ver siempre a Marta así, prisionera, intocable, irreal, en el agua negra, viviendo una vida de ondina en el reino de Fata Morgana?

En ese momento el agua se diapreaba con los últimos resplandores del poniente. Los tres callábamos: Marta proseguía absorta en su juego rompiendo y viendo recomponerse en el inestable cristal su invertida imagen. Y al verla así pensativa, y con los ojos velados por una vaga expresión de ensueño, pensé en la fragilidad de su corazón, en la extrañeza de su destino.

Una rana croaba hacía rato, disonante y áspera. ¿También Juan José se dejaba impregnar a esa hora de la tristeza del agua? Él, que no solía ver en ella sino el elemento de trabajo, el poder fructificador, parecía sentir

la misteriosa fascinación de la onda negra. Me acordé de la primera vez que me trajo a conocer su obra de ingeniosa ingeniería y a mostrarme cómo gracias a ella, alcanzaba a abreviar los sedientos arenales. Mostrábase entonces tranquilo. A su lado mi molicie era pusilamidad, mi vida una inútil divagación. Él había hallado en el trabajo el descanso, la paz, el olvido.

Pero, en esa hora de eternidad en que su alma acaso se interrogaba, sin duda todo su afanar le parecía irrisorio.

Una brisa furtiva pasó estremeciendo el estanque como remueve un suspiro la tristeza dormida en el alma. El agua se ennegrecía a medida que el cielo se extenuaba; el crepúsculo agravaba nuestro silencio. Al occidente la cima de una loma se iluminaba como la promesa de una dicha lejana. El grito de un indio que subía arreando unos bueyes repercutió entre las rocas. El grito cayó en la cavidad, como una piedra en el agua, y el silencio onduló propagando la pulsación de los ecos.

El húmedo frescor nocturno empezó a penetrarnos. Marta encogió los hombros y con un ligero estremecimiento, recogió el chal que tenía en la falda y se cubrió el busto. La sombra se condensaba en el fondo de la quebrada y el silencio que venía sumergiéndonos invencible, nos ahogaba ya como una onda creciente de angustia.

Salimos de la oquedad traidora hacia la luz. Al llegar al plano superior, aún había bastante claridad y aspiramos la luz y el espacio como si hubiésemos tenido el pecho comprimido por las peñas y respirado ahí dentro una sombra de maleficio.

XVIII

Como durante los dos días siguientes no saliera de sus aposentos, fui a buscar a Marta, por ver si quería salir a pasear.

Estaba en su costurero, en un sillón bajo, arrellanada entre cojines. Por la puerta abierta y por la ventana se veía el campo abrasado de sol. Allí dentro hacía fresco, delicioso. Me quedé ahí, viéndola respirar, viéndola vivir. Mas ya no podía verla con ojos claros, tranquilos. Había en mi alma una sensual veladura que opacaba la transparencia de mis miradas. Ya ellas no ven lo que miran: adivinan, acarician, besan...

Quiso distraerse mirando imágenes, placer favorito de convalecientes. Fui a traerle un álbum de obras maestras de los Museos españoles.

Su mano pasaba, al voltear las hojas, casi rozando la mía que fijaba la página mientras ella miraba. La tentación de coger su dulce mano, de besarla, y como de adorarla aparte, me conturbaba. Y la mano pasaba y repasaba, rozándome en sus revuelos, blanca, sensitiva y cálida como una amorosa paloma.

Lánguida tortura, cautivante y lenta, la de prolongar así, el deseo en el silencio acorde, de tenerla cerca y tentadora, preparando sin saberlo y como a fuego lento el amor pungente de mañana. Yo veía el rubor que la habría encendido si le hubiese cogido la

mano, parecíame sentirla ya entre las mías. Pero esperé.

Al día siguiente, repitió su salida.

La hallamos Juan José y yo en la azotea. Pero, a poco, sintiendo la cabeza desvanecida, se sintió fatigada y quiso acostarse. Llamé a Chana a que la ayudase y la dejamos con ella.

Cuando volví para preguntar cómo se sentía, la vieja doncella no había retirado aún del diván las ropas íntimas de Marta. Espumosa de encajes, blanqueaba sobre la seda roja de los cojines, la blanca, transparente levedad de la camisa, de los pantalones, de la enagua. Reposaban ahí inocentes, guardando todavía en sus pliegues blandos la tibieza del cuerpo secreto. Yo me esforzaba por no mirarlos.

Cada cuarto tiene su atmósfera peculiar que es como su flotante respiración. La de éste se había embebido ya del perfume habitual de Marta, apenas contrariado por el vago olor del reciente medicamento.

Por la puerta entreabierta del gabinete adyacente que le servía de tocador, se veía lucir en la penumbra el espejo, como una perspectiva acuática en el crepúsculo. Destellaban débiles reflejos los pomos de cristal del lavatorio, y venían más densos los efluvios del perfume familiar.

Marta estaba en la cama, hundida entre dos almohadones la cara pálida. Su cabellera, peinada en dos crenchas, aplicadas al casco y trenzadas atrás, para no estropearla en el sueño, parecía reducida por lo apretada. Mostraba la redondez perfecta de la cabeza.

Brillábanle casi negros los ojos, como aguzados por la tensión de la fiebre que volvía.

Acababa, cuando entré, de tomar una poción cal-

mante: un ligero bienestar comenzaba a destender sus rasgos.

Tenía, en abandono lánguido, un brazo fuera de las cobijas. De entre el lino y las blondas de la manga, el antebrazo emergía como un tallo que llevase a su extremidad un rosado lirio, abierto en cinco delgados pétalos. Mi presencia era de una inútil solicitud. Mas no podía arrancarme de allí, cautivo de su gracia doliente.

—Me siento mejor —me dijo—. Pero perdóname: hablar me fatiga. Si quieres molestarte en hacerme compañía, coge un libro y lee en voz alta, si prefieres. Así no te aburrirás.

Hablaba lentamente. Tomé de su velador *Les Vaines Tendresses*, que días antes le diera yo a leer, presintiendo que habría de consonar su tenue y profunda sensibilidad con la de esos hondos versos que se lamentan sin énfasis y hacen patéticas confidencias a media voz. Los versos dolientes reclamaban la música de su voz; pero en mis labios sin suavidad adquirieron el temblor de una queja vivida.

En el silencio del alma su resonancia se prolongó como se propagaba en el estanque la onda suscitada por la mano de Marta.

Leí dos de esos poemas que musitan las más nobles de las tristezas; y como Marta, mecida por la cadencia de los versos, iba adormeciéndose insensiblemente, me puse a hojear el libro, cuya fina y penetrante melancolía había comenzado a perfumar esa alma de soñadora sin sueños.

Cuando callé, Marta, sintiendo el silencio, la falta del son mecedor del verso, entreabrió los ojos. Pero luego volvió a cerrarlos, tornó a entreabrirlos y por fin el sopor la anegó. No tardó el sueño en dilatar el ritmo que levantaba y descendía su pecho, en ondas alternas e iguales.

Entró entonces Juan José. Chocóle, sin duda, el verme contemplando el sueño de Marta; tuvo un instintivo, casi imperceptible, movimiento de cejas, y excusándose del ruido de su entrada, se retiró.

Salí quedamente detrás de él.

El día siguiente, Marta se sintió bien. A la tarde, la hallé en el jardín. Pasamos junto a la fosa cavada por Juan José, bajo la gran piedra, a orilla de la acequia. Marta ignoraba la destinación de ese mausoleo, admonición serena y familiar de una muerte que será una obra más de fe en la vida. Alejé a mi compañera del banco en que Juan José viene a veces, cuando se siente más sombrío, a meditar frente a su última morada en el regazo de esa tierra suya, maternal para él más que otra alguna.

Nos sentamos en el otro banco, bajo el floripondio. El encanto de su presencia en la soledad, mientras el crepúsculo anegaba en misterio la enramada, subíase a la cabeza como una lenta embriaguez. El árbol comenzaba a exhalar fuertemente su aroma nocturno: vertía sobre nosotros su narcótico denso y sutil, como una persuasión al olvido de todo lo que no era ese instante, de todo lo de más allá de nosotros.

Tibio, blando, profundo nido, con sus pechos, allí dormidos como inocentes palomas, muellemente esponjado de encajes, el seno de Marta ondulaba como en el sueño. Al verlo levemente henchirse y desahogarse en ritmo manso, como un oleaje, y adivinándolo cálido y secreto como el plumón de un ave, no sé cómo pude impedir que mi cabeza vencida por la indecible atracción, se dejase caer, sollozante de ternura y voluptuosidad. Púseme de pies, de súbito, sacudiendo el influjo

mareante. Y sin duda miré a Marta con una mirada insólita, pues ella se ruborizó.

Mi secreto acababa de interponerse entre los dos. Era preciso removerlo. Quería yo mantener flotante aún, suspensa en el silencio, mi alma, en torno de ella que esperaba sin esperar, segura, acaso, de lo que presentía sin saberlo. Y sin decirnos una palabra, pusímonos luego a andar.

Mas yo veía ya en su alma como en un agua transparente. No tenía sino que inclinarme sobre la fuente virginal para ver reflejarse en ella la sonrisa de mi amor y de mi ternura.

Me retenía un exquisito escrúpulo. ¿Iba a entregárselo, como todo primer amor que se entrega al primer instante? El minuto que se presenta tómallo por sorpresa. No hay elección, ni premeditación, menos sacrificio. Tiene la ceguedad del instinto que guía hacia la vida, del capullo que se abre al sol universal como si existiese sólo ese momento.

Mi amor, aunque fuese el primero, sabía más que un primer amor. Y me dije: Marta me amará, sin duda; lo presentía en toda su actitud: vendría a mí su ternura como una agua sigue la pendiente. Me amaría como respiraba, porque vivía, y porque yo estaba a su lado, como vagamente predestinado a amarla en esa soledad. Me amaría, no por ser quien soy, sino porque la hora de amor le sonó cuando yo llegaba. Por eso esperaba más bien que cayese en mis brazos de suyo, como una fruta cuajada al sol, en la rama.

XIX

El bullicioso pitío de los pájaros en los árboles cercanos a mi dormitorio, me despertó, como cada día. Un viragchuro clarineaba su diana regocijada. Habíamos, la víspera, acordado con Marta un paseo a caballo, por la mañana. Y la mañana se levantaba, ágil y ligera: un sol risueño rasgaba los cendales que cubrían las tierras bajas, todavía dormidas en la hondonada, y sonrosaba las cimas lejanas ya despiertas. Una brisa alegre, traviesa, cosquilleaba a los árboles, despertándolos; y cuando el sol llegó al bosque, el viento de verano se puso a soplar, continuo, arrancando de las frondas sacudidas arpegios numerosos y rotundos: la música selvática, semejando un rumor de río, fluyó en el aire dorado. En verdad, la mañana toda parecía animada por un espíritu jubilante.

Trajeron de la pesebrera los caballos para ensillarlos en el patio de la entrada. El castaño de Marta era caballo de regalo. Enarcando el cuello en que ondeaba la abundosa crin negra de acerados reflejos azulados, y alzando la fina, enjuta cabeza que llevaba una estrella en la frente, relinchó, con un temblor de ijares y chupando el vientre silgado, hacia el potrero donde solía de tiempo en tiempo alternar en sonoros amores con los otros colmados padrotes.

Sultán engreído y vigoroso, después de trompetear

en el viento su saludo a la yeguada que pastaba en libertad, paróse un rato a ver el efecto de su voz en las hembras como un tenor vanidoso que espera el aplauso de la multitud.

Antes que lo enfrenaran, Marta, desde las gradas del montadero, le palmeó el cuello erguido, le acarició la luciente piel y le dio a masticar grandes trozos de sal que el bruto civilizado y goloso hallaba sin duda deliciosos. Al tomarlos de la mano que se los brindaba, la olfateaba como besándola a su manera. Marta reía de miedo que al galante animal se le antojase probar de su blancura sonrosada.

Fue luego a aprestarse. Cuando volvió, parecióme en su traje de montar más cenceña, menos lánguida: bajaba por la escalera de la azotea recogiendo la larga falda; la alta bota barnizada que brillaba con reflejos vidriosos y estrellados, la calzaba ceñidamente, y el fieltro de anchas alas cubría su peinado recogido.

Marta se mostraba puerilmente alegre, y su impaciencia era la de la colegiala el primer día de vacaciones.

Juan no venía con nosotros: y parecióme más natural ir sin él a este paseo, que así sería más nuestro: por vez primera sentí, sin advertirlo empero, que su aire, acaso sus tristezas, parecían alejarle de nuestra jovial camaradería.

Hice cabalgar de un salto a mi compañera. Como en las estampas, como en los romances. El caballo, brioso, plegó sus lomos bajo el dulce peso, se entesó, se tendió, piafó más airoso, resoplando.

Monté en seguida y partimos con ímpetu sonoro y contenido, sintiendo en las riendas recogidas la tensión de la potente musculatura animal. Y Juan, triste y gigante, nos vio partir, de pies en la azotea, como quien ve alejarse su juventud, y se sintió solo, dejado atrás.

En la gloria de esa mañana, yo me acordaba de mi centáurea adolescencia, cuando por estos mismos llanos y montes, *arrancaba* tras los ganados salvajes para cogerlos a lazo, al igual de los *chagras* más valientes. Mi juventud no concordó con mi adolescencia, pero en esa hora radiosa mi memoria por encima del tiempo resucitó las sensaciones de entonces.

La animación matinal del trabajo poblaba el aire de llamamientos, de gritos, de silbidos: el mayordomo daba en alta voz las últimas disposiciones, y la gente de labranza se diseminaba por los diversos senderos, hacia el plano o las colinas. Nuestro camino seguía una cañada hasta atravesar en seco el cauce de una quebrada exhausta por el rigor del estío. Crepitaba sobre las piedras el herrado paso de nuestras cabalgaduras, a las que, de trecho en trecho, excitábamos por el gusto de sentir las animosas y vibrantes. De la tierra parda moteada de magros matorrales, se levantaba a cada paso con un ruido de alas, semejante al de una hojarasca en remolino, un vuelo de tórtolas, color del terreno en que picoteaban casi indiscernibles.

Era la época de gloria de los *cholanes*. Cuajados de flores de oro, su silvestre magnificencia cubría con fausto ingenio la ruta polvorosa. Los pródigos árboles se alzaban de lado y lado del camino, al azar; y por el suelo yacían millares de corolas, recién caídas unas, todavía enteras, deshojadas otras, cuyos pétalos, al marchitarse, tomaban un tono más cálido, de oro bermejo, mientras de las profusas ramas, cargadas del tesoro exuberante y frágil, pendían innumerables las panojas floridas en esponjados racimos, en haces de campanillas: campanillas de oro por el color y la forma, campanillas pascuales que derramaban la alegría y la agitaban como una aleluya en el esplendor de la mañana, en el júbilo de la brisa.

Nuestros caballos pisaban la deliciosa alfombra de oro muelle que cada árbol extendía sobre el camino: aquella prodigalidad era la de una primavera loca en medio del estío que ardía en torno y secaba los manantiales y lo quemaba todo de sed.

En las abras del terreno reseco, sobre la costra reventada a los calores meridianos, crecían también los *guaminches*, de talle esbelto que mostraba una bella flor casi perenne, de un color púrpura violado, episcopal, y de forma casi geométrica, que la daba un aire artificial de emblema. Y era extraño ver, crecida en los arenales incultos, esa flor sabia, litúrgica, aristocrática, semejante a una simbólica insignia.

Entregados al placer del movimiento, del espacio, de la luz, en el orgullo inconsciente de ser jóvenes, bastá-bannos breves exclamaciones para comunicarnos la fruición de esa hora simple y radiosa.

Con Marta el silencio era concorde, sosegado y pleno; en la inundación interior de un sentimiento de confianza y bienestar con que esa mañana nos llenaba, instintivamente sentíamos acordarse nuestras impresiones, y las palabras sobrenadaban fugitivas y ligeras.

Avanzamos hasta el mísero caserío pajizo, de aspecto africano en medio del reverberante arenal, donde habitaban los cultivadores de algodón, por cuenta de la hacienda. El árido aroma del *mosqueral* nos llegaba en soplos cálidos de las tierras bajas. Cruzábamos pintorescas caravanas que venían de ellas llevando a lomo de borricos cargamentos de frutos tropicales para la feria de la villa. Festejos que se anunciaban para esa fecha, avivarían el mercado. Y así iban excitados por las ganancias y novedades en perspectiva. Nos poníamos a la vera para dar paso a las recuas apretadas: negros jacarandosos iban en medio de ellas estimulando a las pobres bestias con púas e interjecciones y dicharachos; ne-

gras reíadoras de faz simiesca, iban a horcajadas sobre albardas, o en ancas de las acémilas menos cargadas; y blancos palúdicos de faz reseca y amarillosa, los ojos esmerilados a fuerza de fiebres y anemia, aladeaban sus flacas cabalgaduras para cedernos a su vez el paso.

Venían, por el camino que ascendía en línea casi recta, desnudo de sombra, desde las últimas playas que en declive tocaban al Chota avahado de calor entre los huertos de sus orillas; sobre las cuales se veía flotar, como una bruma, el caliginoso aliento de malaria.

Llegamos a los algodones. Estaban hermosos de ver. Un negro vino a abrir la rústica puerta. Su sonrisa hundida, desdentada, sus ojos entrecerrados de plácido deslumbramiento ante la claridad del rostro de la nueva ama, el juego de todas las arrugas de su cara de gorila enternecido, revelaban que Marta era para sus ojos de esclavo una visión de belleza blanca y bondadosa.

—Ay, mi niña —le dijo, después del saludo humilde—, se va su mercé a quemá con ete sol en el yano.

Tras pasamos la puerta, agradeciéndole.

La borra del algodón, nívea y aterciopelada como la pulpa de la guaba, cuajaba en gajos compactos, o desbordaba de las cápsulas ya reventadas.

Las intactas madejas apretadas eran más cándidas que el plumón de las garzas salvajes o el vellón de las ovejas recién nacidas. Parecía que hubiese nevado copiosamente, a enormes copos; prendidos a las ramas leñosas blanqueaban los grumos níveos entre las hojas verdinegras; y la brisa, al pasar, propagaba un blanco estremecimiento por el sembrado en declive.

Lo recorrimos en gran parte. Pero el sol cegaba. Fuimos a ampararnos a la sombra de un *molle* gigantesco, especie de sauce llorón, menos melancólico, más esbelto, de languidez menos agobiada. Las hojas agudas, lampiñas, lustrosas, colgantes de ramillas péndulas,

eran una delicia de frescas. Las aplicábamos al rostro, asiéndolas en puñados sin arrancarlas; desde la silla, tocábamos con la frente a las ramas inferiores. La sombra de ese árbol en la planicie ardorosa era como un oasis. Un trecho de la acequia se remansaba a sus pies. Y más que la sombra amena, más que el contacto refrigerante de las hojas mullidas y frías, nos refrescaba la vista del agua.

Tiraron nuestros caballos de las riendas, alargando el cuello inclinado para beber en la corriente cristalina, provocante.

Con las manos libres, Marta trató de prenderse el velo que se le había desabrochado. Llevó ambas manos a la nuca; pero a causa de tenerlas enguantadas, no acertaba a ensartar el imperdible. Iba a quitarse los guantes; pero el caballo, acabando de abrevarse, se movió, y Marta hubo de volver a asir la brida.

—Espera —le dijo— te ayudaré. Y acerqué mi caballo.

Marta se inclinó un poco hacia un lado, tendiéndome el cuello. Vi entonces en su nuca púdica, bajo los cabellos tiernos, el hoyuelo secreto que es en todo cuello femenino un pozo de tentación. Y al leve contacto de su piel, los dedos se me entorpecieron, y un sutil, cálido vaho, salido de lo profundo del ser conturbado súbitamente, me opacó la mirada fija. Hubiera querido poner los labios ya un poco trémulos en aquel hoyo desnudo. Y sentí, tan sólo en ese instante, la soledad, como un olvido del resto, como una invitación secreta; y la penumbra del follaje, pendiente como un cortinaje, era propicia como una alcoba.

—Vámonos —le dije en seguida—, para sacudirme del instantáneo extravío. Y emprendimos el regreso.

Del primer cholán florido que topamos arranqué un tirso para empenachar el testero de cada uno de nuestros caballos. Al mover las ramas, un enjambre de mari-

posas, casi del mismo color que las flores, se levantó de entre las corolas como un vuelo de pétalos alados. A proximidad de la hacienda, el camino se espaciaba, provocando la andadura de nuestras ágiles bestias. El airoso caballo de Marta, que era majestuoso y pisador, espumajeaba y henchía de orgullo y fuerza las narices, levantaba con su rítmico paso de ambladura pequeñas nubes de polvo que se inflaban alzándose sobre su rastro. Al llegar divisamos a Juan José. Esperábamos de pie, gigante, a la entrada del patio sonoro.

XX

Marta convalecía de su dolor. Su discreción borraba suavemente la sombra lúgubre de la muerta. O tal vez la olvidaba ya. También yo olvidé a mi madre. Todos olvidan, perdonan a la muerte todo el mal que hace.

Y yo que comencé a aburrirme en estos caros sitios, he ahí que, desde que Marta pobló de sus gracias esta soledad, iba cobrando este rincón del mundo un inextinguible encanto, parecido a un reflejo suyo, en el aire, en las cosas, dentro de nosotros.

Mas, tanto me abstraía en mi amor, que Juan debió notar a primera vista el alma nueva que me daba el dulce y urgente secreto. No hacía, sin embargo, alusión alguna a mi inocente contentamiento; antes bien, parecía mostrar que no veía eso, que, por otro lado, visiblemente le preocupaba.

Yo seguía dejando cuajar en mi alma el panal, sintiéndome llenar como un vaso sensible, de la creciente embriaguez deliciosa y solitaria, hecha del asombro de amar así, con aquel candor primicial del que me creí incapaz, gastado como venía por amores artificiales y complicados. ¿Qué brote de primordial espontaneidad era éste, que así me enternecía simplificándome, inmémore de experiencias, inmémore de desengaños, claro como agua de roca? Esta primordial ilusión del amor

ingenuo, no me venía sino de ella, criatura preservada por la soledad, y unguida por el dolor. Su gravedad no era sino hondura, su inhábil encanto no era sino más certero. ¿Dónde encontré jamás quién se le parezca? ¿No era así una revelación, primitiva y cándida, después del error porfiado, corrupto y laso...? ¡Quién me hubiese dicho que más tarde...!

●

¡La amaba, sí, la amaba!

¿Desde cuándo? Acaso desde que vine y encontré su nombre y casi su presencia como flotando en esta soledad. Bajo el disfraz del cariño hermanable, tan suavemente había entrado este amor en mí, que lo descubrí, no sin maravilla, cuando ya no había en todo mi ser, al verla, sino desfallecimiento y voluptuosidad.

Viéndola sufrir, respirando el aire en que se perdían sus suspiros, yo me sentía impregnar de su vida, de su alma, de sus miradas, como de un suave y penetrante aroma. Me embebía en su silencio, en su natural encanto; y el corazón me pesaba, grávido.

Las palabras desbordadas de mi mente, afluían a mis labios: pero yo me decía, sigo diciéndome: tiempo hay de hablar, de rasgar este apresurado y delicioso secreto que de todo mi ser emana. Prolongaré la vertiginosa suspensión de mi alma. No alarmaré todavía su corazón de virgen, tan fácil de despertar y de seducir. Ella cederá, pensaba yo, a mi súplica de amor, sin resistir a la pendiente de su juventud.

Mejor es dejarla venir a mí como una rama vencida por sus frutos, madurados a un tibio sol.

●

Divagaciones, ¡ay de mí!, en las cuales, como sin advertirlo, me dilataba por no adelantarme a querer ver claro en una especie de aprensión, que mis temores, acaso mis sospechas, subconscientes, informes, inciertas, obscuramente han creado y presiento...

¿Qué le pasa a Juan José? Me lo he preguntado al mismo tiempo que evitaba pensar en cosa tan vaga.

Pero hoy, a las tres semanas de esta vida en común de los tres en El Pinar, voy a tratar de resumir lo que, a fugaces, leves indicios, me ha cruzado por la mente como reacciones imprevisibles de Juan José, en tres o cuatro sorpresas instantáneas, de una extrañeza que duró un instante: la escena en la hamaca, la del estanque, la del paseo a caballo con Marta (y ahora veo que no he ido anotando en esta especie de diario de nuestra vida campestre sino lo que me ha dado algún atisbo, inesperado, del supuesto o real malestar que he creído entrever, al paso, en el ánimo de Juan José).

Juan José no ha cambiado conmigo: su bondad, su miramiento, son siempre iguales. No ha cambiado con Marta. Pero creía intuir que Juan José iba cambiando invisiblemente; ha cambiado ya, invisiblemente, en sí mismo, a sus solas. Anda como preocupado, casi taciturno. Se ha puesto esquivo. Se junta menos a nosotros.

Y me digo: no hay duda, Juan José se ha percatado de mi amor a Marta. Pues bien: ¿qué mal puede haber visto en ello? ¿Le ha extrañado, al percatarse de cosa tan natural, que yo no hubiese acudido a él con mi confianza, en anhelo de comprensión, y en íntima consulta?

Tendría en esto mucha razón Juan José. Juan José es para mí, y para Marta, el amigo incomparable, el compañero inseparable, el tutor moral insustituible, el guía, el protector, el sostén.

¿Cómo no empecé por ir a él con mi dulce cuita? A la verdad, desde el primer momento pensé en contárselo.

Tal vez no lo hice en seguida por no estar seguro de mi amor a Marta, o queriendo asegurar antes el indispensable amor de ella.

Presentía yo el amor de Marta, lo veía, trasparentebase a mis ojos, no ilusos en esto. Y ahora que me digo: «con o sin el amor de Marta, el mío no podrá cambiar», ya no tendría excusa el demorar mi ardiente confesión.

Aún antes de hacérsela a Marta, yo pensaba en ir a confiarme de Juan José, decirle mi nuevo, tan inesperado como esperado, tan natural como definitivo amor.

Este deseo de contárselo a él, aun antes de decírselo a Marta, era en mí una especie de deber innato, una necesidad de pedirle algo así como permiso de amarla, antes de proceder.

Había habido en mí, es cierto, una delicia ambigua en esto de ir con tiento, como en rodeo sin fin en torno de la sugestión hipnótica en que me envolvía el dulce encanto de la criatura que esperaba como sin saber, que esperaba sin desesperar, confiada en mí como abandonándose a su destino.

Desde mi primera visita a Marta, un mes no es mucho, pensé; pero un mes es mucho para todo urgente secreto que quiere crecerse al oírse, al verse compartido...

Y me dije: ahora sí, hoy mismo, voy a contárselo a Juan José. Ya que él lo ha adivinado, no conviene que dude acaso de mí un instante más: Porque, ¿qué otra cosa que el dudar de mí ha podido ponerlo inquieto, preocupado, tal vez resentido?



Mientras llegase la hora de encontrarlo –Juan José había salido temprano a caballo– continué reflexionando: Si es natural en mí ese deseo de hablarle, ¿no habría sido igualmente natural en él, anticiparse a de-

mostrarme su satisfacción, así no fuese sino en son de broma, y sonreír conmigo del lazo en que yo había caído encantado, por más desencantado y cauto que yo me jactase de ser y de creerme ya inmune?

Y deduje: si él no me ha hablado espontánea y alegremente, de esta sorpresa, acaso esperada por él, es sin duda porque no le ha gustado. ¿Reprueba tal vez este amor? ¿Y por qué lo reprueba, si acaso? ¿Tan sólo porque no se lo he dicho? Poca cosa sería.

Y me volvió a perturbar la conjetura o suspicacia de que algo más influía en su aparente esquivez o voluntario apartamiento.

¿Qué puede ser? El hecho es que, desde hace un par de semanas, sale temprano a los trabajos, regresa para el almuerzo, y vuelve a salir diciéndonos vagamente que va a tal o cual sector de los labrantíos, como a una obligación aburridora, sin invitarme a acompañarlo.

O se encierra las tardes en su escritorio. –Antier no más nos dijo, en tono de broma: estoy haciendo mi testamento, que será una especie de memorias destinadas a que ustedes las lean y las olviden. No me distraigan, porque me cuesta trabajo el redactarlas, por falta de hábito.

Nos pareció raro, pero sonreímos.

Días antes me había dicho: estoy cansado, quisiera distraerme, olvidarme. ¿Qué te parece, por ejemplo, un viaje, ahora que tú estás y puedes reemplazarme?

Antes que yo pudiera contestarle, pasó a otra cosa.

Me acordé, sin embargo, de otra ocasión en que –cuando llegué y hablamos de viajes– me dijo: Tengo por ahí, en recortes del periódico que lo publicó en números sucesivos, tu ensayo *La Ilusión de Viajar*, resumen de tus primeras experiencias. Debiste haberlo intitulado desde entonces: «La Ilusión y la Desilusión de Viajar». Para mí ni la una ni la otra existen ni existirán:

el arte, el placer de viajar es cosa que sólo se aprende en el entusiasmo primerizo de todas las curiosidades; después, se dan ya por consabidas y marchitas, con la experiencia de andanzas aun en corto radio, con lecturas, con desencantos similares aunque sean de otro orden. A mí me basta con el mundo a que me he confinado y he elegido, quedándole a uno siempre el mundo de su propia vida por descubrir.

...¿Cómo es posible que ahora se le haya despertado esa veleidad? ¿Lo decía en serio? Y volví a pensar en su desconocida reacción al percatarse de mi amor a Marta, si es que en verdad lo notó; y a propósito de esto de viajes, recordé también lo que, al verme, de recién llegado, bajo el encantamiento del retorno, que él creía fugaz, me dijo: Tú ya no podrás acostumbrarte a vivir aquí, acomodarte a esta vida. Como yo le replicara: es y será la que prefiero, me contestó: sí tal vez, por un tiempo...

Con toda sinceridad le aseguré entonces: -no, ya no pienso en Europa, menos en volver a ella. Si algún día, mucho más tarde, lo desease, iríame contigo, para regresar juntos.

-¡Oh! para mí, el viajar -me replicó-, ¡qué cosa tan incidental! mientras para ti..., lo tienes ya en la sangre, por decirlo así, en tus hábitos, en tu espíritu, en tus preferencias, como algo tal vez irrenunciable. -Te equivocas -le dije-. Tal vez el equivocado seas tú, ya lo verás, me respondió.

Pero ni él ni yo dimos importancia a esas suposiciones... Ahora se me pone que ellas han podido inducirle en error, al juzgar acaso como amor de viajero éste que me tiene anclado. Y que, así, por incierto o inestable, le haya parecido inadecuado al porvenir de Marta. ¿Pues qué otra cosa habría hallado reprochable en él, para hacerle acaso temer por Marta, y aun por mí? Ya que ante estas mismas posibilidades de perenne viajero trashu-

mante, bien cabría creer que en nada dañarían a Marta, puesto que yo habría de partir con ella... Y aquí se me presentó de repente esta sorpresa sin novedad pero nueva: que yo tenía por ya decidido, de suyo, el casarme con Marta.

Casarse, palabra grave. Hasta entonces mi vida no me había planteado el caso. No lo había considerado ni en abstracto. Una vez, al oír a un amigo, que decía con humorismo: -todos los hombres deben casarse, pero ninguna mujer-, opiné que tenía mucha razón; pues los hombres, todos, hacen tan infelices a sus esposas. Mas nunca me apliqué a mí mismo esa máxima de la necesidad de casarse. Ni, al acercarme a Marta, comencé a pensar primero en el futuro que implícitamente me ligaría a ella desde el primer paso.

Llevado ahora como de la mano, en este divagar, a contemplar este aspecto, hallé resuelto en mí, de por sí, nuestro doble destino.

Nada tendría pues que observar Juan José en lo tocante a nobleza de sentimiento y corrección de procedimiento. Justamente aquello de que quería yo hablarle equivalía a pedirle la mano de Marta, era pedirle su mano.

Siempre pensé que, desde antes -si alguna vez Juan José, como obligado por esa especie de patria potestad a velar por Marta, se hubiese puesto a considerar el porvenir de esa criatura desamparada, y por ende la eventualidad de matrimonio, así, en general- quizás no hubiese deseado, ni podría desear que sobreviniese un extraño a llevársela lejos de su lado. Preferible habríale parecido que, en todo caso, no quedase excluida de su cercanía la presencia de Marta.

Y así avancé hasta pensar que, desde cuando le anuncié mi proyecto de venir de Europa a vivir con él en nuestra heredad, y sobre todo desde que la huérfana quedó incorporada, tan naturalmente, a nuestra exis-

tencia doméstica en El Pinar, el más natural deseo de Juan José bien podría ser el de unir el nuevo destino de Marta al destino mío.

Marta, único afecto que lo ligaba al mundo de los demás, afecto igual o mayor del que siempre me tuvo y tiene Juan José, ¿cómo dejarían entrambos afectos de florecer apoyados al rodrigón de su voluntad? Hasta la aproximativa paridad de nuestra juventud, junto al hermano grande, apenas mayor en edad, mayor sólo en sabiduría, parecía conferirnos a Marta y a mí el privilegio de su grata sombra, de su grata luz, de su benéfico influjo.

¿Cómo es pues que Juan José no se ha apresurado a alguna alusión sonriente, y a darnos su buen augurio?

¿Qué le retiene? ¿Tan sólo la «formalidad» de mi confidencia? No puede ser. Algo más hay, tal vez.

¿Qué puede ser este algo, sino un error? Tal vez, recordando mi vida de Europa, mis aventuras y veleidades, de poca monta y ninguna consecuencia, que yo mismo le había contado en conversaciones intrascendentes, tal vez me crea libertino y tema que mi inclinación por Marta guarde algo de ese fondo turbio. Tal vez no tiene fe en mi amor: o quizás le juzgue indigno de la pureza de Marta; tal vez lo sospechó impuro, o por lo menos falaz, inseguro, incierto.

Si no es esto, ¿qué puede habersele ocurrido a solas, como idea o presentimiento de su espíritu clarividente? ¿Qué es lo que le trae inquieto, preocupado y como resentido?

Ahora mismo, en seguida, voy a explicarme. ¡Qué gran gusto va a tener Juan José, de oírme, de aprobarme, de consentir.

¡Y qué placer va a ser el mío de poder decirle enseguida a Marta: te amo, te amo!

Ya es tiempo. Tan sólo esas interrogaciones acerca de Juan José me han paralizado estos últimos días.

Pues no era el caso de presentarme a él con el hecho cumplido e irrevocable, de haber pactado con Marta antes de pedirle a él la mano de su protegida. Habría podido decirme: ¿a qué viene esto de pedirme lo que ya has asegurado y comprometido sorprendiendo la ingenuidad de esa criatura indefensa?

¡Claro! Derecho teníamos Marta y yo de disponer de nosotros mismos.

Pero entonces, ¿en qué quedaba mi acto de deferencia, que yo quería fuese reverente de la autoridad que entrambos, tanto Marta como yo, reconocíamos en Juan José y sentíamos tan íntimamente, con cariño y respeto tan grandes, en esta unión de los tres, base insustituible de nuestra vida?

Mientras tanto, yo no acertaba qué actitud tomar al encontrarme con Marta cual si ella estuviese esperando la palabra que retenían mis labios y revelaban mis ojos.

La naturalidad que trataba yo de imprimir en conversaciones insignificantes, parecía alterárseme por dentro y mostrarse forzada en su fingida jovialidad diciendo ya una cosa ya otra, cuando lo que me embargaba era aquella única, aquella en suspenso, en suspenso al borde de mi decisión.

No, ya no era tiempo de aguardar que se presentase de suyo la ocasión propicia para hablar a Juan José. Iré a él esta misma tarde, tan pronto como llegue.

No lo vi llegar. Al ir en su busca, poco antes de la cena, topé con Mama Chana, que me dijo: El señor llegó cansado y me pidió que le llevara al dormitorio simplemente una infusión bien caliente, y se acostó en seguida.

Lo tomé como manifiesta señal de apartamiento y

me inhibí de entrar a su cuarto a preguntarle si se sentía indispuesto.

Y como Chana había ya anunciado a Marta que la cena estaba servida, fui al comedor sin mostrar extrañeza ninguna. La cena breve y frugal nos retuvo poco tiempo. Marta dijo tan sólo: Juan José trabaja tanto que ojalá no enferme. Ha dicho a Mama-Chana que no siente malestar, sino fatiga.

Evité el punto, e inventé que había yo pasado la tarde removiendo papeles antiguos, mientras ella hacía su siesta y cosía o bordaba después en su costurero. A la verdad, sólo estuve un momento en la biblioteca. El resto lo pasé en la huerta.

Acompañé a Marta hasta su dormitorio y le di las buenas noches, jovial y tierno. Fui a tenderme un rato en la hamaca. A su vaivén me apacigué un tanto. Habiendo, durante la tarde, puesto en claro, más o menos, mis interrogaciones, vi que esas conjeturas y temores eran gratuitos e incongruentes, a pesar de tener cada uno su lógica; meros razonamientos en el aire, sin más fuente que mi aprensión.

¿De dónde sacaba yo que Juan José se hubiese, en primer lugar, percatado de mi amor, y luego, tenídolo por inquietante, por inseguro o por inadecuado?

Que él haya cambiado, entrecortando con más o menos visibles, pero ignoradas preocupaciones, la naturalidad y llaneza de su trato, antes asiduo y conversable con nosotros, ¿qué podía significar, de ser exacto el aparente cambio?

Mil razones tiene un hombre de no andar explicando en la vida cotidiana sus altibajos de humor, que quizá ni él mismo advierte.

Hasta eso de su testamento, dicho en tono que nos pareció sardónico, inhabitual en él, acaso fuera verdad, sin el aditamento de «sus memorias». O podría

ser otro trabajo cualquiera, que necesitase alguna contracción.

Sin duda, la tal «preocupación» no estaba sino en mí. Y era a su vez vana, exagerada esa idea de estar yo en mora con mi confesión. Aún era tiempo. Tiempo había...

Sin embargo, era natural que a Juan José le preocupara la suerte de Marta, en general, y más si la relacionaba conmigo, aun en un mero supuesto. Pues este vivir codo a codo con ella, en la intimidad reciente, volvía más obvia la posibilidad de una mutua inclinación de juventud.

¿Qué podía querer Juan José sino velar por Marta? Creyendo conocerme a fondo, Juan José tal vez entreveía en mi condición de recién llegado –inadaptable tal vez, como me lo había pronosticado–, un temor por la estable felicidad de Marta a su lado.

El momento que pasé en la biblioteca topé por casualidad, pero precisamente, con un ensayo que publiqué, escrito en Francia, sobre lo inestable y precario del equilibrio del hispanoamericano que va a nutrirse de buenas letras en Europa y se encuentra abocado a una dualidad o bifurcación de su destino intelectual. Se lo mandé a Juan José, quien me escribió larga carta referente a ese ensayo sincero de conciliación de la cultura extranjera con un genuino y desinteresado amor patrio. Y se me vino a las mientes que, tal vez, esa especie de dilema ahí expuesto y resuelto le haya servido de piedra de toque para juzgar de mi posición espiritual como la de un inadaptable. Pues a poco andar tuvo entonces ocasión de mandarme un periódico de Quito en que se me denunciaba como un renegado, como un descastado pretensioso y fatuo, en un comentario, mezquino y tonto, e intencional, de la lectura de esas páginas en que yo había descrito la dramática perplejidad, y feliz con-

clusión por lo alto, de esa doble fatalidad. «Ya ves —me escribió—, lo imbéciles que son los “intelectuales” de por acá, “lo cerril de su patriotismo”, etc. Me acuerdo de las exposiciones de Juan José y conforme a ellas repliqué —intitulando mi artículo «Un Imbécil»—, al majagranzas que se metió a mordicar como una rata en un amigo desprevenido.

Juan José había abundado siempre en el sentido de mi exposición, comprendiendo a fondo el fatalismo de esa ambigüedad, de esa dualidad, común a todo espíritu americano amante de cultura superior, europeizado, es decir, universalizado, de entendimiento, pero no de afectos ni de intereses; obligado a nutrir su inteligencia de pan ajeno, mientras su corazón sigue adherido al terruño propio, aunque éste no nos dé de ese pan candeal.

Precisamente lo que yo había descrito era lo postizo de nuestra condición en Europa, de aprendices que no llegarán a maestros en Europa, de aspirantes a maestros que no tendrán en su América con quien compartir lo que ganaron en Europa, aunque en Europa tampoco hallaron europeos con quien mancomunar su afán.

Yo no había predicado ni practicado el descastamiento. El reclamo de la querencia nativa, la indestructible fidelidad interior, el amor filial, el aislamiento sentimental en el extranjero, la falta de contacto fraternal con las cosas y los seres propios, nos traen memoriosos y nostálgicos y nos inclinan al retorno espiritual. Si alguno puede desoír esas voces de llamamiento, para el tal no existe el conflicto en que he ahondado y que daba vida, nervio y autenticidad a mi observación.

Si a menudo el que regresa no halla en nuestros países, todavía incultos e ignorantes, sino ignorancia y desdén de las ideas que él cultivó; si a menudo el retorno no basta a consolar de todo lo que cercena; también es verdad que, nutrido el espíritu con lo más acendrado del

espíritu europeo, siéntese, sin embargo, en Europa, aislado, inestable, transitorio, inútil, y su acción desorbitada. La voz de la inteligencia, clara, distinta, irrefutable, le retiene en el dominio ajeno, dándole, por compañeros, tan sólo libros y, por refugio, tan sólo museos; nada viviente ni hermanable, entre amigos casuales que no lo conocen, y maestros que lo descorazonan. Al propio tiempo que la voz de la sangre, sorda, potente, confusa, irrevocable, le reclama su tierra, su hermano, su compañero, de quienes, empero, le alejan distancias intelectuales y le desvían sus aspiraciones más íntimas y le diferencian su multiplicada sensibilidad y sus predilectas lecturas.

Dos patrias tiene así, inacordes, inacordables: la de la inteligencia y la del sentimiento, la de la vocación y la del destino; y ambas le mutilan de algo, se lo disputan, dejándole siempre baldío e insatisfecho. Dos patrias, la patria abstracta, exaltante y helada; la real, casi adolorida de insuficiencia, le hacen clamar, entrambas, por un ideal de patria única, total, en que la cabeza se llene de lo mismo que rebosa del corazón; en que las más altas ciencias de la inteligencia surjan de lo más profundo de su propio suelo, sin ayuda extraña. Ése y no otro era el drama, intelectual y sentimental, que yo había descrito en aquella larga disertación, pintándolo, quizás, con excesivos colores y con matices quizás, demasiado sutiles, si bien es cierto que entonces, hace años ya, unos y otros eran de suyo más vivos.

Culpa mía no fue si el majagranzas de mi historia los trastocaba, ignaro y malévolo, a punto de merecer que le «levantaran los fondillos y le dieran una azotaína», como le dijo el entonces famoso Tuerto Calle.

Pero Juan José jamás se equivocó, y menos al verme llegar y sumirme encantado en el seno nativo. ¿Cómo, pues, podría él, ahora, a tan poca distancia, en el tiempo

y tan cerca en el espacio, temer en mí un extranjerismo que pudiera apartarme de Marta y de mi destino? No, no debe ser esa inexistente disparidad lo que le induzca a creerse diferente de Marta, tan genuina flor de la tierra.

Seguramente no lo ha pensado al aludir, como aludí, a su poca fe en mi permanencia en el rincón natal. Tienen que ser otras sus dudas. ¿Cuáles, cuáles? Y mi cogitación volvía a querer ver claro en la reserva y mutismo de Juan José.

Fui a acostarme temprano para madrugar y alcanzar a Juan José antes de que saliese, como solía, sin buscarme ni decirme hasta luego. Dormí tranquilo.

XXI

En la mañana, esperé a que le sirvieran el desayuno en su dormitorio. Hace días que no baja al corral a tomar al pie de la vaca su leche recién ordeñada. Tal vez le falta humor para ese su antiguo placer rústico. ¿O evitaba encontrarse conmigo para no hablar, como solíamos? Tal vez no iba a salir ese día, pero no esperé más. Y revistiéndome de la mayor naturalidad que pude, pero que tal vez traicionaron algún temblor de mi voz o alguna alteración en mi semblante, entré y le dije: Juan José, deseo hablar contigo.

Me miró inmóvil, y me contestó sin vacilar: Yo también tengo que hablar contigo. Pero no ahora...

Me quedé cohibido súbitamente. Más que por el tono, por ese laconismo que me pareció terco, decidido.

Si hubiera añadido cualquier motivo, la más simple excusa —no tener tiempo, o dejarlo para otro rato, u otra razón, por elusiva que fuese en su trivialidad forzada—, yo no habría salido de su escritorio como salí, al igual de quien se hallase repentinamente en el vacío, o frente a un enigma.

Del umbral me volví a mirarlo. Seguía sentado: con ambas manos en las sienes, de codos sobre la mesa, tal vez con los ojos cerrados: no los tornó hacia la puerta.

Me retiré a la hamaca, refugio de mis sueños, y esta vez prisión sin luz ni aire.

Me levanté luego como movido por un resorte, que no obedecía sino que impelía. Ordené al huasicama que me trajese inmediatamente mi caballo.

Mientras me lo ensillaba, yo no sabía qué pensar ni adonde ir. Partí a galope, sin rumbo, a correr sin meta, por donde el primer llano estuviese más despejado para espolear a mi noble bruto que siempre, y esta vez también, pareció comprenderme.

Prendida de mí como un tábano, una idea lancinante clavábame su aguijón. No quiero ni consignarla aquí: paréceme que al darle forma le daría realidad.

Deséchola de mi mente, no la dejo acercarse a mi pluma, hasta que se desvanezca como engendro de pesadilla...

Vencida ya la tarde, pero no mi ansiedad, volví a la casa tan sólo a la hora de cenar. Felizmente, tampoco compareció entonces Juan José. Había pedido que le trajeran algo a la cama. Marta se había también recogido temprano.

¿Habrían hablado de algo? Con frecuencia Marta ganaba su lecho tan pronto como la tarde se destemplaba. La convalecencia la había hecho susceptible al frío, y a instancias de Mama-Chana evitaba con este cuidado cualquier recaída.

No habiendo tenido que afrontar, en mi estado de nervios, la escena que no quería eludir pero que me inquietaba, me sosegué un tanto; y el vaivén adormecedor de la hamaca traía y llevaba, más leves, mis pensamientos alternos.

A pesar de mi impaciencia por salir de dudas y cavilaciones, yo trataba de convencerme que en realidad no

habría nada. Brotes de mal humor, naturales en todo hombre; o tal vez, en Juan José, rezagos de su antiguo paludismo, larvado, diluido en la sangre; accesos de malestar o melancolía, intermitentes y repentinos, como le vienen a cualquiera, ¡cuántas pequeñas causas no podían ser las naturales u orgánicas que yo trocaba en aprensivas conjeturas! Todo eso me lo repetía por acallar las que yo tomaba como evidencias distintas.

Pero nada sofocaba el agudo, el agudísimo quejido que yo no quería exhalar ni a solas, mientras no me abandonase de suyo el recurrente delirio de esta mañana.



...Era ya casi altanoche. ¡Qué noche aquella! Al fin irrumpió mi grito, como el de un extraño, como frente a mí: ¡Lo que muerde a Juan José son celos!, exclamé: ¡Juan José está enamorado de Marta, está ciego de pasión por Marta!

...Celos y rabia habitan en Juan José, lo roen en su silencio remordido, pensaba yo. Este otro amor suyo por Marta es otro amor, no antiguo. Es otro amor, nuevo. Y no es sólo este otro amor lo que lo destroza. Es mi amor a Marta, más, mucho más que el amor que él puede suponer en Marta por mí, lo que le tiene rechinando en su aislamiento.

Este desfogarme, de un solo golpe, no me vació; y seguí revuelto, revolviendo todas las heces que en estos pocos días interminables habían ido depositando, sedimento amargo en mi subconsciente. En vano trataba de despejar mi cabeza, repitiéndome: -No, tal vez no haya nada de eso en Juan José. Tal vez no ha advertido un amor que ni a Marta se lo he dicho. Ni en mí, ni

en Marta, ha podido ver ningún signo. Como tampoco yo lo he visto en él.

Pero aquí me atajó un brusco «¿por qué entonces no quiso oírme ni hablarme cuando fui a hablarle y oírle?» «¿Por qué ese su tono ríspido y tajante?»

Hurgando, hurgando, me dije: -¿no serán más bien celos míos, los que inventan celos en Juan José? Celos, yo no los sentía ni imaginando a lo vivo ese otro amor de Juan José. Ni imaginándolo triunfante, (mas, ¿cómo imaginarlo tal?) me llegaba a doler, como sólo duelen los celos.

Y hasta me dije: -no, no; Juan José no puede amar a Marta con esa clase de amor. -¿Y por qué no?, me repliqué.

Y entonces sí que me dolió ver que nada había de imposible en él..., ni lo era el que Marta pudiese ser sensible al amor de un hombre como él, superior a mí y hasta tan hermoso.

Pero, a esto último, como si fuese la voz de Marta, oí en mi alma una dulce amonestación, cual si me dijera: bien sabes que Marta te ama.

¡Sí que lo sabía!

A la verdad, tan sólo lo presentía. Pero tan seguro, que en vano me llamaba a mí mismo presuntuoso, al presentirlo. Érame evidente que a la primera palabra mía, Marta respondería como si no fuese primera palabra, tanto la oía en sí misma; como el pulsar de sus venas.

Ante esta seguridad: «la amo, me ama», -fue como si los otros fantasmas de mi desvelo comenzaran a disiparse con el alba.

Vínome el sueño, cargado de un peso indecible. Pasé a acostarme. Dormí, dormí profundamente, como un hombre exhausto. Dormí sin despertar hasta mediodía.

Al levantarme a tomar mi ducha, vi al mayordomo que parecía estar esperándome, pues me hizo del corredor una seña, acercándose.

Aburrido, le contesté con un ademán de mal genio: -¿Espera!

Para mi sed ardida, bebí a grandes tragos un doble vaso de naranjada. Tomé la ducha, helada, para fustigar mi cansancio.

Me sentía maltrecho, desazonado, irritable contra mí mismo, acusándome de no saber qué hacer, como un tonto, como un niño, ante los fantasmas que volvían.

Iría derecho a Juan José, a atropellar su mutismo. Será preciso que hable. Le forzaré a definirse. Y salí de mi cuarto como un sonámbulo que no lograra salir de su limbo.

Vino hacia mí el mayordomo.

-Patrón se fue de madrugada y me encargó que le diga a su mercé que se iba al páramo y que su mercé le conteste esta carta a la hacienda alta de donde le mandarán peones todos los días.

«¿Una carta? ¡Qué raro!» pensé. Inmutado, pero inmóvil, tomé la carta, y sin preguntarle nada:

-Está bien -le dije, y lo despedí.

TERCERA PARTE

EL DILEMA

XXII

La carta dice así:

«Segismundo:

Haber llegado a detestarte, a punto de no poder sufrir tu presencia, de no poder pensar en ti sin una especie de odio homicida, de no poder hablar contigo sin humillarme o sin humillarte. ¡Yo, que tanto te quería!

¿Cómo pudo ser? ¿Es muy raro, o es muy humano, demasiado humano, lo que me acontece? En todo caso, es horrendo.

Nada puede conmigo mi razón, que me combate sin tregua. Soy otro hombre, inconciliable, incompatible con el que fui o creí ser. No me reconozco. Me desconozco. Ha surgido en mí, y me domina y me abochorna y me desgarrar, otro yo que yo ignoraba, un enemigo de mí mismo, un invasor iracundo, armado de todas armas, que me tiende redes de traición en que caigo circundado de púas indecibles, acribillado de heridas. ¿O es, simplemente, *el Demonio del mediodía*? Heme aquí, en mis cuarenta años, como un poseso...

Amo a Marta con amor casi monstruoso, como de incesto, como de maldición de antiguos dioses que se vengaran de mí, de Marta inocente, de ti, de ti, acaso el único culpable. Sin ti no fuera yo el que ahora soy.

Has enamorado a Marta; éste es, a mis ojos, tu crimen. Te has enamorado de ella; ésta sería tu disculpa, mas no mi perdón.

Sin tu amor, por casto que él fuese, no habría nacido este impúdico amor mío. Eres tú quien me ha revelado en Marta una mujer... Aquel mi ángel de la guardia, lo has convertido en demonio de tentación. De ser yo creyente, así lo creería...

Como un poseso me revuelco en las propias zarzas punzantes de que estoy lleno, sembradas en el delirio de la soledad infranqueable, incomunicable, del silencio remordido y amordazado. A nadie puedo confesar mi locura sino a ti que la has desatado.

Hasta ayer, hasta que tú viniste, hasta que Marta vino acá, ¡qué paz conmigo mismo y con vosotros! ¡Cómo os quería, cómo os deseaba junto a mí, y yo, en el centro!

Ahora, o tú o yo.

Y no puedo pensar en que seas tú, sin abalanzarme a tu cuello, gritando: ¡ni tú ni yo!

Ni tú ni yo; acaso será ésta la única solución del dilema.

Hombre fui de pasiones fuertes. Pero nunca hube de luchar contra mí, sino contra cosas venidas de fuera, sobrenvenidas como un alud, pasajero, dominable, dominado; tú lo sabes. Salí indemne. No me quedó la más leve cicatriz de esa llaga.

Pero, ahora, son mis adentros los que se insurgen contra mí.

No puedo soportarme a mí mismo. Me abomino, me avergüenza, lloro como un desvalido junto a un frenético, ambos dentro de mí, que no los puedo vencer ni acallar.

No me atrevo a mirar a Marta, panal de dulzura que me atosiga con su dulzura delectable, irresistible.

Y evito el mirarte a ti; que mirarte sería desafío sin

palabras; sin palabra que no se volviese primero contra mí para enmudecerme.

Por esto me aparto a escribirte: por no poder hablarte sin humillarme o sin humillarte, repito. Me aparto, por no matarte y matarme, hundiéndonos ambos en mi horror inconfesable.

Hago un supremo esfuerzo: me impongo una última y breve tregua.

Por ella, por Marta.

¿Qué va a ser de ella, sola en este mundo? ¿Qué va a hacer ella sola, sin ti, sin mí? ¿Porque lo tengo ya decretado! ¡Ni tú, ni yo!

¡Ni contigo ni sin ti, la pobre! ¡Ni conmigo ni sin mí, miserable de mí!

En esta fugaz calma de mi aislamiento me paro al borde de mi abismo.

Y se me aparece la visión, clara y distinta –que sería bienhechora si no fuese, precisamente, la que me enloquece–: os veo felices. ¡Veros felices! En vano pienso que, una vez muerto, no os vería. Pero el veros, de antemano, así, felices, arma mi mano del revólver homicida, que no podía volverlo contra mí sino teniéndote enfrente. No podría yo destaparme los sesos sino encima de tu cadáver.

Tan cobarde estoy, soy tan infame, que no puedo desaparecer solo, dejándote vivo detrás. Me horripila mi feroz y rastrero egoísmo, mi impiadosa, mi aviesa crueldad. ¿Irme adelante, desaparecer de este mundo, quedándoos felices sobre mi huesa? La sola idea de tu vida junto a ella hace arder desde ahora en mis entrañas lo que serían mis cenizas, inflamables en ultratumba. No concibo el reposo de mi muerte mientras viváis unidos.

Nunca me había puesto a meditar en lo que los creyentes llaman la vida eterna. Ni la he deseado para

mí ni me preocupaba la de los seres queridos. "Exista o no —me decía—, ése no es problema para mí."

Y heme aquí, pensando en que, ni muerto, acabaría de morir.

¿Qué vengo a pedirte?

Lo que vengo a pedirte es que me dejes, por un tiempo de prueba, los restos que aún puedan subsistir del hombre que fui, razonable, no egoísta, no loco. Déjame reconstituirlos, si posible.

Haciendo abstracción de mí, por encima de mi violencia, he tratado de pensar en ti cual si no fueras presa también de las mismas furias que me devoran.

Tú eres joven: tienes la vida delante, tienes todo el vasto mundo, que fue el tuyo, todavía delante de ti. Mil mujeres admirables hay para ti, libres en el mundo. Yo no tengo sino este rincón, esta prisión. Y todo mi porvenir está detrás de mí.

Para mí no hay nadie, sino yo, mi enemigo personal, ya indestructible acaso mientras yo viva.

Tú eres joven. Yo no soy viejo ni me siento viejo. Pero estoy quemado por dentro de un fuego que no perdona porque no tiene de qué alimentarse afuera. Tú eres joven y, como tal, indefinidamente renovable. Acaso tu pasión no sea sino efecto de la casual conjunción de acontecimientos recientes, obra de las circunstancias.

Tú podrías olvidar a Marta, como has olvidado a otras. Yo, no, porque la necesito. Yo no puedo vivir sin ella. Mi caso es diferente, y bien pudiera decir que no es mío, sino de estotro yo que ha absorbido en sí lo que fui, lo que creía ser yo.

Perdóname este enredo inextricable de sutilezas o fantasmas. Pero este fenómeno es real en mí, y me es tan incomprendible como irrefrenable.

Ya no podré cambiarme ni cambiar. Sin embargo,

una tregua te pido. Te la ruego por Marta. A ver si por acaso, idos tú y yo, pueda ella vivir sin nosotros.

Anda, vete, parte, tú el primero. Que no te vea aquí junto a Marta.

Me arrancaré luego de aquí, a viva fuerza. Por huir de mí.

Será en vano. El otro yo irá conmigo por doquiera. Mas dejaré a Marta libre y sola.

Subo hoy al páramo, a hundirme en el desierto, a esperar hasta que tú te vayas.

¡Si no te vas, bajaré a matarte! Y a matarme. Matarte y luego matarme, será mi único modo de desaparecer del todo, sin dejar tras de mí, viviente, este regazo de furor capaz de tenerme en vela aun en la tumba, persiguiéndote, persiguiéndome.

Estoy loco, demasiado bien lo veo. No soy yo, pero ni esto me excusa.

Ignoro quién me dicta esta carta. No son frases las que escribo. Son heridas que sangran. Son hierros candentes que me traspasan sin acabar de pasar; están siempre taladrándome.

Te dejo aquí, con Marta, por unos días. ¡No la toques, no la toques! ¡Déjala sola! Que yo también, a mi vuelta, si ya te has ido, la dejaré sola.

La mandaré a su casa. Le compraré otra casa, más solitaria que aquella poblada de fantasmas. Allá verá ella una manera de vivir. Sin ti, sin mí.

Si más tarde o más temprano, algún otro hombre viniera a llevársela y se la llevara, yo no sé; pero pareceme —y creo estar cierto— no ha de dolerme cual me duele el imaginarla entre tus brazos.

¡No quiero ni imaginarla en los míos! En los míos, que a ella se tienden como los del ahogado que arrojan olas de tempestad y que la ve en la orilla inaccesible.

Tú eres, así sea sin quererlo ni comprenderlo, el causante de mi naufragio.

Y yo el de esta desventura.

La desventura de ella es la única que me duele. Mi desventura, la tuya, poco me importan. La tuya, confiésote, no me importa, y tanto es así, que me alegra el infligírtela.

Lo que padezco al humillarme, al postrarme ante ti de rodillas, suplicante, supliciado, bien puedes tú imaginarlo. No hay para qué describirlo. El hecho es que te imploro tu propio sacrificio, porque el mío, mi sacrificio –si pudiera yo, menos feroz, menos desatentado, menos loco–, ofrecértelo, solo –o menos cobarde, realizarlo sin arrastrarme conmigo–, no me bastaría. Mi muerte te dolería a ti menos que a mí tu felicidad.

Si sacrificio hay en castigarse a sí mismo, yo lo perpetraría gustoso, pero unido al tuyo, desapareciendo ambos en un abrazo irrompible, tenebroso.

No, no puedo dejarte con Marta.

Si tú no hubieras venido, yo no habría sospechado ni adivinado en mí lo que sin ti no habría existido. No habría brotado de mis entrañas este amor, como un engendro del rayo en las tinieblas.

O, si a solas, hubiese yo llegado a amar a Marta, no habría sido con este mal amor. ¡Al contrario! ¡Qué dulce amor habría sido!

Tú, con tu amor has envenenado el mío en su purísima fuente.

Ha nacido en mí como al conjuro de un maleficio. ¿Envidia? Poco sería.

Son celos irrefrenables, son celos animales indiscernibles; como los del instinto agónico de las bestias en brama; son leyes de la *selva oscura*, de la tierra en perpetua gestación salvaje, en la que hasta el hombre civilizado sigue hundido de medio cuerpo abajo, enredado

de medio cuerpo arriba, en las lianas que se le suben del limo originario donde arraigan tenaces, inextirpables.

Has visto nuestros caballos enteros cuando se acercan, en el abrevadero. Se conocen pero se pelean al olfatearse, sin que la hembra se interponga. Es el dominio de lo irracional, que la razón agrava en el hombre, más despiadado en su albedrío que la lucha por la vida en el reino de las plantas, en el seno de los mares, en el cubil de las fieras.

Tú has visto en nuestros rodeos de burros, espectáculo peculiar de esta hacienda, y del cual tanto gozabas cuando niño. Son dos mil, silvestres como la hierba que comen, en nuestras lomas. Al juntarlos en el corral, tú has visto cómo, machos lascivos tras pollinas en calor se baten, se muerden, se tiran a matar, disputándose su casual presa de amor. Vuélvense feroces, esos animales pacientes... De la oruga al león, impera esta ley feral.

Perdóname estas comparaciones de hombre de campo. Me extravió al querer justificar o explicar lo inexplicable: ¿a qué explicar lo que es, lo que es porque sí, porque es!

Lo que acontece conmigo, ¿lo he hecho yo adrede, acaso? ¿Me he consultado, me han consultado? Soy víctima, como tú. Víctima, no del Hado, que ojalá existiese para poder gemir como Edipo.

¿Contra quién rebelarse? Ni contra uno mismo.

¿Qué Euménides son éstas? Mas, qué me importa el orden del mundo. Ni su misterio. No soy filósofo, ni me obsede el enigma del ser. Lo padezco sin derecho a réplica. Sufro; y obedezco ahora a la única salida a que me impelen fuerzas contradictorias pero indomeñables.

Así me vuelvo contra ti, y no sé lo que hago. Pero es lo único que puedo hacer, lo único que no puedo dejar de hacer. Más fuerte que mi razón ya desgobernada.

Más fuerte que mi corazón ya enajenado, que ni a mí mismo me pertenece.

O tú, o yo... ¡No, ya no! Ahora: ni tú ni yo.

...Pero en este instante de respiro, que me impongo sobrehumanamente, me digo y te digo: Dejemos que el tiempo deshaga lo que ha hecho el tiempo. Demos tiempo al tiempo, un corto tiempo para un gran milagro, e inmerecido, como no sea por Marta. Apartémosnos de ella. Antes que desaparezcamos por obra de nuestras manos si es que aquel milagro no se hace o no dura.

Mientras tanto, estos días, júrame respetar a Marta.

¡Júrame respetar a Marta! No la toques, no la mires. A mi vez te juro respetarla cuando yo vuelva, si vuelvo.

Ella verá por sí sola qué otra cosa le depara la vida.

¡Pero te aconsejo, aunque te irrite, te ruego aunque no te conmueva, anda, vete, pronto!

Y ni una palabra le digas a Marta. Para ella mi secreto es como si no existiera. ¡No me lo traiciones!

Y si, como me temo –y ésta es mi rabia– ya le has dicho tu amor, como ya te has hecho amar, no digas más. Desaparece de su vista dando cualquier pretexto. Guárdale silencio hasta mi muerte.

JUAN JOSÉ.»

XXIII

Antes de perturbarme más y más con esta carta, que latía como otro corazón, aprisionada en mi bolsillo, y evitando encontrarme con Marta en los corredores, fui en busca de Mama-Chana a preguntarle si Juan José se había despedido de Marta.

–El señor salió de madrugada –me dijo–, y no alcanzó a verla; y al servirle el desayuno antes de las cinco, me dejó para niña Marta sólo un recado: Que se iba a los trabajos de arriba y que avisaría su regreso. Para el señorito no dejó ninguno y pensé que su mercé lo sabía, por eso no vine a informarle. ¿No lo sabía su mercé, que no se levantó a despedirle?

Evité el contestarle, diciéndole muy naturalmente: no pude acompañarle esta vez al páramo –y añadí dubitativo: tal vez vaya mañana o pasado a juntarme con él.

...Marta sabía, pues, que Juan José se había ido sin más explicación.

Pero cavilé: ¿no se habrían hablado ayer tarde? Caviación ociosa; ¿qué me adelantaba saber si habían hablado mientras ignorase cómo y de qué?

Esquivaré a todo trance topar con Marta. No sabría qué decirle.

Y fuime, sin ser visto, a la casita del baño, a leer y releer la carta todavía palpitante.

Me bailaban las letras; adivinaba más que leía. Al ter-

minarla como de un soplo, volvía a leerla sin acabar de comprender.



¿Qué hacer?

Fue, sin embargo, apenas un instante, el de mi perplejidad.

Sin vacilar me dije, me ordené: ¡Partir!

Sin medir lo que esto me significaba, me repetí: partir.

No será huir.

¿Cómo quedarme? ¿Ni a qué? ¿Contestarle? ¿Y qué? Todo está dicho. ¿Esperarle? ¿Cómo y de qué hablar con él? Todo está dicho.

Ni en legítima defensa podría yo matarlo. En respuesta a su reto, no cabía decirle sino: ¡mátame!

¿Qué ganaría él con ello? Mi cadáver entre él y Marta, ¿qué abismo! Ni su propio cadáver encima lo colmaría.

Suicidarme, en vez de partir, ¿sería dejarle libre el campo? Se encontraría con otro obstáculo: Marta.

Partir, partir.

Renunciar a Marta, ¡qué dolor! Dejarla sola «a que ella lo resuelva». Que la vida lo resuelva por ella... ¡Irrisión!

¡Y partir sin decirle mi amor, ni mi adiós!

¡Cuán raro me parecía este trastorno de nuestro destino! Habíamos estado tan unidos —unimismados los tres— en esta soledad como en buscado refugio: a ella habían confluído nuestras vidas como a un estuario. Y henos aquí de repente incomunicados, cada cual aislado en este rincón sin salida, rozándonos por donde más nos duele y sin poder decírnoslo uno a otro. ¿Cómo pueden la paz del campo y la soledad, amigas del hombre, encruelecer las pasiones! Encerrados dentro de es-

tas cuatro lomas, concéntrase más un conflicto que acaso, si hubiésemos estado viviendo en alguna ciudad populosa, París, Londres o Madrid, habría podido dispersarse, disiparse, siguiendo cada cual otro rumbo abierto entre la multitud, empujado por quehaceres o distracciones, en evasión de sí mismos, como es dable hallarla, para los que viven del mundo exterior, obligados a una tarea precisa. De aquí, ¿adónde podrían ir Marta o Juan José, cada uno por su lado? Ni yo, el más libre, tengo ahora norte que no sea desolación.



Fue tal la instantánea clarividencia de romper el dilema con mi partida, que no hubo ya problema para mí. ¿El resto? Cogitaciones.

¿Raptar a Marta, fugar con ella? Locura. Huir ambos de Juan José, dejarlo a solas con su Demonio, sería como si lo condenásemos a matarse. Él se mataría, dicho lo tiene. Pero sería cual si nosotros dos lo matásemos. Sería arrastrar, enredado a nuestra dicha el cadáver de Juan José. Sería tenderlo a nuestros pies, con nuestras propias manos y pasar sobre su cadáver.

Llevar ese cadáver, ¡y qué cadáver! en la conciencia..., horror.

A veces he pensado (lo confieso): «Pues que se mate el monstruo.» Pero, pasado el arrebatado, retrocedo espantado como ante una villanía, como ante un ruin y cobarde rencor: pues no es el monstruo de ahora el que se me aparece en seguida, sino el Juan José de toda la vida. Y me parece amarlo súbitamente más en su atroz suplicio.

No que Juan José tenga razón. Ni que acierte al abrirme esas perspectivas de vida a lo lejos. No las

quiero aceptar como posibles, ni lo serían, ni querría yo de ellas.

Quédame solamente por hallar la manera de quitarme de entre los dos, de entre Marta y Juan José. ¡Desdichada Marta, mísero Juan José!

Dice bien, Juan José: «con cualquier pretexto, vete, pronto.»

En efecto, cualquier pretexto...

Ningún pretexto engañará a Marta. ¡Mas, decirle la verdad es imposible!

Y aquí está el drama; el de ella, el mío, el de él. Uno mismo para todos tres, igualmente inextricable, igualmente insoluble por cualquiera de sus tres lados iguales.

Mi propio sacrificio será inútil: no devolverá la paz a esos otros dos corazones. Pero es el más fácil.

No hay remedio. Y no hay tiempo que perder. El primer encuentro con Marta puede desatar su llanto que todo lo cegaría. Me ahogaría el conflicto sin dejarme salir de él ni siquiera con mi solo sacrificio.

Evitar, evitar la presencia de Marta. Felizmente, es temprano todavía, quizá no se haya levantado aún.

Ni a Mama-Chana una palabra. Le diré que salgo a Ibarra a diligencias encargadas por Juan José.

Bajé de prisa a la casa de los sirvientes que se halla detrás del parque. Ordené al mayordomo que me hiciera ensillar mi caballo, en la pesebrera, y otro para el paje, y que llamara al mozo para que nos siguiese con caballos de remuda —creyó sin duda que era para ir al páramo—. De prisa, de prisa —le dije—, y los caballos más veloces.

Sujetándome, sujetando mi alteración como a un convulso que se debatiera, subí cautelosamente a mi cuarto, a arreglar yo mismo una maleta cualquiera.

Se la di al paje, diciéndole: vámonos. Y fui a Mama-

Chana que hallábase en la despensa. Le dije: tengo que salir a Ibarra, por un par de días. Avisa a Marta, y cuídala mucho. La niña está enferma —me dijo—. Desde ayer tarde se sentía mal. No será nada. Acabo de salir de su dormitorio. Duerme profundamente. No me sintió.

Por no enternecerme ni demudarme, no abracé a la vieja para despedirme.

Y repitiéndome a mí mismo como un sonámbulo: Marta duerme, Marta está dormida, me encaminé a mirarla por última vez.

...Entré a pasos quedos.

Marta dormía.

Reposaba de espaldas, supina, cruzadas las manos como suele hacerse con los que acaban de morir. Y su palidez violácea en torno a los ojos, le daba en verdad la blancura de más allá de la vida.

Y yo pensé no sin tristeza: ella morirá. Mañana o más tarde, ¿qué importa?, ella morirá. Y morirá sin que yo le haya dicho mi amor... Ella no sabe, no comprenderá jamás, mi placer supliciado de vivir junto a ella, unido a ella, y separado de ella por este amor ya infesable.

Inmóvil entre las sábanas lívidas como sudarios, su juventud me conmovió más que su belleza. Y la brevedad de la vida me pareció disculpar todas las locuras. ¿Para qué sacrificarse si la muerte todo lo borra...?

Como una burbuja surge del fondo del agua quieta, un leve suspiro brotó de su sueño diáfano.

¡Ah! ¡cuánto la amaba yo en ese instante! Estaba todo mi ser atento al sosegado oleaje con que el ritmo vital henchía y desahogaba su pecho, como pulsa el mar tranquilo contra la playa.

Por fin, yo podía contemplar largamente su rostro para mí casi vedado ahora, inconsciente como el de una estatua, como el de una obra maestra; su rostro que en la inocencia del sueño se ofrecía más desnudo, por decirlo así, más verídico y más confiante, sin nada que lo resguardase ni le diese otra expresión que la de su verdad profunda.

Los párpados tenues, sobre los ojos cegados por la interna, misteriosa bruma, pesaban lo que dos pétalos, eran dos pétalos de rosa; y así velado por ellos el resplandor de las pupilas que tanto irradian y que se llevan para sí todas las miradas, podía yo posar las mías en cada una de sus facciones, en cada uno de sus hoyuelos, a medida de mi amor y de su hermosura. El óvalo del rostro parecía alargado, aguzado, como gustaba de estilizarlos el Boticelli en busca de agudas elegancias de alma y extenuadas actitudes de espera. Bajo el cabello, color de la flor de maíz maduro, sutiles venas azules marmoleaban la tersura de su piel mate, sobre las sienas. Las manos dormían, blancas e inertes como esculpidas en mármol. Y así, toda ella rígida, inmota, parecía su propia estatua yacente, a la manera de una antigua noble en su sepulcro gótico.

¡Estaba tan bella, tan bella! Yo la adoraba.

Para no despertarla, contenía mi anhelosa respiración. Y con la mirada ardiendo la poseía, cual si en el sueño indefenso fuese en verdad mía.

...Y de lejos, del fondo de la ternura acumulada en el silencio y la privación desde el primer día, el deseo me vino de robarle en un beso levísimo un poco de su caro aliento y de ponerle en los labios mi alma como una hostia de amor, invisible...

Resistí, vacilé, cedí: cauteloso y febril, me acerqué sin ruido a su cabecera.

Los labios entreabiertos de la durmiente parecían es-

perar los míos que ya se tendían hacia ellos en la forma instintiva y eterna del beso... Incliné la cabeza, ya estaba cerca de su boca. Un cálido vértigo me ofuscaba: cubrió mis ojos el velo de trémulo ardor que deslumbra a los adolescentes en presencia de los primeros misterios de la voluptuosidad, y, en suspenso, vi, como un halo reverberante, irradiar en torno a su rostro los derramados cabellos de oro: no de otro modo, sin duda, contempla el místico en éxtasis sus visiones, coronadas de una aureola, la de santidad.

Entre tanto el corazón se me atumultuaba, latiendo con violencia tan alocada, que temí le oyese la dormida. Incliné más la cabeza, y ya mis labios llegaban a los suyos, cuando del fondo de su sueño ella suspiró... Yo retrocedí.

Lentamente, abrió los ojos, volvió a cerrarlos, tornó a abrirlos: las miradas flotaban aún ahogadas en la bruma de la inconsciencia. Durante un momento, entre dormida y despierta, parpadeó; y al abrirse y cerrarse sobre las pupilas azules, eran los párpados cual mariposas plegando y desplegando el ala, posadas sobre dos violetas.

Acabando de despertar, levantó un brazo, barrió de la frente un rizo. Y una tenue sonrisa acudió como una onda de alma resucitando su rostro de bella muerta.

Exhalé en un suspiro vano, el beso anhelado y frustrado.

-Perdóname, murmuró: No te sentí entrar. ¿Hace rato que estás aquí?

Al azar, porque no me daba cuenta de ello -¿era una hora, un minuto?- le dije:

-Hace apenas un instante.

Pero mi voz sonó a mis propios oídos como la de un extraño.

-Duerme un poco más, le dije por decir algo que se-

llara en seguida mis labios. Cual si me los sellara para siempre... Y salí.

●
¡Partí!

Partí como loco, sin escucharme, sin mirar en torno, sin mirar atrás, sin verme dentro de mí.

CUARTA PARTE

EL LAMENTO DE MARTA

XXIV

No me detuve en Pílanquí sino el tiempo de almorzar y de hacer que diesen un pienso a las caballerías, sacadas de la pesebrera antes que terminaran su porción matutina.

Ordené al caballerango que, con mi maleta y un caballo de remuda, se adelantase sin parar hasta Quito, a prevenir al portero de la casa. Que me esperase sin moverse, preparándome el cuarto. Que yo llegaría al día siguiente por la noche.

Fui en seguida a nuestro comisionista, para tomar todo el dinero que necesitaba, o todo el que tuviere en caja.

Le avisé que marchaba a Quito. Y le pedí recado de escribir. Sírvase pasar a mi escritorio —me dijo—; ahí podrá escribir más tranquilo.

Con la hoja en blanco delante, ¿qué decirle a Juan José? ¡Pues nada!: con una sola palabra quedaría dicho todo.

Púsele: «Adiós.

Segismundo.»

La cerré con cuidado. Y se la entregué al comisionista, rogándole la despachase inmediatamente, con un posta expreso, que en tres o cuatro caballos fuese a toda prisa al páramo y entregase a Juan José, en sus manos, donde lo hallase, esa carta.

Luego le dije al comisionista: Voy a Quito y seguiré viaje a Europa.

Como yo sabía que ese puntual empleado informaba de todo a Juan José, era esa la manera de hacer saber a Juan José mi resolución. Mal podía yo pedirle al encargado, sin despertar en él cierta extrañeza, que comunicase a Juan José una cosa que suponía ya dicha por mí, a todos, en El Pinar.

Me despedí de nuestro comisionista; y mientras el paje me hacía otras diligencias, me dirigí a la abandonada casa de Marta.

Quería reanudar en ella, mentalmente, mi primera y única visita a Marta con esta lastimera y última...

El guardián me abrió la sala, desmantelada. Recorrí los corredores, pasé frente al desván, condenado con doble candado, como si no lo viera. Salí por el portón trasero, como el día del traslado, principio de nuestros males.

Pensando luego en Juan José, parecióme verlo, desesperado, en el páramo, mordido en la soledad por una jauría de celos:

«No la toques, no la toques.» ¡Pobre! Más infeliz mientras más grande. Sin duda estaba ya decidiendo de otro modo, menos feroz que el de su amenaza. Y yo hubiera querido algo así como gritarle desde ahí: ¡No, no; no te mates, Juan José! No tiene la culpa de nada, ni de tu desdicha ni de la nuestra.

Y en el temor de que algo sobreviniese que me inmovilizase, apresuré el paso a Pílanquí, a montar.

Se había hecho ya algo tarde. Y un aguacero amagaba. No podía avanzar sino hasta la otra hacienda de don Teodoro, la Magdalena, donde yo sabía que él no estaba: no habría podido hablarle. Cualquiera de sus viejos sirvientes me albergaría.

Distancia, distancia. Y mañana, de madrugada, a Quito, de un tirón.

En esotra hacienda, familiar, adonde en mis niñeces íbamos de recreo, me guarecí: al llegar, el cielo se volcaba de lluvia y oscuridad. Imposible continuar el viaje en tinieblas, bajo el aguaje.

Uno de los sirvientes me reconoció. Y abrió el mismo cuarto de antes en el viejo caserón.

Pasé la noche en vela. A la luz del alba, ya serena, me puse en camino. Al pasar por encima de la lagunilla del Cunro, la divisé: su ojo ovalado, viscoso, entre sus pestañas de totora, me recordó lo que los indios viejos dicen: que echa mal agüero. La abusión subsiste ahí desde el tiempo antiguo. No pudiera ya tocarme.

Galopando, me perseguía, me agujijoneaba el «no la toques, no la toques» de Juan José.

Cambiando de caballo cada cinco leguas, para ir más rápido, ese camino como todos los de nuestra tan resquebrajada serranía, daba vueltas y vueltas contornando lomas, subiendo y bajando quebradas: para avanzar una legua eran necesarias diez.

Llegué a Quito ya muy entrada la noche: transido de hambre, de sed, de frío, de soledad, de cansancio, desperté al portero a grandes aldabadas. Y penetré en la vieja casa cerrada, inhabitada desde mi partida a Europa. En ella me alojé al volver de Europa, de paso al Pinar, término de mi viaje.

La vieja casa donde nací, la que, aquel día de mi regreso, poblé de ilusiones, la hallé ahora como vaciada de recuerdos, sorda a mis adioses. ¡Qué desamparo, dentro y fuera de mí!

A la mañana, temprano, fui a la agencia de vapores, a retener pasaje en el primero que saliese. Distancia, distancia, algo que fue irrevocable, y pronto.

A Marta, le escribiría más tarde, de Guayaquil, del barco, o de París, diciéndole cualquier cosa, menos la única.

En las calles evitaba encuentros con gente conocida.

Fui al sastre, a ordenarle ropa para la travesía. Mi equipaje de venida, allá se me quedaría, para siempre. Nunca más volver, ¡qué extraña cosa, irremediable!

El portero y el paje me compraron lo indispensable. Y el tiempo se me tornaba interminable: el barco no saldría sino dentro de quince días; me quedaría en Quito ocho largos días y haría el camino a Guayaquil en las siete jornadas habituales. Llegaría al puerto sólo para embarcarme.

¿Con qué llenar esta espera, que desalojase de mi mente el vano tormento de volverme hacia atrás? Quería absorberme en detalles concretos, mínimos, que cubriesen la faz del pozo en que no quería mirarme por no hallar mi rostro de ahogado en mí mismo.

No podía quedarme a solas ni tenía a quien ir a ver en alivio de mi soledad.

A cada instante, poníame a releer la carta de Juan José: sabíala de memoria. Sabía ya de memoria lo que podría responder a ella, línea por línea, y a todo cuanto entre líneas hallaba yo.

Mi supuesta contestación, parecíame de evidencia tan inmediata, que su propia claridad volvía inútil el consignarla por escrito. Nada que Juan José no pudiera haberse dicho mil veces podía yo decirle. Y si algo nuevo, algún recodo, pudiese habersele escapado, ¿a qué aumentar su laberinto?

Era Marta quien me preocupaba: a veces creía yo que, desde el comienzo, ella lo había adivinado todo; que lo había adivinado todo, en mí, desde luego, en ella misma, sin duda; y acaso, acaso, en Juan José, desde el primer día de su apartamiento y cambio de modo.

¿Hay sutileza alguna del corazón, que se le escape a una mujer?

Y menos a Marta que parecía dotada de antenas invisibles, como las videntes. Vida interior, toda interior, cual la suya, la enseñó lo que no necesitaba aprender: su presciencia era la de los solitarios insomnes. De su infancia, de su adolescencia, de su juventud reclusas, esa frescura de sensaciones y sensibilidad no gastadas en el trato diario de diversas gentes, la guardaba intacta. Todo se le quedaba grabado en cera virgen. Y qué inteligencia la suya, siempre despierta al llamado de toda emoción.

Sólo por sosegarme, me aferraba al engaño de esperar que hasta esta fecha, ella nada supiese, por no haber nadie en su derredor que se lo dijese. Mas, ¿quién podía asegurarme a mí, que ella no lo hubiese presentado todo, aun en forma de vaga inquietud y ansiosa incertidumbre?

Me obsedía una sola pregunta: qué va hacer ella, qué va a ser de ella. Cerraba yo el alma, cerraba, físicamente, los ojos, para no ver lo que no veía, para no ver, sobre todo, lo que veía.

XXV

Era ya la antevíspera del día fijado para mi salida hacia el puerto. En la mañana, recibí un telegrama, de Juan José.

«Vente, vente, regrésate,
Juan José...»

No lo entendí.

¿Qué significa ese S.O.S.?

¿Arrepentimiento? ¿Cambio? ¿Alguna otra decisión, suprema?

Me perdía una vez más, y, esta vez más, más a fondo, en interrogaciones confusas.

¿Había bajado del páramo? El telegrama traía inscrita la fecha, y la localidad de origen: Ibarra. ¿Lo mandó a despachar con alguien? ¿Estará ya de regreso al Pinar? ¿Qué le habrá dicho a Marta? ¿Qué habrá pasado?

Todo el día y el siguiente pasé en esta zozobra. Desmadejaba el ovillo de conjeturas, que se enredaba de un lado cuando se desenredaba de otro por un momento.

●

Pospuse dos días mi salida para Guayaquil. Haría cinco jornadas en vez de las siete usuales.

¿Sabría pronto a qué atenerme?

Sentía aflojarse el arco de mi voluntad, tensa hasta

ayer, y caerseme la flecha ante el blanco de pronto borroso, incierto.

No contesté a Juan José. ¿Qué podía telegrafiarle sin saber, antes de saber? No me atrevía a preguntarle el por qué, ya que él no me lo decía. ¿Cuál podía ser su motivo de no decírmelo? Sin duda un cambio de actitud. Si favorable, ¿por qué no me la anticipaba?

A las cuarentiocho horas, otro telegrama:

«Contéstame. Ruégotelo, Juan José.»

¿Qué responder? ¿Cómo ir, ignorando a qué, sin adivinar a qué otro dilema, o al mismo?

Le contesté: «¿Qué pasa?»

Minutos después me llegó la carta más inesperada, carta de Marta, por ella enviada del Pinar a Quito, con un posta.

La recibí temblando. Nada pregunté al mensajero. Me retiré a leerla en mi cuarto. ¿Con qué otro drama, con qué otro enigma iba a enfrentarme? Fuese lo que fuese, la abrí.

El corazón, atrozmente, se me encogía, entre temeroso y ávido. ¿Será otro llamado? ¿Llamamiento de ella? ¿Y entonces?

Con ojos que no leían sino que vislumbraban, como alumbrados a relámpagos, me enteré de un solo golpe, al golpe de la línea final: «Cuando te llegue esta carta, ya estaré en otro mundo, en el otro mundo.»

XXVI

He aquí el inesperado lamento de Marta:

«Segismundo:

Todo lo sabía. Sin comprenderlo todo, todo lo sabía menos que tú te irías para no volver.

Cuando Chana me dijo que habías salido a Ibarra por un par de días, lo creí tan sólo el instante que duró mi sorpresa de que te hayas ido sin siquiera un disimulado hasta luego, disimulado como nuestro dulce secreto de los comienzos.

Pero cuando el mozo regresó con los caballos y dijo que te habías quedado en Quito, vi claro que no volverías...

Segismundo chéri, Segismundo de mi alma, ¡te he perdido!

¡Te he perdido...! Bien sabía que me amabas, bien sabías que te amaba. Eso era tan natural, en mí y en ti, que me parecía habértelo oído y habértelo dicho desde que llegaste, sin necesidad de decírnoslo.

También Juan José lo supo desde que nos vio juntos en El Pinar. ¿Ni cómo podía ser de otro modo?

De colegiala soñaba en ti. Y cuando anunciaste que venías, te esperé como si vinieras por mí.

Desde que llegaste comencé a vivir. ¡Cómo imaginar que habría de ser por tan poco tiempo! Parecíame que nuestras vidas se complementaban, que serían una sola.

Cuando, muerta mi madre, me quedé sola, no me sentí sola, pues te tenía a mi lado, junto a Juan José.

Pero tan pronto como empezó a interponerse y a rondar entre tú y yo esa sombra extraña que iba envolviendo a Juan José, se me oscureció la visión del mañana. Desde que creí advertir un cambio en Juan José, comencé a presentir una desgracia.

Yo no sé si en mi vida reclusa aprendí a ver fantasmas, de esos que poblaban la soledad de mi madre. Pero cuando adiviné en Juan José su extravío, me causó una especie de horror sagrado que hasta ahora no puedo ahuyentar.

Mientras viví con mi madre, Juan José era para mí la única persona viviente en torno, y a él me acogía, para esperarte a su amparo. No podía separarlo de ti en mi mente, no podía separarte a ti de él, que con su mano te traía a mí.

Pero ahora... Lo ha enloquecido un maleficio, lo devoran celos, lo devora un amor imposible, una pasión insensata, nefasta. Bien lo veo en su oscuro tormento indecible.

Bien veo, aunque en mi ignorancia del mundo no lo sabía, que las pasiones convierten en monstruos a las gentes. Juan José ni nadie tiene la culpa de su locura. ¡Pobre Juan José! Pero ese maldito desvío, yo no quiero verlo, no quiero comprenderlo, me horrorizaría.

Y un día Juan José bajará del páramo... Ahora que sé, ¿qué actitud tomar ante él, cómo afrontarlo, cómo rehuirlo? ¿Cómo huir de él sin ti, como huir de él contigo? Y si todavía fuese posible imaginar que pudiésemos vivir juntos tú y yo, tendríamos que arrojarlo de nuestro lado a Juan José, tendríamos que apartarlo, que rechazarlo mientras viviese, ¡a él!, ¡a Juan José!

Y lo que temo es que vaya a quitarse la vida.

Vivo o muerto, sería nuestro espectro. Sería como si

tú o yo lo hubiésemos condenado, por huir de él. Me tiembla el alma al entrever su muerte.

Infeliz manzana de esta discordia, púdrame yo bajo la tierra, antes de que otro desenlace venga a atormentar más mi ya irremparable desolación.

Aunque inocente, no quiero, no puedo presenciar el desastre de nuestras tres vidas que la vida unió un instante para desgarrarlas así. Sólo mi muerte puede apartar de mis ojos este desastre.

...Hablarle ahora de mi amor por ti, me duele más que el acallararlo para siempre.

Cuando leas esta carta, ya no viviré. Cuando leas esta carta, ya estaré en otro mundo, en el otro mundo, para amarte más y mejor desde allá.

...Si vieras cómo te dice este Adiós tu

MARTA.»

XXVII

No bien había yo acabado de leer, entre sollozos y espanto, la carta de Marta, me llegó, ya inútil, el telegrama final de Juan José, que todo lo explicaba en su laconismo:

«Marta ha muerto. En nombre de Marta, suplicote vengas. Vente. No tardes. – Juan José.»

Juan José ignoraba la carta de Marta, naturalmente.



Después de qué noche tormentosa y desamparada, a la mañana, todavía insomne, creí ver algo más claro, y me dije:

Juan José en sus primeros telegramas, no quiso darme de un golpe la atroz noticia:

Marta se había quitado la vida.

¡Qué desenlace! Para él, para mí, preferible habría sido que viniésemos a las manos y juntos desapareciésemos, como fue el designio de Juan José.

¿Por qué no me quedé a desafiar su ira? Mas, ¿cómo esperar junto a ella? Sin embargo, ¿cómo iba yo a pensar que Marta se nos hubiese adelantado? Ni aun ahora me atrevo a pensar que, para ella, la vida, sin mí, sin Juan José le era inconcebible.

¡Marta se nos había adelantado! Reconocí en ello su corazón más grande que nuestra miseria.

Dulce Marta, dulce amor mío, ¡qué amargura!

Aquel *chéri* de su carta, me enternecía, último recuerdo de algunas tardes en que me pedía, risueña, la ejercitase en su francés de colegio y de lecturas, soñando sin duda en algún futuro viaje, de los que imaginaba, como su madre antes de enloquecer, desde su apartado rincón de sueños: partir, ¿conmigo acaso? —sí, conmigo—, para volver, tarde o temprano, al Pinar.

•

¡Marta ha muerto!

Ha muerto para que vivamos Juan José y yo. ¡Triste privilegio, para este par de infelices! Muerta, ya la menos infeliz de los tres era Marta.

•

Maravillábame el encontrar en su carta la telepatía de mis propios pensamientos ante la desdichada insania de Juan José. Sin habernos hablado, nos hallábamos pensando entrambos lo mismo, a los dos bordes del mismo vórtice. ¡Qué consonancia la que nos unía frente al abismo que nos separaba!

•

...Poco a poco, una serenidad, como de desmayo, como de vértigo, me fue invadiendo. En una especie de desvanecimiento, iba pensando: Muerta Marta, Juan José me llama. Muerta, podremos amarla juntos, Juan José y yo, con un solo amor, no el que en la vida nos desgarraba, sino otro, inmaterial, que nos uniría en un mismo culto. ¿Ni qué más nos quedaba

en el mundo? Junto a su tumba unidos los dos, mantendríamos a Marta viva, incólume, imperecedera.

Me incorporé, llamé al paje, redacté mi contestación: VOY, y se la entregué ordenándole fuese inmediatamente al telégrafo.

Luego salí a anular mi pasaje en aquel nuevo buque-fantasma desvanecido.

•

En el alma sobrecogida, todavía lívida de espanto, empezó a insinuármeme, igualmente lívida, la perspectiva de lo que iba ya a ser mi retorno al rincón de donde huí a ciegas, por conjurar desgracias que habrían sido las deseadas con sólo imaginar la acaecida.

Tan inesperada, tan súbita había sobrevenido, que me parecía increíble. Sin darnos tiempo para ver algo claro en nosotros, Marta vio claro en su alma. Para ella no hubo dilema. Vuelta infeliz de repente, al borde de la felicidad —que ella había anhelado como posible únicamente en la unidad y concordia del único mundo que ella concebía como suyo—, al verse de pronto acosada, ¿cómo escapar sino huyendo más lejos que huí? Imposible ya para ella enfrentarse a Juan José, o contemplar acaso su cadáver.

Para nosotros, hasta el fin de nuestras vidas mutiladas, será cosa inconcebible la desaparición de Marta. ¿Cómo figurárnosla ausente, inaccesible, desvanecida? Su presencia inasible será nuestra sombra, sombra luminica, aura vital.

Digo nuestra, porque el pobre y mísero Juan José ya no podrá hacerle daño ni enturbiarla.

La muerte de Marta nos hermanaba, nos identificaba, igual que nos separó la imposible felicidad disputada en vano por ambos.

Tendremos, único alivio desgarrador, pero inefablemente dulce, nuestro amor a Marta, transfigurado en bien común, en ideal común, por su muerte que la deja exenta, indemne, preservada.

Así, ella vivirá en medio de nosotros. Asidua, perenne, incambiable.

¿Ni qué otra cosa nos resta? Nuestra suprema razón de ser, y de permanecer unidos, será la de seguir amándola en silencio, guardianes de esta especie de tácito pacto.

XXVIII

Tres días después, llegaron los caballos, despa-chados por Juan José, sin nuevo llamamiento, ya superfluo.

¡Qué retorno el mío!

Cuando divisé, de la última loma, la arboleda oscura y el caserío rojizo y blanco entre la arboleda, la onda que me venía llenando el pecho afloró a mis ojos —tan amarga esta vez, en vez de la tan dulce de aquel mi primer regreso— y otro velo —tan fúnebre esta vez, en vez de aquel otro tan tenue— tembló entre mi alma y el rincón amado.

●

¿Detalles? ¿Para qué? Sin embargo...

Juan José me esperaba, de pie, a la entrada del patio ahora mudo. Gigante vencido, encorvado, deshecho en llanto, era ahora tan pobre cosa como yo mismo.

A nuestro silencioso sollozar, juntábase, en mi alma, a mis solas, el lamento de Marta. ¿Adivinábalo Juan José? Oírlo no podía, ese lamento que sólo yo oía en mí.

Ese lamento nos separaba. Lo acallé en mis adentros. Bien es cierto que ese lamento de Marta era también por él, por Juan José. ¡Pobre Juan José! —decía—, y, en verdad, ¡pobre Juan José! La compasión, la piedad de

Marta, nos unía. Mísero yo, mísero Juan José. En verdad, sólo Marta vivía, ya inmune.



Mama-Chana no había podido salir a recibirme. Guardaba cama. Sin duda para morir. Fui a verla. Entre lágrimas me contó lo que había acontecido en El Pinar durante mi breve y tan larga ausencia.

Mama-Chana, al no hallar a Marta en su cuarto una mañana, la buscó toda la mañana, la buscó en el huerto, la buscó en la capilla, la buscó en todas partes...

Había sido el huasicama quien la descubrió. Vino a decírselo, acezando, espantado... ¡ña Marta se ha caído al estanque!

La pobre vieja, cayendo y levantando, sostenida más por su angustia que por sus piernas endebles, había avanzado hasta el borde del agua.

Flotaba ya el cadáver, rebalsado, junto a la orilla, entre ramas.

¡Dulce Ofelia de este perdido rincón del mundo! No enloqueció de dolor como la otra, la amada de Hamlet. Su alma pura se sublimó, de suyo, por sí sola, cándida y leve como en vida, para amar mejor, de «su otro mundo».

No sabiendo qué hacer Mama-Chana, habíase quedado ahí, velando el cuerpo flotante, hasta que vinieran en socorro.

La pobre vieja había recobrado los ánimos tan sólo para ordenar:

—Que vaya un posta, volando, a llamar al patrón.

Despachado el mayordomo al instante, al otro día llegó Juan José.



Sacaron del agua el cadáver. Lo inhumaron en la capilla, al lado de la madre.

Y Mama-Chana fue a tenderse en su lecho, a dormir, ya inútil para el resto, y como si para ella comenzara el sueño eterno, sobre sus miembros gastados, sobre el alma ya exánime. ¡Pobre vieja!

Con ella se acababa la vida antigua.

Quedábamos tan sólo Juan José y yo, supervivientes de nosotros mismos.

EPITAFIO, AÑOS MÁS TARDE:

Juan José vivió poco tiempo más, siempre a mi lado, en El Pinar. Parecía entonces, yo, su sostén.

Quemada su savia, aridecida su raigambre, se desplomaba, como aquel eucalipto encanecido, el del patio de la casa de criados, aquel que, al ser derribado por no poder ya tenerse en pie, aplastó al longuito vivaracho.

Apenas si hablaba Juan José. Sentíasele crujir como ramaje deshojado, próximo a sucumbir bajo su peso, al embate de sus silencios remordidos de remordimientos.

Misero Juan José. Misero de mí. Nada podía yo por él, nada él por mí. Siempre y en cualquier parte, todo hombre está solo, es solo. Se es solo...

Ni una queja exhalaba Juan José. Pero oíasele, inaudible, su íntimo quejido, en sus adentros. Parecía pedir perdón, inacabablemente, del daño que se había hecho a sí mismo, frente al irremediable que nos hizo.

Al fin cayó, árbol gigante, reseca de las raíces a la copa.

Quedéme solo en el mundo, en el mundo de mi rincón, de donde mal podía alejarme: ¿a dónde iría que

no lo llevase conmigo, dentro de mí? ¿Ni cómo dejarlas solas a las dos sombras vagantes sin fin en ese recinto sin salida?

Marta flotaba, inmune, inmarcesible, inaccesible, símbolo de la dicha que nadie logra.

ÍNDICE

PRÓLOGO	I
PRIMERA PARTE: EL REGRESO	7
SEGUNDA PARTE: SOLILOQUIO DE SEGISMUNDO	157
TERCERA PARTE: EL DILEMA	221
CUARTA PARTE: EL LAMENTO DE MARTA	239
EPITAFIO AÑOS MÁS TARDE	258

